

Henri Lefebvre
DE LO RURAL A LO URBANO

Antología preparada por Mario Gaviria

ediciones península®

La edición original francesa fue publicada por Éditions Anthropos, de París, con el título *Du rural à l'urbain*. © Éditions Anthropos. 1970.

Traducción de JAVIER GONZÁLEZ-PUEYO.

cultura Libre

Cubierta de Jordi Fornas.

Primera edición: mayo de 1971.

Segunda edición: octubre de 1973

Tercera edición: enero de 1975.

Cuarta edición: julio de 1978.

Propiedad de esta edición (incluidos la traducción y el diseño de la cubierta): Edicions 62 s/a., Provenza 278, Barcelona 8.

Impreso en Lito-Fisan, Jeume Piquet 7, Barcelona.

Depósito legal: B. 23032-1978.

ISBN: 84-297-0910-X.

Introducción

Esta recopilación de artículos, publicados entre 1949 y 1969, resume un recorrido, un largo trayecto (veinte años: entrada de Francia en la «modernidad»), jalonado por algunas etapas.

I

Punto de partida: Estudio de la filosofía y de la crítica de la filosofía, realizados simultáneamente. El autor (*ego*) enseña filosofía, lee y relee, primeramente, Nietzsche y, siempre (y con él es el combate, luego la adolescencia, la lucha con el ángel y el demonio), Marx y Hegel. Episódicamente, lee también, a medida que aparecen en escena, Husserl, Heidegger, y, naturalmente, Freud. Esto no estuvo exento de contradicciones progresivamente más profundas, sobre todo después de su adhesión al movimiento comunista (al comunismo, es decir, al partido, que era entonces, hacia 1928, movimiento): contradicciones desgarradoras y, por tanto, estimulantes hasta cierto punto y esterilizantes a partir de ese punto.

Pero siempre manteniendo en horizonte la crítica de la filosofía: precisamente a través de la filosofía misma. «El hombre teórico», refutado, rechazado por Nietzsche, coincide con el filósofo. Esta refutación, durante mucho tiempo, ha conservado una nota inquietante. ¿Supondrá esto quizás un desliz por el tobogán de lo irracional? Tesis, peligrosa de por sí, que se agrava por la aparición del fascismo. Pero, en la misma época (a partir de 1930), las obras de juventud de Marx son descubiertas, extendidas, traducidas, asimiladas lentamente. A ello acompaña la revitalización del hegelianismo, de la teoría de las contradicciones, de la dialéctica, única capaz de orientar el pensamiento en el caos de contradicciones de una época que se precipita a la guerra. ¿Qué dicen y qué prefieren estos textos de Marx?: el proceso de la filosofía. Por ende, si bien el marxismo no es únicamente una teoría de economía política (un economismo), tampoco pue-

de pasar por sistema filosófico. Con el economismo, el filosofismo se desboca. ¿Qué es pues el marxismo? ¿Cómo definir el materialismo histórico, el materialismo dialéctico y sus relaciones? El marxismo, considerado filosóficamente, se somete forzosamente al signo de la dialéctica (hegeliana), pero no por ello puede entenderse como una versión mejorada del hegelianismo. La sistematización denominada materialista tiene los mismos inconvenientes que las antiguas sistematizaciones denominadas idealistas. En todos esos años —años en que se fortifica el dogmatismo, que es ya para entonces staliniano, años en que el espíritu de sistema se confunde con el espíritu de organización, con el espíritu, estoy por decir, del aparato, años en que el marxismo se institucionaliza y deviene ideología oficial, en que el movimiento amenazado se congela en lugar de extenderse— se insinúa la duda respecto a «la esencia» del pensamiento marxista. La noción de alienación, recién emergida y reconocida, es inmediatamente combatida por quienes hubieran debido adoptarla, pero ven en ella un peligro suplementario. Algunos llegan incluso a decir que el concepto arroja leña al fuego amenazador del «enemigo de clase». ¿Por qué?: Porque el concepto *alienación* tiene ya un aspecto político. En efecto, permite caracterizar también la alienación política, la alienación por el Estado y por el aparato. El stalinismo, en cuanto tal, en el interior mismo del marxismo, se siente señalado: desde estos conceptos, se le puede *definir*. En cuanto al marxismo, el marxismo no aporta una filosofía, un sistema o un modelo definitivo de pensamiento y acción: aporta una vía, la de la *realización de la filosofía a través de su crítica radical*.

La filosofía, pese a ser necesaria, ni basta ni se basta. Esta proposición emerge de toda la experiencia de estos últimos años: experiencia política, práctica y teórica a la vez. Una reflexión que la guerra no logra interrumpir, pese a que detiene su expresión pública. ¿Habrà quizás en ello el deseo de completar la filosofía con un revestimiento científico? No. Semejante complemento y suplemento de la filosofía clásica (especulativa, contemplativa), semejante corrección superficial de las ilusiones filosóficas, corresponde a la burguesía liberal. Es el «certificado en ciencias», necesario hoy para lograr la licenciatura en filosofía. Compromiso risible, sustituto del verdadero problema: la confrontación entre el mundo filosófico y el mundo no filosófico, en particular entre

el pensamiento más audazmente abstracto y, por ende, más vasto, y la vida cotidiana. La profundidad del análisis filosófico va hasta las raíces. La crítica filosófica, que se transforma en crítica de la filosofía, se pretende, pues, radical. Pero las raíces tienen su lugar de nacimiento en otro suelo: lo cotidiano.

¿Dónde se encuentra la filosofía?: en los libros soberbios, célebres. ¿La no filosofía?: en escritos, y también, en poetas y trágicos. ¿Dónde se encuentra la vida cotidiana? En todas partes, en todo y más allá. No escrita, mal descrita. Hay que descender al terreno mismo. ¿Dónde? ¿Por quién y por qué comenzar? ¿Cómo poner fin a esta separación de la presencia filosófica y de la ausencia, de lo profundo y de lo superficial?

1948. El CNRS,* que adquiere importancia, marcado por la influencia de Georges Gurwitsch, permite al autor (*ego*) el tránsito de la filosofía «pura» al estudio de la práctica social y la cotidianidad. Por entonces, un problema concreto domina (y parece dominar perdurablemente) a los otros: el de los campesinos, el campesinado, la producción agrícola y la industrialización en este contexto.

a) ¿Por qué la revolución mundial, centrada primeramente en países industrializados, y prevista como tal por el pensamiento marxista, teorizada como tal, se aleja hacia los países agrícolas donde comienzan ya a plantearse los problemas de la acumulación primitiva, de la industrialización? ¿Por qué este giro del curso de la revolución mundial?

b) ¿Bajo qué condiciones dejan los campesinos de ser, en el juego complejo de las fuerzas sociales y políticas, un elemento neutro o reaccionario? ¿Cuándo constituyen «una fuerza-puntal»? ¿Cuándo y cómo liberan potencialidades revolucionarias? ¿Con qué límites?

c) ¿De dónde provienen más exactamente las dificultades de la producción agrícola en la construcción del socialismo?...

Esta problemática, a escala mundial, ha inspirado durante diez años una investigación que necesitó un centro, un punto de aplicación, un lugar accesible y cercano en que apoyarse. Lo supo encontrar en el estudio detallado de una parte de la tierra francesa: la región occidental de los Pirineos:

* Centre National de Recherches Scientifiques.

desproporción inevitable entre las ambiciones mundiales de la investigación y la talla del laboratorio.

De este modo, una serie de trabajos sobre las comunidades campesinas (y sus huellas en los valles pirenaicos) se ve llamada a acompañar, apoyar y cubrir una investigación a escala planetaria sobre la *reforma agraria* (sus distintas modalidades, sus conceptos políticos, sus potencialidades revolucionarias y su eventual agotamiento); una investigación cuya base teórica se sitúa en la teoría marxista de la *renta de la tierra*.

Diez años de esfuerzo. Las publicaciones (artículos) representan sólo una parte ínfima de la información recogida con vistas a una teoría general. Pero este aspecto no se consumó. Fue el fracaso. La razón no es solamente que se hubiera necesitado un grupo, un equipo, para desarrollar y llevar a cabo el proyecto. La razón fue que el «objeto» se escabullía.

La importancia de la reforma agraria, la de la cuestión campesina, disminuye poco a poco. Las potencialidades (revolucionarias) del campesinado se agotan, después de su culminación en China. Con Fidel Castro y la revolución cubana lanzan un último resplandor, un último grito que aviva las esperanzas cuando es ya demasiado tarde. Y esto no es todo. A pesar de las repetidas gestiones y promesas, el autor (*ego*) no consigue nunca llegar a estudiar la cuestión campesina en los grandes países socialistas. Recoge una documentación enorme sobre las cuestiones campesinas y las reformas agrarias en América latina, en Italia, en los países islámicos, etc. Pero ninguna indicación interesante sobre la URSS. Y esto pese a ser miembro del partido comunista. No es de extrañar que el solo hecho de plantear el problema le hubiera vuelto sospechoso. El autor nunca ha puesto pie en el suelo sacro de la patria socialista. Nadie, jamás, ha recurrido a sus conocimientos sobre cuestiones campesinas, las reformas agrarias, las reformas transcurridas, presentes o posibles, la transición de lo arcaico al socialismo.

Las decisiones se toman, aquí y allá, de manera a la vez empírica y política. El Jefe se pronuncia. ¿Para qué sirve pues el pensamiento marxista? Para nada. Es, ya, una institución, una enseñanza, una pedagogía, una ideología política, un sistema en el aire. En diez años, el autor (*ego*) ha pronunciado, en veinte países, mil conferencias sobre filosofía, sobre materialismo dialéctico. Pero nadie recurre a su saber

concreto, pese a que, un poco en todos los países, bien que mal, y más mal que bien, se reglamentan las cuestiones campesinas, se organizan reformas agrarias, tienen lugar revoluciones campesinas. ¿Terminará el autor (*ego*) por mandar a pascos el marxismo? ¿Terminará por hundirse en la melancolía? No. Al autor no le gusta caer en lo risible. Además, la cuestión campesina no agota la relación «filosofía-mundo no filosófico». La vida cotidiana está allá, sofocante, aunque no sin halagos, cambiando, confirmandose lentamente y seguramente como cotidianidad bajo los destellos, sorprendentes o fascinantes, de la modernidad; afirmando su trivialidad, su capacidad de consolidar en lo movedizo, su profundidad huidiza.

Lentamente, dos verdades nuevas y solidarias emergen. Primeramente Marx elaboró sobre todo la teoría de la producción, afirmando la primacía y el carácter determinante de las relaciones de producción y de propiedad, así como el carácter subordinado del *reparto* (de bienes producidos, es decir, de mercancías, y también de la plusvalía global extraída de la explotación del proletariado) en la sociedad que analizó, la del capitalismo competitivo. Dejó de lado un conjunto de fenómenos relativos a las necesidades, la demanda y el imperativo social, el consumo y su organización eventual. Pero estos fenómenos (y esto constituye la segunda certeza) toman hoy una importancia creciente. Son utilizados, de manera a la vez espontánea y concertada (mediante una estrategia de clase) para sustituir el pensamiento, la ciencia y la acción que Marx teorizó, por algo, otra cosa, que sirva esta estrategia de clases.

Nos encontramos, pues, ante una nueva situación a elucidar, si queremos comprender qué ha pasado en el siglo xx, qué resta del pensamiento marxista. ¿Cómo elucidarla? Estudiando la vida cotidiana, lugar de este cambio: necesidades programadas, práctica modelada por manipulaciones, pero también «materia» y subproductos que escapan a los poderes y formas que imponen sus modelos. Lo cotidiano es ambigüedad por excelencia: satisfacción y malestar, trivialidad y aburrimiento bajo la resplandeciente armadura de la modernidad (cf. Marx, *Crítica de la vida cotidiana*, primer volumen,* y el artículo de este libro «Introducción a la psicología de la vida cotidiana», 1960).

* Versión castellana, Ed. Tecnos.

Desde entonces, es decir, desde hace una decena de años, algunos doctrinarios de ultraizquierda se han apoderado de las ideas perspectivas contenidas en la *Crítica de la vida cotidiana*. Han extraído conclusiones sin común medida con las premisas, es decir, que han procedido como proceden los dogmáticos: por extrapolación, por tuboración ideológica. Para ellos, la vida cotidiana deviene terreno privilegiado, lugar de combates y transformaciones revolucionarias. La metamorfosis de la vida cotidiana traería pronto, enseguida, una vida social totalmente nueva, transfigurada, entregada.

Una proposición clara de la crítica radical de lo cotidiano es que el dominio de la Naturaleza se metamorfosea en apropiación de la vida y del deseo a lo largo de una transformación profunda. Pero no debe por ello olvidarse que la cotidianidad programada, la de hoy, se remite a una estrategia de clases que modifica las relaciones de producción sin transformarlas, que introduce nuevos elementos en la práctica por el sesgo del consumo; la vida cotidiana sirve al despliegue del mundo de la mercancía y del mundo del Estado. Pero, en tanto, la sociedad en su conjunto se transforma, y de industrial pasa a ser urbana. La vida cotidiana, en el marco urbano en que se establece bajo presión de las relaciones sociales y del orden existente, puede metamorfosearse y servir a la aparición de una vida distinta. ¡Pero en ese marco, y sólo en ese marco, del que no puede separarse!...

Otros doctrinarios, muy derechistas éstos, afirman, en nombre de una epistemología y una visión inamovible del pensamiento, que la vida cotidiana es simplemente un detalle, una modalidad superficial, de la sociedad capitalista. Lo «vivido» no puede dar lugar a ningún concepto, según ellos; no es digno de ello. Para éstos, desde Marx, Lenin o Trotsky, nada ha aparecido de nuevo en la *praxis*. Contra estos dogmáticos, se puede afirmar que ni la vida cotidiana ni la sociedad urbana constituyen una pura y simple *supraestructura*, expresión de las relaciones de producción capitalista. Son esta supraestructura, pero también algo más y distinto que las instituciones e ideologías, pese a tener algunos rasgos de las ideologías y de las instituciones. El mundo de la mercancía, con su lógica y su lenguaje, se generaliza en lo cotidiano hasta tal punto que cada cosa lo vehicula, con sus significaciones. Quizá puede afirmarse que no es más que una ideología, una supraestructura, una institución.

¿Aprovechará el autor (*ego*) la oportunidad para quejar-

se ahora, pues se le ha intentado desbordar por su derecha y abatir por su izquierda? No, ni mucho menos. Si se le ataca de este modo es porque ocupa una posición central. Y toda posición central es amenazada; táctica y estratégicamente. Tácticamente: siendo torneada, envuelta, asaltada, incluso, a derecha y a izquierda. Estratégicamente: pues nunca hay un sólo centro, y todo centro puede verse afectado por un desplazamiento general o parcial de la centralidad.

Por lo que respecta a la virulencia de los ataques, ella es garantía. Significa que el centro se sitúa en medio de los asaltantes; pero no es «un justo medio», de memoranzas tristes y mediocres. Dejemos para otros la *línea* «prudente», siempre prudente...

Pero volvamos a lo realizado, es decir, al trayecto. Nos encontramos en la bifurcación. Bifurcación que no se debe al caminante, a su reflexión o a su fantasía, sino que proviene de un objeto nuevo, una modificación en la práctica, que atrae la atención sobre sí.

En tierra pirenaica, no lejos del pueblo natal del autor (*ego*), surge la Ciudad Nueva. Producto de la industrialización y la modernización, gloria de Francia y la República, Lacq-Mourenx se levanta, burgo nuevo, ornado de enigmas más que de bellezas clásicas. Los bulldozers pasan sobre el suelo del Tejas bearnés (como se le llamó). A pocos pasos de la empresa más moderna de Francia, entre los pozos petrolíferos y los humos, nace lo que habrá de convertirse en ciudad. Lo que ahí se esboza, y se ofrece a los ojos como a la reflexión, impone otra problemática que es el tránsito de lo rural a lo urbano. Los problemas se superponen, se exasperan: destino de una tierra marcada por la Historia, las tradiciones campesinas, los campesinos mismos. La industrialización se apodera de regiones hasta entonces olvidadas. La urbanización, cuya importancia crece sin cesar, transforma cuanto existía anteriormente. En estas torres metálicas que se elevan por encima de los bosques, frente a las montañas, hay un desafío y un interrogante. Desafío al pasado, interrogante al futuro. El proceso, desde el principio, no fue una enunciación al texto social anterior: algo nuevo y distinto se anunció, declaró, significó: lo urbano. Se vuelve la página. Otro texto social se escribe. Un significado así debió tener el primer techo del primer taller, o el primer abrigo de un trabajador separado de los medios de producción. El período campesino, que todavía contorna, aleja en

el tiempo como en el espacio. La industrialización, más actual, determinante todavía, es ya sólo contexto y pretexto. La urbanización la incluye en la problemática, antes de incluirla en la temática y en la elaboración de categorías (conceptos). Nuevas periodizaciones del tiempo sociohistórico se imponen ya; por ejemplo, entre la era campesina, la era industrial y la era urbana aparecen diferencias, con un corte (discontinuidad relativa) entre a) el predominio del campo y la producción agrícola, con sus relaciones específicas de producción y sus problemas, b) el predominio de la empresa industrial, de su racionalidad, y c) predominio, finalmente, de lo urbano y su problemática.

La era urbana no hace desaparecer por encantamiento o desencantamiento las contradicciones y conflictos de la era industrial. Esta última no consigue tampoco abolir los conflictos y contradicciones de la era anterior. Y quien dice conflicto dice problemas y «problemática». Los problemas o se resuelven, o destruyen el contexto en que se plantean. Las cuestiones que la agricultura y los campesinos plantean en el mundo o serán resueltas, o bien este mundo se resquebrajará. Y lo mismo ocurre con la era del predominio industrial, sus conflictos, sus contradicciones. La ciudad, su estallido, la sociedad urbana y «lo urbano» en emergencia, superponen sus contradicciones a las de la era industrial y la era agrícola. De ahí, un nudo poco extricable, y una problemática sumamente compleja. ¿Qué contradicciones pueden pretenderse *motrices* del crecimiento y el desarrollo, es decir, eventualmente destructoras? Todas. Las de lo urbano —por ejemplo el conflicto entre *integración* y *segregación*, entre las formas de centralidad (entre la centralidad como forma y sus contenidos), entre lo urbano y el Estado—, no traen la neutralización de las contradicciones dimanantes de las relaciones de producción capitalistas (entre propiedad privada y socialización del proceso de producción, entre proletariado y burguesía). Por el contrario, las agravan, dificultan más aún su solución.

II

Pocas cuestiones tan penosas (e insolubles) como las relativas a la prioridad y prelación en el empleo de palabras, en el acceso a las ideas. El origen de las ideas (y de las ideologías) se escabulle generalmente en la oscuridad de las raíces.

ces y de las emergencias. Es sabido que la misma idea con frecuencia surge en varios lugares a la vez, y a veces bajo formas aparentemente incompatibles. Las mejores ideas escapan a sus autores. Emigran fuera del sistema, si es que existe alguno. Caen en el dominio público, en la conciencia social, se vuelven triviales. Hay quien dice que se prostituyen. Si así actúan, son buenas ideas. En este terreno, no faltan sorpresas; por ejemplo, ver personas que han repudiado públicamente la propiedad privada de las ideas, reclamando súbitamente esta u otra palabra con tono de propietario legítimo y ofendido. Quienes no desdén estas confrontaciones, encontrarán en las fechas algunas informaciones.

Quizá fuera más interesante desvelar en esta recopilación inconexiones e incertidumbres en las fluctuaciones del pensamiento. Por ejemplo, la relación dialéctica, es decir, conflictual y en movimiento, entre *deseo* y *necesidad* no está siempre tratada claramente, pese a las presiones ideológicas, al rechazo de «una filosofía de la necesidad», formulada a partir del pensamiento marxista. Estas contradicciones, dadas y restablecidas en su contexto, no carecen de sentido. Hay momentos en que la sociología ha sido investida de una confianza, una carga de esperanza exagerada, ante el desmoronamiento más y más evidente de la filosofía. Y, sin embargo, el autor (*ego*) ha declarado, siempre y rotundamente, que la sociología va acompañada de su crítica, que el saber parcelario nunca puede pretenderse total, que la sociocrítica va por delante de la sociotécnica, y que, por último, la totalidad constituye problema (desde el momento en que ni la filosofía ni las ciencias fragmentarias tienen acceso a ella).

Quizá lo esencial sea simplemente la tendencia, la vía, que estos textos indican y señalizan.

Aunque no hay en ellos un encadenamiento lógico, y no pretenden constituir un sistema, hay una orientación que los aúna. Ciertamente es que la clave del conjunto falta aquí, pues se encuentra *en otra parte*: en la lógica dialéctica, afectada a su vez por una concepción de la lógica formal (como *tautología* que debe llenar un contenido, que emana o sobreviene a lo largo del trayecto). Pues aquí, en efecto, puede reconocerse el trayecto de un pensamiento amenazado, a veces casi resquebrajado. Un pensamiento que busca un camino. No sin fatiga, se lo abre, forzando sus fuerzas en una especie de optimismo trágico (que se empeña en legitimar confrontándolo con el conocimiento). Pasa entre:

a) *La tesis de la cerrazón*, de la sociedad ensimismada, completa o bloqueada. (El sistema que se proclama, que se cierra encerrándose. La estructura que quiere reinar. El lleno que pretende establecerse.)

b) *La tesis de la beatitud*, durante el curso de una metamorfosis sustancial. (El vacío. La esperanza en la explosión, en la catástrofe terminal, en el sistema ensimismado reventando y volando en pedazos.)

Hay en estas investigaciones una intención constante: intentar y mostrar la apertura, derribar los obstáculos, alcanzar el lugar de la brecha; abrir esta brecha. La punta de lanza del pensamiento se dirige constantemente hacia el sistema, se llame «stalinismo» o «filosofía política» o «sociológica». Esta actitud se legitima en otro lugar, en el de la Lógica y el Logos, donde se demuestra que la *forma lógica*, cuando está vacía (tautológica), no implica nada por lo que respecta a contenido. Nada se puede deducir, ni concluir de ella. Entre la forma y el contenido hay un paréntesis, un abismo franqueado por pasarelas (mediatrices y transiciones). Cuando se quiere utilizar la *forma* para definir el contenido, desgajarlo y encerrarlo en límites, hay un *vicio de forma*. Lo que explica la violencia de las controversias contenidas aquí o en otras partes.¹

Todas estas advertencias evidencian los inconvenientes de una recopilación como ésta. Si jalona un itinerario, lo importante (a medida que exista) se encuentra ya aparte, en «libros» que libran, o se considera que libran, lo esencial. Las constancias y las instancias, las tesis y los referenciales, deberán ser desprendidos.

Estos artículos no representan, pues, un *sistema* en formación, sino un *contrasistema*: una crítica y una autocrítica permanentes, una atención siempre alerta contra lo que pretende reinar. La negación crítica (activa) del sistema que se pretende absoluto, que se proclama modelo filosófico y político, no se separa de una vigilancia constante dirigida contra los «subsistemas», instituciones e ideologías, sistematizaciones de los valores y decisiones. Y hay, también, una crítica también permanente. Como alguien dijo respecto a estos textos, es Penélope, retardando el desenlace, deshaciendo cada noche la obra de la jornada. ¿Por qué? Porque

1. Cf. *Logique formelle, logique dialectique*, primera edición, 1946; reed. 1969 y la recopilación en preparación: *Au-delà du structuralisme*.

hay otra jornada y otro día que comenzar. Con otra esperanza, otra desesperanza. ¿Con qué desenlace? ¿El de la última palabra? ¿El de la última instancia y el último pensamiento? ¿El del reino que va a instalarse? Todos los desenlaces. Cada artículo tiene, pues, su objetivo (polémico) y su objeto (científico), indicando al mismo tiempo un momento, plantando un jalón. Su orden no presenta un encadenamiento lógico, sino un desarrollo interrumpido por metamorfosis. Las modificaciones que los objetos y objetivos sufren al mismo tiempo que el «sujeto» no son subjetivas. Tienen su razón de ser, sea en los cambios (de la sociedad y del saber), sea en la crítica de lo adquirido y de lo cambiante. El lector benévolo podrá ver en ellos una progresión, una serie de emergencias: teorías, problemas, conceptos.

Así, pues, si cada texto ostenta su fecha, habrá de apreciarse no sólo en función de su contexto, sino en función del movimiento general. Generalmente, el contexto es evocado o sugerido. Por suerte o por desgracia, el movimiento global se descifra difícilmente, en razón de su complejidad. El movimiento aparece periodizado por el auge de la problemática urbana, la moda del estructuralismo y su decadencia; estas son las fechas «objetivas».

La dispersión de estos textos sólo es aparente en un sentido. Tienen un centro teórico: la relación «campo-ciudad», relación dialéctica, oposición conflictual que tiende a trascenderse cuando en el tejido urbano realizado se reabsorben simultáneamente el antiguo campo y la antigua ciudad. Lo que define la «sociedad urbana» va acompañado de una lenta degradación y desaparición del campo, de los campesinos, del pueblo, así como de un estallido, una dispersión, una proliferación desmesurada de lo que antaño fue la ciudad.

Ningún sentido tendría hoy soñar, proponiendo un «nuevo urbanismo». El sueño tuvo su sentido, quizás, hace una docena de años. En este momento, la cuestión principal consistirá más bien en ir al extremo de la crítica radical de los proyectos denominados urbanísticos.

Hoy, el urbanismo, al igual que el psicoanálisis y el marxismo, ha pasado a lo institucional, lo que lo hace acreedor de una crítica redoblada.

Que las fechas no hagan olvidar al lector (benévolo) lo que a cada lado del camino, y luego al final del camino, indican.

III

Unas últimas palabras.

¿Podrá esta serie de artículos hacer admitir al lector eventual que el autor (*ego*) no puede ser clasificado ni como filósofo, ni como especialista de esta u otra «disciplina» (sociología, historia, etc.)? Lo que le hace propiamente inclasificable. De la filosofía, ha retenido, o cree haber retenido, la impugnación de todo, la crítica radical, sin conservar el enfoque sistemático y la tendencia abstracta; también, cree haber prolongado la disposición del filósofo a que la verdad se declare por sí misma, sin obligarla a desvelarse o a velarse, y a que el sentido aparezca con espontaneidad (para que los interesados e implicados hablen, diciendo el sentido de los objetos, de los actos, de las situaciones). Por lo que respecta a las ciencias parcelarias, incluida la sociología, tienden, y demasiado, a cambiarse en ideología, incluso a hacerse ideología «científica». Si no van unidas a la crítica y autocrítica permanentes, las consecuencias que podrán derivar son graves; que no se dé reposo al sociólogo, al historiador, al psicólogo.

Algunos equívocos derivan de este carácter «inclasificable» del autor, y que intentamos elucidar:

a) Jean-Paul Sartre ha decidido en su *Critique de la raison dialectique* tomar uno de los artículos aquí reproducidos (dedicado, concreta aunque modestamente, a las cuestiones campesinas y la sociología rural) como primer modelo (metodológico) de un proceder «progresivo-regresivo», que integra la sociología y la historia en una perspectiva dialéctica. Desde aquí le damos las gracias, pero que el lector eventual (benévolo o malévolo) no vea en ello ninguna prueba, ningún signo de una identidad o siquiera de una analogía entre el recorrido aquí jalonado y el de la filosofía del existencialismo. (Cf. *Critique de la raison dialectique*, «Questions de méthodes», Ed. Gallimard, págs. 41-42.) El trayecto que va de la filosofía a la metafilosofía no puede acercarse al de un filósofo, por eminente que sea, que mantiene y perfecciona, mientras anda camino, categorías filosóficas.

El texto citado por Jean-Paul Sartre es por desgracia demasiado breve. Data de una época en la cual por todas partes (tanto por el lado «capitalista» como por el lado «socialista» y «comunista») se ejercía un terrorismo implacable. Para eludir la presión, no había otra alternativa que prolon-

gar el pensamiento de Marx sin citar la fuente. ¿«Proceder analítico-regresivo»? Es el precepto formulado por Marx cuando declara que el hombre esclarece al mono, y el adulto al niño; que lo actual permite comprender lo pasado y la sociedad capitalista las anteriores sociedades, porque *desarrolla* las categorías esenciales de éstas. Así, la renta de la tierra capitalista permite comprender la renta feudal, las rentas del suelo en la Antigüedad, etcétera.

Para que el pasaje citado exhiba su sentido, debe ser aproximado a esos textos de Marx que pretende desarrollar, pero de los que no puede separarse. Es íntegramente «marxista».

b) Siempre en este texto, el momento recurrente, *analítico-regresivo*, precede a un momento *histórico-genético*, en el curso del cual el proceder del pensamiento vuelve hacia el actual, a partir del pasado desentrañado, aprehendido en sí mismo. Este precepto metodológico, que no carece de interés, no implica ninguna solidaridad con la sistematización obstinadamente perseguida por Lucien Goldmann bajo el nombre de «estructuralismo genético». Si esta expresión significa una elucidación y un refinamiento de procedimientos del pensamiento marxista, no merece ninguna objeción, pero tampoco obliga a una denominación nueva. O quizá designa una sistematización distinta (y una sistematización, repetimos, pues Marx no ha dejado un sistema, sino el principio de una crítica de los sistemas). Esta sistematización, que guarda relaciones con la boga del estructuralismo, se verá, por ende, arrastrada en la decadencia de esta ideología. La controversia con el estructuralismo, que constituirá objeto de una segunda recopilación de artículos, para nada impide la utilización de la noción. Al contrario. El estructuralismo abusa de la noción de *estructura* y la oscurece, hasta destruirla. Utilizándola para reducciones abusivas, consigue injertar en ella una excrecencia ideológica. Criticar el estructuralismo implica el empleo metodológico y no ampuloso o reductivo del análisis estructural.

c) Los primeros textos de la recopilación (1949) testimonian una hermosa confianza en la Historia. A lo largo de estos veinte años, esta confianza se ha atenuado hasta desaparecer. Sobre este punto, que no carece de importancia o interés, el lector malévoló podrá divertirse a expensas del autor (*ego*), advirtiendo los síntomas de la desilusión, los indicios de fracaso. El lector benévolo destacará la contra-

dicción, que no es exclusiva del autor (*ego*) entre las comprobaciones frustradoras y el esfuerzo por mantener un optimismo y mostrar un camino...

Es difícil encontrar términos lo suficientemente efusivos para agradecer a Mario Gaviria su colaboración al escoger, clasificar y revisar estos textos. En particular, ha tenido la amabilidad de recoger algunos informes de conferencias, de las que sólo había escrito el plan, y poner en evidencia las ideas contenidas en ellas. Por esto, el autor (*ego*) le debe un reconocimiento sin límites.

HENRI LEFEBVRE

10 de noviembre de 1969

I. Problemas de sociología rural *

LA COMUNIDAD RURAL Y SUS PROBLEMAS HISTÓRICO-SOCIOLÓGICOS

I

¿Cuántos de nuestros ciudadanos, intelectuales, e incluso historiadores o sociólogos que atraviesan uno de nuestros pueblos, y descubren su rostro original o incierto extrañando su monotonía, o admirando su pintoresquismo, son conscientes de que este pueblo no se reduce a un amontonamiento accidental de hombres, animales y cosas, de que su examen nos revela una organización compleja, una «estructura»?

El estudio de una aglomeración rural, en cualquier país, descubre equilibrios más sutiles de lo que podría esperarse en un principio: proporciones entre la extensión de las tierras de labor, los bosques y pastos, entre los grupos de seres vivos que subsisten de su pedazo de tierra. Este estudio, cuando pasa de los hechos objetivos a los hechos humanos relacionados con ellos, descubre también que los equilibrios materiales, sin ser expresa y racionalmente queridos por los hombres, no son obtenidos ciega y mecánicamente, demuestran una consciencia, difícil de captar y más difícil todavía de definir. Hay aquí una mezcla curiosa de prudencia, iniciativa, desconfianza, credulidad, rutina: la sabiduría campesina. El análisis descubre por fin fisuras en este orden, incertidumbres en esta «sabiduría», desequilibrios más o menos durables, debidos a causas más o menos profundas: es decir problemas, necesidades, tendencias, conflictos, adaptaciones o inadaptaciones.

Este organismo que no siempre somos capaces de ver, nos es dado, sin embargo, a la mirada, con su estructura y su horizonte. Por su parte, la consciencia de esta comunidad organizada se disimula en la vida de los individuos que participan en ella: tan secreta es como inmediata la realidad sensible. Organización y consciencia contienen y continúan su historia. Tienen pasado. En este lugar cualquiera existió

* «Cahiers Internationaux de Sociologie», núm. VI, 1949.

y vivió algún poblado apacible, simplemente propuesto en la colina, existió mucho antes que las ciudades familiares, únicas que mantienen y monopolizan hoy nuestras esperanzas y sueños.¹ Este poblado que desde largo tiempo se halla sumido en una paz gris y reticente, sostuvo luchas ardientes contra señores, príncipes o reyes. Poco ha quedado de este pasado, nada subsiste. Nada y no obstante todo: la forma misma del pueblo.

Su pasado jalona, por así decir, nuestras ciudades. En esta calle de París, un hotel de la Edad Media se aparta por sí mismo de la «modernidad» que le rodea y establece su distancia en el tiempo. Los edificios yuxtapuestos, las ruinas romanas en los bancos, reproducen en el espacio las edades de la Historia, la sucesión de las épocas. El pasado se inscribe incluso en las heridas de la piedra. Por el contrario, en el pueblo, el castillo rodeado de sus tierras, sus granjeros y aparceros, con su prestigio y poder, sigue siendo un elemento muy actual y activo de la vida rural. La vieja mansión feudal se distingue muy poco algunas veces de la casa solariega campesina; y la casa ya «burguesa» parece una vivienda campesina algo más «coordinada». El pasado, para quien no analiza, se pierde con frecuencia, se establece, en un presente inmediato y dado en apariencia, o en un solo bloque anacrónico y en desuso. De ahí el carácter a la vez difícil y reciente de la *sociología rural*, ciencia de lo actual, que no puede olvidar a la Historia, pues en ella como en otras partes y más que en otras partes, lo histórico persiste y actúa en lo actual.

II

Advirtamos, de entrada, la escasez de documentos, de textos literarios que proporcionen información sobre la vida campesina, escasez que se da precisamente en épocas en que la agricultura predominaba con mucho sobre cualquier otra

1. Algunos historiadores precientíficos del campo francés, como M. Roupnel, han exagerado la antigüedad y perennidad de nuestros pueblos. Más o menos en todas partes han encontrado el neolítico, restos de la comunidad primitiva, cediendo así a ese mito del «primitivismo» que pesa sobre nuestro pensamiento histórico y sociológico. Estos curiosos historiadores, en nombre de la Historia y de un mito sobre los orígenes, terminan por negar la Historia real.

actividad. Este hecho, cargado de sentido, muestra que enormes fragmentos de realidad desaparecen en las expresiones ideológicas.

Sin ir más lejos, ¿qué nos ha llegado del siglo xvii? Algunas obras técnicas (el *Théâtre d'Agriculture*, de Olivier de Serre). Algunos cuadros (Le Nain). Algunos textos célebres: escenas de Molière (*Don Juan*), fábulas de La Fontaine; una página negra de La Bruyère. Algunos textos menos conocidos (en el *Francion* de Sorel, por ejemplo). Y esto es todo.

En el siglo xviii, cuando se aleja ya la realidad campesina tradicional, ésta aparece en la literatura, con Rousseau. Una nueva agricultura, de tipo capitalista, aparece, y encuentra sus teóricos, sus ideólogos: los fisiócratas. Es necesario, no obstante, esperar el final de lo que ciertos historiadores llaman, quizá con algo de exageración, la «revolución agrícola» del siglo xviii; hay que esperar la «revolución» industrial de la economía, o sea el predominio naciente de la industria sobre la agricultura, y de la ciudad sobre el campo, para que los ideólogos descubran en ella misma y por ella misma la realidad campesina. Estos la alcanzan en el momento en que se agosta, en una crisis profunda, e incluso desaparece por lo que respecta a sus formas tradicionales. ¿Cómo explicar este repentino interés de los escritores, de los historiadores, por la realidad campesina? ¿Melancólica nostalgia ante la desaparición de la vida patriarcal, que tuvo belleza y grandeza a pesar de sus limitaciones, expresión de la importancia política alcanzada por la burguesía rural y los hacendados, los «notables»? Ambas cosas, sin duda. Recordemos, sin profundizar más en el análisis, que dos grandes escritores —Balzac y George Sand— dejaron valiosos documentos sobre la vida del campo en el siglo xix.

El honor de haber iniciado el estudio científico de la historia campesina francesa recae especialmente en una serie de grandes eruditos regionales, demasiado olvidados, cuyas investigaciones, efectuadas a lo largo de la segunda mitad del siglo xix, continúan siendo muy valiosas en la actualidad: Léopold Delisle (Normandía), Charles de Ribbe (Provenza),

2. La abundancia de los documentos de archivos, ingratos y sórdidamente económicos de contenido (todos son relativos a los derechos feudales y a la hacienda) acusa el contraste entre la realidad y las formas de conciencia, en una sociedad de clases fundada en la opresión de los campesinos.

Brutails (Rosellón-Cataluña), Bladé (Gascuña), Curie-Seimbres, Cennac-Moncaut («bastidas» del Mediodía, Pirineos), etc.³

Apenas surgidas, la historia y sociología rurales fueron objeto de un audaz raptó ideológico. Si la doctrina de los fisiócratas refleja las ideas e intereses de la gran burguesía progresista del siglo XVIII, las teorías de Le Play expresan claramente las preocupaciones y los fines de la burguesía en el poder. ¿Por qué Le Play se interesó por los campesinos, las comunidades familiares y rurales? Porque en ellas descubre «virtudes», «valores» morales: la estabilidad, la obediencia, la resignación. Lo dice explícitamente, sin ni siquiera pararse a reconocer que estos valores «morales» son al mismo tiempo y especialmente valores «políticos». Le Play soñaba con restaurar las comunidades tradicionales, familiar y de pueblo, por entonces ya en plena disolución. Dedicado al estudio de estos hechos sociales en los Pirineos, tuvo la osadía de proponer como norma y modelo una familia de quince personas (los Melouga, de Cauterets) que residían en una vivienda de tres habitaciones y consumían en total tres kilos de azúcar y cincuenta litros de vino anualmente. La ambigüedad de la ideología reaccionaria aparece con toda evidencia en obras de este estilo; ¡la burguesía, que se enriquecía con la extensión del mercado, ensalzaba al mismo tiempo, por razones políticas muy claras, formas de vida anteriores y exteriores a la economía comercial e industrial!

A pesar de estos defectos, en algunos aspectos, las monografías de Le Play son modélicas. El presupuesto de la familia Melouga —documento que se revuelve contra su autor— no ha sido superado en lo que se refiere a precisión y minuciosidad en las observaciones sociológicas. Paralelamente, la so-

3. Recordemos también el libro ya caduco, pero que hizo época, de BONNE-MERE, *Histoire des paysans depuis la fin du moyen âge jusqu'à nos jours*, París, 1856; la hermosa obra de Guérard por el políptico de Irminon, etc.

4. Sería curioso comparar, tanto desde el punto de vista metodológico (método empírico y normativo por un lado; histórico, materialista y dialéctico por otro) como desde el punto de vista del contenido (reaccionario por un lado, revolucionario por otro), la principal obra de Le Play con las obras de Engels consagradas al problema campesino. Los títulos son ya significativos: *L'organisation de la famille d'après le modèle éternel prouvé par l'observation des races* (LE PLAY); *Orígenes de la familia, de la propiedad y del Estado* (ENGELS).

ciología descriptiva, empirista y positivista de Le Play, encerrando de hecho afirmaciones normativas y metafísicas más que dudosas, inauguró toda una serie de obras sociológicas y literarias consagradas a la vida campesina, sobre las cuales, lo mínimo que puede decirse es que no hicieron avanzar el conocimiento científico.

¿Puede considerarse tendencioso señalar la situación de los estudios y del problema, en Francia e incluso fuera de ella, es decir, su «politización»? No. Es un hecho, y además un hecho sociológico de gran importancia.

A la tendencia «derechista» en el estudio de los problemas campesinos (pasado, presente, futuro del campesinado), se opuso y se opone una tendencia «izquierdista». A los trabajos que tratan de justificar con descripciones empiristas ciertas tesis morales, metafísicas y políticas, se oponen trabajos históricos, que entienden la realidad en su movimiento y sus tendencias, trabajos objetivos por lo tanto, trabajos influidos por el marxismo o expresamente marxistas. ¿Hay siquiera necesidad de rememorar los nombres más célebres de esa magnífica sucesión de historiadores-sociólogos, que buscaron documentación y a la vez observaron de la realidad viva, y tanto enriquecieron el conocimiento sobre el agro francés?»

Señalemos también la aportación considerable de la escuela de *geografía humana*, aunque ciertas obras no logran desprenderse de un «geografismo» algo rígido; y otras presentan vastas enciclopedias regionales donde encontramos un poco de todo: geología, geografía, física, estudios descriptivos del habitat y del modo de vida, economía política e incluso historia y sociología propiamente dichas. Esto de-

5. No todas las conclusiones de la escuela histórica francesa contemporánea parecen igualmente sólidas: como para toda ciencia que avanza, es posible que haya llegado el momento de su revisión. Un simple hecho: en el sur de Francia e incluso en Provenza, cuando una explotación rural se extiende y alcanza una determinada superficie, pasa frecuentemente de la alternación bienal de cultivos a la alternación trienal; simplemente porque el tercio de la superficie global, cultivado con trigo, patatas, etc., satisface ya las necesidades de la explotación. ¿Es la alternación bienal un carácter de la agricultura meridional francesa, determinado sea por el clima, sea por una tradición inmemorial? ¿No habrá también —y sobre todo— una cuestión de «estructura» de la propiedad? El problema queda planteado. No es el único que podrá llevar a una reconsideración de tesis que parecían, hace todavía pocos años, establecidas y demostradas.

muestra, dicho sea de paso, hasta qué punto la noción de «geografía humana» necesita hoy ser revisada y precisada.

Desde hace veinte años, tanto en Francia como en el extranjero y en las colonias francesas, administradores, sociólogos, etnógrafos y geógrafos se han librado de los prestigios filosóficos derivados de la lógica formal, y de los prejuicios jurídicos procedentes del derecho romano. Estos prejuicios falseaban las perspectivas hundiendo en el absurdo y la barbarie todo tipo de realidades: la vida comunitaria, el derecho consuetudinario, el pensamiento inmediato... En Africa, en Madagascar, en Indochina, y en otros lugares, los investigadores descubrieron bajo diversos nombres esta realidad tan próxima a nosotros: el pueblo, los campesinos, la comunidad campesina. (Véanse las obras de Labouret, Weulersse, Sicard, etc.)⁶ Los trabajos de Sumner Maine y Baden-Powell (más antiguos) han sido, pues, completados y enriquecidos con aportaciones recientes.

En Estados Unidos la *sociología rural* se ha convertido recientemente en ciencia especializada, una rama de la sociología general, y es enseñada en las universidades. Este puesto privilegiado se explica quizá por los graves problemas planteados por la agricultura americana. No obstante, la aportación de los enormes tratados de Rural Sociology no está siempre en proporción a su amplitud. En lo concerniente a la comunidad rural —el pueblo—, los autores de estos tratados estudian minuciosamente, con mapas y diagramas, el desarrollo de servicios, los perímetros (*service areas*) cubiertos en un aglomeración por el cartero, el médico, la escuela, el centro comercial, el templo, etc. ¡Incluso estudian sociométricamente las visitas que las familias campesinas vecinas intercambian los domingos!⁷ El carácter

6. Mencionemos en particular los trabajos de los sociólogos rumanos, especialmente la bella monografía en tres volúmenes, publicada en 1938 sobre un pueblo arcaico (Nerej) de una región montañosa, la Vrancea. Señalemos asimismo que las investigaciones de los historiadores de la Antigüedad sobre los orígenes de la ciudad griega o romana han progresado en el mismo sentido. (Cf. numerosas indicaciones en las obras de M. GERNET; cf. «Annales d'Histoire Econ. et Sociale», IX, pp. 324 y ss.)

7. Cf., por ejemplo, KOLB y BRUNNER, *Study of Rural Society*, pp. 313 y ss. Señalemos algunos trabajos notables, como el libro de Paul LANDIS, *Rural Life in Process*, 1948. Landis es casi el único que estudia la vida rural en su devenir. Menciona los pueblos de tipo europeo del

descriptivo y normativo a un tiempo de esta sociología se manifiesta frecuentemente. Los autores estudian, como simples hechos en medio de otros hechos, los esfuerzos de ciertas asociaciones u organizaciones más o menos institucionales (comités, clubs, etc.) para «hacer olvidar» a los miembros de «comunidades rurales» las diferencias de prestigio, es decir de fortuna. De esta forma Kolb y Brunner atribuyen, según Moreno, un «poder terapéutico» a todo cuanto fortifica la *community identification and consciousness*. Reconocemos sin dificultad, con una terminología diferente, y en otras condiciones, la actitud de Le Play.⁹ En conjunto estos sociólogos acusan el hecho de ocuparse de una realidad *sin pasado*, y, por así decirlo, sin espesor histórico. De ahí el carácter empirista, descriptivo, no histórico, de sus investigaciones.

En la URSS el estudio de la realidad campesina está necesariamente unido al intento de transformar esta realidad, es decir, a la teoría económica y política. La sociología rural tiene, sin embargo, su objeto propio: el análisis de las tradiciones locales o nacionales aún vigentes. La sociología rural estudia las condiciones concretas de la vida campesina, los sistemas de cultivos elaborados por la evolución histórica y que la agrobiología vuelve parcialmente a considerar (alternación de cultivos, etc.). Finalmente, numerosos trabajos históricos han proseguido el estudio, iniciado desde hace tiempo, de las comunidades de poblado (*mir*) y de familiares (*dvor*), su formación, su declive, su disolución.⁹

Nordeste (habitat concentrado, alternación de cultivos regular, bienes comunales, etc.) y los pueblos franceses del Mississippi. Estudia el problema de los negros y de los *poor whites* en el Eorn Belt. Muestra la deuda hipotecaria de los campesinos pobres sin medios (p. 418), la insuficiencia de electrificación (p. 432), el deficiente estado sanitario (p. 489), el carácter feudal de las plantaciones del sur, etc.

8. Los autores citados, por otra parte, llegan a una conclusión escéptica: «*Unfortunately, such high ideals are yet to be realized in many a local rural community. On the debit side, some researchers report that even churches and schools perpetuate class lines and accentuate differences*» (op. cit., p. 23).

9. Cf. en el «Bulletin de l'Academie des Sciences de l'URSS», 1947, núm. 2, un largo informe basado en la importante obra de B. D. Grebov sobre la historia del campesinado ruso.

III

En primer lugar, conviene distinguir tres aspectos de la cuestión, o más bien tres realidades histórico-sociológicas relacionadas entre sí, aunque imposibles de confundir: a) la comunidad más vasta: clan, asociación o federación de pueblos; * b) la comunidad del pueblo propiamente dicha, o comunidad rural; c) la comunidad familiar (comunidad ignorada por nuestros historiadores: familia patriarcal, *zadruga*, *dvor*, etc.).

El segundo de estos tres términos, a saber, la comunidad del pueblo (sin duda alguna la forma de sociedad menos estudiada) nos interesa principalmente. ¿Qué es la comunidad del pueblo? Importa precisar su noción y dar una definición que reúna los diferentes aspectos revelados por el análisis. (Nuestra definición, que podrá parecer abstracta y a priori, resume de hecho y concretamente un análisis ya efectuado, y permitirá profundizarlo.)

a) La comunidad rural o comunidad del pueblo no es una fuerza productiva, ni un modo de producción. No es una fuerza productiva, aunque, evidentemente, está relacionada con el desarrollo de las fuerzas productivas: la organización del trabajo de la tierra en determinadas condiciones técnicas (utillaje) y sociales (división del trabajo, modalidades de cooperación).

Todos los historiadores de la comunidad rural han insistido sobre el hecho de que, en cierta época (en el siglo XVIII en Francia; en el XIX y en los veinte primeros años de nuestro siglo en Rusia) esta comunidad ha obstaculizado el desarrollo de las fuerzas productivas impidiendo la libertad de los cultivos, paralizando las iniciativas del individualismo agrario entonces en progresión, sometiendo al individuo a coacciones tradicionales, entorpeciendo la introducción de nuevos cultivos y de nuevos instrumentos, etc. Georges LeFebvre, Henri Sée y Marc Bloch han aportado sobre este punto una documentación decisiva.

Una vez entrada históricamente en conflicto con las fuerzas productivas, la comunidad rural ya no puede identificarse con ellas. Pero no es en sí un modo de producción. En efecto, el pueblo aparece desde que hay fijación al suelo de

10. Como la Vrancea estudiada por los sociólogos rumanos; o como las asociaciones y sindicatos de los valles pirenaicos franceses.

un grupo de hombres, anteriormente nómadas o seminómadas. Desaparece, en el sentido preciso de la palabra, ante ciertas condiciones, especialmente la gran explotación (de tipo antiguo: *villae* romanas, latifundios; de tipo feudal: dominio señorial; de tipo industrial: grandes granjas capitalistas, *chojov* socialista).

La comunidad rural se mantiene, se defiende, desaparece o se reconstituye bajo modos de producción muy diferentes: esclavista, feudal, capitalista, socialista. Persiste, más o menos viva, en ascensión o disolución, desde los tiempos más remotos hasta nuestros días; ciertamente no extraña a las vicisitudes de la Historia y las transformaciones económico-políticas, pero con vida e historia propias.

Sin lugar a dudas constituye, pues, una *forma de comunidad*, como la familia, o la nación, formas todas ellas que aparecen, se transforman, se desarrollan o perecen en condiciones determinadas ante el nivel de las fuerzas productivas y el modo de producción, sin por esto identificarse con estas determinaciones del proceso económico-social.

b) La comunidad rural es una forma de comunidad *orgánica*, y no se reduce a una solidaridad mecánica de elementos individuales. Allí donde triunfan el intercambio de mercancías, el dinero, la economía monetaria y el individualismo la comunidad se disuelve, es reemplazada por la exterioridad recíproca de los individuos y el «libre» contrato de trabajo. La conformidad reúne, orgánicamente, no ya individuos, sino comunidades parciales y subordinadas, familias (de diferentes tipos, pero inseparables de la organización general de la comunidad).

Quizá extraña ver que usamos aquí la antigua distinción entre solidaridad «orgánica» y solidaridad «mecánica» de los elementos sociológicos.

La solidaridad orgánica, en comunidad, precede en la Historia a la solidaridad «mecánica». Esta última representa la dispersión, la disolución, la atomización por el individualismo «puro» de la comunidad orgánica. Esta sucede a la solidaridad mecánica sólo cuando se reconstituye sobre bases más o menos nuevas, después de un período de disolución.

c) En la noción de comunidad rural, es evidente que no se puede hacer abstracción del régimen de propiedad. Allí donde la propiedad triunfa en el sentido del Derecho romano (propiedad quiritaria) la comunidad tiende a desaparecer

o desaparece completamente. Este triunfo de la propiedad privada, del *jus utendi et abutendi* representa un caso límite abstracto; allí donde la propiedad privada (individual) ha sido proclamada, los derechos de la familia, o de la nación, o del Estado, la han limitado de hecho.

Por otra parte, la propiedad «colectiva» absoluta constituye también un caso límite. Desde la más remota Antigüedad, los bienes de consumo y una parte de los instrumentos fueron objeto de apropiación privada. De la misma forma ocurrirá en el futuro, hasta donde nos permiten prever nuestros conocimientos económicos, políticos y sociológicos. La ausencia de esta distinción tan simple y evidente —entre medios de producción y bienes de consumo— ha contribuido y contribuye a confundir muchas cuestiones relativas al régimen de propiedad. De hecho, todas las sociedades se han situado y se sitúan entre estos límites abstractos, propiedad colectiva y propiedad privada, más o menos cerca de uno u otro límite. A partir de la relación variable entre estos términos nos es posible establecer el principio de una clasificación de las formas de comunidad:

Propiedad colectiva y propiedad indivisa. Distingámoslas cuidadosamente. Las palabras «propiedad colectiva» designarían una organización social en la cual no quedaría ya apropiación privada. El régimen social del clan, basado en la recogida de alimentos silvestres y en la caza y la pesca, se acercaría en el pasado a este límite. Pero las palabras «propiedad colectiva» designan también el derecho eminente que se reservan ciertos tipos de comunidad, dejando a sus grupos primarios (familias o incluso pueblos) el goce, uso, usufructo y posesión útil del suelo. Por ejemplo, cuando existe —incluso en ciertas formas tardías como el *mir* en el siglo XVIII y posteriormente— redistribución periódica de tierras, cuando el lote de cada grupo elemental es considerado tan sólo como atribución provisional, se hablará todavía, en ciertos casos, de propiedad colectiva.

Las palabras «propiedad indivisa» designan, al contrario, la parte del suelo que no es o no ha sido todavía atribuida a los grupos primarios, cuando ya la propiedad privada se ha estabilizado. La indivisión coexiste, pues, con la propiedad privada, a pesar de existir entre estos dos términos un profundo conflicto. De esta forma, los propietarios ya establecidos, en todos los países del mundo, tuvieron la tendencia históricamente a «pellizcar» o a repartirse propiedades

indivisas de las comunidades rurales (la cuestión de los «cercados» en la historia inglesa; de los comuneros franceses, al final del siglo XVIII, etc.). Los pastos, las montañas, los bosques, el agua, fueron, y son aún en parte, propiedades indivisas en la comunidad rural francesa. A la escala de la familia, el patrimonio y la casa se mantuvieron con frecuencia propiedad indivisa de la comunidad familiar (aunque en este caso el régimen de propiedad evolucionó rápidamente hacia la propiedad individual del jefe de familia, *paterfamilias* del Derecho romano). Es evidente que toda comunidad tiene su fundamento en una propiedad, colectiva o indivisa.

Atribución por partes iguales. Las comunidades de pueblo en el marco de una asociación más amplia, comunidades familiares en el marco de la comunidad del pueblo y los miembros individuales en el marco de la comunidad familiar, pueden tener derechos iguales sobre los bienes colectivos o indivisos. En este caso, reciben lotes iguales en caso de atribución provisional, periódica, o definitiva. Se apropian lotes iguales en caso de disolución de la comunidad.

Atribución por cuotas desiguales. Los mismos grupos o elementos de grupos pueden tener, o recibir (a veces por el engaño, y la violencia; o por un proceso natural de diferenciación) derechos desiguales. Por ejemplo, en el cuadro de la unidad más amplia las comunidades aldeanas recibirían un derecho proporcional a su población, o a su riqueza, o a su fuerza. En el cuadro de la comunidad del pueblo, las familias recibirían legados (temporales o definitivos) proporcionales al número de bocas a alimentar, o a los instrumentos de cultivo detentados, o al ganado poseído, o incluso a la participación en los gastos, o a la riqueza adquirida (riqueza en dinero cuando la economía monetaria se establece). Asimismo, por último, en el cuadro limitado de la familia, ciertos miembros —las mujeres, las hijas, los hijos menores, los niños en general— pueden perder derechos en provecho de un miembro privilegiado: el padre, el hermano mayor, algunas veces la hermana mayor, o el benjamín de los varones.

d) Este análisis de las relaciones de propiedad no agota, ni mucho menos, la noción de comunidad rural. Esta comporta también *disciplinas colectivas*, extremadamente variadas en cuanto a sus modalidades y su vigor. El estudio de estas disciplinas introduce al sociólogo en la vida concreta

de los grupos campesinos: pastores de toda una aldea y a veces pastoreos «colectivos» de comunidades pastorales; trashumancias organizadas; campos dispuestos en sectores u «hojas» con cultivos regulados (rotativos); pastoreo libre, es decir, campos abiertos a todos los animales de la comunidad, desde la siega de la hierba de la casa; constituyen sólo algunos casos, los más familiares, los más cercanos a nosotros, observables todavía en muchas zonas del campo francés como ejemplos de disciplinas colectivas. En nuestras modernas cooperativas agrícolas, que en un sentido reconstituyen (sobre una base técnica, económica y política nueva) la comunidad organizada, el individualismo del siglo XIX deja de nuevo lugar a las disciplinas colectivas.

Debe evitarse considerar estas disciplinas bajo el esquema durkheimiano: obligación-sanción. Estas disciplinas tuvieron y tienen aún un fundamento práctico. Quienes querían sustraerse a ellas, pudieron hacerlo, salvo en algunas épocas de endurecimiento de la comunidad. Pero ¿encontraron alguna ventaja en esta independencia? Consideremos un ejemplo preciso. En todas las comunidades rurales, incluso en plena disolución, incluso en las individualizadas al máximo, las *relaciones de vecindad* tienen una extrema importancia. Su forma y su contenido difieren: en casos son estrictamente prácticas (intercambio de ayuda en los trabajos más pesados, *souhaitage* en el Gâtinais, *arban* en el Limousin y la Marche, en otros casos son prácticas con ritualización muy marcada (País Vasco y Béarn, donde los vecinos tienen una función oficial en las ceremonias familiares, bodas, entierros), y en otros casos son casi exclusivamente suntuarias (como en el caso de las visitas recíprocas, estudiadas por los sociólogos americanos). Casi siempre, las relaciones de vecindad han tenido o conservan un fundamento práctico. Con toda evidencia, en la antigua comunidad rural francesa, el trabajo sobre las parcelas yuxtapuestas y en intercambio de ayuda para este trabajo exigían la simultaneidad de las culturas; y esto no se hacía en nombre de una mentalidad o una entidad colectivas, sino por razones muy simples. A la obligación práctica correspondía una sanción igualmente práctica: el independiente, abandonado a sí mismo, habría visto su parcela invadida por el ganado de la comunidad, si hubiera tomado la desgraciada iniciativa de sustraer su tierra a los cultivos rotativos. Pero la forma regular de las parcelas, que tanto ha intrigado a historiadores y sociólogos, hay

que atribuirla mejor a razones prácticas que a tradiciones un tanto misteriosas. En la antigua comunidad, la forma regular evitaba en lo posible, en la ausencia de límites —setos, vallas—, las querellas de límites, las contestaciones y procesos.

Si esto es cierto, se puede hablar de disciplinas, no de obligaciones colectivas; habría que hablar de alternaciones de cultivos regularizados, no de rotación forzada, lo que sugiere la idea de una presión colectiva exterior —salvo en casos particulares— al buen saber campesino tradicional...

e) Por último, estas formas de organización tendieron siempre a suscitar funciones directivas. Funciones en un principio casi exclusivamente técnicas: la asamblea general de la comunidad, o la asamblea restringida de los jefes de familia, delegaba sus poderes a algunos de sus miembros, cualificados por sus conocimientos. Ancianos, y más tarde notables. Este consejo técnico fijaba las fechas importantes (siegas, vendimias, partida de los rebaños trashumantes), reglamentaba las acciones de interés colectivo, discutía los acontecimientos, supervisaba la ordenación de las fiestas, la ejecución de los ritos consuetudinarios. De este consejo dependía, pues, la organización de la comunidad *en el tiempo* (calendario de trabajos y fiestas) y *en el espacio* (reparto de lotes y porciones; de trabajos de interés general, etc.).

Pero estas funciones, confiadas en un principio (democráticamente) a individuos que representaban a la comunidad, más temprano o más tarde no pudieron separarse de funciones de otra naturaleza: las funciones *políticas*. Estas tuvieron varios aspectos: defensa de la comunidad contra las presiones y peligros exteriores, arbitraje en el seno de la comunidad, ya diferenciada, entre los diferentes grupos de intereses y las clases sociales nacientes o ya constituidas —poder, finalmente, ejercido sobre la comunidad por uno de sus miembros, o por un elemento exterior, en nombre de un Estado superior a ella...

Llegamos así a una definición: *La comunidad rural (campesina) es una forma de agrupación social que organiza, según modalidades históricamente determinadas, un conjunto de familias fijadas al suelo. Estos grupos primarios poseen por una parte bienes colectivos o indivisos, por otra bienes «privados», según relaciones variables, pero siempre históricamente determinadas. Están relacionados por disciplinas colectivas y designan —aun cuando la comunidad guar-*

de vida propia— responsables mandatarios para dirigir la realización de estas tareas de interés general."

IV

Observemos ahora los problemas planteados por la realidad histórico-sociológica que hemos definido; algunos de ellos son suscitados por la definición misma, y otros son parcialmente esclarecidos o resueltos por ella.

a) *Problemas de origen.* ¿Podemos, histórica y sociológicamente, relacionar las formas de comunidad campesina con una agrupación originaria, primitiva, elemental, indiferenciada? La ausencia de una distinción que se imponga, como se ha visto anteriormente entre los instrumentos (medios de producción, la tierra considerada como un medio de producción) y los bienes de consumo (inmediato o no) ha confundido las discusiones alrededor del *comunismo primitivo*. Esta hipótesis, a pesar de las objeciones que le han sido dirigidas, y que se apoya precisamente en la ausencia de distinción anteriormente mencionada, es hoy la más satisfactoria.

Falta por establecer las condiciones precisas de la fijación al suelo de los grupos nómadas o seminómadas. Sobre la invención de la agricultura (sin duda por las mujeres), sobre sus primeros progresos, sobre los cultivos itinerarios practicados por grupos seminómadas, sobre los desplazamientos de estos grupos, sobre la combinación del trabajo agrícola con la ganadería (y también con la guerra, el pillaje, el rapto y el empleo de esclavos, etc.) existe una vasta documentación histórica y etnográfica en espera de su elaboración teórica. Más concretamente, en lo que concierne a la comunidad del pueblo, el problema de origen se plantea así: ¿es resultado, esta comunidad, de la disolución, o del estallido del grupo primitivo (clan), o bien de una asociación de grupos primarios (comunidades familiares)?

El problema, planteado bajo forma de dilema abstracto, puede parecer falso e insoluble. En ciertos casos, en ciertas condiciones históricas, parece verosímil que hubiera disper-

11. Comparar con la definición de Kolb y Brunner: «*A rural community consists of the social interaction of the people and their institutions in the local area*» (definición tomada de GALTIN, *Rural Social Problems*, University of Wisconsin).

sión, diferenciación, estallido del grupo primitivo; el pueblo se formaría entonces a partir de una comunidad preexistente. En otros casos —roturación de terrenos, concentración, conquista, densidad creciente de población sobre un territorio— el pueblo se pudo formar por asociación de agrupaciones familiares más limitadas. La historia de la comunidad campesina rusa, de la *obstchina* (comunidad primitiva), del *mir* (comunidad administrativamente constituida), del roturado y de la colonización de los vastos territorios del Sur de Rusia, parece mostrar los dos tipos de formación, siempre bajo condiciones históricas y sociológicas determinadas.

b) *Problemas de filiación, de sucesión, de causalidad sociológica.* Contra el evolucionismo simplificador de finales del siglo XIX, representado particularmente por E. de Laveleye,¹² es preciso admitir que la «evolución» de la comunidad campesina ha sido más compleja y más accidentada de lo que se pensaba entonces. Estos primeros teóricos, en particular Laveleye, tuvieron el gran mérito de presentar la unidad del problema, la sucesión de formas de comunidad. Pero las analogías establecidas por ellos nos parecen hoy algo precipitadas. De esta manera Laveleye comparaba la antigua «comunidad silenciable» francesa con la *zadruga* balcánica y con el *mir* ruso, relacionando todas ellas con la comunidad primitiva. Hoy sabemos que el *mir* fue una creación administrativa del poder zarista del siglo XVIII —a partir, es cierto, de una antigua tradición campesina; y, con ello, el poder del Estado se proponía, como la escuela de Frédéric le Play, fijar en su provecho la realidad cambiante. Por su parte, la «comunidad silenciable y la *zadruga* —comunidades familiares y no del pueblo como el *mir*— difieren profundamente en la función y autoridad del jefe de familia.

El historiador y el sociólogo no pueden admitir la hipótesis de una evolución continua (que, desde el siglo XIX, había ya sido superada por Engels). La comunidad campesina había ya sufrido transformaciones sobre nuestro territorio, una diferenciación, y un principio de disolución cuando llegaron los romanos. César es un testimonio de ello y nos muestra

12. *De la propriété et de ses formes primitives*, París, 1877; *La Péninsule Balkanique*, París, 1888, etc. Cf. también KOWALEVSKY, *Coup d'oeil sur l'évolution du régime économique et sa division en périodes*, París, 1896; *Passage historique de la propriété collective à la propriété individuelle*, París, 1896.

la existencia entre los «galos» de caciquismos locales, o regionales, y de vasallajes. El Derecho romano, la noción romana de propiedad, la constitución de vastos dominios, acentuaron esta disgregación y llevaron, posiblemente, a una desaparición parcial de la comunidad campesina. Pero ésta se reconstituyó y se reforzó en lo que había conservado en el curso de la lenta disolución de la sociedad antigua, y sobre todo después de la fijación al suelo de los invasores bárbaros. Estos aportaron una renovación de la comunidad, *no como germánicos, sino como «bárbaros», es decir, más próximos de la sociedad primitiva*. Este hecho histórico y sociológico, de importancia primordial, puede ser demostrado por el análisis de una serie de textos (*Lex Romana Wisigothorum*: Sentencias de Pablo, Breviario de Alarico; *Liber o Forum-judicum*; *Leyes de Reaswindo*, de Wamba, etc.). El análisis, a la vez histórico y sociológico, de estos textos, y de la influencia en el Sur de Francia (y en España) de este compromiso entre el Derecho romano y el derecho bárbaro (consuetudinario, comunitario) parece mostrar de una manera satisfactoria una reconstitución o una reafirmación de la comunidad campesina (agropastoral) en el área considerada. El error de los historiadores fue con frecuencia, según parece, considerar el derecho visigodo como un derecho *germánico*, en lugar de considerarlo como derecho consuetudinario *bárbaro*...

Los hechos sociológicos contemporáneos muestran la complejidad, la interrelación de los fenómenos humanos. En la actualidad, observamos supervivencias profundas, e incluso cierta consolidación, de la familia de tipo patriarcal. En este tipo de familia, el fin primordial de la organización consiste en la transmisión intacta del patrimonio confiado al jefe de familia (*paterfamilias*). Subsiste en ella el derecho de primogenitura, y para conservarlo se tergiversa el Código Civil, o se eluden las leyes relativas a la herencia (corregidas oficialmente por una reciente legislación). En el País Vasco, Béarn y Bigorre esta conservación de la familia patriarcal va unida también a claras supervivencias de la comunidad de pueblo. En otros lugares observamos una extrema individualización, que lleva, tanto en la familia como en el pueblo, a la desaparición de la mentalidad y la propiedad comunitarias. Por último, el vasto movimiento cooperativo —movimiento complejo, con aspectos diversos y tendencias opuestas— presenta una reconstitución de la comunidad de pue-

blo, sobre una base técnica, económica y política completamente nueva.

A pesar de la variedad y complejidad de las formas, a pesar de las discontinuidades que interrumpen el proceso histórico-sociológico, la hipótesis de una sucesión causal de las formas de propiedad y comunidad merece ser examinada. Solamente esta hipótesis permite elaborar una teoría científica que explique los hechos. Solamente así podremos dominar el proceso sociológico, encontrarle una estructura inteligible, y abordar de esta forma el análisis de los hechos concretos, históricos y actuales. De acuerdo con esta hipótesis, el transcurrir del grupo estudiado va desde la comunidad primitiva indiferenciada hasta la disolución de esta comunidad por el individuo diferenciado —desde la propiedad colectiva hasta la propiedad privada, desde la igualdad hasta la desigualdad, desde el grupo comunitario orgánico hasta su dispersión. Pero, *al mismo tiempo*, en épocas diversas, y particularmente en la nuestra, aparecieron tendencias inversas que intentaban dirigirse hacia una igualdad jurídica y social de los individuos, hacia una reconstitución de la comunidad sobre bases más o menos nuevas.

De esta forma, la teoría sociológica puede y debe cooperar con la historia, con la economía política, para extraer la *ley general del proceso*, sin omitir las formas contingentes o aberrantes, sin ignorar la extrema complejidad de los hechos.

c) *Problemas históricos: la interacción de las formas.* Deducimos, pues, que la comunidad rural no tiene nada de inmutable o eterna. En ciertas condiciones desapareció o desaparece. Quizá desaparezca completamente: en las formas industrializadas de la agricultura (la gran granja capitalista, o, con una estructura económica y social totalmente distinta, el *chojov*) no se puede ya hablar de pueblo o comunidad rural en el sentido preciso de estos términos. Como toda realidad histórica, la comunidad campesina se desarrolló, se reafirmó y se disolvió. ¿En qué condiciones? Este es el problema histórico, concebido en toda su amplitud.

Empezamos apenas a reconstituir esta historia, a entrever, por ejemplo, las encarnizadas luchas, los combates sostenidos por las comunidades campesinas contra las fuerzas exteriores, contra el feudalismo de la Edad Media, contra el Estado centralizado más tarde (este conflicto se prosigue actualmente bajo nuevas formas, con tendencias y acciden-

tes variados, en una gran parte del mundo: Africa, Asia, etc.).

La atención de los historiadores de nuestra Edad Media y de nuestro Antiguo Régimen se fija casi exclusivamente en las comunas urbanas y las ciudades. Sin embargo, el movimiento campesino, en cualquier época, no desmerece en importancia al de las ciudades. Lo precede, lo acompaña, o lo sostiene. Al esfuerzo, fundamental, de las masas campesinas, agrupadas o reagrupadas en comunidades rurales, podemos atribuir el final del declive del mundo antiguo, o el final de la anarquía feudal." En el lejano despertar de los tiempos modernos, encontramos una especie de «revolución de los siervos», revolución incompleta, esporádica, pero profunda, económica, social, jurídica y política a un tiempo, tan pronto violenta, tan pronto lenta y profunda, pero que llevó a la emancipación parcial de la clase campesina y a la toma de posesión parcial del suelo por los campesinos.

Hecho sociológico importante: no es, o no es solamente, la diferenciación social, la desigualdad de condiciones, lo que lleva al rompimiento de la comunidad. Para llegar a ello se necesitó el efecto disolvente de la economía mercantil; y también la presión, hábil o brutal, del Estado. El progreso histórico, aquí como en otras ocasiones, se cumple a través de la destrucción de formas que tuvieron su momento de grandeza y fuerza. Observemos, de pasada, el problema de las relaciones entre la comunidad campesina y las formas superiores de la economía (economía mercantil, después industrial, capitalista y en último lugar socialista), así como el de su relación con el Estado. Como ejemplo, nombraremos la vasta cuestión de la política rural del Antiguo Régimen, que tan poco explorada ha sido por los historiadores.

La *ley del desarrollo desigual* de formas análogas, y de la *interacción* de estas formas (que coexisten en diferentes etapas de su vida) parece ser una de las grandes leyes de la historia. Mientras que en ciertas regiones de Francia (Norte, Este, parte del Centro, Sur mediterráneo) la comunidad campesina reemprendía una nueva vida bajo la influencia de los «bárbaros», en otras regiones esta reconstitución era incompleta o inexistente. La influencia del Derecho romano se interrumpió apenas en el Sur mediterráneo; pero en el

13. Rogamos al lector que acepte este enunciado a título de hipótesis, que será apoyada por hechos —y quizás rectificada por trabajos ulteriores.

Oeste, la disolución de la comunidad, el individualismo, muy antiguo, se acentuó debido a las tardías roturaciones de esta parte del suelo francés. No obstante, existieron interacciones, influencias recíprocas; de este modo, en los siglos XI y XII la influencia mediterránea comenzó a excluir del derecho consuetudinario pirenaico a la región Cataluña-Rosellón. Si se verifica la hipótesis aquí admitida, han existido en Francia varias civilizaciones agrarias, determinadas por el clima, por las técnicas, o por causas técnicas. Habrán existido solamente grados y modalidades diferentes de disolución o de reconstitución de la comunidad campesina.

El problema está planteado. En suma, proponemos *considerar el estudio histórico-sociológico de la comunidad campesina como uno de los hilos conductores a seguir en la complejidad de los hechos humanos.*

d) *Otros problemas.* Nos limitamos a mencionarlos: problema de los condicionantes personales (mujeres, hijos menores) en la comunidad campesina, antigua y actual; problemas relativos a la consciencia y la ideología: la sabiduría campesina, sentimiento de lo sagrado, organización y ritualización del tiempo y del espacio en la comunidad...

En este punto, el análisis histórico y sociológico se encuentra con el estudio del folklore, de la elaboración de los mitos, etc.

V

Conclusiones: De esta forma, se precisan, sobre un sector concreto, las perspectivas de una sociología científica y concreta a un tiempo.

Hoy día la vida campesina carece de autonomía. No puede evolucionar de acuerdo con leyes propias; se relaciona de muchas maneras con la economía general, la vida nacional, la vida urbana, la tecnología moderna... Sin embargo, el estudio de esta rica y compleja realidad, en el pasado y en el presente, se encuentra sin cesar ante la existencia o la prolongación de una formación original: la comunidad rural. ¿Qué son hoy casi todos nuestros pueblos, excepción hecha de las tendencias recientes? ¡Comunidades en plena disolución!...

Este breve estudio ha establecido, o al menos sugerido, la posibilidad de una teoría explicativa de esta formación original, reconstituyendo y eslabonando sus momentos su-

cesivos, sin separarlos de la historia general y de la vida social.

Si es cierto que la comunidad campesina puede renacer en la actualidad, en función de exigencias modernas y sobre bases modernas, nada más interesante que este renacimiento; quizá de él pueda surgir un sentido nuevo de la Tierra.

II. Clases sociales en la sociedad rural *

TOSCANA Y LA «MEZZADRIA CLASSICA»

La región Toscana ofrece un excelente ejemplo para el estudio de la estructura agraria, la determinación económica de las clases en el campo y otros índices semejantes:

a) Porque se trata de una vieja región agrícola, en la cual tanto el paisaje como la estructura social han sido trabajados y moldeados en fases sucesivas, acabando por tomar una forma original.¹

b) Porque después de finalizar la Edad Media, Toscana ha conservado esta estructura agraria original, esencialmente fundamentada en la aparcería (*mezzadria classica*) que se fijó y cristalizó en forma fácilmente observable.

c) Porque la documentación existente en los servicios oficiales (Instituto Nacional Italiano de Economía Agraria) y los Sindicatos es extraordinariamente precisa y detallada.

La estructura agraria de Toscana nos muestra la enorme influencia de la ciudad en el campo, como centro económico y político. Florencia, Siena, Pisa, Lucca, Pistoia, han modelado absolutamente los campos que las rodean. A partir del siglo XIII, la antigua aristocracia terrateniente de origen feudal y la nueva aristocracia urbana, de origen mercantil y banquero, reorganizan sus dominios rurales. Las ciudades ofrecían innumerables salidas a los productos agrícolas; y fue preciso aumentar el rendimiento del trabajo y la productividad. La aristocracia urbana se había expandido ya por los alrededores y había roto la resistencia de los señores feudales poco poderosos, a los que acabaron conquistando o comprando sus feudos. Los antiguos dueños del suelo que lograron permanecer, conjuntamente con los nuevos, sustituyeron entonces la explotación servil por la explotación comercial. Eliminaron la tenencia de siervos y el dominio señorial, e instituyeron la aparcería. Recibía el aparcero la mitad de la recolección y la otra mitad quedaba disponible

* «Cahiers Internationaux de Sociologie», núm. X, 1951.

1. Descartamos el análisis estético de este paisaje. En otro trabajo relacionaremos la elaboración estética y el contenido social del paisaje.

para el mercado. Se comprenden muy bien las ventajas de esta solución, en aquel entonces, para los interesados. Con el dominio señorial, la productividad no podía aumentar, no teniendo el trabajador ningún interés; en cuanto a los siervos, o bien pagaban en especies o en rentas fijadas en dinero, dependientes de hecho de las fluctuaciones del mercado o de la moneda. Los terratenientes deseaban evitar la seguridad de las rentas, que habría podido traer consigo la liberación del campesino y la constitución de una clase predominante de pequeños propietarios. Con la aparcería, el campesino llegaba a ser libre, concesionario perpetuo y heredero de la explotación. Tenía, pues, interés en intensificar su trabajo y aumentar así la productividad; pero por otra parte el propietario le cobraba una renta proporcional a la producción, muy elevada: la mitad de los productos básicos, beneficiándose así de todo aumento de la producción. El sistema se impuso a pesar de la resistencia de los campesinos. En cierto sentido, tuvo entonces un carácter de progreso, pero es preciso señalar que este carácter no se debió tanto al sistema de aparcería como a las riquezas de las ciudades y al aumento de las necesidades del mercado urbano.

En consecuencia, la aparcería hubiera podido evolucionar hacia una explotación de tipo capitalista, como sería la granja. Es la evolución seguida, como sabemos, en el Norte de Italia y en la Francia septentrional, donde la aparcería ha desaparecido prácticamente. En Toscana, al contrario, la detención del desarrollo de las ciudades, su estancamiento (motivado por el desplazamiento del comercio mundial hacia el Atlántico), llevó consigo la cristalización de la aparcería (*mezzadria classica*).

Algunos teóricos de la cuestión agraria sostienen, aún hoy, que la aparcería fue y es el «paraíso del campesinado».

De hecho, a partir de la época en que la aparcería podía en cierto sentido ser considerada como una solución, la situación agrícola se ha modificado radicalmente. El aumento de la productividad del trabajo, o del suelo, o simplemente su mantenimiento, presuponen ya otras condiciones. La intensificación del trabajo, la prolongación de la jornada laboral, el número de braceros empleados, ya no son suficientes por sí solos. Ni el campesino ni el herrero del pueblo pueden fabricar los instrumentos de trabajo modernos. Es necesario comprar abonos, herramientas; hay que mejorar las tierras; en una palabra, se necesita capital. Ahora bien, el sistema

mezzadria impide al campesino la acumulación de capital, y en consecuencia su inversión productiva en la tierra que cultiva. Los teóricos «progresistas» del problema agrario consideran, pues, la aparcería como un sistema semifeudal, de transición entre formas precapitalistas de la agricultura y formas más evolucionadas. El examen que haremos más adelante de una explotación en aparcería, demostrará que el aparcerero no puede esperar más que el mantenimiento de su mediocre situación. Sólo el granjero que paga una renta del suelo fija, y en dinero, puede acumular capital, invertirlo productivamente, y beneficiarse en parte de sus inversiones (si el contrato de arriendo se presta a ello, así como la importancia de la explotación, su situación y la naturaleza de la tierra).²

Desde hace varios siglos, ningún impulso económico proveniente del campo o de la ciudad ha logrado modificar la estructura agraria de Toscana. Se ha conservado como era en la época de las comunas, de los señoríos urbanos. En la época de decadencia de éstas, un reflujo de población provocó un aumento de campesinado y de las tierras dadas en aparcería, sin la modificación de las estructuras agrarias fundamentales. Estas estructuras se consolidaron más tarde con un verdadero recrudescimiento del feudalismo: mayorazgos y fideicomisos permitieron a las grandes familias conservar intactas sus propiedades, y aun aumentarlas.

Nacida bajo la influencia del capitalismo incipiente, y sin embargo dentro del cuadro aún existente del feudalismo agrario, la aparcería fue fijada así bajo la influencia de relaciones económicas, sociales y políticas literalmente anacrónicas.

La *mezzadria* no ha significado, pues, una transformación de las relaciones feudales, sino al contrario, un fracaso, un estancamiento en esta transformación, y hasta una regresión.

Parece difícilmente concebible que se la pueda considerar hoy como un sistema satisfactorio. Sólo un espíritu violentamente anticientífico (tanto desde una perspectiva técnica como sociológica) puede explicar una actitud parecida.

La población toscana es aproximadamente de tres millones de habitantes, de los cuales un millón y medio viven sólo de la agricultura (porcentajes por provincia: Arezzo,

2. Se trata, por supuesto, de la agricultura capitalista. Dejamos al margen la teoría general de la renta de la tierra y el análisis crítico de su papel económico.

Distribución de la propiedad del suelo por categorías en las provincias toscanas

Categorías (porcentajes de número y de superficie)											
		Número global	— de		2 a	5 a	10 a	50 a	100 a	500 a	+ de
			2 ha	5 ha	10 ha	10 ha	50 ha	100 ha	500 ha	1.000	1.000
AREZZO	Número	36.475	60,6	16,4	9,1	11,1	2,3	0,3	0,1	0,1	0,1
	Superficie	313.811	4,1	6,1	7,5	27,4	24,5	12,5	9,8	8,1	8,1
FLORENCIA	Número	34.845	63,9	13,4	8,1	10,8	2,8	0,7	0,2	0,1	0,1
	Superficie	368.022	2,8	4,1	5,4	22,2	25,0	21,0	12,0	7,5	7,5
GROSSETO	Número	34.277	69,7	14,9	6,3	6,6	1,7	0,4	0,1	0,1	0,1
	Superficie	438.330	3,1	3,7	3,4	11,3	12,4	10,7	10,0	45,4	45,4
LIORNA	Número	16.172	72,5	14,7	6,3	5,0	1,0	0,3	0,1	0,1	0,1
	Superficie	117.593	5,3	6,4	6,0	13,8	13,6	14,1	9,3	31,5	31,5
LUCCA	Número	106.232	85,0	9,4	3,1	1,7	0,2	(% muy débil)			
	Superficie	170.351	22,8	18,4	13,3	19,3	8,6	3,6	4,0	10,4	10,4
MASSA CARRARA	Número	70.874	85,0	9,3	3,5	2,1	6,1	(% muy débil)			
	Superficie	110.135	22,8	18,4	15,8	23,7	5,4	5,2	4,3	4,4	4,4
PISA	Número	30.369	76,8	10,9	5,3	5,1	1,3	0,4	0,1	0,1	0,1
	Superficie	233.150	4,4	4,5	4,9	13,9	16,4	15,7	11,6	28,6	28,6
PISTOIA	Número	44.617	81,1	11,9	4,3	2,5	0,2	(% muy débil)			
	Superficie	92.692	16,8	17,9	14,0	22,2	10,7	5,2	6,2	7,0	7,0
SIENA	Número	19.268	61,1	14,6	8,0	10,5	3,9	1,2	0,4	0,3	0,3
	Superficie	372.628	1,7	2,4	3,0	12,1	19,8	19,1	16,8	25,1	25,1
TOSCANA	Número	393.192	76,9	11,7	5,1	4,8	1,0	0,3	0,1	0,1	0,1
	Superficie	2.316.712	6,2	6,6	6,4	17,6	17,2	13,7	10,7	21,6	21,6

Pequeña propiedad Propiedad mediana, grande y muy grande

66,5 % de la población; Siena, 66,3 %; Grosseto, 61,9 %; Pisa, 51,8 %; Pistoia, 46,7 %; Lucca, 39,7 %; Florencia, 35,7 %; Liorna, 27,6 %). El conjunto de la región se divide en: 55 % de colinas, 30,7 % de terreno montañoso, y solamente el 13,3 % de llanura (cuenca inferior del Arno, llanura de Grosseto, Valle de los Apeninos).

La superficie global de Toscana, es de 2.216.000 ha. Las colectividades, bien sean el Estado, los municipios, o las comunidades religiosas, poseen el 14,7 % de la superficie catastrada, o sea 325.460 ha., consistentes principalmente en bosques y pastos.

Si contamos como pequeñas explotaciones las que cubren menos de 10 ha. encontramos que representan el 93,7 % del total del número de explotaciones, y, sin embargo, no consisten más que en el 19,2 % de la tierra. Mientras que el 0,1 % (uno entre mil) de los propietarios poseen el 21,6 % de la tierra; y el 0,2 % (dos entre mil) poseen el 32,3 %. En particular, 164 agricultores poseen 310.896 ha.; 1.700 grandes terratenientes poseen el 46 % de la tierra, en tanto que 348.312 pequeñas explotaciones no ocupan más que 283.739 ha. El dominio de la gran propiedad es, pues, un hecho claro. En cuanto a la mediana (de 10 a 50 ha.), de origen generalmente burgués y capitalista (no medieval), ocupa sólo el 17,6 % de la superficie; y por ende, se trata frecuentemente de propiedades pertenecientes a varios individuos de una misma familia, y clasificados en la mediana propiedad, según la parte de cada uno en el bien familiar.

Por otra parte, mostramos con detalle el cuadro que resume la estructura agraria de Toscana (cifras del Instituto Nacional de Economía Agraria, según la encuesta efectuada por Orden Ministerial de 26-4-1946).

Este cuadro nos muestra que la concentración agraria de tipo feudal o semifeudal ha sido llevada al máximo en la provincia del Grosseto, vecina del Lacio. Los grandes agricultores poseen aquí el 45,4 % de la tierra y los pequeños campesinos (de 1 a 10 ha.) solamente el 10,2 %, aunque éstos componen más del 90 % del total de propietarios. En la campiña de Lucca, por el contrario, estos mismos pequeños campesinos poseen más del 54 % de la tierra.

Hecho notable que resume toda la historia económica, social y política de la región: la dominación por parte de los grandes agricultores aumenta en torno a las grandes ciudades (en el campo florentino la concentración es tan gran-

de como en Sicilia) y a medida que descendemos de norte a sur va aumentando. Toscana representa la transición entre el Norte de Italia («modernizado» por la economía mercantilista e industrial, por el capitalismo y la burguesía) y el Sur, bastión semimedieval. Al sur de Siena, el predominio de la gran propiedad se hace bruscamente sensible. El paisaje cambia y no sólo a causa de la tierra o el clima, sino y sobre todo por el cambio de estructura social. A las colinas verdes y coronadas de cipreses, a las grandes ciudades admirablemente situadas, al paisaje trabajado y vivo, sucede una región despoblada, sin un árbol, con algún que otro pueblo mísero. Entramos en una región a la vez ingrata y devastada por la influencia romana.

La región del Grosseto ofrece a las investigaciones sociológicas una forma de explotación de primordial interés, conservada como fósil sociológico, con muchos más restos medievales. Comunidades familiares de aparceros, de hasta sesenta y ochenta personas viviendo en una «casa grande», explotan aparcerías de 100 ha. y aun más. Son comunidades apacibles, *freresches*, semejantes a aquellas que existieron hasta el siglo XIX en las regiones de Thiers, en Limousin, en el Franco-Condado, el Lauraguais, etc...

Las grandes propiedades, y buena parte de las medianas, están divididas en *poderi*, que constituyen la unidad de explotación, mientras la aparcería es la célula básica agrícola; los *poderi* son frecuentemente agrupados en *fattorie* (47.830 *poderi* de los 100.695 que cuenta Toscana forman parte de *fattorie*). En cierta medida esta organización explica el arraigo de la aparcería en Toscana; las *fattorie*, cuando el agricultor no está muy atrasado, proveen a los aparceros una dirección técnica y los productos que el campesino aislado no puede adquirir. De esta manera, cuando el campesino se convierte en pequeño propietario, pierde a veces una parte de los elementos técnicos de la productividad del trabajo; y convencidos por esta experiencia, muchos llegan a abandonar el viejo ideal campesino: poseer la tierra. Este hecho es determinante para los defensores tradicionalistas de la aparcería, pues en realidad es muy escaso el número de propietarios que proveen de instrumental y dirección técnica al aparcerero. En principio, en cuanto clase, los terratenientes rechazaban obstinadamente el invertir en las *fattorie* consideradas como empresas; para ellos su correspondiente parte en la recolección era destinada siempre a sus gastos perso-

nales. Está claro pues que, en cuanto clase y desde hace siglos, la función del terrateniente en la producción es nula. Lo cual, por otra parte, le da el mayor margen de libertad. El terrateniente puede ausentarse, vivir en la ciudad o en el extranjero, según sus preferencias, quedarse en sus tierras y ocuparse o no de ellas y de sus aparceros.

La dominación del gran terrateniente, que enmarca a la Toscana en relaciones semif feudales, se traduce en hechos muy concretos. Por ejemplo, en todas partes los caminos que parten de los *poderi* conducen al *palazzo* habitado por el terrateniente o por el jefe de la *fattorie*. De esta manera, controla todos los desplazamientos, todos los acarreos, es decir, toda la actividad. Es más, los conocedores de la región afirman que más de un terrateniente exige que se les pida consejo y aun autorización antes de que un aparcero case a sus hijos o hijas. En cuanto a las prestaciones obligatorias y gratuitas y a los regalos (obligatorios también, llamados todavía, como en la Edad Media, *oblighi*) que recargan considerablemente el contrato de aparcería, están todavía lejos de haber desaparecido.

Los terratenientes son «ausentistas»: o bien residen en sus tierras o confían enteramente la administración de éstas a administradores (jefes de *fattorie*). A veces ellos mismos se ocupan de esta administración, y en este caso el paternalismo de la dirección se hace abrumador. La actividad de los administradores y más aún de los terratenientes se caracteriza por su continua intervención en la *famiglia colonica*; insisten mucho más en la intensificación del trabajo que en el perfeccionamiento técnico (que, por otra parte, requeriría inversiones). El número de ingenieros agrónomos es muy bajo; y son empleadas técnicas en desuso, particularmente en las *fattorie* donde el propietario reside y dirige personalmente.

Los agricultores por cuenta propia no tienen apenas importancia en Toscana, no cultivan más que el 2,7 % de la superficie, y esta cifra engloba a los pequeños *affituari* y a los granjeros de tipo capitalista. Las explotaciones de estos últimos se encuentran sobre todo en las proximidades de las ciudades (cultivos comerciales). Su condición varía mucho según la extensión de la explotación, y el capital de que disponen.

Los aparceros, por el contrario, representan el 60 % de la población dedicada a la agricultura. La naturaleza ambigua

de su vida económica se refleja en su vida social y psicológica. Son a la vez empresarios y trabajadores. En tanto que empresarios disponen de un cierto capital (su parte de ganado vivo o muerto) y sirven al mercado parte de su producción. Dependen, pues, del mercado y de sus fluctuaciones, y tienden a un cierto mercantilismo que los distingue del típico obrero agrícola. Pero al mismo tiempo son trabajadores dependientes de un patrón: el terrateniente y su representante. Entre los jefes de *fattorie* y los aparceros surgen conflictos constantemente, tanto a causa de la dirección como por la valoración y reparto de los productos. La *mezzadria* no es una explotación autónoma, una empresa independiente; lo cual distingue fundamentalmente al aparcerero del pequeño campesino (propietario).

Tenemos, por una parte, la *famiglia colonica* patriarcal, fuertemente jerarquizada. El jefe de familia y de explotación lleva el título tradicional y siempre respetado de *capoccia*. Muchas familias cultivan desde hace varios siglos el mismo terreno (está prohibido dividir las propiedades *mezzadriles*, que tienen de 5 a 8 ha. en llanura, y en montaña mucho más). Y sin embargo el aparcerero no es libre; todas las operaciones que debe realizar están perfectamente consignadas en el contrato de aparcería, rubricado por las partes concernientes. La aparcería ha dejado desde hace tiempo de ser una institución hereditaria y perpetua; los sindicatos de aparceros buscan una definición exacta de las «razones justas» de ruptura de contrato y de despido. Así, pues, en tanto que empresarios, los aparceros tienden hacia el individualismo y en tanto que trabajadores sienten la necesidad de agruparse: de sindicarse para la defensa de sus intereses contra los terratenientes.

Los *braccianti* (proletarios agrícolas, braceros, que no poseen más que sus brazos) integran la categoría más mísera de toda la población rural. Se desprende de ciertos testimonios locales que la situación de los braceros no se ha modificado apenas en los últimos años. Para ser exactos, los *braccianti* se han convertido en Toscana en una clase. Aunque la mecanización de la agricultura sea aún insuficiente, se ha hecho algún progreso y se pueden ver ya algunas cosechadoras. El número de *braccianti* ha aumentado, y han perdido en parte el carácter de servidores patriarcales, introducidos siempre en la vida familiar, viviendo y muriendo con el mismo patrón (propietario o aparcerero); habitan en los

pueblos o ciudades, se trasladan a su trabajo en bicicleta. Y por último han adquirido una cualificación, al saber manejar los instrumentos. Su número y la importancia de sus funciones aumentan en la medida en que se equipan las *fattorie*. Y nos encontramos aquí con un fenómeno importante: la constitución de una clase, a partir de elementos inicialmente esporádicos y con una función nada más que secundaria. Más numerosos, indispensables y habiendo adquirido ya cierta técnica, reunidos en aglomeraciones, los *braccianti* toman entonces consciencia de grupo, de clase. Forman sus propias asociaciones, sus sindicatos. Se convierten en un elemento importante en la vida social y política.

A continuación transcribimos un esquema de estructura social de la Toscana agrícola, según se desprende de nuestros estudios.³

a) Varios (pastores, *sensali*, es decir, traficantes especialistas en compra y venta de ganado): 2.782 (el 0,4 % de la población rural activa).

b) *Braccianti* (asalariados temporeros o no): 89.556 (el 15 % de la población activa).

c) Aparceros (jefes de empresa y miembros de la familia que trabajan): 364.096 (el 60,9 % de la población).

d) Propietarios, trabajando la explotación (pequeños propietarios con acción directa): 118.130 (el 19,8 %).

e) Granjeros que trabajan a la cabeza de la explotación (pequeños granjeros): 9.465 (el 1,6 %).

f) Granjeros capitalistas (que invierten capital en una empresa agrícola en tierras que no son de su propiedad): 1.031 (el 0,2 %).

g) Empleados y técnicos: 3.690 (el 0,6 %).

h) Terratenientes (grandes o medianos): 8.888 (el 1,5 %).

La población rural no es, pues, homogénea; y la expresión «clase campesina» no tiene ningún sentido preciso. El campesinado, o población rural que vive de la agricultura, reúne clases, grupos o categorías, sin constituir en sí misma una clase. Podemos hablar de los terratenientes como clase; aunque sean poco numerosos y aunque no tengan una fun-

3. Cifras de 1935 (por lo tanto, en régimen fascista). La diferencia entre la estadística de la población activa y la de otras explotaciones, se debe a varias razones, fundamentalmente a que cierto número de *braccianti*, de obreros industriales y de artesanos poseen una parcela de tierra considerada como una «explotación».

ción en la producción, su papel económico, social y político es tal que constituyen una clase. Sería imposible estudiar la región sin las continuas alusiones a dicha clase y sin su propio estudio. Los *braccianti*, los aparceros, constituyen asimismo clases sociales en Toscana. Sin embargo, los grandes capitalistas (que por otra parte constituyen una clase en Italia del Norte, y en el Centro y Norte de Francia, e Inglaterra) son en Toscana poco numerosos y poco importantes para que pueda darse a esta categoría el nombre de clase. Lo mismo ocurre con técnicos, administrativos, etc.

En otros términos, para que haya *clase* es preciso que se den cierto número de características e índices: número o cantidad, homogeneidad funcional, unidad de interés y acción, conciencia, ideología (índices cualitativos). Determinado índice podrá faltar, pero si es reemplazado por otro, el grupo constituye una clase; así, los terratenientes, porcentaje ínfimo de la población, constituyen una clase, porque su fuerza, su homogeneidad, su unidad de acción e intereses desbordan en mucho su importancia numérica.

Por otra parte, estos índices expresan tendencias, y no deben ser considerados en bloque. Por ejemplo, la clase de los *braccianti* se constituye, adquiere conciencia, ideología. En cierto estadio, adquiere su nivel de madurez.

Encontramos, pues, en Toscana una clase de obreros agrícolas, una de pequeños propietarios, una de aparceros, otra de terratenientes (dividida asimismo en propietarios medianos y grandes propietarios). Entre todas ellas, los obreros agrícolas parecen crecer, mantenerse y defenderse, es decir, ofrecen signos de vida. Los pequeños propietarios vegetan. Los terratenientes, desde hace tiempo, no son más que una clase parasitaria ajena a la producción (salvo casos aislados), pero no ajena a la vida social y política, sobre la cual ejercen todo su peso.

El estudio concreto de los pueblos confirma los resultados del presente análisis y de él se desprende más claramente su significado.

Tomemos San Gimignano como primer ejemplo. San Gimignano es un burgo toscano característico, con el centro muy apiñado, sobre una colina entre viejas murallas medievales, y la población dispersa en *fattorie* y *poderi*. La población agrupada comprende 3.778 personas y la población dispersa 7.509, o sea un total de 11.287, de las que 5.798 corresponden al sexo masculino y 5.489 al femenino. La población

del núcleo central está formada por comerciantes, artesanos, algunos propietarios medianos, médicos, farmacéuticos, maestros, etc., y finalmente por una mayoría de *braccianti*. Esta es la composición global de la población:

	Hombres	Mujeres
Obreros	169	—
<i>Braccianti</i>	629	—
Aparceros	2.631	1.368
«Pequeños propietarios»	156	—
Artesanos	204	3
Empleados	268	71
Comerciantes	113	16
Estudiantes	61	31
Profesiones liberales	11	4
Propietarios (que no explotan directamente)	97	70
Religiosos	30	44
Retirados	175	99
Niños en edad escolar	1.223	1.098
Servicio doméstico	—	2.650

Los pequeños propietarios poseen, pues, 156 explotaciones agrícolas. Sólo 19 de éstas se aproximan a las 10 ha.; 80 tienen alrededor de 5 ha. En cuanto a los aparceros, junto con sus familias, explotan 743 *poderi* de 6 a 8 ha. (es decir, más grandes que la mayoría de las propiedades de los cultivadores directos). Algunos de estos *poderi* pertenecen a terratenientes medios (de los cuales uno posee 3 *poderi* con 18 ha., otro 4 *poderi* con 68 ha., entre ellas una parte de bosque, otro 2 *poderi* con sólo 5,88 ha., etc.) y no están agrupados en *fattorie*. La mayoría de los *poderi* agrupados en *fattorie* pertenecen a grandes terratenientes. Se encuentran nombres célebres en la Historia: los condes de Guicciardini (familia del célebre Guicciardini), que poseen en Toscana 5.900 ha., tienen en San Gimignano 59 *poderi* con 510 ha. Los condes de Stozzi tienen 26 *poderi* con 778 ha. (de las cuales parte en bosques). Una sociedad con participación suiza, la Corti-Dante, tiene 17 *poderi* con 401 ha. Otra compañía, la Pietrafitta, tiene 33 *poderi* con 411 ha.

4. Jefes de explotación, o que trabajan el campo como miembros de la familia colónica.

Entre los empleados de las *fattorie* encontramos regidores, administradores, contables, algunos «técnicos» (chóferes, mecánicos) pero ningún ingeniero agrónomo diplomado. Según declaraciones de las autoridades locales los cuadros administrativos de las *fattorie* proveían también los cuadros del *fascio* en tiempos de Mussolini.

A partir de la Liberación funcionan en San Gimignano 25 comités de *fattorie* (comités de empresas rurales), formados por delegados elegidos por los aparceros. Unos 50 pequeños propietarios están adheridos a la Federterra, sección de cultivadores directos. Quince de los comités de *fattorie* han obtenido resultados apreciables: participación en la gestión de la *fattoria*, considerada como empresa rural, control del reparto de productos, etc.

Antes de volver sobre este importante tema (característica del cambio en las relaciones sociales), resumamos la estructura social de otro burgo importante, Poggibonsi.

Población: 14.000 habitantes aproximadamente (cifra vaga, ya que encontramos trabajadores temporeros, y parados que emigran en busca de trabajo). De estos 14.000, 7.150 viven agrupados. 167 pequeños propietarios explotan su propiedad (46 con menos de 1 ha.; 76 poseen de 1 a 2 ha., y 45 de 2 a 4 ha.); 45 pequeños propietarios poseen de 5 a 10 ha.; 29 de 10 a 20 ha.; 14 de 20 a 30 ha.; 7 de 30 a 40 ha.; 11 de 50 a 100 ha.; 7 de 100 a 200 ha.; 5 de 200 a 300 ha.; 5 de 300 a 600 ha. O sea, en total, 299 propietarios, más de 270 *braccianti* y 480 familias *mezzadriles* que suman 3.440 personas. Por último, 1.500 obreros industriales (vidrieros), de los cuales 500 parados.

Hecho notable: los resultados de la producción muestran que en Poggibonsi, la gran propiedad cultivada en aparcería no obtiene más de 10 a 12 quintales de trigo por hectárea, mientras que los pequeños propietarios llegan a 24 y 25 quintales. Proporciones análogas encontramos para el vino y el aceite.

Para comprender la actual situación de la *mezzadria classica* y la nueva actividad de los comités de empresa rural (que convierte a los aparceros en clase activa, partiendo de intereses comunes) debemos resumir la legislación en vigor.

Después de la Liberación los aparceros lograron que su parte del producto fuera elevada del 50 al 60 % (en Francia los aparceros del Sur en número de 180.000 a 200.000 obtu-

vieron los dos tercios de los productos de base en lugar de la mitad). Sus organizaciones intentaron consolidar y aumentar estas conquistas. Reclamaban principalmente:

a) Un arreglo satisfactorio de las cuestiones relativas a pérdidas de guerra (ganado tomado o requisado a bajo precio, edificios destruidos o dañados, etc.).

b) Una definición de las «justas» razones de despido.

c) Participación en la gestión de la empresa, y, por tanto, legalización de los *comités de fattorie* y su transformación de organismos sindicales en organismos de gestión.

d) Obligación para el propietario de invertir capital, tratar las tierras, modernizar la explotación y mejorar utillaje y edificios.

e) Revisión de los contratos sobre la base de las mejoras realizadas por cada participante («teoría de las mejoras», véase más adelante).

Sin embargo, en 1946, una Ley redujo la parte correspondiente al aparcero al 57 % de los productos para el año en curso, y al 55 % para el año siguiente. En principio la Ley abolió los regalos y trabajos obligatorios (transporte de madera, etc.). Por último, para la renovación de ganado redujo la parte del aparcero al 30 % de los gastos; y cada uno de ellos recibió una prima de 2.000 liras por cada cabeza de ganado salvada de requisitorias y embargos del período de guerra. Los despidos de aparceros fueron suspendidos. Pero una nueva Ley del 4 de agosto de 1948 bajó al 53 % la parte perteneciente al aparcero, y con la amenaza de volver muy pronto a la vieja división por la mitad. La cuestión de los regalos obligatorios (*regalie obblighi*) no quedaba resuelta (sólo el trabajo obligatorio y gratuito quedaba definitivamente suprimido). La prohibición de despido quedaba prorrogada solamente un año. Finalmente los propietarios se veían restringidos a invertir una parte definida (4 %) de la producción, en mejoras, bonificaciones y utillaje.

Los comités de *fattorie* han continuado su acción para la estricta aplicación de estas leyes, principalmente la última disposición, eludida constantemente por los propietarios.

Han tomado por su cuenta la venta de productos, principalmente cabezas de ganado, apropiándose directamente del porcentaje legal. En muchos casos los propietarios han rechazado el dinero así obtenido, y los comités lo han ingresado en bancos y lo administran. Han llegado a impedir a los terratenientes secuestrar en sus establos el ganado en co-

propiedad. Han organizado la resistencia al trabajo gratuito y obligatorio y el rechazo de los regalos igualmente obligatorios, que fueron donados en 1948 solemnemente a los hospitales de Florencia, etc.

¡Resulta verdaderamente curioso ver funcionar un organismo moderno (sindicato, comité de empresa) en condiciones medievales!

En San Gimignano, el 4 % legal del fondo de mejoras ascendía a 25 millones de liras (9 millones por la recolección de cereales, 2.400.000 por la del aceite, 6 millones por la del vino, 7 millones por las cabezas de ganado, un millón por el maíz; estimaciones facilitadas por el alcalde según estimaciones de los comités de *fattorie*). De hecho, 10 millones de liras solamente fueron invertidos en 1949, lo que dejó en San Gimignano aproximadamente 100 parados entre los *braccianti*, mientras que la inversión legal hubiera permitido ofrecer a estos parados 29.000 jornadas de trabajo, o sea 290 jornadas anuales por parado. El «pleno empleo» sería, pues, realizable en el cuadro de la estructura social actual, y en la estricta legalidad, si la clase de terratenientes no se resistiera en cuanto tal clase a la aplicación de las leyes. Por otra parte, numerosas casas de los aparceros decaen en absoluta decrepitud o son demasiado pequeñas para la *famiglia colonica*; establos, graneros y caminos se encuentran en mal estado.

De ahí surge una situación muy interesante. Los aparceros y sus organizaciones llevan una acción a la vez revolucionaria y rigurosamente legal dirigida contra la vieja clase de los terratenientes (medieval). Por ello se dan formas muy curiosas de acción, por ejemplo la *huelga al revés* (*sciopero al reversi*). Llamados por el Comité de la Fattoria, los *braccianti* parados llegan por la fuerza a las tierras de los propietarios que se niegan a abonarlas; y en contra de los propietarios, directores o sus agentes, los obreros realizan su trabajo y después exigen su salario (pagable con el fondo *legal* de inversiones). En la huelga al revés, los obreros trabajan en contra de la voluntad del patrón; y su trabajo aumenta la productividad del suelo. ¡Doble paradoja si tenemos en cuenta el significado habitual de la huelga! De esta manera, en Empoli, entre Florencia y Siena, un desmonte de 70.000 metros cúbicos fue trabajado por «huelguistas» bajo la dirección de los comités de *fattorie*. Estos han pagado directamente a los obreros, tomando el 4 % sobre la cantidad

por ellos depositada en el banco, representando la venta de productos. En todas las localidades toscanas donde funcionan comités, éstos han organizado de este modo la plantación de viñedos, dragados y riegos, reconstrucción de edificios, etc. Han llegado, en algunas zonas, a constituir embriones de cooperativas de producción para la roturación y revalorización de tierras incultas o mal cultivadas; lo que supone una ocupación de esas tierras a pesar de su propietario. Aquí entraríamos en el límite de la legalidad.

Esta actividad de los comités de *fattorie* muestra una profunda transformación de las ideas y relaciones sociales. Los aparceros, a menudo ligados desde hace siglos a la misma tierra y a la misma ilustre familia, tendían a considerarse como la aristocracia del campesinado. Su vida, aún más dura que la del pequeño propietario, fortalecía esta ideología, que simboliza el título patriarcal de jefe de familia *mezzadrile*. Los comités, por el contrario, han establecido una alianza económica y sindical, y por tanto, en algún sentido, política, con la categoría más desdeñada y miserable: los *braccianti*.

¿Cuál es exactamente la organización económica y la situación de la *mezzadria* considerada como explotación rural?

Es difícil establecer un balance preciso; sabemos además que el campesino no lleva apenas contabilidad y que la contabilidad rural plantea delicados problemas.

Estos son los resultados obtenidos, por entrevista al aparcerero, y después de haber visitado minuciosamente el lugar, en una explotación de 8,24 ha. en Poggibonsi (extensión media algo superior a la media de las aparcerías y netamente superior a la mayoría de las pequeñas propiedades). Aproximadamente 4 ha. de cereales dan 70 quintales de grano (de los que un 53 % son para el aparcerero en 1949; la explotación en las colinas calizas tiene un bajo rendimiento por falta de abono y utillaje). 75 hl. de vino son consumidos en el lugar o llevados al terrateniente. El aparcerero tiene derecho a su parte sobre 135 quintales de aceite y 8 de maíz. 9 quintales de patatas y 25 quintales de forraje se consumen enteramente en el lugar. La venta de ganado ha producido 110.000 liras (cerdos y terneros), de las cuales un 53 % son para el aparcerero, que se queda, por otra parte, con la totalidad de los productos de corral (50.000 liras). El explotador ha vivido con su familia (10 personas) y gastado 125.000 liras en salarios de *braccianti* (en los momentos de trabajos más duros),

en compras diversas, especialmente abonos (siempre muy inferiores a las necesidades, ya que el terrateniente rehúsa obstinadamente pagar su parte de utillaje y de abonos). En el año 1949 el aparcero obtuvo un beneficio neto en dinero de 15.000 a 20.000 liras; y se declara satisfecho por el año. Pudo devolver con esto parte de sus deudas, que ascendían a 45.000 liras (el *sindaco* o alcalde del burgo y el secretario local de la *Federterra* certificaron la veracidad de estas declaraciones hechas por el aparcero, a su vez secretario de un comité de *fattoria*).

Describamos ahora la *fattoria* llamada Castellucio, *frazione* Pagnana, en Empoli. La *fattoria* pertenece a un industrial que en cuestiones técnicas se muestra más comprensivo que la mayoría de los viejos terratenientes; la rotación de cultivos (en ocho años) fue determinada por un técnico agrónomo; el estercolero se encuentra lejos de la casa, en fosas equipadas de modo relativamente moderno.

La casa se nos presenta como un cubo que, de lejos, en el Valle del Arno (cerca de la línea Florencia-Pisa), parece enorme. De cerca comprobamos que sus dimensiones son pequeñas; sólo un piso, y las dependencias propiamente de la explotación se hallan en el entresuelo. La casa aún posee los escudos de los antiguos propietarios feudales. Se halla habitada por cuatro familias sin parentesco entre sí, aunque una de ellas vive aquí desde hace 150 años y las otras dos desde hace 75 y 50 años. Cada familia posee tres habitaciones de pequeñas dimensiones. La casa agrupa cuatro *poderi* de 4 a 10 ha. (35 ha. en total) y proviene sin duda del fraccionamiento de una gran propiedad perteneciente a una familia colónica, hace uno o dos siglos. La *fattoria* comprende 61 *poderi* con 500 ha. Cada familia dispone de su alojamiento, establo y granero. El terrateniente se niega a depositar el 4 % legal en el fondo de inversión. Y se ha constituido un comité de *fattoria* compuesto por cinco miembros elegidos, que representan a 58 de los 61 *poderi* (tres familias han retirado su adhesión al comité después de recibir algunas críticas: habían consumido los cerdos que el comité tenía reservados para vender). El comité se reúne semanalmente en el local de la *Federterra* en Empoli; ha tomado a su cargo gran parte de la administración de la *fattoria* y ha ordenado un plan de producción, trabajo y abonado. El secretario dispone de un registro donde se hacen constar todas las decisiones y operaciones. Antes de la Liberación el

terratendiente se beneficiaba de la casi totalidad del aumento de ganado, por lo que ahora rechaza su parte legal de la venta del mismo, así como su parte de los gastos generales. El comité administra importantes sumas que emplea en mejoras, incluso de interés para el terrateniente, y que superan el 4 % legal. Al practicar la «huelga al revés», los parados de Empoli han llegado a cultivar viñedos en parcelas (las parcelas están numeradas regularmente y su alternancia de cultivo se reduce a ocho años, según un tablero que cada aparcero posee en su casa; la explotación núm. 1 posee actualmente, por ejemplo, 74 áreas de viñedos en línea, recientemente plantados).

Los conflictos con el terrateniente llegaron al punto culminante en mayo de 1950. El prefecto no pudo actuar contra el comité, al encontrarse éste dentro de la más estricta legalidad. Y propuso arbitrar el conflicto nombrando una comisión paritaria encargada de examinar y valorar los trabajos realizados. El comité, aunque juzgando esta proposición como un retroceso en relación a la actual legalidad en que se encontraba, aceptó. Sin embargo, el terrateniente y la Federación de Agricultores rechazaron el arbitraje y levantaron un pleito por violación de propiedad. El Tribunal no tomó en consideración este pleito reconociendo de esta manera la legalidad de los actos del Comité y en consecuencia la «huelga al revés».

La «teoría de las aportaciones» tiende a contabilizar de una manera más exacta el funcionamiento de la *mezzadria*, contando las mejoras realizadas por el terrateniente y el aparcero respectivamente. El valor tanto del suelo como de los edificios es calculado empíricamente, según el valor de mercado de los bienes base.⁵ Se calculan de la misma manera las aportaciones en ganado, vivo o muerto, el trabajo del aparcero, de la *famiglia colonica*, y de la recolección.

Con base a la «teoría de las aportaciones» presentamos a continuación el balance de una explotación en *mezzadria*

5. Una evaluación científica capitalizaría (en un período de veinte años, por ejemplo) la renta fiduciaria. Pero el rédito pagado por el aparcero no es una renta fiduciaria «pura» como pueda serlo la suma pagada por el granjero capitalista. El interés devengado al propietario se confunde, en este caso, con la suma pagada por la autorización de explotación. Es necesario distinguir los elementos de dicha renta, que supone precisamente la «teoría de las aportaciones», y que debe empezar por un cálculo empírico.

classica. Aparte de la teoría, este estudio (cifras suministradas por el Sindicato de Aparceros de la Provincia de Florencia) nos informa con mucha exactitud sobre la vida y organización de la *fattoria*.

Características generales: Situación: a 4 km. de Florencia, en la carretera de Bolonia, colinas calizas, pluricultivos (cereales, viñedos, árboles frutales, olivares) con alternancia de cosecha cada cuatro años y variación de cultivos (empobrecimiento y enriquecimiento de la tierra) reglamentados en nombre del terrateniente por un ingeniero agrónomo.

La casa del aparcero está situada a 200 metros de la Via Bolognese y tendría que ser reparada, lo mismo que las dependencias de la explotación (tejados en mal estado).

Superficie del suelo: 8 ha., 6.020 metros cuadrados; de éstas, hay 4 ha. de cereales, 2 de pastos, 2 de maíz, 60 áreas de habas, 20 áreas de patata y 20 de diversos (jardines, etc.). Hay 4.020 pies de viña, 738 olivos, 131 perales, 4 melocotoneros, 11 higueras, etc.

Producción comerciable en bruto (mes de abril de 1950):

52 qm. de cereales	364.000	liras
30 Hl. de vino	195.000	»
7 qm. de aceite	385.000	»
48 Hl. de leche	273.000	»
2,94 qm. de carne (ternero, cerdo)	133.300	»
19 qm. de productos diversos (habas, etc.)	108.300	»
Total	1.458.600	liras

Gastos generales por año

Alimentos para el ganado (heno y forraje)	47.500	liras
Toro semental	18.000	»
Veterinario, herrero	14.000	»
Salarios obreros (recogida de la oliva, etc.)	30.000	»
Electricidad	5.000	»
Abonos	36.600	»
Insecticidas	36.000	»
Diversos	20.000	»
Total	207.100	liras

Producto neto 1.251.500 »

Tracción animal: 2 vacas, un burro y dos vacas lecheras (no hay caballos). *Tracción pesada:* una carreta, una cisterna para el transporte de agua, dos bombas de riego y dos carros, etc.

Composición de la «familia colonica»: El abuelo (77 años), jefe de la explotación; tres hijos de éste, varones y casados (Bruno, 46 años; Ginno, 42 años; Carlo, 38 años) y sus mujeres (Rita, 45 años; Ana 38; Rossina, 36 años), y 4 hijos de éstos: 20, 14, 14, y 7 años.

Elementos de producción: Valor de la propiedad, teniendo en cuenta su situación geográfica de proximidad a Florencia: 4.400.000 liras. Interés actual de las inversiones a largo plazo: 3,5 %. Por tanto, la renta por el capital del suelo o parte fija del capital constante es de 545.000 liras. Capital constante aportado por el terrateniente (la mitad del ganado, instrumentos, paja, heno, etc....): 593.200 liras. Este capital (parte no fija, «circulante», del capital constante) si fuese invertido en la industria, obtendría un 7 % (tasa de beneficio medio actual calculada empíricamente).

El capital avanzado por el terrateniente debe, pues, obtener un beneficio de 41.524 liras, cifra a la que hay que añadir 196.000 liras por impuestos a cargo del terrateniente, seguros, amortizaciones, etc.

Capital constante aportado por el aparcero: (parte del ganado, instrumentos, etc.), 435.000 liras, es decir, al 7 %, un beneficio de 30.450 liras, a las que conviene añadir algunos gastos (como combustible, etc.) que ascienden a 3.500 liras.

Capital variable: Trabajo del aparcero y de su familia a razón de 600 horas de trabajo anual por ha. de trigo, 1.500 por ha. de maíz, 150 por cada corte de heno, 30 minutos por cada pie de viña, etc... (valoración regional realizada por técnicos). Es decir, un total de 11.030 horas de trabajo o lo que es lo mismo 1.378 jornadas de ocho horas de trabajo.

El precio por jornada de trabajo ha sido fijado, según el salario medio de los *braccianti* en la provincia, en 630 liras y el total de jornales asciende a 868.140 liras. Añadamos a este balance 50.000 liras por pago al terrateniente en razón de la «dirección técnica que ejerce (bajo asesoramiento de un ingeniero agrónomo).

Atengámonos a las cifras precedentes. Beneficio neto (producto neto menos gastos generales y de producción): 39.386 liras, a partir en dos partes iguales, el terrateniente y el apar-

cero, que son considerados como asociados dentro de la Empresa.

El producto neto se repartirá, pues, del siguiente modo:

a) *Al terrateniente*: 461.317 liras (por el interés del capital fijo, más el correspondiente a su parte de capital constante, más la prima de dirección técnica y la mitad del beneficio neto).

b) *Al aparcero*: 921.383 liras (por jornales, más el interés de su capital y su parte de beneficio neto).

En lo que se refiere a gastos generales de la explotación (diferencia entre el producto neto y bruto, que hemos tenido buen cuidado de separar de los gastos de producción), han de repartirse en partes iguales entre los dos asociados.

Al aparcero le corresponde, pues, un lote de productos equivalente a 1.020.332 liras y al terrateniente uno correspondiente a 560.267 liras. La parte correspondiente al colono supone, por tanto, el 64 % del producto global y la del propietario el 36 % restante.

Balances semejantes, teniendo en cuenta las circunstancias locales (variando sólo la composición del capital), han dado los siguientes resultados: En Florencia, en la llanura, del 51 al 64 % del producto deberán ir al aparcero; en las colinas, el 64 %; en la montaña del 73 al 83 % (el trabajo aumenta en relación al valor de los bienes-base y al del utillaje). En Lucca (colinas bajas) 70 %; en Pisa (llanura) 64 %, etc.

Por otra parte es claro que la «teoría de las aportaciones» y la contabilización así realizada no quedan salvas de críticas. Los aparceros se consideran preparados para asumir la dirección técnica de la empresa, y la prima de dirección, mencionada anteriormente, es una concesión inadmisibles. En cuanto a los propietarios, encuentran monstruoso el cálculo de jornadas de trabajo y el pago a los colonos según la jornada legal de ocho horas, etc.

De todas maneras, los balances así expuestos reflejan de una manera muy exacta la estructura de la *mezzadria* y son la mejor fuente de información, sobre su organización y la vida de la *famiglia colonica*.

El contrato tipo de aparcería establecido por el Sindicato de Aparceros implica la teoría de las aportaciones (Art. 41 del Proyecto en 69 artículos). Hasta el presente esta teoría no ha sido aceptada por los organismos oficiales. Sería muy

interesante, pero demasiado largo, comparar aquí el contrato tipo establecido por la Federterra con la legislación en vigor y con el contrato tipo impuesto en 1928 por la confederación fascista de la agricultura.

III. Perspectivas de la sociología rural *

Un artículo precedente en «Cahiers Internationales de Sociologie»¹ plantea ya algunos de los problemas de la sociología rural. Es, pues, el momento de desgajar las perspectivas de conjunto de esta rama de la sociología, presentando —y sometiendo a discusión— un proyecto de Manual o Tratado.

Puede hablarse de un «mundo» campesino, no en el sentido de que la realidad campesina constituya un «mundo» aislado, sino en razón de su variedad extraordinaria y características propias.

Insistamos una vez más en una paradoja (aparente): esta realidad ha sido largo tiempo ignorada, en particular cuando dominaba cuantitativa y cualitativamente la vida social. Mientras la realidad «urbana», con sus instituciones e ideologías, mientras los modos de producción sucesivos, con sus supraestructuras, nadaron en un medio rural y reposaron en una vasta base agrícola, los hombres de los medios y clases dominantes apenas prestaron atención a los campesinos. Se les prestaba la misma atención que al estómago y al hígado cuando funcionan bien. La vida campesina apareció como una de esas realidades familiares que parecen naturales, y que hasta muy tarde no devienen objetos de ciencia. El aforismo de Hegel debería ir a la cabeza de toda metodología de las ciencias sociales: «Lo familiar, no por ello es conocido.» Verdad válida para los gestos de la vida cotidiana —por ejemplo, el de comprar o vender un objeto cualquiera—; para los gestos del trabajo; para la vida social en su conjunto, o también para la vida campesina.

Las realidades campesinas han devenido objeto de ciencia desde el momento en que plantearon problemas *prácticos*.

En Francia, hacia mediados del siglo XIX, la distribución

* «Cahiers Internationaux de Sociologie», 1953.

1. «Problèmes de Sociologie rurale, La Communauté paysanne et ses problèmes historico-sociologiques», vol. VI, 1949.

de heredades y tierra, la partición de bienes, el éxodo rural, comenzaron a inquietar a las autoridades. La constitución del mercado nacional obliga a una remodelación de la estructura agraria: concentración de la propiedad, comercialización y especialización de la producción. Más tarde, estas cuestiones se superponen, las planteadas por el mercado mundial primero, por las técnicas modernas después: confección de precios, rentabilidad, introducción de la mecanización. Las realidades familiares y desconocidas, poco a poco, son juzgadas dignas de interés y estudios científicos.

Es evidente que si la sociología rural se ha desarrollado en Estados Unidos, la razón es el problema agrario, que ha preocupado enormemente a los sucesivos gobiernos.²

Actualmente, en todo el mundo, el «problema agrario» se plantea, o se ha planteado, bajo distintas formas. Las *reformas agrarias* han tenido lugar, o lo tendrán, un poco en todas partes: democracias populares, China, Méjico, Egipto, Italia, Japón, India, etc., etc. Sin contar las grandes transformaciones de la agricultura en la Unión Soviética. Naturalmente, estas transformaciones y reformas tienen características y formas profundamente distintas según los condicionantes y regímenes políticos. Expresan claramente la inmensidad y actualidad mundial de los problemas agrarios.

Y, sin embargo, los sociólogos han pasado del estudio de los primitivos al estudio de los medios urbanos e industriales, saltándose, por así decir, esta realidad tan vasta en el tiempo y en el espacio. En Francia, han sido los historiadores y geógrafos quienes iniciaron el estudio de la realidad campesina.³ Hoy, sus trabajos deben ser reconsiderados, concretizados e integrados a la vez en una concepción de conjunto, que sólo la sociología puede aportar, concebida como estudio de la totalidad del proceso social y sus leyes.

No hace ya falta insistir en el hecho de que los *metaconjuntos* (mercado nacional y mundial, estructuras sociales y políticas) han contribuido enormemente a la transformación de las estructuras agrarias. Del mercado nacional y mundial derivan las *especializaciones* (a escala nacional, podemos tomar como ejemplo los viñedos del Sur, y a escala mundial las plantaciones de café de Brasil). La organización social

2. Cf. principalmente las obras recientes de Daniel Guérin y las novelas de Steinbeck, Caldwell, etc.

3. Por los representantes de la École de géographie humaine.

y política, la acción del Estado, los Planes —o las ausencias de Planes, o sus fracasos— han actuado y reaccionado sobre el menor rincón de la tierra. Ni un solo campesino deja hoy de depender, ni siquiera en Asia o en África, de los acontecimientos mundiales.

Tan interesante como lo anterior, y en contradicción con ello, es este otro aspecto de la realidad: la agricultura arrastra reliquias, residuos del pasado más lejano. Esto es especialmente cierto en los países no planificados, retrasados o subdesarrollados, es decir, coloniales, pero también lo es en los países europeos (occidentales). Incluso en una sola región, los Pirineos, se pueden observar a poca distancia unos de otros: el cultivo más arcaico con arado latino y el tractor, las supervivencias de la comunidad agraria (tenencia y explotación colectiva de pastos) junto con la cooperativa moderna, la gran explotación mecanizada...

Una doble complejidad caracteriza, pues, a la realidad campesina:

a) *Complejidad horizontal.* En las formaciones y estructuras agrarias de una misma época histórica —en particular en las determinadas por los metaconjuntos sociales y políticos actuales— se manifiestan diferencias esenciales, que llegan hasta el antagonismo.

De esta forma, en Estados Unidos nos aparece el caso límite del capitalismo agrario, acompañado de una mecanización muy avanzada del trabajo de la tierra. El «propietario» o agricultor capitalista, poseedor de un utillaje perfeccionado, puede pasar al menos la mitad del año en la ciudad. Este agricultor se traslada a su propiedad en la época de los trabajos, que realiza con una técnica perfeccionada y una mano de obra temporera. Después de la cosecha y la venta del producto regresa a su habitación urbana.

En el otro polo, con una mecanización y una técnica igualmente avanzada, pero una estructura social totalmente distinta, están los koljoses y los sovjoses soviéticos, y también las futuras «agrocidades» (agrupamientos en una aglomeración de poblados koljosianos).

Entre los dos extremos, encontramos intermedios. J. Chombart de Lauwe ha consagrado recientemente un interesante estudio a las CUMA (Cooperativas para la Utilización común de Material Agrícola en Francia). Las cooperativas de producción como las de Emilia (región de Bolonia, en Italia) o las de democracias populares son también formas

intermediarias y transicionales entre los «polos» antes mencionados.

En cada caso, en cada nivel, es posible un estudio sociológico que considere *comparativamente* las técnicas, su relación con el grupo humano y la estructura social, la productividad del trabajo agrícola, los desplazamientos de población; en una palabra, el conjunto de las *condiciones*.

b) *Complejidad vertical*. El mundo rural actual ofrece a la observación y al análisis la coexistencia de formaciones *de edad y épocas distintas*. Como antes observábamos, esta yuxtaposición paradójica —lo más arcaico al lado de lo ultramoderno— se observa a veces en un territorio reducido. Otro ejemplo: Africa del Norte, donde el nomadismo y el seminomadismo pastoral, las tiendas desplazables a hombros humanos (*nouatas*), están en vecindad con la técnica más perfeccionada. En el mundo rural, más claramente aún que en el artesano, nada ha desaparecido por entero. Y el sólo hecho de esta conservación de los arcaísmos y los «fósiles sociológicos» —conservación relativa, que no excluye las influencias, las degeneraciones, las integraciones más o menos logradas de lo arcaico en conjuntos recientes— plantea ya numerosos problemas.

Las dos complejidades —la que denominamos *horizontal*; y la que denominamos *vertical*, y que podríamos llamar *histórica*— se entrecruzan, se entrecortan, actúan una sobre otra. De ahí una maraña de hechos que sólo una buena *metodología* puede esclarecer. Es preciso, simultáneamente, determinar los objetos y objetivos relevantes para la sociología rural —y definir su relación con las ciencias y disciplinas auxiliares: geografía humana, economía política, ecología, estadística, etcétera.

La sociología rural ha tenido un importante desarrollo en Estados Unidos, y sabemos la razón. Toda universidad tiene su cátedra de Sociología Rural; los estudios, manuales y tratados son ya numerosos.

Y sin embargo, en la lectura de estas obras sorprende un hecho: la ausencia de referencias a una *historia*.

Tomemos la gran obra colectiva, *Rural Land in the USA* (Knopf, 1942). Históricamente, sólo contiene un estudio demográfico del asentamiento de la población, de la colonización, de los desplazamientos de la población rural a lo largo del desarrollo industrial (pp. 13-36). Esta parte estadística es valiosa (cf. pp. 27-29, sobre los orígenes nacionales

de los trabajadores agrícolas inmigrados), pero nada tiene de historia rural.

En estos tratados, no hay siquiera una alusión a la característica esencial de la breve historia rural americana: la colonización (en sentido amplio: establecimiento de colonos) y asentamiento de la población en tierra *libre*. Los marxistas distinguen entre colonización de tipo *prusiano* (colonización de tierra apropiada) y colonización de tipo *americano*. En este último caso no hay una propiedad de la tierra de origen feudal. Hasta la concentración de la propiedad capitalista, hasta la intervención de los bancos y los trusts, los arrendamientos rústicos son escasos: domina el propietario mediano; el campesino productor no debe pagar ninguna *renta de la tierra* por el suelo que trabaja. No hay, pues, ninguna clase parasitaria que se absorba una parte importante de la renta nacional. No existen obstáculos *feudales* al crecimiento de las fuerzas productivas; el capitalismo puede desarrollarse de forma acelerada, hasta que sus contradicciones *internas* paralicen su desarrollo. Esto, precisamente, implica el extraordinario ímpetu económico de Estados Unidos en el siglo XIX. Pero los economistas y sociológicos americanos no son capaces de estudiar seriamente los condicionantes de este ímpetu, del que se limitan a observar empíricamente los resultados. No siguen la constitución del mercado interior, ni los caracteres propios de una agricultura que ha dado una función masiva, manteniéndose al mismo tiempo predominantemente extensiva y con una productividad relativamente débil (por hectárea cultivada).

El hecho de que la ocupación del suelo se haya efectuado a partir de las *ciudades* no ha sido estudiado con sus consecuencias. En Europa, la agricultura ha precedido a la industria, y la ciudad se ha desarrollado en un medio campesino. El campesino italiano o francés es primitivamente un «pagano» (*paganus*). La vida campesina tiene sus costumbres, sus hábitos y sus tradiciones. Podría hablarse, en cierta medida, de «cultura» campesina. Pero en América el campo recibe sus modelos culturales (*patterns*) de la ciudad. Si hay una cultura campesina, no tiene elementos tradicionales originales; representa sólo una degradación o lenta asimilación de la cultura urbana (*acculturation*). Entre tradición campesina, costumbres y hábitos por una parte y religión por otra, no hay conflicto. En ausencia de una «cultura» campesina original, y ante la lenta asimilación de la cultura cien-

tífica por los campesinos aislados, la religión es la única ideología que reina en el campo. Por ello no extraña ver a los sociólogos rurales estadounidenses estudiar minuciosamente la Iglesia como institución social (cf. Lowry Nelson, *Rural Sociology*, American Book Co., 1948, pp. 323-374), determinar la confesionalidad de la población (cf. Lynn Smith, *The Sociology of the Rural Life*, Harper Brothers, 1947, pp. 87 y ss.), o bien trazar los perímetros de influencia del templo en esta u otra «comunidad rural», al lado del perímetro visitado por el cartero o el médico.

Aparece evidente que en los «países históricos» los problemas de sociología rural se plantean de forma muy distinta que en Estados Unidos.

El método puramente descriptivo y empírico sólo podía nacer en un país sin historia, o más exactamente sin gran «espesor» histórico. En Estados Unidos, la realidad humana se ha planteado sobre la tierra, por así decir, planamente. Por eso los sociólogos simplifican el problema metodológico. Por eso dan en un empirismo íntegro, un formalismo estadístico. Un método inconveniente: ni siquiera para países «históricos», con pocos cimientos y sedimentos históricos bajo la realidad inmediatamente dada.⁴

En consecuencia, por lo que respecta a Francia y a gran parte del mundo rural, nos encontramos ante un problema metodológico: *relaciones entre la sociología y la historia*, dado el hecho de que nos encontramos ante una realidad con una historia —que conserva en su seno una realidad que yuxtapone las formaciones arcaicas y las formaciones «modernas».

El problema es delicado, pues importa no dejar que la historia absorba la sociología, e importa, por otra parte, que la sociología rural no prescinda de la contribución de la historia como ciencia *auxiliar*. La sociología debe partir de los

4. En Estados Unidos también sería indispensable una *historia* rural, especialmente en el Sur, donde igual que en Europa encontramos trazas de feudalismo y de aparcería (modo de propiedad semi-feudal), al mismo tiempo que la prolongación y las consecuencias de la esclavitud.

Señalemos de nuevo el libro de Paul LANDIS, *Rural Life in Process*. Este autor es uno de los pocos que enfocaron la realidad de comunidad campesina americana en su *devenir*, y que ha dado una exposición crítica (hasta cierto punto) de la situación real de los campesinos americanos.

hechos actuales, de su *descripción*. Pero cuando los hechos tienen un «espesor» histórico, debe forzosamente considerarlo. La situación que antes señalábamos hace que el problema sea todavía más delicado.

Han sido los *historiadores* quienes han elaborado y lanzado a circulación determinados conceptos que, de verificarse, dominarían la sociología rural.

Marc Bloch ha hablado de *régimen agrario* o de *civilización agraria*. Según él, en Francia tropiezan «dos grandes formas de civilización agraria que podemos denominar, a falta de mejor apelación, civilización del Norte y civilización del Sur».⁵ Y caracteriza estas civilizaciones o estructuras agrarias fundamentales por sus contrastes:

Norte	Sur
Disciplinas comunitarias	Individualismo
Arado godo	Arado romano
Propiedades alargadas	Propiedades irregulares
Propiedades abiertas	Propiedades cerradas
Alteración trienal de cultivos	Alteración bienal de cultivos

El concepto de régimen agrario corresponde al concepto, utilizado por los geógrafos, de «género de vida». Poco importa aquí que los sabios de la escuela de geografía humana hayan transmitido el concepto a los historiadores, o lo hayan recibido de ellos (por lo que respecta a Francia). Lo esencial es que los dos conceptos se corresponden estrechamente, y designan ambos una realidad muy antigua, estable, o más exactamente, estática, y sólo se disocian bajo presión de la mecanización. Realidad, por tanto, arcaica o casi arcaica, y «natural» (a menos que la atribuyamos a representaciones colectivas propias de esta u otra raza, país, pueblo).⁶

5. Marc BLOCH, *Les caractères originaux de l'histoire rurale française*, A. Collin, 1952.

6. Para explicar los hechos, Marc Bloch dudaba entre una tesis tecnista (papel del arado) y el llamamiento a la mentalidad colectiva (mentalidad comunitaria o individualista). Desde entonces, ciertos sociólogos se empeñaron en definir una oposición del medio «natural» y el medio técnico o «maquinista» que nos parece tan ficticia como los otros.

Un análisis más afinado consigue disolver estas oposiciones fijas, estas diferencias estáticas entre estructuras. Este análisis sustituye los contrastes de los «regímenes» agrarios por un esquema profundamente diferente. Consideremos, por ejemplo, la alternación de cultivos trienal en el Mediodía, y la alternación de cultivos bianual en el Norte y Este (en particular en Alsacia). En el Mediodía, encontramos alternación bienal con barbecho y alternación bienal con cultivo continuo (sin barbecho); e igualmente en el Norte: trienal continuo o con barbecho. Pues bien, el cultivo continuo corresponde a un progreso técnico, a una mejor explotación del suelo, a un acrecimiento de su productividad. En cada región, según las modalidades geográficas, y también según las relaciones sociales y los acontecimientos políticos, ha habido un crecimiento más o menos rápido —frenado o acelerado por los condicionantes— de las fuerzas productivas, a veces con estancamientos, retrocesos y regresiones.

Si las estructuras agrarias fueran fijas y estancas como han creído los historiadores y geógrafos, el sociólogo tendría que limitarse a describir con detalle lo que los especialistas de estas ciencias podrían definir en su conjunto.

Si se admite que no hay «regímenes» o «civilizaciones» agrarias o «géneros de vida», sino un crecimiento —desigual, sometido a condicionantes complejos— de las fuerzas productivas, la sociología cubre, al mismo tiempo, un campo, un método objetivo, y el derecho a una visión de conjunto de los hechos. Los tecnólogos, los economistas, podrán aportar al sociólogo información sobre estas fuerzas productivas de la agricultura. El historiador le indicará las actuaciones, acontecimientos, regímenes políticos, que han acelerado, frenado o detenido este desarrollo. El sociólogo deberá y podrá, al final, *describir* el resultado actual, buscar su *explicación* y determinar el *conjunto* del proceso que ha abocado en el resultado actual. En esta perspectiva, el Sur de Francia parece menos caracterizado por el individualismo, el arado romano o los campos irregulares que por una cierta desventaja respecto al desarrollo agrícola del Norte de Francia. El Norte ignora casi totalmente el sistema de *aparcería*,⁷ que

7. Aparcería de «colonato parcial», modo de tenencia en el cual una venta de productos (porcentaje determinado de tal o cual producción) es entregado al propietario, que posee la tierra y una parte de los instrumentos de producción.

reemplaza el *arrendamiento de la tierra* en el proceso de crecimiento de las fuerzas productivas y del desarrollo capitalista. La frecuencia de las *aparcerías* en la mitad sur de Francia merece un estudio, y exige una explicación. Podremos observar que la *aparcería* ha desaparecido completamente en Inglaterra, y casi absolutamente en el Norte de Francia y en el Norte de Italia, pero persiste en el Sur de Francia y en parte de Italia. ¿Por qué? La clave la da la Historia. Es evidente que la decadencia del Mediterráneo a partir del siglo XVI tiene que ver con este hecho; que el hecho tiene que ver también con el carácter periférico y lejano, en relación a París —centro económico y político—, de las provincias meridionales francesas; está vinculado a curiosas supervivencias, como las formas dialectales, y por tanto a formas de vida particulares y originales, pero ni mucho menos a «géneros de vida» inmóviles.

Aquí hablamos de desarrollo gradual, acelerado, interrumpido, retardado, de las fuerzas de producción, pero este esquema no debe sugerir una especie de *continuidad* mal diferenciada en las realidades campesinas.

Subyaciendo a los fenómenos actuales, podemos sospechar la existencia de transformaciones radicales y antiguas convulsiones. Por ejemplo, la parte este de los Pirineos (Cataluña, Rosellón) fue repoblada de forma nueva tras las invasiones de los sarracenos. La instalación de la *aparcería* en la Toscana dio al traste con la estructura preexistente, etc. Podemos entrever conflictos gigantescos y duraderos, bajo formas distintas, como el conflicto entre la pequeña y la gran propiedad (latifundios galorromanos; dominios señoriales; explotaciones capitalistas).

Sabemos que en Francia hubo al menos tres grandiosas «reformas agrarias» que cambiaron la estructura: las invasiones de los bárbaros, la franquicia de los siervos y la desamortización de los bienes de la Iglesia y de los emigrados.

La «revolución agrícola» comenzada en el siglo XVIII esboza desde su inicio la fisonomía de la Francia campesina contemporánea; en particular, el desarrollo económico de la mitad Norte, con sus consecuencias.

¿Quiere esto decir que la historia absorbe la sociología? En ninguna manera. Simplemente: el sociólogo debe primeramente observar y analizar, antes de explicar. Utiliza la historia como ciencia subordinada y auxiliar para el estudio del proceso social *en su conjunto*.

Nos vemos, pues, abocados a eliminar, para operatividad de la sociología rural, diversos métodos, técnicas de exploración, procedimientos de investigación:

a) El método etnográfico o etnológico corre siempre el peligro de tomar como naturales hechos sociales profundamente conformados por la Historia y las estructuras de conjunto actualmente existentes. Estos hechos parecen dados en una simplicidad aparente, en una «primitividad». La etnografía mima demasiado las formaciones marginales o arcaicas, que suscitan más que otras esta apariencias.

b) La reciente teoría de la «arqueocivilización» se puede incluir en la anterior crítica. Según esta teoría, hubo una civilización *campesina* tradicional que duró hasta época reciente (siglo XIX en Francia, con la introducción de la mecanización), para después desaparecer. Esta civilización, se afirma, no puede observarse por el método etnográfico. Hay que reconstituirla o reconstruirla como un todo que ha guardado, a pesar de las modificaciones superficiales, cierta constancia, desde la fijación a la tierra hasta su desaparición.

Esta tesis se funda en la oposición (falsa) del medio natural y el medio técnico. No se olvide que, en su contexto social, en el momento de su aparición, el arado es tan técnico como el revólver. Además, conocemos por la Historia las revulsiones que la propiedad privada individual, la economía mercantil y monetaria, las consecuencias en el campo de la constitución de una burguesía (urbana y campesina) han traído a la estructura agraria y a las sociedades rurales, mucho antes de la introducción de la mecanización.

c) La teoría histórico-cultural ha inspirado algunas investigaciones, pero adolece de un inconveniente grave: autoriza la construcción arbitraria de «complejos» y sustituye el estudio de los hechos por un procedimiento hipotético-deductivo a partir de estos complejos, compuestos de una técnica y una ideología (este defecto aparece en la obra, a pesar de todo valiosa, de Lavisca Zambotti sobre *Las grandes corrientes de civilización*).

d) El método monográfico debe utilizarse con muchas precauciones. La experiencia muestra la escasez de buenas monografías (de pueblos, o regiones), la penuria en ellas de información utilizable sociológicamente. Los investigadores se pierden en detalles locales, en la descripción del habitat o las culturas, etc. Faltos de una buena formación que sólo puede adquirirse lentamente, no logran captar lo esencial,

y que salta a la vista del sociólogo experto. Por desgracia, las actuales condiciones de la investigación científica no favorecen la formación de sociólogos expertos. Hay que reconocer que, en cualquier caso, la investigación monográfica y la interpretación de documentos constituyen una visión de conjunto de los problemas. Pero el método capaz, científico, intenta siempre ir a lo esencial, desgajándolo del hecho accidental, superficial o aberrante. El método monográfico no puede responder a las exigencias de la clasificación y la tipología de los grupos rurales. Es útil como técnica auxiliar de la investigación. Pero lo cierto es que todo trabajo de conjunto debe apoyarse en el mayor número posible de monografías locales y regionales.

e) El método *tecnológico* está reducido a los límites generales de la tecnología. La invención, la adopción y la extensión de técnicas no se conciben al margen de las relaciones sociales reales. La técnica es a la vez determinante y determinada (como lo demuestra el estudio más superficial de la mecanización moderna del trabajo agrícola). Los estudios tecnológicos están, pues, subordinados a la concepción general del conjunto: del vasto movimiento que, desde los orígenes, acreció lentamente la productividad del trabajo agrícola, y resultó en las actuales estructuras.

En consecuencia, proponemos un método muy simple, que utiliza las técnicas auxiliares, e incluye varios momentos:

a) *Descriptivo*. Observación, pero informada por la experiencia y una teoría general. En primer plano: la observación sobre el terreno. Utilización prudente de las técnicas de encuesta (entrevistas, cuestionarios, estadísticas).

b) *Análítico-regresivo*. Análisis de la realidad escrita. Intento de fecharla exactamente (para no contentarse con una relación de «arcaísmos» sin fecha, sin comparación unos con otros).

c) *Histórico-genético*. Estudio de las modificaciones aportadas a la estructura en cuestión, una vez *fechada*, por el desarrollo ulterior (interno o externo) y por su subordinación a estructuras de conjunto. Intento de una clasificación genética de las formaciones y estructuras, en el marco del proceso de conjunto. Intento, por tanto, de regresar a lo actual precedentemente descrito, para reencontrar lo presente, pero elucidado y comprendido: *explicado*.

Tomemos como ejemplo el sistema de *aparcería*. Antes que nada, conviene describirlo exactamente (renta de la tie-

rra en productos, colonato parcial, servidumbres que acompañan a la renta, etc.); luego fecharlo (acompañar a la constitución del mercado urbano, de la burguesía, pero allá donde el capitalismo se desarrolla deja paso al sistema de *arrendamiento*; tiene, pues, un origen semifeudal); luego, *explicar* sus transformaciones y su conservación (retraso del desarrollo económico en las regiones de aparcería, falta de capitales, etc.).

Podríamos también tomar como ejemplo la comunidad de poblado rural, sus supervivencias, o la familia campesina, sus características propias, etc.

Estos estudios necesitan un marco general, una concepción del proceso de conjunto (señalemos de nuevo que es imprescindible siempre considerar la interacción de las estructuras, la influencia de las estructuras recientes sobre las estructuras antiguas subordinadas o integradas a las primeras).

a) Primeramente encontramos la *comunidad rural* o *comunidad del pueblo*. El término no connota nada místico, nada «prelógico», sino un hecho histórico y social, más o menos generalmente extendido.⁸ Los hombres, débiles ante la Naturaleza, disponiendo de instrumentos y técnicas someras, se vieron obligados durante mucho tiempo a constituirse en grupos sociales muy cohesivos para realizar las labores agrícolas: roturación, protección con diques, regadíos, cultivo (y a menudo cuidando de los rebaños, etc.). El grupo campesino se mantenía, pues, sólidamente organizado, cimentado por *disciplinas colectivas*; poseía *propiedades colectivas* con modalidades muy variadas.

Poco a poco, la comunidad campesina se diferenció, se disoció. El progreso de la agricultura ha traído su disolución, con modalidades asimismo muy variadas, pero con unos rasgos generales (afirmación de la propiedad privada, diferenciación de clases, aparición del cambio y la moneda, subordinación a modos de producción sucesivos).

En la comunidad campesina, observamos en primer lugar el predominio de los vínculos de *consanguineidad*. Cuando

8. Cf. las cincuenta primeras páginas del libro de lord ERNLE *L'histoire rurale de l'Angleterre*, Gallimard, 1952.

Cf. el libro de Denise PAULME, *L'Organisation sociale des Dogons* e innumerables estudios (sin sistematizar aún), en diversas lenguas y distintos países.

se disuelven, dejan paso a vínculos de *territorialidad*, fundados en la residencia, la riqueza, la propiedad, el prestigio, la autoridad. Hay, pues, un paso de los parentescos extensos a la familia restringida (con predominio masculino) y a las relaciones de *vecindad*.

Pero la historia de la comunidad campesina es más compleja de lo que este esquema deja suponer. Está sometida a la presión de modos de producción sucesivos y de instancias administrativas, fiscales, jurídicas, políticas. Unas veces cede; otras resiste; hasta su disolución por el individualismo (fundado en la competencia, la economía mercantil, etc.), manifiesta una sorprendente vitalidad.

A mi entender, la Edad Media europea y la desaparición del modo de producción medieval (feudal) son incomprensibles si se ignora el resurgimiento de la comunidad campesina y su resistencia profunda a la codicia de los feudales. Sólo así se explican las nociones de *costumbres* y *derecho consuetudinario*, tan importantes en el estudio de la realidad agraria. Toda costumbre implica una apoyatura social —que es la comunidad— y una resistencia a las «exacciones», es decir, a cuanto actúa desde fuera (*ex agere*) de la costumbre.

b) *Modos de producción esclavista y feudal*. Es imposible estudiar las realidades campesinas en África, Las Antillas, el Sur de Estados Unidos sin hacer referencia a la esclavitud, a sus supervivencias o secuelas.

Para poder explicar las realidades campesinas actuales en gran número de países (comprendidos el Sur de Italia, el Sur de Francia, etc.) es preciso conocer las diversas modalidades del modo de producción feudal (*asiático*, fundado en la propiedad de las aguas y del sistema de regadío; *musulmán*, fundado en el dominio de los centros urbanos, artesanales y comerciales, dominio que se extiende a las propiedades circundantes; *europeo*, fundado en la propiedad de la tierra).

Estas realidades sólo desvelan su complejidad cuando son abordadas desde múltiples perspectivas. Por ejemplo, el Sur de Francia ha conservado el *Derecho romano*, o ha sido penetrado en seguida por él desde su reaparición; pese a ello es el área de Francia donde mejor se han conservado las *costumbres* (comprendidos dialectos locales y *patois*, etc.).

c) El *capitalismo* comporta una revolución agraria, muy avanzada en Inglaterra, menos completa en Francia y en Ita-

lia. En Francia, el capitalismo ha supuesto una reforma agraria (que ha traído la reconstitución, la extensión o la constitución, según los casos, de la pequeña y mediana propiedad). Ha traído también una concentración de la propiedad de los buenos terrenos, situados cerca de los mercados (los cuales dan el máximo de renta de la tierra); ha provocado el predominio del arrendamiento sobre la aparcería, el individualismo, el maquinismo, la industrialización de la agricultura, etc. Todo esto hace inevitable, para el estudio de las realidades agrarias, referirse continuamente al modo de producción capitalista.

Los modos de producción esclavista y feudal se superpusieron parcialmente a las estructuras agrarias anteriores (pero tendiendo siempre a la formación de latifundios y señoríos). Esto hizo posible la supervivencia o reconstitución (parciales) de estas estructuras «comunitarias». Pero el modo de producción capitalista, desde su inicio (economía monetaria y mercantil), convulsionó profundamente las estructuras agrarias, desde dentro y desde fuera. La propiedad privada de tipo capitalista se ha subordinado de cien maneras las formas anteriores de propiedad: tribal o de clan, comunitaria o feudal. De hecho, aparece con especial evidencia en el estudio de la estructura agraria de los países «subdesarrollados»: países coloniales o semicoloniales, regiones rezagadas de países capitalistas.

d) La industrialización de la agricultura, la introducción del maquinismo, la gran producción agrícola y el incremento de la productividad evolucionan hoy en dos sentidos opuestos: capitalismo y socialismo.

Las transformaciones socialistas de la agricultura tienen lugar en tres estadios: reforma agraria-cooperación-creación, en lo posible, de agrociudades.

Cada una de estas etapas se desarrolla en modalidades distintas, según los países. En particular, la cooperación agrícola (cooperativas de producción; koljoses, que difieren profundamente de las cooperativas de producción) se establece sobre la base del pueblo, es decir, comporta una cierta reviviscencia —a un nivel profundamente transformado, con medios técnicos nuevos y una estructura igualmente nueva— de la comunidad agraria, las relaciones de vecindad, disciplinas colectivas, etcétera.

Este método permite llegar a una visión de conjunto de las realidades campesinas. Podríamos compararlas a un aba-

nico, extendiendo y yuxtaponiendo formas de diferentes épocas, si no fuera porque esta imagen enmascara la perpetua interacción de las formaciones y su subordinación a los conjuntos (estructuras nuevas; mercado mundial capitalista y socialista, etc.).

Esta visión de conjunto muestra un *retraso* del desarrollo agrícola respecto al industrial —retroceso que sólo salva la estructura socialista— merecedor de un estudio particular.

Este cuadro de conjunto comprende las *contradicciones* (en particular, lucha encarnizada a lo largo de la Historia, entre pequeña y gran propiedad) y *supervivencias* en el dominio ideológico (supervivencias de los mitos agrarios, el folklore, etc.) y en el dominio estructural (pueblo, familia campesina, etc.). Este cuadro de conjunto permite trazar el plan de un tratado o manual de *sociología rural*.

Semejante tratado debe empezar por un estudio de los actuales conjuntos, de las estructuras recientes (capitalismo y colectivismo), del mercado mundial (capitalista y colectivista), etc.

Obliga a un estudio de la comunidad agraria, su disolución, supervivencias y resurgimientos, insistiendo en el tránsito de los vínculos de consanguineidad a los vínculos de territorialidad (con conflicto y victoria de estos últimos); en las diferenciaciones, jerarquías, relaciones de vecindad, etcétera.

Este estudio de conjunto permitiría trazar una tipología de los pueblos (comunidades aún vigentes - comunidades en disolución - pueblos individualistas - pueblos determinados o remodelados por la proximidad de un centro comercial o industrial, por la gran propiedad, por la cooperación). La familia campesina merecerá importantes capítulos: condición de la mujer, de los hijos (primogénitos o cadetes), de los ancianos y viejos, en los diferentes tipos de pueblos y familias.

El problema de las clases (o estratificaciones) en el campo exige un detallado estudio de los modos de posesión y explotación de la tierra (aparcería, arrendamiento, pequeña o mediana propiedad, etc.).

Por último, siempre habrá de situarse al grupo campesino estudiado (en general el pueblo) en relación con estructuras más amplias y con las instituciones: burgo y ciudad, provincia y nación.

La «cultura» campesina deberá ser definida concretamen-

te. En la medida en que el campesinado produce una cultura, o una aportación a la cultura, no podemos hablar de ideología, propiamente dicha (pese al contenido ideológico que pueda tener esta aportación campesina, contenido que sólo los filósofos o teóricos procedentes de otra estructura social más desarrollada pueden poner de manifiesto). Es ésta una cultura sin conceptos, transmitida oralmente, comprendiendo sobre todo anécdotas, relatos, interpretaciones de ritos y magias, y ejemplos que sirven para orientar la práctica, para conservar o adaptar las costumbres, para dirigir las emociones y las acciones actuando directamente sobre ellas.

Se comprende entonces que la aportación campesina, a la historia de las ideologías —aportación confusa, difusa, formulada por gentes de la ciudad— ha sido considerable. En particular, los grandes mitos agrarios (la tierra madre) han penetrado la poesía, el arte, la filosofía, desde los orígenes hasta nuestros días. Las herejías cristianas han tenido también una base en gran parte agraria (prolongaciones y recuerdos de la comunidad campesina). También en este aspecto, la sociología rural puede aportar una contribución nada despreciable al estudio de las ideas, es decir, a la filosofía.

IV. Teoría de la renta de la tierra y sociología rural *

I

En sociología, el menor contacto con los hechos destruye opiniones con frecuencia comúnmente aceptadas.

En el tiempo, la agricultura ha precedido a la industria; en el espacio, todavía hoy, un océano de producción agrícola rodea algunos continentes e islas de vida urbana y producción industrial. De ahí que se crea generalmente que la vida rural y la estructura agraria son más simples que la vida «moderna» de las ciudades y fábricas.

De hecho, la sociología rural tiene que entender de realidades de extrema complejidad. Realidad tanto más compleja cuanto que está agitada por movimientos contradictorios. El sociólogo rural, además de encontrarse ante estructuras que datan de diversas épocas de la Historia (como ejemplo, ante estructuras que se remontan a la Edad Media), se encuentra ante formas y estructuras en descomposición, mezcladas a formas y estructuras nuevas.

Poco de común hay, por ejemplo, entre el pueblo del noreste de Francia (sólida estructura comunitaria, pero profundamente afectada por la gran agricultura moderna) y el pueblo individualista, pero estancado o en trance de desaparición, del Sur. Poco hay de común entre el pueblo francés en general, y el pueblo del Sur de Italia o del de España, verdadera ciudad agraria de donde parten (cada mañana, o cada comienzo de semana) miles de obreros agrícolas que van a trabajar a «latifundios» a menudo muy alejados de su domicilio.

De todas las ramas de la sociología, la sociología rural posiblemente esté, más que ninguna otra, mezclada a la vida, la acción práctica, la eficacia. *Las reformas agrarias*, a la orden del día en gran parte del mundo, no pueden realizarse sin los sociólogos, pues plantean problemas sociológicos. Por

* Comunicación al Congreso Internacional de Sociología (Ámsterdam, agosto de 1956).

ejemplo, durante los programas (muy incompletos, e insuficientes hasta hoy) de transformar la estructura agraria del Sur de Italia, ha sido preciso recurrir a los sociólogos para estudiar de qué modo el obrero agrícola de grandes poblados puede transformarse en pequeño agricultor con explotación individual. Otro ejemplo: En Hungría, en la llanura, los campesinos pasaban tradicionalmente el invierno en una ciudad agraria (Szeged, etc.) para retornar en primavera a sus explotaciones, extremadamente dispersas (*taigas*). ¿Cómo poner fin a esta tradición, a este seminomadismo, cómo fijar el campesino al suelo, reagrupando en pueblos modernizados las *taigas*?

Aquí aludimos únicamente a estructuras próximas a nosotros. Si habláramos de Asia (India, China, etc.) sería aún más complicado.

La sociología rural describe, pues, fenómenos complejos. Intenta penetrarlos en profundidad. Pero pronto descubre sedimentos, por así decirlo, que no son ya propios de la descripción, sino que pertenecen a otro dominio. En particular, a *la Historia*. El sociólogo, si quiere comprender y conocer, debe desdoblarse en historiador. ¿Cómo comprender la estructura agraria de la Italia del Sur sin la Historia?

Pero los hechos históricos, a su vez, necesitan un análisis y una explicación. ¿Dónde encontrarla?; o, al menos, ¿en qué sentido buscarla?

Sostenemos aquí la siguiente tesis: La sociología rural, al internarse en los hechos sociológicos e históricos, se encuentra ante hechos y leyes económicas, finalmente ante una teoría de economía política, la teoría de la *renta de la tierra*, única explicativa de los hechos históricos y sociales, de la estructura señalada y descrita precedentemente.

II

La teoría de la *renta de la tierra* nació en Inglaterra. Marx y Engels vieron en ella una importantísima aportación de los economistas ingleses «clásicos» a la ciencia, lo que obedecía a que «sólo en Inglaterra existía un modo de producción en el cual la renta de la tierra se hubiera separado eficazmente del beneficio y el interés».¹

Marx reconsideró y desarrolló la teoría de la renta de la

1. ENGELS, *Anti-Dühring*, II, 10.

tierra elaborada por James Anderson, Adam Smith, y sobre todo Ricardo. La modificó profundamente, criticando la famosa ley de productividad decreciente de la tierra (los progresos técnicos de la agricultura moderna han confirmado esta refutación). Marx demostró que la noción de renta *diferencial*, introducida por Ricardo, debía a su vez diferenciarse, en el sentido de que existen varias rentas diferenciales (la renta A proviene de diferencias naturales entre los terrenos: desigual fertilidad, situaciones diversas respecto a mercados y vías de comunicación; la renta B proviene de diferencias de productividad de los capitales sucesivamente invertidos en una misma tierra).

Por último, Marx encontró que a las rentas *diferenciales* se añade la renta *absoluta* obtenida por el propietario de la tierra, incluso si ésta se mantiene sin cultivar (improductiva); esta renta absoluta no guarda, pues, ninguna relación con el precio de los productos agrícolas, ni con el beneficio del agricultor capitalista que invierte su capital en la tierra.

Marx ha confirmado una noción importante de Ricardo: el propietario agrícola (históricamente de origen feudal, aunque la burguesía en muchos lugares del globo expulsó y reemplazó a los feudales latifundistas) tiende a acapararse el máximo de renta, no dejando al trabajador de la tierra más que un mínimo, el beneficio medio de su capital, su salario. Ésta fue la respuesta, nueva y científicamente profundizada, de Marx al gran problema planteado por Ricardo: cómo se distribuyen los «ingresos» según las clases de la población.

Curiosamente, los economistas contemporáneos dejan con frecuencia de lado la teoría de la renta. Sin embargo, ha desempeñado un importante papel en la formación del «marginalismo». Pero los marginalistas se contentan con indicar el papel desempeñado por las empresas «marginales» (pequeños agricultores) en la formación de los precios agrícolas, y dejan de lado lo esencial: la fuente de «los ingresos» y su reparto.²

2. Señalemos algunos trabajos interesantes en Estados Unidos. En especial BOULDING, *The Concept of Economic Surplus* («Americ. Econ. Rev.», dic. de 1945, pp. 851-869) y G. F. BLOOM, *Technical Progress Costs and Rents* («Economica», IX, 1942, pp. 40-52) H. W. SINGER, *An Index of Urban Land Rents and House Rents in England and Wales, 1845-1913* («Economica», IX, 1941, pp. 221-230, etc.).

La noción misma de renta de la tierra se ha oscurecido. En Italia, cuyos institutos de investigación agraria son particularmente activos y bien equipados, apenas se considera oficialmente el «ingreso de la tierra»; y se estudia este ingreso globalmente por hectárea de tierra, de forma que no se conoce ni su origen ni su reparto (qué es lo que va a los propietarios y lo que va a las diversas categorías de productores).

En los últimos tiempos, en Francia, el estudio de la renta de la tierra ha ganado nueva vitalidad y actualidad. ¿Por qué? Porque los problemas campesinos se plantean con una agudeza creciente. La Société Française d'Économie Rurale ha publicado dos estudios: *Rente foncière et revenu agricole* y *Le problème de la rente du sol*. Son estudios bastante confusos, que se remiten a Ricardo sin tener en cuenta la crítica marxista. Los autores de estos trabajos reconocen la importancia de la cuestión, pero tropiezan con un hecho simple: la renta de la tierra propiamente dicha, la de los propietarios agrícolas, no supone más que el 2 % de la renta nacional (en Francia). ¿Cómo, pues, puede tener influencia sobre la estructura agraria? ¿Qué relación puede tener con las cuestiones que agitan a los campesinos franceses?

Durante este tiempo, la teoría de la renta de la tierra ha sido estudiada y profundizada, pero en países más alejados, particularmente en China (donde el economista y sociólogo Chen Po-ta acaba de publicar un notable trabajo sobre el tema).

III

En realidad, la teoría de la renta de la tierra, tal como aparece en Ricardo, y luego en Marx, es hoy incompleta e inutilizable. El complemento indispensable y la forma científica moderna —aplicable a inmensas regiones— de la teoría hay que buscarla en la obra de Lenin.

Marx ha descrito y analizado la introducción en la agricultura del capitalismo de libre competencia. Pero el capitalismo ha cambiado de estructura: se ha transformado en capitalismo de monopolios. Marx, por otra parte, ha considerado (al igual que Ricardo) la clase de los agricultores de origen feudal como clase dominante (especialmente parasitaria) al lado de la clase capitalista; en la actualidad, desde su época, esta clase de propietarios agrícolas, sin desaparecer en

predominio de un grupo, una clase, y no de un solo hombre). Al monopolio de origen feudal se añade el monopolio capitalista; estos dos monopolios, según los países y regiones, se combaten, o se combinan, o se alían. Pero, a pesar de la variedad de combinaciones, uno y otro existen más o menos en todas partes, y ejercen una poderosa presión sobre las otras formas de explotación y propiedad.

c) El doble monopolio (con sus distintas combinaciones) remodela, por tanto, a la vez la estructura agraria y la distribución del ingreso, es decir, de la renta de la tierra.

El gran agricultor capitalista, propietario o productor, no sólo consigue el beneficio medio del capital invertido, sino una parte considerable de la renta, y a veces la totalidad. Consideremos, por ejemplo, los beneficios permanentes obtenidos por los bajos salarios del obrero agrícola, el bajo costo de producción de empresas muy mecanizadas, la manipulación de precios en el mercado, los cupos y tarifas aduaneras, las condiciones de crédito, etc.

d) Esta teoría explica satisfactoriamente gran número de hechos que observan economistas y sociólogos.

Explica por qué la renta de la tierra en sentido estricto (renta del propietario no capitalista) sólo supone en Francia el 2 % del ingreso nacional, en tanto que el ingreso de quienes se benefician de la renta en el sentido aquí definido (comprendiendo los capitalistas que trabajan en la tierra) es mucho más elevado. Carecemos de cifras precisas, pues las estadísticas sólo permiten calcular el ingreso global de productores de todas las categorías. Pero observamos las tentativas de los economistas, que, ante los hechos, crean nuevas nociones, muy confusas, destinadas en su espíritu a reemplazar la noción clásica de renta de la tierra (por ejemplo, la noción de «renta técnica» para designar la explotación capitalista industrializada, lo que disimula la verdadera naturaleza del ingreso, su fuente y su distribución, así como la verdadera estructura agraria del país).

A mi parecer, la teoría marxista, desarrollada, se aplica y verifica de forma general. Contentémonos aquí con mencionar algunos hechos observados en la estructura agraria de Francia:

a) En algunas regiones, como en Bretaña, el monopolio de origen feudal sigue poderoso y a veces predominante (aunque socavado desde hace algunos años por el crecimiento de una gran agricultura capitalista). En esta región, los «nobles»

numerosos países (Italia, España, países musulmanes, India, etc.), se ha fusionado parcialmente con la clase capitalista. Por último, la industrialización de la agricultura se ha acentuado, por lugares, sin por ello suprimir los vestigios del pasado como la propiedad de tipo latifundista o la pequeña propiedad. Hoy más que nunca, hay que distinguir entre problemas de la propiedad y problemas de la explotación. Somos testigos del surgimiento en distintos lugares, pero en particular en Francia (en la región parisina, en el Norte) de un tipo social nuevo: el gran agricultor capitalista, a veces poseedor de tierras y otras no, que dirige una empresa industrializada y toma en arrendamiento tierras pertenecientes a gran número de pequeños y medianos propietarios que han dejado la agricultura.³

Lenin, en sus trabajos sobre la cuestión agraria,⁴ ha considerado muchos hechos nuevos, y ha llegado a las siguientes conclusiones:

a) En la estructura agraria de los países capitalistas o sometidos al capitalismo coexisten formaciones que pertenecen a todas las épocas de la historia, a todos los momentos sucesivos del desarrollo social (comunidad, rural o arcaica, mas o menos descompuesta; estructura feudal en los países occidentales, musulmanes y asiáticos; pequeña propiedad, de origen a veces anterior al capitalismo y a veces consecuencia del capitalismo, como en Francia, donde la Revolución de 1789 cedió parte de la tierra a los campesinos; gran explotación y gran propiedad capitalista).

A esta lista, debemos añadir hoy la cooperación de diversos tipos (capitalista, semicapitalista, semisocialista, socialista).

En los países capitalistas, prescindiendo de grados de desarrollo, la propiedad y la explotación de tipo capitalista tienden a subordinarse las otras formas de explotación y propiedad. Lo cual da a esta proposición valor y alcance de ley objetiva.

b) La introducción del capitalismo en la agricultura se traduce por un doble monopolio (término que designa el

3. He estudiado personalmente este «tipo» social en varias regiones de Seine-et-Marne, de l'Aisne, del Cise (región norte y nordeste de París).

4. LENIN, *Obras*, cuarta edición rusa, tomo IV, pp. 89-141; tomo V, pp. 87-202; tomo XXII, pp. 1-89, etc.

rurales y los propietarios burgueses compradores de dominios feudales ocupan todavía fuertes posiciones. Lo que no impide, naturalmente, la existencia de un enjambre de pequeñas propiedades y explotaciones en arrendamiento alrededor de las grandes propiedades. Gracias también a la presión demográfica, la renta de la tierra en sentido estricto —la que va al propietario agrícola— es fuerte. Los pueblos están muy poblados, dominados por el castillo. Por ello se mantiene un cierto carácter arcaico, con fuerte influencia del clero católico. El excedente demográfico emigra de manera definitiva o no (marinos, temporeros). Sin embargo, nuevas tendencias, debidas a la agricultura mecanizada y a una cierta industrialización, combaten el tradicionalismo.

b) En la región parisina, el Norte y parte del Este, domina el monopolio capitalista. En esta región puede estudiarse cómodamente este nuevo tipo social ya mencionado: el poderoso productor capitalista, que posee una plantación de trigo, o remolachas, asociado a menudo al capitalismo industrial y financiero (fabricación de azúcar, alcohol, etc.). A veces es propietario, a veces no; pero casi siempre es arrendatario de campos pertenecientes a numerosos propietarios, pequeños o medianos. Un hecho curioso: los propietarios son para sus arrendatarios personajes insignificantes. En esta región, la concentración de la explotación es enorme, sobrepasa en mucho la concentración de propiedad. Abundan las explotaciones que engloban el territorio de todo un pueblo, e incluso se extienden más allá de sus términos. Los pueblos se despueblan. La antigua población de campesinos productores y de artesanos es reemplazada por obreros agrícolas (alojados o no en la explotación). Estos obreros son con frecuencia de origen extranjero, reciben bajos salarios y viven en condiciones lamentables. Paralelamente, puede verse aparecer una nueva *élite*: mecánicos y tractoristas, especialistas, técnicos de la cría científica de ganado, etc.

c) La mitad sur de Francia representa en el conjunto, y cada vez más claramente, una zona subdesarrollada, cuya estructura agraria está en descomposición. El examen detallado muestra, dentro del retraso general, gran diversidad. En algunos sectores, el monopolio feudal continúa poderoso; la aparcería, forma de tenencia trasnochada y semifeudal, persiste, por ejemplo, en el sudoeste. En otros sectores, e incluso en gran parte del sector agrícola, la pequeña y me-

diana propiedad resisten, aunque vegetan lamentablemente. Por último, en los sectores de cultivos especializados (vid, frutales, legumbres y primicias) se instaure la gran explotación capitalista, aunque a veces sobre superficies reducidas. Es claro que diez hectáreas de primicias o cultivos florales constituyen una importante explotación, que exige considerables capitales. (Sin embargo, en las estadísticas, estas explotaciones aparecen agrupadas con las pequeñas explotaciones familiares de policultivos, lo cual estorba considerablemente la interpretación de los datos numéricos.)

De todas formas, los sectores donde predomina la pequeña explotación, la pequeña propiedad, el policultivo familiar, están en plena decadencia. Las estadísticas muestran un descenso del ingreso global de los departamentos considerados que va hasta un 7 % en veinte años para el sudoeste.

Los pueblos se despueblan, por razones múltiples (baja natalidad, emigraciones definitivas o temporales).

En esta región, que de un modo general se empobrece, la riqueza se concentra en algunas ciudades donde viven los propietarios de la tierra cedida en aparcería, o de las explotaciones modernizadas más importantes. Estas ciudades son al mismo tiempo mercados (Tolosa, Perpiñán, Montpellier, etc.) y centros administrativos.

Hay, pues, un proceso complejo y contradictorio, que sólo la teoría de la renta de la tierra permite explicar.

IV

Las consideraciones teóricas y los hechos concretos aquí mencionados parecen confirmar científicamente la tesis avanzada al inicio del estudio.

El sociólogo rural se encuentra ante fenómenos extremadamente diversos, que debe intentar por todos los medios poner en orden. Comienza describiendo, pero pronto se encuentra ante problemas que sobrepasan la simple descripción, que exigen otro instrumento de investigación distinto al empirismo. Cuando se interna en profundidad en los fenómenos para captar sus leyes, se encuentra ante un proceso a la vez histórico, económico y social. Para conocer ese proceso, objetivo, necesita una teoría.

En el dominio de la sociología rural, esta teoría existe: la de la renta de la tierra, desarrollada a partir de los economistas clásicos por los marxistas.

V. Introducción a la psicología social de la vida cotidiana *

¿Cómo definir la vida cotidiana? Nos rodea y nos cerca; en el mismo tiempo y el mismo espacio, está en nosotros y nosotros en ella y estamos fuera de ella, tratando sin cesar de proscribirla para lanzarnos en la ficción y lo imaginario, nunca seguros de salirnos de ella, aun en el delirio del sueño. Todos la conocemos (y sólo a ella conocemos) y cada uno de nosotros la ignora. La historia de las ideas nos muestra que hombres y pueblos, épocas y civilizaciones, no alcanzan sino en última instancia lo que eran en sus inicios. Para expresar claramente lo que son, necesitan verlo fuera de ellos, comparándolo a otras formas de vida. Algunos llegan hasta a pretender que una cultura no se define y no se hace consciente hasta que se agota, de tal suerte que la consciencia, esta claridad, llevaría también el signo negro del destino. Sin llegar hasta este punto, ¿no tiene esto algo de verdadero en lo que concierne a nuestra vida cotidiana? Si llegamos a tomar consciencia de la cotidianidad ¿no es acaso porque la aventura humana la desborda ya? Si hoy concebimos el mundo humano, la tierra de los hombres, y la práctica cotidiana, ¿no será porque el hombre y las técnicas y las posibilidades sobrepasan ya lo que somos sin que sepamos a dónde se dirigen?

¿Qué es, pues, la cotidianidad? No avanzaremos mucho ni nos comprometeremos demasiado diciendo que es la mejor y la peor de las cosas, como la lengua y el lenguaje según Esopo. La mejor: en la vida cotidiana entramos en contacto con el mundo humano ya realizado, con innumerables objetos producidos en lugares lejanos o escondidos (talleres, fábricas) y que se convierten en bienes; el conjunto de estos bienes se ofrece a las ambiciones y estimula los deseos; algunos de entre ellos se nos escapan y son inaccesibles. La ciencia de la realidad social no puede confundir este campo de experiencias con la producción y la distribución, aspec-

* *Encyclopédie de la psychologie*, ed. Fernand Nathan.

tos de la economía política. Un especialista en publicidad conoce mejor las relaciones entre «bienes» y deseos que el economista o el estadístico. Ni la sociología, que se ocupa de los grupos, ni el psicólogo, que se interesa por los individuos, ni siquiera el psicólogo social, que se preocupa de opiniones y actitudes, consiguen captar en toda su extensión este vasto campo, que puede ser definido, sin embargo, por una sola palabra: *apropiación* (por los seres humanos, de la vida en general, de su propia vida en particular).

En la vida cotidiana, sector privilegiado de la práctica, las necesidades se convierten en deseos. Estos toman forma en ella, y en ella pasan de biológicos (es decir animales y vitales) a humanos. Esta metamorfosis se opera a través de duras pruebas; el autocontrol y la posposición, a veces ilimitada, de las más legítimas satisfacciones, las de la elección y las opciones inevitables entre los objetos posibles del deseo. La necesidad pasa a través de los filtros del lenguaje, de las prohibiciones y las permisiones exteriores, de las inhibiciones y las excitaciones, del esfuerzo y el logro. Las necesidades están presentes en el lote general de los humanos: necesidad sexual, necesidad alimenticia, necesidad de habitat y vestido, necesidad de juego y actividad, etc. Los deseos se individualizan, en función del grupo propio. La socialización y humanización de la necesidad van parejas con la individualización del deseo, pero no sin conflictos, no sin daños, a veces irreparables. Cada hombre y cada mujer semejan un árbol, con ramas torcidas, muertas, desgajadas, y otras ramas obstinadamente llenas de savia.

Riqueza de la cotidianidad: en ella se esbozan las más auténticas creaciones, los estilos y formas de vida que enlazan los gestos y palabras corrientes con la cultura. En ella se opera la renovación incesante de los hombres: el nacimiento y formación de los hijos, el empuje de las generaciones. Un arte, una imagen, un mito que no entren en la cotidianidad (en «lo vivido») permanecen abstractos o mueren. A la inversa, los más profundos deseos y las aspiraciones más válidas se arraigan y permanecen en ella.

Miseria y pobreza: la vida cotidiana es también la repetición de los mismos gestos, levantarse por la mañana, preparar el café, salir, recorrer las calles, las mismas cada mañana, y atravesar las plazas, las mismas, tomar el metro, perderse entre la muchedumbre, leer el periódico, entrar por la misma puerta en el mismo taller o la misma oficina. In-

necesario continuar.¹ Las mujeres soportan aún más que los hombres el peso de la cotidianidad y buscan por eso con más ardor emerger de este entorno gris siguiendo sin dificultad las ambigüedades y semiensueños: mitad práctica, mitad ficción que les aporta la prensa femenina o «prensa del corazón».

Miseria. En la vida cotidiana, el joven que se realiza, que triunfa o fracasa, pierde su juventud, madura y envejece; no realiza más que una parte de las posibilidades del hombre joven; desde su infancia tiene delante de él la imagen del hombre que no es más que una de las varias posibilidades, habiendo perdido las otras: la imagen del padre.

En la cotidianidad, afrontamos en el corazón de nuestra vida lo que los enormes medios de la técnica moderna no logran dominar, y que quizás no llegan a dominar si no es destruyéndolo: espontaneidad, ritmos fisiológicos, cuestiones de salud y vitalidad; léase pasiones y resurgimientos de esperanzas ilimitadas. Lo cotidiano se descubre también como dominio de la suerte y la desgracia, de la casualidad y el destino y sus sorprendentes combinaciones. Lo novelesco y lo extraordinario se mezclan en ella con la trivialidad. Hay que hacer notar también que desde hace poco tiempo las técnicas modernas (las «artes domésticas») se aplican a lo cotidiano y restringen los límites del dominio del hombre. Mil instrumentos, herramientas tradicionales mejoradas o artilugios, han modificado la cotidianidad. No le han arrebatado el carácter repetitivo. El aspirador acelera el trabajo doméstico; la mujer que hace su limpieza no deja de repetir cada día los mismos gestos, solamente posee más tiempo libre. ¿Para hacer qué? A veces para hacer tonterías o para aburrirse. La técnica invade la cotidianidad y la cambia sin metamorfosearla.

No podemos conocer la vida cotidiana sin efectuar un

1. Un novelista ha tenido la original idea de dar como fondo a sus relatos de aventuras la dulzura lánguida de la cotidianidad. Ha tenido la idea, quizá genial, de suponer que el «mundo» agitado y dramático del crimen vale menos que esta tibia monotonía de los días. Ha invertido, pues —¡admirable conocedor de la cotidianidad!—, las perspectivas novelescas admitidas. Su éxito, justamente merecido, no excluye el aburguesamiento y el género policíaco. Todos habrán reconocido a Simenon.

análisis crítico. En ella se entremezclan privaciones y frustraciones con goces de bienes, necesidades convertidas en deseos y capacidades constantes de placer o alegría. En la cotidianidad se mezclan las realizaciones y lo que ciertos filósofos llaman las «alienaciones» del ser humano. La vida cotidiana confronta los posibles y los imposibles; la alegría afronta el dolor y el aburrimiento. En este sentido contiene el criterio de lo humano. Ni las actividades excepcionales, arte, ciencia, política, ni los instantes sublimes, permiten esta medida de la realización del hombre.

¿Dónde sorprender la cotidianidad? Contestaremos esta pregunta de manera también aparentemente ambigua: «La sorprendemos en todas partes y en ninguna.» No consiste ni en la vida del trabajo, en la empresa o la oficina, ni en la vida familiar con su entorno y relaciones, ni en las distracciones, el ocio y sus actividades múltiples. Y, al mismo tiempo, es todo esto, la vida del ser humano que va de lo uno a lo otro, que se realiza y pierde tanto en el trabajo como en la familia o el ocio. El hombre o la mujer son los mismos cuando trabajan, se casan, educan a sus hijos, van al cine, salen de vacaciones. Y, sin embargo, no son exactamente lo mismo; la «persona», como se dice, se diversifica, guardando al mismo tiempo cierta unidad.

Si se nos exige una definición precisa de lo cotidiano, empecemos por definirlo negativamente. Si quitamos las actividades delimitadas y especializadas (técnicas, trabajo parcelario, cultura, ética) y los valores admitidos, ¿qué nos queda? Nada, dirán unos, los positivistas, los científicos. Todo, a saber, el ser profundo, la esencia, la existencia, dirán ciertos filósofos y metafísicos. Nosotros diremos: «Algo: la substancia del hombre, la materia humana, lo que le permite vivir, residuo y totalidad a un tiempo, sus deseos, sus capacidades, sus posibilidades, sus relaciones esenciales con los bienes y los otros humanos, sus ritmos, a través de los cuales le es posible pasar de una actividad delimitada a otra totalmente distinta, su tiempo y su espacio o sus espacios, sus conflictos...»

Es evidente que la ciencia social no puede contentarse con una definición negativa. Advirtamos, sin embargo, que un movimiento conflictual, tal como el que transforma la necesidad en deseo, contiene una especie de evidencia que le es propia. Este movimiento ilumina, al mismo tiempo que trae de la mano, una elucidación, a condición de que sea

captado mediante el análisis y desarrollado después penetrándolo en su totalidad.¹

Por ir más lejos, indiquemos rápidamente los determinantes científicos de la cotidianidad.

Signos y señales pueblan el espacio y el tiempo. Las señales son simples, precisas, reducidas al mínimo (verde, rojo, trazo continuo, trazo discontinuo, etc.), con frecuencia a sistemas binarios. Las señales dirigen y condicionan los comportamientos. Los signos son más vagos y complejos; constituyen sistemas abiertos. Una palabra es un signo, pero también lo es una puerta, una ventana, una corbata, un vestido, un sombrero, un gesto como estrechar la mano de alguien diciéndole «Buenos días». La puerta significa una entrada, un pasillo prohibido a algunos y abierto para otros, los habitantes de la casa y sus relaciones.

Mi apartamento está poblado de objetos funcionales que al mismo tiempo son signos, colocados en cierto orden que estudia la «logística» de la cotidianidad. Las fuentes y cacerolas en la cocina significan mis gustos alimenticios. La calle está también repleta de signos; el vestido de esta mujer significa que va de paseo y el de esta otra que va a su trabajo. En la vida cotidiana sabemos (mejor o peor) traducir al lenguaje corriente estos sistemas complejos de signos. Si no sabemos traducirlos, si ignoramos algo, nos considerarán raros, o forasteros, o fuera de la Historia.

Pero esto no es todo. Consideremos ahora los monumentos (Notre-Dame, el Arco de Triunfo, el Louvre...), o simplemente una cara conocida o desconocida. No podemos compararlos ni a un sistema de señales como el que regula la circulación, ni incluso a los sistemas de signos, enigmáticos pero rigurosos, de los que se sirven los matemáticos. No dicen todo lo que tienen que decirnos; lo dicen con lentitud y no terminan nunca. Por esta razón los compararemos a símbolos, ricos de un sentido inagotable. Los juzgaremos expresivos además de significativos. De esta forma,

2. Consideremos, por ejemplo, la «necesidad» de fumar. No guarda ninguna relación con una necesidad fisiológica (si excluimos, en último término, la necesidad general de estimulantes y excitantes que mantengan el organismo en estado de «vigilancia»). Muy probablemente, el uso del tabaco provoca desórdenes orgánicos. Puede, pues, llamársele «ficticio» o «antinatural». Y sin embargo se convierte en deseo intenso y constante que asume características de necesidad vital, a pesar de las advertencias en contra, los peligros, el gasto.

Notre-Dame simboliza la continuidad de París y la grandeza de una época pasada y la fe de sus constructores; resume a un tiempo una concepción del mundo y algunos siglos de Historia. Rostros, monumentos, símbolos que introducen profundidad en la vida cotidiana: presencia del pasado, actos y dramas individuales o colectivos, posibilidades mal determinadas y por tanto más comprensivas de belleza y grandeza. En el espectáculo de lo cotidiano y en la participación de los individuos en la vida son nudos, centros, puntos de penetración a algo más profundo que la trivialidad reiterativa, de la que sin embargo, no se separa ni un ápice. París es: calles, personas, signos, señales innumerables, y también símbolos sin los que la presencia de la ciudad, de su pueblo y de su historia se echaría de menos. La trivialidad de las señales, de los signos conocidos y repetidos, reinaría sin los símbolos sobre el espacio y el tiempo privados de lo desconocido y de sentido. Se puede decir otro tanto de Marsella o de Lila; de un pueblo o de un paisaje.

Y ahora podemos dar algunas definiciones científicas:

a) En la cotidianidad se entremezclan sistemas de signos y señales, a los que se añaden símbolos que no forman sistemas. Se traducen todos en un sistema parcial y privilegiado a un tiempo: el lenguaje. El conocimiento crítico de la vida cotidiana se define como una parte importante de una ciencia que llamaremos *semántica general*.

b) Llamaremos *campo semántico total* al conjunto más amplio de significaciones que el lenguaje (que sólo es una parte del campo semántico total) se esfuerza en explorar y busca igualar. El conocimiento de la cotidianidad se sitúa, pues, en este campo. Sobre él se abren los sectores parciales que se distinguen (por ejemplo, el señor X... juzga su profesión aburrida, o decepcionante, o apasionante; por esta apreciación, motivada o no, coherente o no, entra en el campo global. El matrimonio del señor y la señora Y... es bueno o malo, un logro o un fracaso, lo que le da un sentido, etc.).

c) Contrariamente a lo que piensan algunos «semánticos», la significación no agota el campo semántico; no es suficiente y no se satisface. No tenemos el derecho de olvidar lo expresivo en beneficio de lo significativo. No hay expresión, es cierto, sin signos y significados que se esfuerzan en decirla, o sea, en agotarla; pero tampoco hay significado sin lo expresivo, que ésta, la expresión, traduce fi-

jándolo, trivializándolo. Entre los dos términos existe una unidad y un conflicto (una dialéctica). El sentido resulta de esta relación móvil entre la expresión y la significación. Contrariamente a las señales, los símbolos son oscuros e inagotables; los signos se desplazan entre la claridad fija de las señales y la obscuridad fascinante de los símbolos, de pronto cercanos a la vacía claridad, de pronto más cerca de la profundidad incierta.

El campo semántico total une (en proporciones variables según los lugares y momentos) la profundidad simbólica y la claridad de las señales. Los signos (y especialmente el lenguaje) permiten decir el sentido.

d) En términos más precisos todavía, las señales que dirigen imperativamente y no enseñan nada, que se repiten idénticas a sí mismas, constituyen socialmente una redundancia. Los símbolos siempre aportan sorpresas, novedades, imprevistos, incluso en su reaparición; sorprenden, tienen carácter estético. Cuando son demasiado numerosos, demasiado ricos, abruman y se convierten en ininteligibles. Los signos (o señales y símbolos conjuntamente) tienen un papel informativo.

e) De esta forma se define ante nosotros el texto social. Éste resulta de la combinación, en proporciones infinitamente variadas, de los aspectos y elementos mencionados anteriormente. Sobrecargado de símbolos, cesa de ser legible por ser demasiado rico. Reducido a señales, cae en la trivialidad. Demasiado claro, resulta tedioso (redundante), reiterativo. Un buen texto social es legible e informativo; sorprende, pero no demasiado; enseña sin agobiar. Se comprende fácilmente, sin exceso de trivialidad.

La riqueza del texto social se mide entonces por su variación accesible: por la riqueza de posibilidades que ofrece a los individuos (que lo descifran y forman parte de él). Estas posibilidades exigen opciones, tan numerosas como aperturas tiene lo posible, pues lo posible y lo imposible van parejos; hay que escoger, y lo posible no escogido deviene imposible. De esta forma, la gran ciudad ofrece opciones más numerosas que la pequeña ciudad o el pueblo, es lo que llamamos sus «seducciones», sus «tentaciones», sus «llamadas», se trate de bienes que ambicionar, de oficios que aprender, de amigos que frecuentar, de amores que conquistar. La opción y la duda de escoger acompañan la multiplicidad de los posibles que se leen en el texto social. De ahí, la in-

quietud inherente a la cotidianidad más rica, inquietud proporcionada a las solicitaciones multiplicadas y a las exigencias de la decisión que compromete, realiza un posible, e impide volverse atrás.

Y ahora, ¿cómo emplear estas nociones teóricas para la descripción, el análisis y exposición de la vida concreta?

Admitiremos aquí, sin otro examen, una proposición que podríamos comentar y justificar largamente, lo cual desbordaría (como ocurre con frecuencia) los límites que nos hemos fijado. He la aquí: «En la sociedad que observamos y de la que formamos parte, los intermediarios tienen privilegios, a veces exorbitantes, en detrimento de lo que tiene más realidad.» Este enunciado, decíamos, se podría comentar largamente. Y sin embargo, su veracidad dimana de la simple experiencia práctica, casi del sentido común cotidiano. Quiere decir que a nuestro alrededor, los lugares de paso y encuentro, la calle, el café, las estaciones, los estadios, tienen más importancia e interés en la cotidianidad que los lugares que enlazan. No siempre fue así. En otro tiempo, la casa o el taller tenía tanta realidad como la calle. Los medios de comunicación estaban subordinados a los hombres, y también los intermediarios.

Comencemos por el lenguaje.

Su miseria y su riqueza, su vinculación con la cotidianidad, las comprenderemos por analogía con el texto social. Procedemos, pues, en sentido inverso al de la mayoría de los «semánticos», que comprenden a través del lenguaje lo que lo desborda, de lo que es sólo parte. Estos teóricos no parecen darse siempre cuenta de que «traducen» a su manera una crisis, por no decir una enfermedad grave del lenguaje. Lo fetichizan; elaboran una filosofía del discurso y el lenguaje; ¿no será porque el lenguaje —corriente o especializado— ha revelado ya sus insuficiencias? ¿No será porque el hombre moderno duda del lenguaje? El fetichismo del medio de comunicación ¿no pone ya al descubierto la ausencia de comunicaciones, la incertidumbre ante la comunicación que no se sabe muy bien cómo se realiza, ni por qué, ni a qué nivel?

Pobreza, miseria. El lenguaje sirve a las trivialidades. Sirve a la vulgaridad. Se habla de la lluvia y el buen tiempo, de los vecinos y amigos, de los niños y la vida cara, de las aventuras amorosas y las intrigas de los arribistas, de la jerarquía y los tratamientos. Las mismas palabras se repiten,

en inútil intercambio. De todas maneras este intercambio es *significativo*. Testimonia las preocupaciones más generales y al mismo tiempo cierta necesidad —timida, torpe, demasiado pudica o demasiado grosera— de comunicar. Nos encontramos aquí en plena «redundancia» del texto social. El discurso vulgar reina a sus anchas.

En la trivialidad, a veces un impulso imprevisto orienta la conversación. La gente cuenta su vida, se confía (no demasiado, salvo los infelices, que dan los palos para que los golpeen, y lo hacen un poco para crear lazos, para atraer otras confidencias; a veces demasiado, fanfarroneando, como en el poker). La conversación se anima y se convierte en juego serio; hay un interlocutor y otro, un desafío, una mezcla de confianza y desconfianza, una apuesta vaga o determinada. Entonces las palabras cesan de estar reducidas a señales, se convierten en signos y toman verdadero sentido. Dejan entrever la novela de cada vida. Afloran locuciones, conocidas, pero que se cargan de sentido: metáforas, imágenes. Aparecen palabras clave con significado simbólico: amor y odio, el padre y la madre, la infancia y la vejez, el «en casa» y el «fuera de casa», la familia y las relaciones. Después vienen las grandes palabras, los grandes temas, las figuras y valores, generalmente subentendidos, que tienen en la conversación el mismo papel que los monumentos en la ciudad: proverbios ricos en referencias, nombres propios que aportan sorprendentes informaciones, dramatizaciones, figuras de retórica, principios, folklore familiar y social que viene a veces del fondo de los tiempos. Entonces la tertulia, sobrecargada, penosa, se para. Se convierte en un diálogo de sordos, como en la trivialidad extrema, pero en el sentido contrario, pues es demasiado rica y abandona las zonas medias de comunicación.

El estudio del lenguaje en la vida cotidiana no se limita a la relación «expresión-significación», de la que surge el sentido. Hay también lo que el lenguaje no dice, lo que evita decir, lo que no puede ni debe decir. Por una parte, el discurso está lleno de lagunas y vacíos: por la otra, existe una dura realidad, una «estructura» sólida. Las palabras y sus cadenas, «reflejos» de los actos y los objetos, son también cosas, a su manera. El lenguaje actúa como un filtro, o como una red, o como una jaula. Capta los deseos y les impone la forma convenida, mientras que los símbolos estimulan obscuramente los deseos (no sin producir una «cris-

talización» con frecuencia inquietante por su fijación). Cuando las necesidades y deseos no encuentran palabras para dar consciencia de sí e intentar su realización comunicándose, perecen. O se revuelven.

Consecuencia: de la vida cotidiana nacen palabras nuevas, giros (frecuentemente marginales con relación al lenguaje oficial: jerga, locuciones familiares). Los deseos rechazados se abren camino de esta manera a través de una expresión indirecta. Tratan de existir socialmente. A partir de la vida cotidiana, cambian las lenguas y el lenguaje.

Ocupémonos, ahora, de la calle. Hablaremos de la calle de una gran ciudad, y por tanto trataremos de una calle concurrida, activa, completamente urbanizada, sin relación alguna con el campo y la Naturaleza, a no ser el recuerdo sorprendente que en ella nos traen los árboles, o algunas flores, o el cielo y las nubes deslizándose sobre la ciudad. Intermediario muy privilegiado entre los sectores de lo cotidiano —los lugares de trabajo, la residencia, los lugares de distracción—, la calle representa, en nuestra sociedad, a la vida cotidiana. Constituye su escenario casi completo, su *digest*, y esto siendo exterior a las existencias individuales y sociales, o quizá precisamente por ser exterior. No es nada más que el lugar de paso, de interferencias, de circulación y de comunicación. Es, pues, todo, o casi todo: el microcosmos de la modernidad. Con su apariencia móvil ofrece públicamente lo que en otros lugares está escondido, poniéndolo en práctica sobre la escena de un teatro casi espontáneo.

La calle se repite y cambia como la cotidianidad: se reitera en el cambio incesante de las gentes, los aspectos, los objetos y las horas. La calle ofrece un espectáculo y es sólo espectáculo; el que se afana, con prisa para llegar a su trabajo o a una cita, no ve este espectáculo, es un simple extra. Y la «modernidad», ¿no es esencialmente espectáculo y espectacular, tanto en la calle como en la televisión, en el cine, en la radio, en ceremonias y manifestaciones varias? El espectáculo de la calle, variable e idéntico, ofrece sólo sorpresas limitadas, salvo accidentes (es decir, salvo caso de un accidente, que provoca inmediatamente una emoción considerable y multiplica el interés). Lo sensacional rompe rara vez la monotonía diversa de la calle. La calle abre ante nuestros ojos un buen «texto social». Toda clase de gentes se mezclan en ella. Las diferencias sensibles y ostentosas entre

las clases y estratos sociales han desaparecido. Estas diferencias acentuarían el pintoresquismo pero convertirían pronto en insoportable la abigarrada muchedumbre que circula por los Campos Elíseos o los grandes bulevares. Estratos y clases sociales continúan distinguiéndose por medio de múltiples signos imperceptibles a las miradas poco observadoras. ¿Cuántas mujeres saben clasificar a otra mujer con una ojeada, apreciando sus zapatos, sus medias, su peinado, sus manos y forma de andar, su vestido o abrigo? Muchas, y, ciertamente, más que los hombres y mejor que los hombres. Saben también clasificar a los hombres en categorías convenientes: guapo o feo, simpático o antipático, rico o no, inteligente o no, distinguido o vulgar... En resumen, en la calle, numerosos instantes de interés traspasan la indiferencia del espectáculo permanente, en el cual cada uno deviene espectador.

En la calle yo participo. Soy también espectáculo, para los demás. De buen o mal grado, figuro en el texto social, pequeño signo familiar, pero quizá ligeramente irritante porque es enigmático, expresivo. Figuro en él con buena o mala consciencia, pasiva o agresivamente, según mi humor, mi destino, mi situación, satisfecho si paseo, si tengo tiempo por delante, si voy bien vestido (y los transeúntes parecen notarlo), si hace buen tiempo. Marcho contento o descontento, preocupado o divertido, disgustado o distraído, y mi situación se revela más claramente, para mí mismo, desde el momento en que salgo de la oficina, de la fábrica o de mi casa. Estoy de nuevo disponible, o bien voy al trabajo, o me apresuro porque me están esperando. Mil pequeños psicodramas y sociodramas se desarrollan en la calle, y los míos en primer lugar.

Desierto superpoblado, la calle fascina y no obstante no tarda nunca demasiado en decepcionar. Resume las posibilidades: espectáculo de lo posible, posibilidades reducidas a un espectáculo, mujeres bellas, o encantadoras, que el paseante no conocerá jamás, mujeres feas o visiblemente estúpidas, hombres agraciados o no, grupos extraños por extranjeros, ocupaciones o preocupaciones de las que llevan las huellas. El humano más distante se acerca aquí hasta rozar cada uno de nosotros, en una diversidad casi inagotable y que no comprende a nada (salvo en el caso límite: desfile, pelea, manifestación política). Demasiado poblada, la calle se convierte en el lugar de la muchedumbre, y cada uno se

pierde en ella o la evita. Abandonada, vacía, la calle resulta atrayente por su vacío.

La calle ofrece también el espectáculo de todos los bienes de la tierra, ofrecidos a las miradas y a las ambiciones, objetos de los deseos, excitándolos hasta el frenesí, excitantes por inaccesibles, inaccesibles para atizar los deseos. Tras de los escaparates, los objetos viven su vida soberana. Allí esperan la plenitud de su existencia, como mercancías y valores de cambio, en su trayecto entre la producción y el consumo, y reinan en la calle, intermediaria entre los hombres. En ellas, los objetos se fetichizan completamente, y este fetichismo se metamorfosea en una especie de esplendor, que hace que algunas calles (por ejemplo, la calle Saint-Honoré) se asemejen a los museos, y los grandes almacenes a catedrales. Allí se realiza el circuito que convierte la mercancía de objeto deseable y deseado en bien. Por los objetos y su belleza, su otrenda y su rechazo, la calle se convierte en el lugar del sueño más cercano a lo imaginario, y al mismo tiempo en el lugar de la realidad más dura, la del dinero y la frustración.

Los hombres, y sobre todo las mujeres, cortejan las cosas en la calle: las cosas-reinas, las cosas-hadas que sus adoradores transforman en cosas-fantasmas, tras los escaparates. A través de los objetos y los goces, posibles e imposibles, el dinero se proclama emperador, por encima de estas realezas.

Desquite de los seres humanos: en sueños o en pensamiento, persigue los objetos, los juzgan. Escogen, en imaginación o en acto. El número de opciones posibles mide el interés del espectáculo (no olvidemos señalar, sin insistir, que esta medida —o ironía— puede presentar forma matemática y que tiene leyes, las de la información en general).

Espacio y tiempo marcados por el sello de la riqueza, la avaricia, y por tanto de la pobreza y la privación. La calle, el ir de compras, el mirar escaparates, dramatiza las vidas individuales sin trastornarlas demasiado. La calle esconde lo desconocido en las tiendas como en el fondo de los pasillos, o en las encrucijadas. Este desconocido sólo conlleva un mínimo de riesgo. Se reduce casi (no completamente) a lo conocido. Desfamiliariza, sin desconcertar demasiado. La aventura espera en la esquina más próxima, inofensiva salvo excepciones que, confirmando la regla, cambian el sentido: la aventura se abre al posible más inquietante. No siempre

ocurrió así. La calle medieval contenía peligros y tentaciones brutales. Arrancaba a burgueses, artesanos y cofrades de la tranquilidad de sus casas y de la vida patriarcal. Dios y el diablo se la disputaban, y se disputaban en ella. Pestilente, presa de bandoleros y truhanes, desplegada su truculencia en la sordidez. Restif de la Bretonne nos ha dejado el cuadro de las calles de París en el apogeo y fin de este pintoresquismo, hoy lejano, cuyo eco reencontramos en Nápoles o en las ciudades del Oriente que se ha conservado asiático.

La calle de pueblo, por su parte, se mantiene inmersa en la Naturaleza. Lugar de tránsito para la gente y bestias que van de la casa y el establo a los campos, se somete a los ritmos del mundo, que dominan la vida social y se someten todavía a los hombres: horas y días, semanas y meses, estaciones, hacen allá ley. Y también las estaciones de la vida, juventud, esponsales, vejez, entierros, dominadas por el amo del tiempo más aún que del espacio: el templo o la iglesia, su campana, su campanario.

El café. Dejemos aquí de lado la historia del café y de los cafés contentándonos con indicar su interés tanto para explicar determinadas formas de sociabilidad en la vida cotidiana como para comprender la formación de determinados grupos sociales. En la aparición de la *intelligentsia* como grupo, o de la «juventud», en los siglos XVIII y XIX, los cafés desempeñaron un papel considerable. Para comprenderlo basta leer a Diderot o Balzac. ¿Es exclusiva de Francia esta importancia del café? Parece que en otros países (Viena y Austria entre otros) puede encontrarse el análogo; pero en Francia, la espontaneidad social, expulsada de la vida pública por la burocracia del Estado, y de la vida privada por el moralismo tradicional, debió encontrar allá su refugio.

El café, lugar de encuentros llevados hasta la promiscuidad, lugar de la fantasía injertada en la vida cotidiana, es también el lugar del juego y del discurso por el discurso. Lleva la marca de su destino: ambientaciones irrisoriamente suntuosas, juegos de espejos multiplicando presencias algo ilusorias, rincones y recovecos preparando escarceos para intrigas fugaces, laberintos imitando pálidamente el de la vida y la conciencia. Lo insólito (adoptando el término de moda en 1960) deviene en él vulgar, y lo vulgar insólito. ¿No tienen acaso más atractivos los antiguos cafés que los recientes? La modernidad, el neón, la crudeza de las luces, las técnicas y aparatos perfeccionados, no han aumentado el en-

canto de estos lugares. Brutalmente alumbrado, funcional, perdidos ya los rincones de sombra y las banquetas de terciopelo gastado, sedes de jóvenes amores y de amores culpables, el café moderno ha dejado de simbolizar; pero significa... ¿qué? La erranza, el transtorno, la incertidumbre, el malestar de la modernidad bajo los ojos pretenciosos de las máquinas y los hombres robots.

Los cafés especializados para intelectuales, para artistas, para jugadores de billar, de ajedrez o de cartas, no disimulaban su atracción, accesible a todos. Iban desde el «pequeño café», reservado a los habituales de un barrio, al «gran café» que reunía muchedumbres. Todavía se extienden de uno a otro de estos polos de atracción. Los elementos estables, ambientación, camareros, cajeras, clientes, ponen en relieve a los transeúntes; reciben de ellos una tonalidad que los transpone, de suerte que lo estable se libra (hasta cierto punto) del aburrimiento, y lo insólito del malestar.

«Las mujeres.» Se puede discutir interminablemente el sentido exacto de esta denominación. Algunos le negarán todo sentido; para éstos, «las mujeres» no constituyen un grupo social; pertenecen a grupos, a clases; se integran a la sociedad; las diferencias sexuales derivarán de la biología más que del conocimiento de lo real humano; estas dos palabras, «las mujeres», disimularían una intención peyorativa y falsa de partida, sacándolas de la sociedad, traduciendo un prejuicio de los «hombres». Otros estiman, por el contrario, que las diferencias fisiológicas han de repercutir forzosamente en la vida social; que los caracteres del sexo femenino y sus funciones específicas (comenzando por la maternidad, función social y fisiológica a la vez) tienen repercusión en la totalidad de lo humano. Las mujeres, según esta tendencia, tendrán preocupaciones comunes, que hacen de ellas grupo informal y sin embargo real. A través de las diferencias sociales, naturales o convencionales, se encuentran, se reconocen; connivencias, subentendidos, complicidades incluso, las vinculan, sobre todo contra «los hombres». El conflicto entre los sexos, anterior histórica y sociológicamente a las grandes luchas entre pueblos y clases, relegado a segundo rango por estas luchas, no por ello ha desaparecido.

Sólo el conocimiento crítico de la cotidianidad da un contenido relativamente preciso a estos términos (insistamos en la relatividad: el contenido cambia con la sociedad; no es el mismo en la sociedad capitalista que en la socialista... es

innecesario subrayarlo de nuevo). La cotidianidad pesa, y con todo su peso, sobre cada mujer aisladamente y sobre el conjunto de mujeres. Ellas experimentan lo más cargante, agobiante, gris y reiterativo de la vida cotidiana, tanto en el trabajo doméstico y en los gestos exigidos por los niños como en los trabajos sociales generalmente inferiores que les son reservados. En casi todas las categorías y clases sociales, la mujer soporta esta carga (salvo en la gran burguesía y en la aristocracia, aunque habría que matizar esta apreciación). El hecho es que el trabajo femenino no resuelve enteramente los viejos conflictos como se creía en un período de evolucionismo, demasiado optimista. Ni tampoco la cultura. Sucede incluso que el trabajo femenino, o la cultura, en una palabra, la individualización de la personalidad femenina, agravan las situaciones conflictuales.

No dramaticemos, no ennegrezcamos el cuadro. Las mujeres, abrumadas por la cotidianidad, han conocido siempre la renovación por la maternidad, el niño y la infancia. Hoy, el equipamiento doméstico las libera en parte de su carga, aunque planteándoles uno de los mayores problemas de la «modernidad», el del aburrimiento. Como el trabajo industrial, y el trabajo en general, devienen tan repetitivos como el trabajo cotidiano del hogar, la diferencia se atenúa. Es más, la diversidad de sus preocupaciones ahorra a las mujeres parte de las consecuencias de la división extrema del trabajo que los hombres padecen. Las mujeres, entradas ya en la producción, rigen el consumo; escogen, lo que se ha convertido casi en función social.

El análisis de la cotidianidad permite de este modo comprender uno de los grandes problemas de nuestra época: la ambigüedad de la situación de las mujeres (de la «condición femenina» como se dice a veces). Podemos advertir fácilmente el gran avance de la mujer hacia un *status* mejorado, que podrá sacarla de esta mezcla ambigua de sujeciones y superioridades en que se debate. ¿Cual podrá ser su futuro *status*? No se ve claro; y muchos hombres juzgan que este avance inquietante deja entrever la posibilidad de un nuevo matriarcado, cuyos síntomas serían ya observables en las sociedades industriales más desarrolladas. Por otra parte, este esfuerzo masivo para salir de la ambigüedad adopta formas ambiguas, como testimonia una prensa y una literatura que se esfuerzan extrañamente en unir el sueño desierto a la práctica cotidiana. Por esta ambigüedad discu-

ren singulares movimientos dialécticos (es decir, contradicciones sorprendentes). Las mujeres, los elementos más naturales de la vida cotidiana, seguramente asumen al mismo tiempo la mayor facticidad: la moda, los modos, el esteticismo más artificioso. Y con frecuencia estas contradicciones las satisfacen.

Otro tanto podríamos decir de la juventud y de los «jóvenes». Cada joven figura en un grupo, a su vez insertado en una clase y en el conjunto social (con las tensiones y conflictos que oponen el grupo y las clases a los otros grupos y clases en el seno de esta sociedad). Y sin embargo «los jóvenes» tienen sus necesidades y sus deseos, sus problemas específicos, sus reivindicaciones, sus aspiraciones. Constituyen un grupo amplio, abierto, sin forma ni estructura bien definidas, y sin embargo real. Con este título figuran en todos los sectores de la cotidianidad (el trabajo, la vida familiar, las distracciones y ocios), tanto en la clase obrera como entre los «intelectuales» considerados como grupo, etc.

Para terminar este *digest* de la vida cotidiana, daremos algunas indicaciones sobre los retículos y los filamentos. Constituyen la trama en que se teje la cotidianidad, trama en la cual ésta tiende bordados y ornamentos irradiantes u opacos, nuevos o pasados de moda. Retículos y filamentos vinculan a distancia a los pequeños grupos, en apariencia cerrados o afectados a un territorio: familias, pueblos, barrios de las ciudades, agrupamientos corporativos, asociaciones locales.

Retículos y filamentos no coinciden con los grandes agrupamientos cuyo estudio desborda el de la cotidianidad: clases, naciones, sindicatos, partidos. Y sin embargo, son elementos y aspectos de éstos; sitúan los grandes grupos en la cotidianidad, y recíprocamente. A lo largo de los retículos se transmiten, de boca a oído, a veces con una velocidad asombrosa, pero no sin deformaciones y filtraciones, las noticias y las apreciaciones. La prensa y la información habladas duplican a la prensa escrita y a las informaciones oficializadas; pero los retículos no excluyen la vía escrita: se hacen pasar periódicos, prospectos, programas, octavillas, al mismo tiempo que rumores, relatos y habladurías, interpretaciones. Sociológicamente, los grandes partidos políticos —a través del canal de los «aparatos» de los dirigentes locales, de los militantes, miembros y simpatizantes— y tam-

bién las Iglesias (a través de los sacerdotes y fieles) y los grandes grupos estructurados (francmasonería, sindicatos, etc.), disponen de retículos. Al igual que determinados grupos profesionales: los viajeros de comercio, los libreros. O al igual que determinados grupos «informales», como los aficionados al arte o a los libros de arte. Hay también otros «retículos» más extraños, por ejemplo los homosexuales. Pero «los jóvenes», «los niños», e incluso «las mujeres», tienen normalmente retículos, a veces cómodos, a veces intrincados, cuyas mallas o nudos se sitúan en este comerciante, o aquel «líder», o en aquel otro lugar menos accesible a los profanos. Puede ocurrir que, de grupo de comunicación e información, un retículo se transforme en grupo de presión, sin por ello perder su vínculo con la cotidianidad y su función de canal entre lo cotidiano y lo no cotidiano.

Los filamentos difieren de los retículos en que vehiculan personas y no solamente «ruidos», informaciones y rumores. A través de estos filamentos, los jóvenes encuentran lugares, entran en un oficio, acuden del campo a la ciudad. Con su ayuda, se puede descubrir el artesano que nos reparará este objeto, el librero que tiene esta u otra obra, el médico o el abogado convenientes. A lo largo de los filamentos se prosiguen ascensiones sociales; ascensiones que abren camino al éxito o al fracaso. Al nivel de la cotidianidad, éstos soportan las relaciones formales y representan las instancias: la burocracia, la organización económica, la aplicación de los reglamentos y las leyes, las vinculaciones entre la ciudad y el campo, entre París y la provincia, entre el país y el extranjero. Desempeñan un papel importante en la «movilidad social». En el nivel de lo «vivido» cotidiano, introducen perspectivas más amplias. Es raro que un individuo, por aislado que parezca, no sea miembro de un retículo o un filamento, a menudo sin saberlo. La mayor parte de la gente participa en varios de estos grupos «informales».

Detengamos aquí este breve inventario de la cotidianidad. Para comprenderla, hemos recurrido a una noción célebre y oscura, la de alienación.

Toda actividad viva y consciente que se pierde, se extravía, se deja arrancar de sí misma, y por consiguiente se aparta de su plenitud, está alienada.

El estudio de la vida cotidiana obliga a los filósofos a flexibilizar y concretizar esta noción. Alienación y desalienación se entremezclan, lejos de excluirse. Lo que libera y

«desaliena» en relación a una actividad ya alienada puede resultar «alienante», y, en consecuencia, exigir otras «desalienaciones». Y así sucesivamente, en un movimiento dialéctico, es decir, hecho de contradicciones siempre resueltas y siempre renacientes.

De este modo, el ocio libera y «desaliena» en relación al trabajo parcelario y abrumador, pero conlleva sus propias alienaciones, por ejemplo la pasividad y la no participación en el espectáculo (televisión, cine) o la facticidad de las «sociedades de ocio», clubs y poblados de vacaciones que pretenden reencontrar la Naturaleza. De este modo, los sistemas de señales que se acumulan alrededor de nosotros facilitan la práctica cotidiana y la ensanchan; al mismo tiempo, condicionan los comportamientos, los someten a una disciplina exorbitante y transforman a los humanos en robots; «cibernetizan» la cotidianidad, cargada ya de significaciones redundantes y repetitivas; y si bien permiten actividades más variadas que antaño, privilegian las actividades intermediarias, la circulación, la comunicación de masas; alienan la vida y el deseo de escapar de la tiranía de las señales abstractas, y sin duda, no por temor al estetismo (igualmente abstracto) que impera en el mundo moderno. En cuanto a los símbolos más profundos, liberan de la abstracción, atraen, fascinan, alienan.

En la cotidianidad familiar, el padre representa la vida más amplia, más realizada, más insertada en la práctica social. El niño le imita; de este modo traspasa la infancia y se libera de ella. De todos los posibles, la «realización del padre» sólo realiza uno. Al mismo tiempo que la imagen de la vida aporta la imagen de la mutilación; con la desalienación, ha aportado la alienación, y a la inversa.

VI. Los nuevos conjuntos urbanos *

UN CASO CONCRETO: LACQ-MOURENX Y LOS PROBLEMAS URBANOS DE LA NUEVA CLASE OBRERA

Los cambios económicos y las transformaciones de las técnicas de producción van unidos a importantes movimientos de población: éxodo a las ciudades y desde las ciudades, concentración y descentralización, reagrupaciones, nuevas aglomeraciones. Todo lo cual plantea el problema práctico y teórico de la *fórmula óptima*.

Semejante problema supone que la investigación (sociológica) deviene o puede devenir eficaz, práctica, «operativa». El problema tiende a actualizar las hipótesis de trabajo, a confrontarlas con las exigencias y las posibilidades. Pero al mismo tiempo, implica una noción de *valor*; tiende hacia una opción, hacia un juicio preferencial que arrastra una decisión objetiva. Con lo cual se deja el conocimiento científico.

Vieja discusión que ha dado pie a muchos considerandos, bizantinos unos, profundos otros. Determinados espíritus protestarán, siempre en nombre de una filosofía de la ciencia que a menudo se presenta como no filosófica (estrictamente positiva), contra los juicios que desprenden valores de los hechos. Estos científicos tienen razón en afirmar las exigencias del rigor. Pero cuando este rigor es tomado al pie de la letra, elimina incluso los problemas y la problemática. Sólo aceptará hechos consumados; sólo tomará conciencia de problemas ya resueltos y de opciones ya superadas.

El *aburrimiento*, por tomar un ejemplo, ¿no es acaso un fenómeno humano observable, que implica en cuanto hecho «positivo» la protesta contra su existencia, el rechazo de sus condiciones, y por tanto un elemento de negación? La insatisfacción es un hecho, como lo es la satisfacción. No profundicemos de momento en estos conceptos y sus vinculaciones dialécticas. Aceptémoslos en su relatividad, y, si se prefiere decirlo así, en sus ambigüedades. Es fácil observar

* «Revue Française de Sociologie», 1960, I, pp. 186-201.

que la «satisfacción» corresponde, en los fenómenos humanos y en las ciencias del hombre, a la noción general de equilibrio «relativo», noción admitida en todas las ciencias y por los positivistas más prudentes o más rigurosos; cuando la «satisfacción» predomina en un grupo, dominando sobre la «insatisfacción», ese grupo tiende hacia una cierta estabilidad. Por su parte, la insatisfacción, colectiva o individual, siempre irá acompañada de conflictos en las relaciones sociales; conllevará desequilibrios múltiples. ¿Cómo prescindir de estos conceptos? Hacerlo sería reducir los fenómenos humanos a elementos numéricos cuantitativos, estadísticos y estadísticos.

De ahí deriva una consecuencia. La investigación mencionada, que se pretende operativa, trabaja, sin embargo, sobre un *objeto virtual*, se ocupa de una *posibilidad*: el conjunto satisfactorio (óptimo), admitiendo que pueda concebirse, preverse, realizarse. El conocimiento, aquí, deberá evitar en lo posible el verbo «ser» y el indicativo; utilizará preferentemente el condicional.

Las grandes ciudades modernas tienen mala prensa. Rara vez son mencionadas sin un epíteto peyorativo o infamante: ciudades monstruosas, tentaculares, ciudades-moloc, etc. En este punto, muchos sociólogos y urbanistas coinciden con técnicos de la circulación, o con quienes estudian la contaminación en las ciudades. Nosotros nos limitaremos a designarlas más prudentemente, con el nombre de «ciudades históricas», o bien con el de «ciudades espontáneas», dejando de momento el sentido de estas apelaciones y las relaciones implicadas. Convendría no olvidar que estas grandes ciudades tienen una pujante individualidad colectiva, una originalidad histórica (¡París!). Guardan, para los individuos y grupos parciales, el máximo de informaciones de posibilidades (prácticas o «espirituales» y culturales), de imprevisto y sorpresas. ¡No permitiremos al funcionalismo de las ciudades nuevas eludir la confrontación con la amplitud y la vida pujantes de las ciudades espontáneas!

Equipos de encuestadores han levantado verdaderas actas de acusación contra las ciudades compuestas de viviendas unifamiliares y contra las barriadas de pabellones en parcelas. La ideología paternalista no atomiza las sociedades en individuos, a la manera del individualismo; las representa como suma de entidades, como colección de familias. Esta ideología resulta tanto más nociva y destructora de la vida

social cuanto que las personas así amontonadas tienen menos tradiciones colectivas, urbanas o no. En los núcleos mineros del Norte encontramos una vida social intensa apoyada en las condiciones del trabajo minero; una vida que se mantiene fuera de la mina, en la vida cotidiana e incluso en el ocio. Esta actividad social resulta bruscamente frenada, si es que no desaparece, cuando se conglomeran a los obreros trabajando en actividades más recientes, sin tradiciones, en ciudades-dormitorio o ciudades-ghetto (*clapiers*, según la enérgica expresión de los sociólogos que han estudiado el Péage-de-Rousillon,¹ las ciudades del Mosela, etc.). Estas ciudades carecen de equipos colectivos e incluso de equipos individuales (calefacción, etc.). Estos equipos resultan demasiado caros. Para condenarlos, bastaría la sola preocupación por extender el mercado de los bienes de consumo duraderos.

Algunas soluciones propuestas

¿Qué soluciones se proponen para los nuevos conjuntos, en construcción o por construir?

PRIMERA SOLUCIÓN: *la unidad de vecindario*, anexa a una unidad espontánea (pueblo, cabecera comarcal, ciudad) ya existente.

Objeciones: Esta propuesta plantea en seguida una serie de objeciones a priori, vinculadas a la problemática general, antes incluso de examinar los hechos. Con toda razón, se busca encarnar en el tiempo y en el espacio (históricos) la colectividad nueva, transferir a ella y en ella la sociabilidad espontánea ya actual. Pero, ¿es seguro que la sociabilidad espontánea se conserva, se reencuentra y se invierte en la nueva aglomeración? ¿No es tan seguro que se establezcan relaciones de vecindad (relaciones buenas y satisfactorias) entre vecinos reunidos por el azar, entre miembros accidentales de una unidad de habitación que no cuentan con un transfondo histórico interventor en las viviendas! La unidad creada resulta ser el apéndice artificial y mecánico de una colectividad orgánica (utilizamos términos de Durkheim) y, tan expuesta está a perturbar y disociar ésta como a

1. Robert CAILLOT, *L'usine, la terre et la cité*, París, Editions Ouvrières, 1958.

beneficiarse de su influencia favorable, a no ser que las dos colectividades se mantengan pura y simplemente extrañas una a otra. Pronto, cuando presentemos el caso de Bagnols, cerca de Marcoule,¹ sabremos qué sucede en semejante situación. La unidad nueva puede literalmente captar y condensar cuanto de deficiente tiene la unidad antigua. Entonces, se convierte en una especie de ghetto. Es más, el equipo que necesitaría un conjunto extenso no es factible en una unidad restringida: o bien los costos son enormes, o bien el equipo colectivo es impensable. Con estas consideraciones, recaemos en el problema del alojamiento y el inmueble, que ha sido ya pensado, elaborado y parcialmente resuelto (en particular por Le Corbusier, cuyos proyectos son todavía hoy lo más vivo y estimulante en este terreno).

SEGUNDA SOLUCIÓN: *la ciudad comunitaria*. Una serie de investigadores, sociólogos o urbanistas, se orientan hacia la colectividad «a escala humana». Al parecer, parten de una crítica profunda de las grandes ciudades, de un estudio de los barrios y relaciones de vecindad. Consideran que en un agrupamiento de individuos y familias, ni demasiado restringido ni demasiado amplio, los miembros podrían conocerse y apreciarse; el carácter inmediato, simple, directo, de las relaciones garantizaría el valor ético (el valor moral) de estas relaciones. La espontaneidad resultaría restituida a un nivel más elevado. El grupo, de mecánico pasaría a orgánico. Y de este modo nacería una verdadera comunidad humana. La cifra óptima de miembros se situaría alrededor de los cinco mil.

Objeciones: Por respetables que sean las preocupaciones de los investigadores considerados, y estimables y serios sus trabajos, esta solución obliga a formular numerosas reservas. Más que ninguna otra, disimula postulados no expresados. Permítasenos aquí, sin otro objetivo que esclarecer el problema en una discusión de carácter «altamente científico», formular estos objetivos y explicar los postulados. En primer lugar: una aglomeración en la cual todos se conocen ofrecerá inevitablemente tantos inconvenientes como ventajas humanas. La aglomeración será un pueblo, un burgo o una cabecera. ¿Se pretende «provincializar» las construcciones nuevas, cuando la mundialidad se inscribe en la orden del

2. I. Chiva ha realizado un estudio sobre este tema.

siglo, con sus incertidumbres y aperturas? En los burgos y pequeñas ciudades se respira un aire a menudo viciado, que podría reproducirse en la ciudad comunitaria. Una comunidad cerrada podrá caer inevitablemente en la categoría de círculo cerrado —de círculo vicioso— del que precisamente aspiramos salir. ¿No se tratará de una simple utopía abstracta? ¿Tendrá esta comunidad verdadera vida social? ¿Cómo logrará ese nivel de vida cultural que necesita para sustentar al menos un teatro, una orquesta, escuelas superiores, una universidad, una gran biblioteca? ¿No estará esta tendencia orientándose con su mejor voluntad hacia un fetichismo de la vida comunitaria acompañado de un cierto ascetismo cultural? ¿No percibe el peligro de la constitución de un orden moral particularmente agobiante sobre todo porque sería libremente consentido en nombre de las normas de la vida colectiva?

La impresión es que ciertos espíritus, sin embargo bien informados, se mueven en dos planos que no diferencian, salvo para confundirlos más: el de la observación precisa de hechos materiales y dados, y el de las construcciones ideales. Los hay, incluso, que parecen transponer a modelo sociológico general una forma existente, la comunidad religiosa (la parroquia). Quizás éstos respondieran que esta comunidad no tiene nada de cerrada, que por el contrario se abre a lo «transcendente». Ante este acto de fe, el sociólogo se limitaría a responder que esto sería apartarse del terreno del conocimiento.

TERCERA SOLUCIÓN: *la ciudad funcional*. Esta solución podría llamarse técnica o incluso tecnocrática. No es raro que pretenda ser la única científica. Tiene un mérito innegable: no se echa atrás ante la consideración de los grandes conjuntos.

En esta vía los especialistas estudian cuidadosamente (y primeramente en las ciudades existentes) «todas» las *funciones* asumidas y aseguradas por la colectividad urbana. Procediendo analíticamente, distinguen estas funciones, determinando sus vinculaciones, sus estructuras. Luego, proceden teóricamente a una síntesis integral que proyectan prácticamente sobre el terreno en un proyecto que pretende incluir el conjunto funcional total.

Estos proyectos atribuyen a los servicios públicos y colectivos, desde el equipo comercial al equipo cultural, el lugar que los técnicos reclaman para éstos en el contexto

de las necesidades y de la vida moderna en general. Los técnicos del urbanismo se pretenden hombres de una organización integral (o «total»).

Objecciones: ¿Con qué criterio se juzgará que el experto de las realidades sociales y urbanas ha agotado las «funciones» de la ciudad, ha descubierto su jerarquía de urgencia y sus conexiones en el tiempo y el espacio? ¿Acaso lo espontáneo puede definirse, reducirse al análisis y encerrarse en la síntesis operativa? No está demostrado que las aspiraciones y necesidades (individuales y sociales inseparablemente) coincidan con las «funciones» asumidas formalmente por el grupo urbano; éste, no recubre la totalidad social, ni siquiera la de la cultura. Hasta aquí hemos comentado los postulados implícitos de este funcionalismo pueril que considera que el experto puede preverlo todo y ordenarlo todo. Pero nadie puede preverlo todo. Es más, ¿es necesario preverlo todo? En la medida que el sociólogo pueda estudiar la obra realizada en los conjuntos existentes (y de ellos ninguno, en Francia, tiene la talla de «gran conjunto»), nos encontraremos con una especie de concepción positivista, o, mejor aún, «zootécnica», del hombre refractándose sobre el terreno. El funcionalismo integral trae como consecuencia y corolario el aburrimiento, el aburrimiento profundo del ser que realiza puntualmente sus funciones. Cuanto mejor prevé el proyecto, y más avanzado y benévolo es, mejor organiza la conformación de una satisfacción insatisfecha y sin apertura a lo posible. El zootecnócrata reconstituye la actitud paternalista con medios nuevos, más poderosos e inteligentes. Y aunque este esfuerzo tiene méritos innegables (en primer lugar, su preocupación por el rigor científico) nunca traspasa límites estrechos. En esta concepción, la habitación, la vida cotidiana (pública y privada), continúan siendo auxiliares y anexos de la organización técnica del trabajo.

CUARTO CAMINO: el humanismo dialéctico. Consiste en una solución virtual, que apenas ha tenido ocasión de aplicarse, y que, en consecuencia, asume un aspecto doblemente hipotético, casi especulativo. Consiste, pues, únicamente en una dirección de investigación. Según ella, el sociólogo estudiará muy atentamente las funciones, criticando al mismo tiempo el tipo de análisis que separa los elementos (las «variables») y rompe su unidad. Prestará atención a lo no funcional, a lo supra o transfuncional (no decimos «transcendencia») en las relaciones sociales. Estas no se agotan en la noción de rea-

lidad funcional. Cuando se afirma, por ejemplo, que el *juego* tiene una función social, se enuncia una proposición algo vacía. ¿No será la función del juego sobrepasar toda función? Aporta la gratuidad. Lo «lúdico» restaura en la realidad social estructurada la abundancia de la espontaneidad pura, lo imprevisto y lo imprevisible, la emoción y la sorpresa. La vida «espontánea» tiene funciones, las realiza, las desborda, goza así de sí misma, y tiende hacia la plenitud (la satisfacción). Las funciones posiblemente no sean otra cosa que medios. Difícilmente el objetivo de la vida social podrá ser determinado anticipadamente, ni el objetivo económico ni el ético. El arte, la cultura, el juego, inseparables, serán también, a su manera específica, hechos sociales y fenómenos humanos considerables.

Cuando el sociólogo observa la eliminación por los «expertos» de los lugares habituales de sociabilidad espontánea (cafés, pequeños comercios), cuando asiste a la funcionalización de las reuniones y a la destrucción del elemento lúdico, tan evidente en las ciudades «monstruosas», se inquieta; ya no le asombra comprobar las manifestaciones del aburrimiento profundo y creciente, con todas sus consecuencias: sociabilidad falsa y falseada, necesidad de evasión a cualquier precio.

Algunos hechos

La encuesta aquí esquematizada tiene como punto de partida y referencia constante Mourenx, ciudad enteramente nueva, en construcción, alrededor de un vasto complejo industrial, también él en vías de realización (Lacq y sus alrededores).

Esta investigación considera la ciudad nueva como un laboratorio social (entendido no en el sentido de Kurt Lewin, aunque sí de una manera suficientemente precisa: como un espacio vacío en el cual se manifiestan fuerzas sociales muy definidas y donde aparecen los resultados tangibles de las macrodecisiones). Considera igualmente la vida de la ciudad nueva como un sociodrama (no exactamente en el sentido de Moreno, pero sí de una manera concreta: apenas existente, la ciudad nueva tiene una historia no desprovista de carácter dramático; historia que la encuesta siguió desde el principio).

Mourenx, ciudad nueva, se convertirá quizás en un *gran conjunto*, dado el enorme crecimiento del complejo y la multiplicación de las industrias del área. Lacq-Mourenx constituye un «polo de desarrollo» relativamente pequeño, pero real, tomando la terminología de François Perroux. Está implantado en un medio rural tradicional. La encuesta, que partió del estudio del medio rural, ha seguido las consecuencias del choque producido por esta implantación.

Tomando dicha aglomeración como marco de referencia teórica, la investigación se esfuerza en comparar en todo momento. Los elementos hasta aquí reunidos posiblemente sólo sean los jalones preparativos de una investigación que debería extenderse a todas las nuevas ciudades, de Francia, de los países subdesarrollados, socialistas o aquellos que han irrumpido en la vida moderna (Israel, etc.).

Por sus rasgos bien definidos —ciudad completamente nueva, creada según un plan general decidido a niveles de organismos de Estado existentes en un país industrial, situada en pleno campo, en una región casi subdesarrollada, etc.—, Mourenx representa una especie de «caso límite» muy interesante y quizá típico.

Procedamos comparativamente para precisar ideas y definir este carácter típico. Comparemos Mourenx, ciudad nueva, con los nuevos barrios de una ciudad antigua y rica en espontaneidad: Aix-en-Provence. Las razones de esta comparación entre dos casos límites, dos polos opuestos, muy pronto se harán patentes y darán lugar a formulaciones explícitas.

Aix-en-Provence, en otros tiempos ciudad universitaria y centro jurídico administrativo, ha pasado en pocos años de 27.000 a 70.000 habitantes. Ha sufrido una afluencia de población activa muy heterogénea, proveniente en parte de departamentos vecinos (Bajos Alpes, etc.), población que conserva el contacto con sus regiones de origen. A la vieja ciudad, se han añadido nuevos barrios. De ellos, unos tienen cierta autonomía (razón local de existencia) y otros se limitan a ser barrios-dormitorio; ejemplo: Berre, Marignane, etc.

Estos nuevos barrios muestran las diversas soluciones jurídico-administrativas ofrecidas a los realizadores de los conjuntos urbanos. Encontramos tanto grandes empresas constructoras que venden o alquilan alojamientos de precios elevados, como tipos diversos de copropiedad y diferentes modalidades de empresas municipales o departamentales aso-

ciadas o no a empresas privadas o a filiales de Cajas de Ahorros.

No nos interesa este aspecto jurídico-administrativo. Lo sociológicamente importante es que el nuevo habitat así constituido indica una fuerte y diferenciada estratificación social, repartida por barrios no muy alejados, pero que no llegan a constituir entre sí un conjunto.

Primero encontramos, y por empezar por «abajo» (precisamente esta ciudad se llama «Pinède d'en bas») la aglomeración del lumpenproletariado. La ciudad, llamada «de urgencia», constituida drásticamente, aunque a la ligera, está habitada por tipos muy diversos: traperos, vigilantes nocturnos, temporeros de la construcción, norteafricanos, etc. Auténticos proletarios que «no han tenido suerte» se mezclan con marginales. Las características específicas del lumpenproletariado aislado de esta manera se precisan peligrosamente, dominando sobre los otros rasgos sociales. Cada familia se convierte en un «caso», que se limita a tomar conciencia excesiva del propio caso. Las relaciones con el exterior asumen, cada vez más, forma de asistencia pública. En cuanto a las asistentes sociales profesionales, su papel se reduce a mera burocracia. Lo mismo sucede con los militantes políticos que han querido ocuparse de la «ciudad de urgencia» y de sus «casos». Según expresión de uno de ellos:

«En esta población, donde domina el carácter de lumpenproletariado, se sabe leer, pero no se sabe utilizar la lectura. La gente no cuenta consigo misma, ni siquiera para leer y escribir unos párrafos, oficiales o no. Sólo confían en los de afuera, de ellos esperan todo. Su aislamiento social determina sus más simples actos. Nada los estimula. No hay esperanza ni desesperanza. Y no son precisamente televisores lo que falta...»

En un nivel algo superior se encuentra la ciudad denominada «Pinède d'en haut», donde han sido realojadas familias desahuciadas o expropiadas (que provienen de chabolas); sin embargo, el proletariado parece dominar aún, pero muy mezclado con pequeños propietarios, modestos representantes y empleados.

Por encima de estos bloques H.L.M.* de alquiler barato, se halla un conjunto de bloques más confortable y de alqui-

* Habitations à Loyer Modéré.

leres ligeramente superiores (500 apartamentos) que alojan principalmente a parejas de jóvenes que vivían anteriormente en malas condiciones o en casa de sus padres. Aquí, la mezcla de estratos y clases es completa.

Hay que señalar que este conjunto de barrios, aunque importante, dispone de unos servicios colectivos muy reducidos, cuando existen.

Por último se hallan los grupos de viviendas en copropiedad, con diversidad de confort, desde el nivel medio (comerciantes, funcionarios medios y técnicos) hasta el nivel superior (catedráticos, médicos, cuadros industriales, grandes comerciantes, etc.).

La disolución del proletariado (como clase) en el nuevo habitat es espectacular. Y es mayor (según nuestros análisis de la realidad urbana) que en la ciudad «espontánea», donde la clase obrera se mezclaba con el artesanado. Es aún mayor de lo que aquí se puede deducir. En efecto, los obreros, cuyo número es difícil de determinar, pero importante sin embargo, alquilan o compran apartamentos superiores a sus posibilidades. En sus pueblos disponen de bienes, tierras y locales habitables. Citemos a los obreros de la construcción que durante su tiempo libre edificaron casas para venderlas y poder adquirir modernos apartamentos.

El análisis de «vivencias» en estos nuevos barrios de ciudad antigua nos revela los curiosos conflictos entre dos formas de realidad práctica y consciente: la vida y la conciencia de clase, de origen histórico, y la vida y la conciencia según los estratos.

En Mourenx —ciudad nueva—, el panorama es totalmente diferente. En la población fija, el lumpenproletariado no existe, como tampoco los artesanos, los pequeños comerciantes, etc. El proletariado, o más bien «la nueva clase obrera», la de la automatización, con su carácter específico, ocupa los bloques que le han sido señalados. El personal con mando habita (en principio) las «torres» que dominan la ciudad, y que el plan global concibió para romper la monotonía de líneas horizontales. En cuanto a los cuadros y supercuadros, poseen sus chalets en las colinas.

Tenemos ya algunas fórmulas, que no pretenden enunciar leyes, todo lo más tendencias:

En el primer caso límite (Aix), comprobamos la proyección en el terreno de la estructura social de una ciudad ya existente (espontánea), en elementos a partir de ahora dife-

renciados. Esta proyección es el resultado de un conjunto de microdecisiones sin ilación y que buscan resolver problemas locales. La segregación social da resultados inquietantes. Está en oposición con otros fenómenos, especialmente la disolución de la clase obrera como tal en estratos en diferenciación; lo cual da lugar a tensiones y originales conflictos.

En el segundo caso limite (Mourenx), el sociólogo comprueba la proyección sobre el terreno de la estructura técnica (jerárquica, profesional) de las empresas interesadas. Esta proyección es resultado de macrodecisiones, tomadas a escala nacional. La segregación social conduce a la cohabitación en los mismos bloques y en las mismas condiciones de las mismas categorías socioprofesionales. Lo cual inevitablemente acabará en la reconstitución sobre nuevas bases de la realidad y conciencia de clase. Esta reconstitución está favorecida por la supresión de intermediarios (artesanos y pequeños comerciantes), y obstaculizada por el aislamiento general, la monotonía y el aburrimiento.

Presentamos ahora algunas notas tomadas en 1959. Mourenx —ciudad nueva— tenía entonces dos años de existencia y aproximadamente 4.500 habitantes permanentes (la población flotante, que es considerable, es muy difícil de determinar). Cada mes llegan cien parejas aproximadamente.

El aspecto sociodramático, precedentemente descrito, se muestra en «vivencias» que tienen una importancia distinta a la literaria y anecdótica.

Texto extraído de una libreta de notas: «8 de noviembre de 1959. Llegada al Ayuntamiento de Mourenx, a las 11. No he podido entrevistar a las personalidades previstas, a causa de una agitación enorme entre notables y dirigentes locales de organizaciones (sindicatos, etc.). Estos habían decidido la celebración de una vistosa ceremonia el 11 de noviembre (con un baile de noche). Evidentemente, las autoridades locales quisieron utilizar esta ocasión para reforzar los lazos de convivencia de la comunidad, de reciente creación, para señalar públicamente su existencia y para subrayar la actividad de la municipalidad elegida recientemente. El señor alcalde, hombre educado y activo, un poco desbordado por la amplitud de sus funciones y responsabilidades, no disimula estas intenciones. Acaban de darse cuenta que falta un ingrediente indispensable: los muertos. ¡No hay muertos en la ciudad radiante, no hay monumentos en la ciudad nueva!

Personificada en sus representantes, duda y se interroga; tiene necesidad de muertos, necesita un pasado. Palabras. Hechos. El comisario de Policía, muy importante, llega; ¿y después quién? Ignoro el nombre de las personalidades... La decisión ya está tomada: la ceremonia tendrá lugar en el viejo pueblo. Por otra parte, parece ser que algunos difuntos de la ciudad nueva, comprendidos los accidentados, han sido inhumados en el viejo pueblo...»

Comentario (los comentarios pueden exceder el contenido inmediato): El texto precedente pasaría por literario según los «cuantitativistas» sectarios (Sorokin escribiría: los «cuantofrenos»).

Sin embargo, necesita un doble comentario. Primero: una información tan curiosa (tan simbólica) no habría desbordado el estrecho marco de la ciudad nueva y sus personalidades, si un sociólogo por casualidad no hubiera pasado por allí. El fenómeno humano se convertiría, en tanto que información, en nacido muerto. Por otra parte, la mera presencia de este sociólogo ha desatado las lenguas; la ciudad nueva, que busca su propia vida, que se pretende colectividad o comunidad, quiere también hacerse conocer. Emite informaciones a modo de llamadas; y acoje (en estas circunstancias) a aquel que las comprende.

En segundo lugar, este hecho significa la presión de la sociedad global sobre la ciudad nueva, que obedece o rechaza. En esta circunstancia, obedece; lo que le obliga a buscar un pasado y muertos allí donde los encuentre: en el viejo pueblo, que el nuevo disocia y niega por su propia existencia. Los dos polos se encuentran. La cultura de la sociedad global que busca integrarse en la ciudad nueva, no sin dificultades y conflictos, es compleja. No solamente se funda en una historia e historicidad, sino que está ligada a una actitud religiosa. Es la cultura cristiana, en la cual los muertos ocupan un importante lugar, es una cultura fundamentalmente trágica...

En lo que concierne al aspecto de «laboratorio social» de la ciudad nueva, consideremos algunas observaciones, seguidas de un comentario que de nuevo excederá (voluntariamente) el estricto análisis de contenido.

OBSERVACIÓN PRIMERA. (Frases extraídas de entrevistas «en profundidad».) «¿Por qué tendríamos que visitar al vecino? Sabemos ya lo que sucede en su casa. No hay necesidad de cambiar de habitación, ni de moverse...»

Comentario. En el conjunto de la entrevista el interesado (34 años, operador electrónico), se queja amargamente de la falta de aislamiento de la vivienda, tanto horizontal como vertical (paredes, techos y suelos). No puede dormir, durante las semanas en que realiza el trabajo de noche. Los niños le estorban; también las conversaciones, los gritos, las radios. Haría falta seguirle con detalle para saber si hay una conexión entre su actitud en el trabajo (vigilancia de un tablero electrónico) y su actitud en la vida cotidiana. En todas las entrevistas aparece este tema constante: la dualidad «promiscuidad-aislamiento». La promiscuidad, lejos de favorecer los lazos de vecindad y sociabilidad, los destruye; lo cual no puede concebirse sin un conjunto de costumbres y actitudes, ya que en otros países, con distintas costumbres, la promiscuidad y aun el amontonamiento —acompañado de gritos y escenas ruidosas— no impiden en absoluto la espontaneidad de la relación. Los niños que podrían facilitar las relaciones y aumentar la sociabilidad tienden aquí, en estas condiciones, a inhibirlas.

OBSERVACIÓN SEGUNDA. «Se oiría caer un alfiler. Le aseguro que oigo el gato cuando corre en la casa de arriba.»

Comentario. La entrevistada (maestra, 38 años) acentúa con vigor la impresión arriba resumida. De sus declaraciones se desprende que, al menos para algunos individuos sensibilizados por su trabajo, es imposible fijar la atención con los rumores y ruidos circundantes. Estos individuos no pueden evadirse de la vecindad; siguen sus hechos y sus gestos; los vigilan con una actitud de fastidio y creciente exacerbación, que puede llevarles cerca de la neurosis. Está claro que para llegar a conclusiones concretas nos sería preciso compartir la vida cotidiana de los interesados, lo cual no se podría hacer sin extremas dificultades. A excepción de casos muy raros, parece ser que la sociopsiquiatría de las ciudades nuevas no sale del marco de las pequeñas neurosis: dolores de cabeza, dificultades de carácter, que bastan para fastidiar la vida. Este balance podría ser modificado con el tiempo.

OBSERVACIÓN TERCERA. «Los sábados, ¡vivan los bolos!»

Comentario. El entrevistado acaba de salir de la Marina (Región Loira-Atlántico), y asocia la partida del sábado en coche hacia el mar o la montaña, con el fin del servicio militar. Se queja del aburrimiento que reina en la «ciudad radiante» y critica vivamente un semanario parisino que ha

publicado un reportaje sobre Mourenx con este título. Afirma que las fotos que acompañan el texto han sido tomadas en otra parte. Sin pronunciar palabras rimbombantes, ataca el mito. Sus palabras demuestran la imposibilidad de funcionalizar íntegramente la diversión: ¿no habrá acaso un ocio funcional integrado a la cotidianidad de la vida —descansar, leer la prensa, etc.— y diversiones no funcionales —jugar, marcharse, buscar lo imprevisto, romper la cotidianidad?

OBSERVACIÓN CUARTA. «Preferiríamos vivir en una ciudad donde hubiera chabolas...»

Comentario. Extraña frase. La entrevistada ha vivido sin duda (pero no lo confiesa) en malas condiciones. No es que piense en volver a una chabola con su familia. Se refiere a chabolas para los otros. Muy defectuosamente expresa la idea de que una «ciudad-espontánea» —con sus defectos— ofrece más variedades e intereses que una nueva.

OBSERVACIÓN QUINTA. «No es una ciudad, es una ciudadela [cité].»

Comentario. Esta afirmación ha chocado y asombrado al observador, que la ha anotado cuidadosamente. El término *cité* en ciertos medios pasa por noble y bello (quizás a causa de la *cité* antigua, o de la «ciudad de Dios» de san Agustín?). Aquí, sin embargo, tiene una resonancia claramente peyorativa (probablemente a causa de «la ciudad obrera»). El entrevistado pronuncia por otra parte la palabra con cierto énfasis, lo que nos indica que el término no forma parte de su vocabulario y que él lo subraya dándole así una importancia.

OBSERVACIÓN SEXTA: «No es una ciudad. No hay nada, ni iglesia, ni cementerio. Ni siquiera un paseo. ¡Y nosotros que creíamos venir al Midi...!»

Comentario. Este dato confirma las impresiones precedentes. El cementerio tiene por función racional acoger a los difuntos. Tiene para los miembros del grupo (y en una cultura tradicional, fuertemente arraigada) un valor simbólico. Expresa una continuidad, un lazo con la Historia, el tiempo y el espacio. Su ausencia pasaría desapercibida en una gran ciudad moderna, al menos apenas se echaría en falta; aquí en el pueblo, su ausencia es fundamental. Tanto como el que faltara un lugar de encuentros inútiles o imprevistos: el paseo (semejante al patio, a la rambla, o al bulevar de tantas ciudades meridionales o no). El entrevistado (40 años, delineante, oriundo del Norte) expresa correctamente una la-

guna: la ausencia del elemento «suprafuncional» que hace digna de ser vivida la vida en una ciudad. Y da vueltas sin llegar a expresarse acerca de problemas estéticos o éticos.

Observemos que son precisamente las experiencias de las ciudades nuevas, y más concretamente Lacq-Mourenx, las que nos permiten observar las *necesidades* en estado espontáneo, nativo, casi en estado bruto. No están todavía encubiertas en escondidas motivaciones, justificaciones e ideologías. Se expresan, simplemente. Su paradójico orden de emergencia no deja de ser sorprendente. Aparte de la ausencia de complicadas motivaciones e ideologías, las aspiraciones y necesidades de orden cultural (en el amplio sentido del término) aparecen en las conversaciones ordinarias, tanto como en las reivindicaciones más inmediatas, por ejemplo calefacción, conservación de calles, comercio, etc.

El problema planteado aquí es el de la búsqueda de un método analítico-cuantitativo válido. ¿Aceptar el concepto de «estructura latente» y las técnicas de Lazarsfeld? Pero ¿cómo estimar verdaderamente el surgimiento de estas necesidades, cómo medirlo? Su orden se inscribe en el desorden o viceversa. Irrumpen tumultuosamente, cambian o parecen cambiar. ¿Aceptar a Lazarsfeld? Pero ¿cómo revelar aquí un *continuum* y variables discriminatorias? ¿Podrían las técnicas del análisis jerárquico (de Guttman) captar esta intensa movilidad? ¿Acaso con la clasificación de variables no peligra la unidad de la totalidad del fenómeno humano y su efervescencia? Está claro que los métodos cuantitativos (la matemática de la cantidad, diferente a la matemática de la calidad) no expresan más que realidades establecidas, fijas o considerables como tales. Quien dice estadística dice estática, es decir, lo contrario a globalidad o totalidad en movimiento, con manifestaciones hasta en el mínimo detalle.

Cuestiones demográficas

La superpoblación infantil de las ciudades nuevas ya ha sido señalada y bien establecida por especialistas. Pasamos, pues, rápidamente este punto. La pirámide de edades es en Lacq-Mourenx muy diferente a la configuración media francesa. A una mayoría de parejas en plena forma (28 a 45 años) acompaña una cantidad considerable de niños entre 0 y 10 años. En junio de 1959, por 4.500 habitantes y 920 familias

(cifras aproximadas debido a los numerosos movimientos migratorios) correspondieron 1.720 niños. Lo que de por sí desborda la mayoría de las previsiones escolares.

Esta proliferación en la ciudad nueva no parece destinada a desaparecer. En un determinado momento, más de trescientas mujeres se encontraban embarazadas. Cifra superior a lo establecido como normal y correlativa posiblemente a la «lucha contra el aburrimiento».

Otro aspecto de la cuestión demográfica, la ausencia de adolescentes y jóvenes (así como de personas de edad avanzada) ha sido ya menos estudiado en sus consecuencias, cuando no en su expresión cuantitativa. *La ciudad joven está falta de juventud*. El reparto de estratos o grupos de edad presenta lagunas. Hay un elemento ausente: el que introduce en una colectividad con mayor intensidad la turbulencia, lo imprevisto, el juego. Esta laguna, unida a otras razones, contribuye a crear la impresión dominante de orden impecable e implacable, de enorme aburrimiento, de previsibilidad absoluta, que da la ciudad.

La juventud y la adolescencia, con cuanto tienen de incierto e inquietante, de amenaza al orden establecido, constituyen un elemento insustituible. La ausencia de personas de edad avanzada no colma esta laguna; la agrava; las esposas que no disponen de padres para cuidar los niños o para alivio del trabajo doméstico deben quedarse en casa, a pesar de que el equipo doméstico abrevia sus trabajos. Falta por otra parte en las fábricas empleo para la mujer.

Cuando conviene, el orden (moral y social) se reafirma *contra* la juventud y toma una conciencia de sí a la vez más lúcida y segura. Los observadores, obsesionados por una parte por las «bandas» y los *blousons noirs*, y obsesionados por otra por el orden (moral y social), corren el riesgo de no percibir el conjunto de fenómenos. ¿Cómo se realiza la función lúdica (con todas las reservas para esta expresión)? Se realiza de una forma menos espontánea, pese a la necesidad profunda de espontaneidad. Es organizada. Son las asociaciones de adultos (grupos, clubs), las que recogen entonces el desafío.

¿Puede tener consecuencias para los niños (de aproximadamente 7 años) la ausencia de adolescentes y jóvenes? Parece ser que contribuye a la integración de éstos en sus respectivos grupos. Les faltan «modelos» de acción entre sus padres y ellos. Grupos y bandas poco visibles, se refugian

en lugares oscuros, en descansillos altos o bajos de las escaleras, en entradas de sótanos, o en sótanos vacíos. Al ser numerosos, la vida social es difícil incluso entre ellos. Se encuentran literalmente acorralados entre padres y guardianes. Vigilantes guardianes de la Sociedad Inmobiliaria de Crédito, filial de la Caja de Ahorros, pueden imponer multas bajo el pretexto de orden y lucha contra la depravación. Un orden demasiado siniestro trata de imponerse en la ciudad radiante.

La «nueva clase obrera»¹ y la democracia urbana

Los sociólogos han señalado recientemente los problemas que surgen de las nuevas condiciones de la clase obrera, tanto en la empresa (innovaciones técnicas, creciente automatización) como fuera (vida cotidiana y familiar, ocio). Es ésta una «problemática» inherente a la incógnita que plantea el futuro de la sociedad industrial (o de las sociedades industriales).

La observación de la ciudad nueva aporta algunas respuestas y permite avanzar algunas hipótesis.

En Lacq-Mourenx, en las últimas elecciones municipales, el éxito obtenido por una lista presentada «como apolítica» ha sido mucho mayor que otra mucho más definida y derechista. La lista llamada «apolítica» era en realidad una lista de izquierda constituida, de una manera muy interesante por una alianza local entre los sindicalistas (las tres centrales sindicales, cuyos «delegados», por otra parte, no habían sido ordenados ni designados como tales), los campesinos deseosos de defender sus intereses contra los organismos estatales, e intelectuales, maestros y profesores de enseñanza secundaria. La «nueva clase obrera» ha roto su aislamiento (al menos a escala local) y terminado (a este nivel) con su división.

La denominación «apolítica» no encubre ninguna maniobra. Se justifica en un programa: restauración del libre comercio —contra el monopolio detentado por sus supermercados—; restablecimiento de libertades locales; el municipio reclama atributos y autonomía: presupuesto y bienes,

3. Entre comillas, para indicar los peligros de una manipulación imprudente del concepto.

locales, plazas públicas, mercados y vías, etc. Y todo contra el poseedor (por no decir propietario, puesto que no se trata de propiedad privada) omnipotente y burocrático del conjunto de inmuebles y terrenos, la SCIC.

La etiqueta «apolítica» recubre, pues, una importante y profunda aspiración a la democracia en la vida urbana, a la autogestión de la colectividad, a la socialización, y va dirigida contra la estatización y burocratización centralizada e incluye libertades concretas.

Elegida por una amplia mayoría (ampliada en la segunda vuelta), la nueva municipalidad se ha comprometido en una acción múltiple y difícil. La lucha está en todos los terrenos, incluso en el cultural. Una espontaneidad, a veces algo torpe, siempre conmovedora, la sostiene. Las organizaciones, así como las manifestaciones más diversas, se multiplican: artísticas, deportivas —competiciones—, exposiciones, etc.

Estos fenómenos sugieren algunas hipótesis a verificar y modificar, si hay ocasión de ampliar la entrevista. Aparecen confirmadas por algunos sondeos.

a) La «nueva clase obrera», la de las empresas técnicamente punta (totalmente automatizadas, como la SNPA, Lacq), tiende a tomar en sus manos la vida de la «ciudad». No sólo demuestra un interés, sino que se esfuerza en no remitirse a instancias superiores; estatales, burocráticas, puramente políticas.

b) La «nueva clase obrera» no tiene, pues, los rasgos característicos de la antigua «aristocracia obrera»: pasividad, indiferencia, corrupción. Sobre nuevas bases (dominio del proceso de producción, cuya unidad se reconstituye en el «flujo continuo» de la automatización integral), y a pesar de factores en contra (carácter pasivo de gran parte de los trabajos que consisten en controlar y vigilar aparatos; estricta jerarquía técnica y profesional en la empresa, que repercute en el exterior), advertimos una práctica y una conciencia en formación, con carácter de clase. La «proyección sobre el terreno», en la ciudad nueva, de la jerarquía técnica no desemboca en una dilución de la clase obrera en los estratos amontonados sin contornos de conjunto y sin hendiduras.

c) Hasta fecha reciente, el «medio de trabajo» (o mejor aún: el proceso de producción) daba lugar a relaciones humanas (sociales) complejas, ricas en contenido, en razón al contacto del hombre y el equipo con los útiles y la «materia».

La situación hoy se modifica, e incluso tiende a invertirse. El proceso de producción, en el límite de la técnica, rompe el contacto con la «materia» y aun con la herramienta. Se hace monótono, se convierte en «no trabajo» (control, vigilancia; caso típico y límite: el operador de tablero de mandos). Y sin embargo la unidad del proceso (flujo continuo) se nos muestra mayor. La «nueva clase obrera», dotada de una fuerte cohesión social, por su papel en la producción, trata de crear fuera del trabajo, en la ciudad, relaciones sociales complejas que van hasta la creación cultural, y reinvierte en el trabajo una parte del contenido adquirido fuera, para enriquecerlo. Bajo este punto de vista, la ciudad nueva ofrece posibilidades mayores que la refracción espectral, sobre el terreno, en los barrios nuevos, de la población de las ciudades «espontáneas» (caso de Aix-en-Provence).

d) A su modo, con sus modestos medios, la «nueva clase obrera» está comprometida en una lucha de enorme importancia contra la plaga del mundo moderno: el aburrimiento, la monotonía del proceso de trabajo, el orden de la ciudad funcionalizada, burocratizada.

Son varios los caminos de restitución del elemento lúdico (espectáculos, deportes, juegos organizados, etc.). Pero dada su importancia, este tema merece un nuevo estudio.

La lucha contra el aburrimiento ha comenzado. No sabemos si el enemigo público será derrotado. Y sin embargo de esta lucha, de este desafío, depende, hasta cierto punto, el destino y sentido de la «modernidad».

VII. Utopía experimental: por un nuevo urbanismo *

«Incluso si al individuo le es posible compensar con la energía y la suerte la mediocridad de partida, siempre será indispensable que un pueblo se lance con todos sus recursos a esta aventura entre historia y leyenda, entre sol y nieve, entre metales y onda, entre trabajo y juego, entre necesidad y fantasía, que puede llegar a ser su vida en el umbral de esta nueva era.» Estas líneas verdaderamente poéticas, es decir, que evocan y provocan la creación, terminan el prefacio que Giraudoux escribió a la «Carta de Atenas».¹ Presagian un pensamiento programático a la talla del mundo moderno. Podrían servir de exergo a la recopilación *Die neue Stadt*, que un equipo de arquitectos y sociólogos, los profesores Egli y Winkler, Aebli, Brühlmann y Christ, acaban de publicar en Zurich.²

Este volumen, magníficamente ilustrado, resume los trabajos previos a la construcción de un nuevo conjunto urbano: una ciudad de treinta mil habitantes aproximadamente en el Furthal, no lejos de Zurich. Los autores presentan un proyecto preciso, que responde a exigencias determinadas. En los estudios previos han sido utilizados casi todos los dominios del conocimiento y la práctica científicos. Los suelos y aguas del valle (Furthal), sus microclimas, las producciones locales, la estructura social y la historia de los pueblos existentes han sido minuciosamente estudiados por especialistas. Otros técnicos, principalmente arquitectos, han intentado aprehender en su globalidad los problemas de la ciudad nueva; con este fin, acudieron a la sociología. Este enorme esfuerzo teórico desembocó en planos cifrados, in-

* «Revue Française de Sociologie», 1961, II, 3, pp. 191-198.

1. Obra de Le Corbusier y su equipo, reunido en el Congreso Internacional de Arquitectura Moderna de Atenas, 1933. Preparado por la Declaration de La Sarraz (Vaud, Suiza, 1928). Publicado en París en 1941 bajo la ocupación alemana sin nombre ni autor. Reeditada en 1958 por Éditions de Minuit.

2. *Die neue Stadt. Eine Studie für das Fürthal*. Zurich, Bauen und Wohnen, sin fecha, 70 pp.

cluidos en la publicación. Su originalidad deriva de que los autores han desbordado el marco de un presupuesto. No se han sometido a normas estrechas de una investigación puramente técnica, como hacen generalmente los arquitectos y urbanistas cuando elaboran un «plan general». El equipo de Zurich ha planteado problemas mucho más amplios. Ha intentado aportar en la recopilación una metodología, una sociología y casi una filosofía de la Ciudad nueva. Y aunque posiblemente no haya alcanzado esta pretensión, aunque algunos postulados y conclusiones de este vasto trabajo sean refutables, el mérito sigue siendo considerable.

Los autores del proyecto han empleado, consciente o espontáneamente, los procedimientos de investigación del pensamiento programático, que opera sobre objetos virtuales (posibles) y los confronta a la experiencia; es decir, intenta hacer entrar en la práctica el objeto imaginado, en una palabra, realizarlo. Este pensamiento quiere inventar formas, pero formas concretas. No se priva, pues, de apelar a la imaginación, solicitada y controlada por datos prácticos. El método empleado es, pues, el de las *variaciones imaginarias* alrededor de temas y exigencias definidos por lo real en su sentido más amplio: por los problemas que plantea la realidad y las virtualidades que contiene. Este método atraviesa entre dos escollos; evita dos callejones sin salida. Por una parte, evita la observación puramente empírica o que se cree tal, pues se limita a registrar y luego extrapolar lo realizado en su esfuerzo por conseguir lo posible. Por otra parte, evita la construcción a priori, en el caso presente la utopía abstracta que se ocupara de la ciudad ideal sin relación con las situaciones determinadas. El método atraviesa, pues, entre el puro practicismo y la teorización pura. ¿No será preciso introducir un vocabulario, conceptos y una metodología para designar estas operaciones del pensamiento racional, para emplearlas de forma coherente? Podríamos denominar «transducción» al razonamiento irreductible a la deducción y a la inducción que construye un objeto virtual a partir de informaciones sobre la realidad y de una problemática determinada (señalemos que el eminente teórico de la información, B. Mandelbrot, emplea este término en un sentido análogo.³ Podríamos del mismo modo denominar

3. Cf. *Lecture de l'expérience*, París, Presses Universitaires de France, 1955, p. 43, en particular «transductores psicológicos».

«utopía experimental» a la exploración de lo posible humano, con la ayuda de la imagen y lo imaginario, acompañada de una incesante crítica y una incesante referencia a la problemática dada en lo «real». La utopía experimental desborda la utilización habitual de la hipótesis en las ciencias sociales.

El lector de *Die neue Stadt* recorre con gran agrado el resumen de los proyectos de ciudades nuevas o ideales desde el siglo XVIII a nuestros días (páginas 51 y 59: figuras y láminas 94 a 117). Aprende que Durero diseñó planos de ciudades a la vez armoniosas, racionales y funcionales según las ideas y necesidades de la época. Descubre o redescubre la originalidad de obras algo olvidadas, la de Ledoux, o de los grandes socialistas utópicos, Owen, Rourier. El profesor Egli, autor de este capítulo, muestra el carácter históricamente determinado de proyectos que se pretendieron o se creyeron intemporales y definitivos. Muestra igualmente la importancia creciente de la sociología para reunir y dominar los datos de los problemas planteados, datos locales y datos generales.

Varias variantes del proyecto fueron establecidas y confrontadas desde diferentes puntos de vista: utilización de superficies, relaciones recíprocas entre los núcleos y centros interiores de la ciudad, relaciones de la ciudad con los alrededores y el resto del país. La eliminación de diversos proyectos que dispersaban la aglomeración prevista en el Fürthal, o que preveían una doble ciudad, precedió a la revisión final y a la confrontación de las variantes. Una primera serie de decisiones resultó en la precisión de los contornos de un modelo. Una segunda serie sometió las variantes del modelo a criterios ya experimentales. En esta sucesión de pasos, la consideración «prospectiva» del desarrollo ulterior de la ciudad, del valle y de la región (Zurich) desempeñó un papel fundamental. La variante escogida respondió —o al menos así se creyó— a una totalidad de imperativos actuales o eventuales. Y en efecto: por una parte entra en una estrategia, la del crecimiento regional y nacional; por otra, representa —o al menos así se considera— el óptimo deseable.

El grupo de trabajo, bajo el título «Planung des Wohnens» presenta un filtraje o cuadro de necesidades que la aglomeración deberá satisfacer. En este cuadro de doble entrada, las líneas establecen y jerarquizan en el pensamiento de los autores los niveles o grados sociológicos interesados: individuo, familia, vecindario, barrio. Las columnas fijan y je-

rarquizan las necesidades, desde alimentación a cultura y ocio. A partir de este primer filtro, los profesores Egli y Winkler han establecido un filtro de equipos cifrado muy estudiado: superficies a ocupar, servicios indispensables en los diferentes estadios o grados (cf. pp. 33-41).⁴

No omitamos señalar que la ejecución del proyecto está prevista dinámicamente. En cada una de sus fases, sobre el terreno, la parte realizada comprenderá a la vez habitaciones y equipamientos. ¿Se evitarán de este modo los escándalos de esos «grandes conjuntos» donde los habitantes afluyen sin que haya escuelas, ni comercios, ni servicios colectivos, a no ser improvisados en sórdidos cobijos? Cabe esperarlo. En cualquier caso, el equipo de Zurich ofrece aquí un modelo de trabajo serio, honesto e inteligente. En las metamorfosis con estadios racionalmente programados de la ciudad nueva, hay un poblado antiguo conservado e inserto en parte que asume una función importante. Él es el núcleo y centro a los servicios y los equipos en el transcurso de la construcción.

Un tema central mantiene la atención. Este proyecto desborda el empirismo, el practicismo, la tecnicidad pura. Se ocupa de los hombres. De hecho, propone a seres humanos un programa de vida cotidiana. No se contenta con aportar a los futuros habitantes un marco y un escenario, marco más o menos rígido o adaptado, escenario más o menos logrado. Quiere ofrecerles múltiples medios, racionalmente ordenados, de llegar a la realización del individuo y de los grupos parciales en la comunidad. Propone una armonía. Y asume la responsabilidad moral de esta propuesta, de este programa de vida. En este sentido, en el equipo de Zurich repercuten las ideas de Le Corbusier y de la «Carta de Atenas». La Ciudad asume funciones, ambiciosamente definidas ya por la «Déclaration de La Sarraz»: «Las tres funciones fundamentales, cuya realización debe vigilar el urbanismo, son: a) habitar, b) trabajar, c) recrearse. Sus objetos son: a) la ocupación del suelo, b) la organización de la circulación, c) la legislación.» Las funciones consideradas deben disociarse al máximo; por ejemplo, el urbanista moderno atribuirá vías

4. Sería interesante comparar estos filtros de equipo con los publicados en Francia por la revista «Urbanisme», núms. 62-63, 1959. El equipo suizo llega muy lejos en el análisis de los servicios (comercios, servicio médico, dentista, etc.) y en el de las superficies exigidas para calles y circulación, aparcamientos, etc.

de circulación diferentes a vehículos y peatones. Luego, un proyecto sintético reorganizará en un todo las funciones anteriormente distinguidas. Es claro que la escuela de Le Corbusier ha concebido y concibe la Ciudad como forma sensible y tangible de un contenido esencial: la satisfacción plena de las necesidades humanas. Quiere crear las condiciones de una verdadera comunidad.

El pensamiento programático así definido envuelve una ideología apuntalada a su vez en argumentos sociológicos. No es extraño, pues, descubrir un esquema sociológico inherente al proyecto considerado. Más exactamente, el esquema sociológico subyace a la vez al proyecto técnico, al programa práctico de vida y a la ideología implícita. Este esquema es simple y claro. La Ciudad, concebida como comunidad, engloba una jerarquía de niveles o grados. Estos niveles o grados se dejan integrar sin dificultad, pues son los elementos constitutivos de la totalidad social: el individuo (no el individuo aislado o aislable, sino el elemento primero de la totalidad: *Einzelmench*); la familia; el vecindario inmediato (*Nachbarschaft*, alrededor de 200 personas por 0,9 ha.); el grupo de vecindario (*Nachbarschaftsgruppe*, alrededor de 600 personas por 2,7 ha.); el pequeño barrio (1.800 personas por 9 ha.); el barrio (7.200 personas por ha.); la ciudad (en uno o varios distritos).

Esta jerarquía ha sido establecida por un pensamiento sistemático, que, antes de utilizarla técnicamente para elaborar los filtros, formuló *principios*: el de la jerarquía integrada, el de la constitución de núcleos (*Kerne*) en cada grado, el de la visibilidad o mejor aún la supervisión del conjunto desde la cima; el conjunto integrado se hace sensible, legible y tangible en la construcción sobre el terreno (*Prinzip der Stufung, Prinzip der Ueberschaubarkeit, Prinzip der Kerndildung*; cf. p. 32). Según su enunciado, estos principios no son solamente la expresión contextual del esquema. Son operativos y estructurados, o, mejor aún, «estructurantes». Deben determinar en la comunidad más y mejor que una organización o una institucionalización: un equilibrio, a la vez estable y vivo, una especie de autorregulación.

Las funciones de integración se aplican, pues, en forma perfectamente coherente a todos los niveles: vida física, vida espiritual, vida colectiva, desde necesidades alimenticias a necesidades de actividad política, pasando por la ciencia, la religión y el arte. La integración estructural, proyectada

sobre el terreno, implicando un programa de acción al igual que un programa de vida, crea para cada grado y cada función un núcleo eficaz, especie de centro organizador. La escala ascendente y descendente de los núcleos, de las zonas de contacto y comunicación, confiere a la ciudad una estructura viva (al menos en el pensamiento de los autores). Los núcleos parciales están constituidos por pequeños centros comerciales o culturales intercalados entre los grupos elementales y el centro principal de la comunidad.

En la práctica, este esquema se flexibiliza. Deja un lugar al individuo, sea aislado, sea buscando la soledad, a los seres humanos que las circunstancias han lanzado a la soledad y que prefieren la soledad sin por ello ser considerados «desviados».

Pese a todo, la concepción de una jerarquía de niveles y núcleos tan estrictamente integrada no deja de suscitar algunas inquietudes.

Metodológicamente, habrá que distinguir varios pasos: los propiamente técnicos del arquitecto que considera el apartamento, y luego el grupo de inmuebles, para combinarlos; los pasos analíticos que intentan ir de lo simple a lo complejo; los pasos del pensamiento dialéctico que intenta aprehender a través de los conceptos lo global y lo total en sus relaciones con «los elementos» y el devenir.

La confusión entre estos distintos pasos corre riesgo, por una parte, de dejar lagunas en el conocimiento, y por otra de enmascarar estas lagunas. ¿Dónde se encuentra, según el esquema propuesto, la inserción en la sociedad global? ¿Dónde se encuentra la apertura a la totalidad? Este esquema representa una totalidad. Se basta. La referencia frecuente al paisaje, al país, a Suiza como pueblo, cultura y nación, no puede reemplazar la comprensión global de la «sociedad industrial» o de una variante nacional de esta sociedad industrial.

El lector de *Die neue Stadt* no queda saciado: no sabe claramente quién vendrá a trabajar a la ciudad nueva, ni cómo ni por qué, en qué ramas de actividad, con qué nivel de vida, cuáles serán los salarios y condiciones, los presupuestos, las posibilidades, las aperturas o los factores limitativos. ¿Cómo actuarán estos datos económicos sobre la tan deseada integración? Se responderá que otros estudios específicamente económicos complementarán en su momento el proyecto. Quizá, sin embargo, al dejar así entre paréntesis

en la exposición del programa la parte económica, se pasa, en el saber, de un esquema sociológico ya discutible a un cierto «sociologismo» aún más unilateral y discutible. En esta jerarquía de niveles tan fuertemente integrada y estructurada, se difuminan otros: el económico y el psíquico, el espontáneo, el informal. Más concretamente: ¿es concebible que el conjunto social no actúe sobre los deseos, o sobre las opiniones —o sobre las actitudes, aptitudes y comportamientos, o como se quiera— de los miembros de una comunidad local? ¿Es concebible que no se manifiesten en este conjunto las diferencias de categorías profesionales, de estratos y clases sociales? Puede preverse que los trabajadores industriales, obreros o técnicos, tengan necesidades o deseos específicos, algo diferenciados de los de otras categorías de habitantes. De un modo general, el hombre no se define solamente por el habitat, presupuesto que el esquema postula implícitamente.

La integración jerarquizada presupone también una teoría simplificada de las necesidades y las funciones. El esquema compone la comunidad con familias, como compone las funciones de la ciudad con necesidades elementales atribuidas a los diferentes niveles. ¿Es seguro que esta construcción «federalista» y jerárquica constituye la expresión sensible en la vida cotidiana de la libertad y el estilo de vida democrático? (cf. p. 32).

La ideología de la integración jerarquizada se transparenta en la construcción material. Quienes han concebido el proyecto saben que para evitar el aburrimiento debe evitarse la monotonía. Han aprendido que una forma somera de abordar el problema alternando líneas horizontales (bloques) y líneas verticales (torres) no ha tenido éxito. Emplean, pues, todos los tipos conocidos de casa e inmuebles, pequeños y grandes, bajos y altos, derechos y curvos (*Punkthäuser, Kulissenhäuser, Turmhäuser*, etc.). Yuxtaponen sobre el terreno una variedad que arriesga terminar en mecánica o simplemente «plástica», y que no rompe la monotonía. El deseo de sorpresa y variedad, particularmente profundo en la vida moderna, reclama iniciativas más audaces. ¿No será preciso dejar de tomar como base lo que los interesados declaran «deseable», y los métodos sociológicos de investigación empírica y subjetiva tienden a supervalorizar, para determinar las eventuales satisfacciones? Cuando la gente es consultada desea reencontrar aquello a lo que está habituada. Al mis-

mo tiempo, y más profundamente, desea la sorpresa, la diversidad, la novedad.

En los antiguos proyectos de Le Corbusier hubo cierta ingenuidad. Le Corbusier agrupaba las ciudades alrededor de «centros cívicos». Hoy sabemos demasiado bien que semejante centro resultará fácilmente el «núcleo» funcional y operativo de una burocracia que vigilaría de cerca la integración de la comunidad. ¿No hay una ingenuidad algo análoga en la idea de «coronar» la Ciudad nueva por una Academia ofreciendo sus locales a los miembros de la comunidad con vocaciones artísticas (cf. pp. 65-66)? Quede claro que el proyecto no es absurdo y que revela una extrema buena voluntad, totalmente digna de aprecio. ¿Podría desempeñar semejante «coronamiento» el papel de la Acrópolis, del templo de Jerusalén, de la *Mozarthaus* de Salzburgo? ¿Sería el alma de la ciudad, o la animadora de las almas?

En las ciudades históricas, los monumentos tienen funciones tan complejas que el concepto de «función» no consigue agotarlas. Recuerdan y evocan. Hacen presentes un presente y un futuro. Son la memoria de la Ciudad y su cimiento. Unen y reúnen: catedral, palacio, teatros, edificios diversos. Los símbolos las cubren; símbolos generalmente mal comprendidos, que se diluyen de generación en generación, pero tan ricos que la percepción denominada «estética» sólo alcanza generalmente la sombra de los simbolismos. El turista que admira las hermosas proporciones de una catedral no la comprende como microcosmos, resumen del mundo, de la Historia y del drama humano según la doctrina católica. Para semejante «función», de nuevo utilizaríamos con gusto el término «transfuncional» o «suprafuncional». Estos monumentos no son inútiles. Si ya no sirven para nada, caen en lo desusado y el descrédito. Y sin embargo, desbordan las funciones (reunir, organizar) y también las instituciones que representan sobre el terreno (autoridades, poderes, etc.). Introduciendo aquí la teoría de la información, diremos que los monumentos de una ciudad histórica emergen por encima de la redundancia, de las repeticiones, de los sistemas de signos y señales que reglamentan las rutinas. Emergen por encima de los sistemas semiológicos que constituyen la trama del texto social cotidiano: discursos, vestidos, gestos, espectáculos de la calle. Dicen más. Tienen más sentido. Expresan lo inagotable.

Del mismo modo que parece justa y profunda la idea de

«coronar» la Ciudad por un monumento, parece refutable la idea de confiar a un edificio cultural demasiado bien definido esta tarea «suprafuncional». ¿No es acaso preciso, para resolver el problema, reinventar o imaginar varios monumentos o varios tipos de monumentos? ¿no será preciso llegar hasta diferenciar la Ciudad en forma distinta que en barrios homogéneos? ¿No será preciso crear la ciudad policéntrica? Y puesto que en *Die neue Stadt* se hace alusión a la ciudad antigua y a su «corona monumental», recordemos que ésta organizaba el tiempo y el espacio sociales alrededor de varios centros de actividad: el ágora, el estadio, el templo o la acrópolis, el teatro. De esta forma, sobre los intereses colectivos más amplios, se reglamentaba un tiempo cíclico y ritmado.

Esta solución no tiene ya sentido. En la sociedad industrial, el tiempo cíclico y rítmico no ha desaparecido: se subordina a los tiempos lineales o discontinuos exigidos por las técnicas. Los ritmos y los ciclos no tienen ya el carácter regular y regulador que tuvieron antes de la sociedad industrial. Ni la ciudad antigua, pese a su belleza, ni la ciudad medieval, pese a su prodigiosa vitalidad, pueden aportarnos modelos. Lo que no autoriza a despreciar las sugerencias que aportan: policentrismo, estructuración dinámica, complementariedad de elementos y ausencia de segregación, etc.

El proyecto que aquí criticamos, con una minucia que subraya su interés, parece dejar de lado la importancia social del juego. De una manera que de nuevo llamaremos ingenua, deja entender que los espacios verdes, el bosque, los paseos, la Naturaleza a la vez ordenada y organizada, bastarán para satisfacer los deseos de variedad y juego.

Los antiguos proyectos de Le Corbusier iban más lejos. Repartían en todos los espacios y sectores de la ciudad proyectada campos de baloncesto, de tenis o de fútbol, piscinas, pistas. Incluso desde el solo punto de vista de la actividad deportiva, no puede bastar un estadio exterior a la ciudad. Y del mismo modo, no es suficiente prever espacios para las fiestas de barrio (pese a que esta preocupación honra a los autores de *Die neue Stadt*).

El juego, a nuestro parecer, es multiforme y múltiple. Ocio y juego no coinciden exactamente. Posiblemente el juego es la culminación y la coronación de la sociabilidad. Despliega sus diversidades y sus invenciones entre las actividades integradas a la vida cotidiana, en el seno de la familia,

y las grandes evasiones, viajes, vacaciones, camping, montaña y mar. Los intermediarios son innumerables: juegos de competición o de azar, juegos en los cafés (cartas, billar, máquinas tragaperras) o en los clubs, juegos serios (ajedrez) o frívolos (apuestas), etc., sin olvidar la afición a los escapes, demasiado desdeñada por muchos urbanistas, la charla pura y simple y algunas otras formas. El juego no corresponde a ninguna necesidad primaria, aunque las presupone todas. Corresponde a deseos afinados y diferenciados, según los individuos y grupos, deseos que matan rápidamente la monotonía y la ausencia de posibilidades.

Según el esquema construido sobre la familia como célula social, los miembros se divierten poco y escasamente; y apenas gozan. Sobre este conjunto, solidario del funcionalismo, del estructuralismo, del paternalismo, y quizá también de cierta ideología tecnocrática, gravita un culturalismo terriblemente serio. Este culturalismo va de la mano de un moralismo inquietante, que no se manifiesta únicamente en Suiza y en Zurich. Los técnicos, con su desdén por el tiempo perdido y su vocación de una vida social superiormente organizada, olvidan que el café sirve más para encontrarse en amistad y gozar que para emborracharse. En las ciudades nuevas y en los grandes conjuntos, hay demasiado pocos cafés. De esta forma, esquemas «operativos» teóricamente refutables por unilaterales producen en la práctica un conformismo; de ahí que la integración jerarquizada vaya acompañada de un doble peligro: orden moral, aburrimiento.

Esto nos lleva, o nos devuelve, a una cuestión fundamental, los niños y los adolescentes. ¿Es posible descartar determinadas experiencias en nombre de un esquema sociológico del que se afirma que refleja a la vez la realidad y el ideal de libertad democrática? En Israel sobre todo, y en menor grado en los países del Este, se busca ofrecer a los niños una vida social específica, sin por ello separarlos de la familia y de la sociedad global. Lo que se justifica a la vez por las actividades específicas de los niños y adolescentes (en particular los juegos), y por su lugar en la sociedad global como grupos diferenciados, con sus problemas. Es sabido que los niños y adolescentes, cuando tienen una vida relativamente autónoma, vinculan a los otros grupos parciales en lugar de separarlos.

Posiblemente, estas experiencias no han resultado todavía en consecuciones totalmente satisfactorias. Pero no por

ello hay que prescindir de ellas. No resquebrajan la familia, como a menudo se ha pretendido; ciertamente, modifican el esquema admitido, el que fetichiza la familia y el barrio transformándolos en entidades sociales, en elementos de base y fundamentos del conjunto integrado —bautizado «comunidad».

Este esquema sociológico corre también el riesgo de complicar una cuestión importante, la del *óptimo*. Hay un notable estudio realizado recientemente sobre las ciudades del Norte de Francia que sugiere normas muy diferentes a las aceptadas por los redactores de *Die neue Stadt*. Según estas investigaciones, el *óptimo* que permitiría un buen funcionamiento de grandes servicios colectivos (hospitales superiormente equipados, universidad, teatro) se situaría alrededor de 300.000 habitantes, con una población activa y productiva, es decir, obrera, de alrededor del 60 %. Sólo semejante estructura aseguraría los recursos indispensables para que el complejo urbano no recurriera sin cesar a subvenciones. «El *óptimo* de aglomeración fue únicamente buscado en función de la población. Y sin embargo hemos demostrado que la estructura social desempeñaba un papel más importante que la población...»⁵

Es decir, que la problemática de las ciudades nuevas queda todavía abierta en gran parte...

5. *Niveaux optima des villes. Essai de définition*, Lila, Ceres, Faculté de Droit, 1959.

VIII. La taberna-club. Punto neurálgico de vida social *

«¿Qué piensa usted de la taberna?» Si se hiciera esta pregunta a cien personas escogidas al azar, habría sin duda un enorme porcentaje de respuestas peyorativas. ¿La taberna? para la mayoría de la gente, comprendidos quienes lo frecuentan, es un lugar cargado de humo, más bien poco recomendable, donde la gente acude para evadirse en la bebida. La palabra tiene mal aspecto y la cosa reputación malsana.

Y sin embargo, la experiencia de los nuevos barrios urbanos nos obliga a reconsiderar la cuestión. En la mayoría de los barrios, grandes o pequeños, técnicos de buena voluntad han hecho desaparecer, como inútiles y superfluos, el café y también la calle. Estos técnicos obedecían, sin saberlo bien, a imperativos de orden moral o filosófico que los hechos terminarían por desmentir. El remedio a los males que se querían combatir —alcoholismo, tiempo perdido— ha demostrado ser peor que la enfermedad. En estos nuevos barrios, la vida social se ha empequeñecido y deteriorado singularmente. Los habitantes se repliegan sobre su vida privada, no sin quejarse de las molestias provocadas en el seno de esta existencia familiar por el ruido, la casi desaparición de las relaciones tradicionales de vecindad, el vecindario —unas veces demasiado homogéneo, otras demasiado heterogéneo— de los inmuebles. En resumen, a pesar del relativo confort de los alojamientos, estos hombres y mujeres no son felices. Se aburren sin confesarlo o confesándolo.

Esta experiencia, que se desarrolla a escala mundial, es preciosa, sobre todo por dolorosa y negativa; ha demostrado que la taberna es un punto neurálgico de vida social, un nudo de actividades múltiples, encuentros amistosos, juegos diversos, informaciones y comunicaciones. La gente acude ellas para hablar, más que para beber alcohol. Asimismo, la calle no es un simple lugar de tránsito, sino un lugar de informaciones e intercambios humanos, encuentros, rela-

* Informaciones bimestrales del Syndicat des Architectes de la Seine, febrero de 1962, París.

ciones e iniciativas entre los grupos, un lugar de espectáculo y estímulo.

El SAS —Syndicat d'Architectes de la Seine—, prestando atención a esta experiencia y a los trabajos de los sociólogos, presenta ahora un proyecto a la vez modesto y audaz, el de un punto neurálgico estimulante de la vida social destinado a los barrios de unas 200 unidades de alojamiento. La taberna-club se compone de elementos distintos y separables, que puedan añadirse y suprimirse, posibilitando, por tanto, numerosas combinaciones. El edificio está dotado de una gran flexibilidad, tanto en su estructura como en sus posibles destinos. Los usuarios o sus representantes escogen esta u otra combinación de acuerdo con sus necesidades.

El elemento estable y central es la taberna —en donde no se vende ya alcohol, sino periódicos y bebidas no inofensivas—, y a su lado hay otros locales inscritos en el conjunto, destinados a múltiples usos. Retirando los muros móviles se dispone de un salón de baile, de reunión, de espectáculo. Corriendo de nuevo los muros, se disponen espacios para club de fotografía, marionetas, trabajos manuales, etc. Los volúmenes para los distintos usos han sido previamente calculados. El empleo de los materiales y técnicas más modernos ha permitido a los iniciadores realizar una célula abierta: a la luz, a la calle, a la mirada exterior, que debe suscitar y reunir. La disposición interior prevé rincones especialmente íntimos que resguardarán en el interior de la taberna, con plantas y flores. Pero las actividades del club están ofrecidas al exterior y abiertas al exterior. El espacio así adecuado no se cierra: se mantiene transparente, y por consiguiente accesible y radiante.

La tentativa del SAS tiene un interés práctico y teórico considerable. Prácticamente ofrece a los agrupamientos humanos caídos en una especie de miseria moral y social la ocasión de salir de ella. Les aporta un instrumento del que podrán servirse con gran libertad de iniciativa.

Se inaugura, pues, una experiencia sociológica muy moderna, de nuevo cuño. ¿Qué harán los interesados de esta «taberna-club»? ¿Qué partido sabrán sacar? Teóricamente se trata de un primer esfuerzo por superar el funcionalismo analítico que separaba y proyectaba sobre el terreno, despedazándolas, todas las funciones de la vida urbana. A este «funcionalismo» escapaban algunas de las más importantes

funciones, en particular la animación completa de la vida, las condiciones de una cierta dicha, la lucha contra la monotonía y el aburrimiento.

Una nueva fase de pensamiento de constructores y urbanistas modernos parece, pues, anunciarse.

IX. La vida social en la ciudad *

Hablaré como filósofo y sociólogo que para nada participa en las decisiones. En un aspecto, esto es lamentable, pues aparta al sociólogo y al filósofo de los datos de la práctica, pero al mismo tiempo añade a su pensamiento algunos grados de libertad, pues no limita el uso de la imaginación, ni siquiera del sueño, que, después de todo, son también dimensiones e incluso dimensiones prospectivas del pensamiento, lo que conduce a una rehabilitación de la utopía.

La perspectiva del sociólogo sobre la ciudad me parece diferente a la del geógrafo: la de éste último es morfológica, describe el terreno, la relación de los grupos humanos sobre el terreno. Perspectiva necesaria, inevitable. Las relaciones de los grupos humanos con el medio físico merecen una descripción minuciosa. Esta descripción da informaciones determinantes por lo que respecta el origen, la génesis de los grupos humanos. Pero no es ésta la perspectiva del sociólogo, que difiere también de la perspectiva del economista. Tomemos como ejemplo la clasificación de las estructuras lanzada por C. Lark, reconsiderada por Fourastié y algunos otros en Francia, que distingue sectores primarios, secundarios y terciarios. Esta clasificación constituye el punto de partida de un análisis igualmente necesario, indispensable a un cierto nivel del estudio. Esta teoría nos permite incluso una cierta tipología de las ciudades, pues se pueden distinguir según ella ciudades agrarias, comerciales, industriales y también ciudades de ocio. Pero una ciudad no puede caracterizarse por la superposición, conjunción o reducción de estos cuatro sectores. El análisis del economista es válido a un cierto nivel. No es exhaustivo.

La perspectiva del sociólogo es diferente de la del urbanista, si consideramos el pensamiento global de los urbanistas de hoy, que generalmente se inspiran en Le Corbusier. Esta perspectiva parte de un conocido análisis funcional de los

* Inédito. Conferencia en el Centre des Prospectives, 29 de octubre de 1962.

elementos, factores o funciones de la ciudad: habitar, residir, producir, trabajar, cambiar, cultivarse, distraerse. Este análisis para el sociólogo, termina en un funcionalismo también válido a cierto nivel, pero refutable cuando se pretende transformarlo en una visión global y completa de la ciudad. Con este análisis funcional se corre el riesgo de perder de vista completamente la función esencial de la ciudad, por ejemplo la representada por la calle. Los hay que han dejado perder la calle, con sus funciones.

En este marco analítico, los arquitectos y urbanistas han encontrado soluciones técnicas a un determinado número de problemas. Por ejemplo, han establecido cuadros sinópticos de servicios, trazados de tráfico, de circulación, de reparto de superficies. Todo esto, aunque perfectamente válido, no da al sociólogo un análisis exhaustivo del fenómeno urbano. El error, la deficiencia general de estos métodos y estas ciencias, es que son exageradamente analíticos.

Se precisa un análisis. Es indispensable. El análisis, desde hace un número determinado de años o siglos, ha adquirido entre nosotros —en nuestra civilización— una especie de privilegio debido a su importancia, debido a una larga experiencia del método. Posiblemente el método analítico es el único método operativo. Es difícil actuar sobre un todo, si no es a partir de un elemento o una parte. Ésta es la razón de que el método analítico generalmente sea operativo, pues descubre algunos momentos en que se puede actuar sobre el todo. Son los momentos que se denominan mutaciones, transformaciones, revoluciones. Generalmente se actúa sobre el conjunto sólo a partir de un elemento, diferenciado y analizado. Este privilegio del método analítico ha llevado a descuidar la totalidad.

La perspectiva que el sociólogo recibe del filósofo es precisamente la del todo: la totalidad. Esto le lleva a plantear un determinado número de proposiciones axiomáticas, postulados, hipótesis de trabajo, que son las siguientes:

a) la ciudad es un todo;

b) ese todo no se reduce a una suma de elementos visibles sobre el terreno, tangibles, sean funcionales, morfológicos, demográficos, etc.

Proposición inicial: La ciudad proyecta sobre el terreno una sociedad, una totalidad social o una sociedad considerada como totalidad, comprendida su cultura, instituciones, ética, valores, en resumen sus supraestructuras, incluyendo

su base económica y las relaciones sociales que constituyen su estructura propiamente dicha.

Esta proposición incluye una serie de nociones ya conocidas, la noción marxista de supraestructura, o la noción, habitual en sociología, de institución. Estas nociones resultan más vivas cuando se advierte que en la ciudad se materializan, se encarnan en obras, obras que, como fácilmente se comprende, son los monumentos, edificios públicos y privados, en los cuales y a través de los cuales la sociedad global se presenta o se representa; muy frecuentemente constituyen símbolos.

Partiendo de esta idea, se pueden estudiar sobre el terreno, sociológicamente, la intensidad de acción de estas obras que encarnan en el espacio, sobre el terreno, las instituciones, la cultura, la ética, los valores, las estructuras y supraestructuras. Estas obras son también actos sociales perpetuos.

La noción de totalidad no está perfectamente clara. El todo no es sensible, tangible, no se ofrece a la investigación empírica inmediata. Un todo es siempre un concepto, y por tanto, una abstracción; y la abstracción científica es a veces muy difícil de discernir, de distinguir de la abstracción urbana. La abstracción científica debe apuntar a algo concreto.

La hipótesis así admitida encadena proposiciones recíprocas. La totalidad, la sociedad, puede reconstituirse, alcanzarse a partir de la ciudad considerada en primer lugar analíticamente, pero la reconstitución supone un proceder que va del elemento al conjunto, que comporta riesgos de error en la reconstrucción del todo.

París, Londres, Florencia, Roma, en cuanto ciudades, corresponden a esta definición, y también la antigua ciudad griega o romana, o la ciudad islámica. A partir de aquí, los problemas se multiplican.

a) Esta definición se refiere a la ciudad completa, o considerada como tal por hipótesis. Se refiere, a fin de cuentas, a una especie de tipo ideal de la ciudad, a un arquetipo que debe evitarse tomar como solución.

b) Si la ciudad proyecta sobre el terreno una totalidad social, es evidente y comprobable que la Historia entra en esta totalidad, así como el tiempo. Y esto doblemente: el tiempo entra con la Historia en tanto que pasado cristalizado y en tanto que cambio actual, y las partes reaccionan sobre el todo.

La ciudad es un espacio-tiempo y no solamente una proyección de una estructura social, de una sociedad global en el mero espacio.

c) En comparación con nuestro tipo ideal y original, muchas ciudades, por no decir la mayoría, aparecerán incompletas: la ciudad militar, comercial, administrativa, la ciudad universitaria, industrial, rural. Pero podría ocurrir también que ciudades que nos vemos tentados a denominar incompletas correspondan a una sociedad global: sociedad esencialmente militar, esencialmente comercial, industrial.

Debe evitarse transformar nuestro tipo ideal de ciudad en un criterio, y de ahí la exigencia de una tipología más desarrollada, que no se contente con medir la separación entre determinada aglomeración urbana y el tipo ideal de la ciudad completa, de la que hemos partido.

Paradoja inquietante. Por ejemplo, en una sociedad sin historia o casi sin historia, como Estados Unidos, las ciudades tienen, sin embargo, una historia, que es mucho menos la historia de la sociedad global que la de la ciudad misma. Un rasgo general de esta historia de las ciudades americanas es la degeneración del corazón de la ciudad —acompañada de intentos de renovación. Podría ser que la ciudad sin historia correspondiera a una sociedad que no tuviera otra historia que la de la técnica, y que esta técnica sólo interviniera para revulsionar la aglomeración humana, para suprimir antiguas técnicas que, llegado el caso, pudieran desaparecer sin dejar huellas: lo contrario de una historicidad.

La totalidad no debe hacer olvidar que la parte y el elemento tienen también una existencia diferenciada. Sólo el pensamiento animado por el método dialéctico permite, según parece, captar esta interacción específica de las partes en el todo. Sería un error subestimar el barrio, que sabemos es un todo en el todo, y sin embargo en las ciudades que conocemos el barrio sólo existe en función de una cierta historia. Podría ser que conservara el concepto de unidad de base, elemental, con determinadas dimensiones, y entonces no sería ya un barrio, sino una unidad, sin separarse de la totalidad.

Paso rápidamente sobre esta problemática de la ciudad y de la sociología urbana.

La aportación de la sociología en cuanto ciencia, a través de sus problemas, a través de sus dificultades que derivan de su método, de su objeto específico, puede ser conside-

table. Punto de partida de esta aportación: el grupo humano no coincide exactamente con sus condiciones de existencia, su medio, su marco. El grupo humano, el entorno, el marco, lo que resulta tanto de la morfología como de la economía política, constituye un medio en condiciones de normalidad. El entorno es un medio. El grupo humano lo moldea, lo deforma o lo transforma. Se vincula siempre, salvo si está mutilado, a algo más vasto, que es la sociedad global, que es por el momento una «cultura», posiblemente, incluso, una concepción de la vida, del hombre. Un grupo humano no debe nunca ser definido completamente por su marco.

Es preciso estudiar esta relación compleja, conflictiva, entre el grupo humano y su marco: la elasticidad que el marco presta a la vida del grupo, a su esfuerzo por informarse, confirmarse, desarrollarse o transformarse.

La sociología puede situar sus intervenciones en diferentes niveles de la realidad, del pensamiento, de la eficacia.

Por ejemplo, puede estudiar un barrio, o una zona suburbana de pabellones, o un barrio de bloques, en función del tiempo y del espacio, en función de la Historia. O, más concretamente, puede plantear cuestiones como: «¿Cuánto tiempo se precisa para que los miembros de un grupo contraigan relaciones de vecindad, relaciones de afinidad, para que el grupo viva?»

La sociología puede también distinguir dimensiones, variables, parámetros, y tratarlos matemáticamente.

Pero mi impresión es que la sociología puede ir más lejos.

Hablaré de las funciones que han sido extraviadas y perdidas en el camino por el funcionalismo; los urbanistas han perdido la calle y sus funciones. Perder de vista la calle, no sólo es perder de vista un objeto concreto, vivo, dotado de cierta vida; es perder de vista una función más grave, más importante, es perder de vista que la ciudad es una fuente de información ininterrumpida, que la calle es importante, interesante para la gente, en cuanto fuente de informaciones. La ciudad, considerada como proyección de la sociedad global, es un emisor ininterrumpido de informaciones siempre renovadas. Uno de los objetivos de la sociología urbana consiste en aplicar a la vida urbana, lo más concretamente posible, la teoría de la información. Poner en evidencia el hecho de que la vida urbana es tanto más completa cuanto más informaciones emite, y más renueva las informaciones.

Hay otras funciones omitidas también por el funcionalismo, por ejemplo la función simbólica. Es una vulgaridad decir que los monumentos están cargados de símbolos, de significaciones, que los símbolos tienen algo más estable, más profundo que las informaciones, las cuales sólo son interesantes cuando son renovadas ininterrumpidamente. La información se pierde en seguida. Hay obsolescencia de la información, mientras que el símbolo tiene una vida más contenida, más sostenida. El papel de los edificios religiosos o políticos es particularmente significativo a este respecto. Esta función simbólica ha sido olvidada por el funcionalismo.

Hay todavía otra función que ha sido olvidada por el funcionalismo: la función lúdica. Se ha olvidado que en la vida urbana hay un juego continuo, no sólo el juego de la información, sino los juegos de toda especie, juegos de encuentro, juegos de azar, juegos sin más, que se juegan en los cafés (cartas, ajedrez) y, finalmente, el gran juego del espectáculo dramático. En las ciudades hubo funciones lúdicas que eran además asumidas por edificios concretos, como el estadio de la ciudad antigua, núcleo de vida social junto con el templo y el ágora. Hubo un elemento lúdico que ha desaparecido en el funcionalismo integral, pese a que era función esencial de la ciudad. Basta con recorrer un barrio nuevo para ver como se busca, a menudo con mucho escrúpulo, pero a la zaga y exteriormente, el medio de restituir el elemento deportivo, bastante importante, pero no único en la función lúdica. ¿Restituir el elemento lúdico?; el juego, en nuestras ciudades modernas tiende a ser limitado a juegos de espectáculo, extremadamente pasivos. La función lúdica, en cuanto función activa, debe ser reconsiderada.

Sueño. Imaginación. Utopía. El pensamiento prospectivo puede —también él— situarse a diferentes niveles.

Podemos intentar construir planos de ciudad teniendo en cuenta principalmente las corrientes de circulación, o las corrientes de comunicación e información. La circulación es simplemente un aspecto importante, pero no único de la comunicación, de la información. Es posible construir modelos analógicos para ciudades establecidas teniendo en cuenta estas corrientes. Es también factible proponer la elaboración de planes de ciudades que restituyan determinadas realidades perdidas, por ejemplo la calle. Imaginemos una ciudad en que las corrientes de la circulación fueran subterráneas, o a bajo nivel; por encima de los coches, calles

de peatones, calles bordeadas de comercios que serían como *suks* —lo que restituiría la animación de la calle— y los edificios de habitación dispuestos en láminas, o en barras, o en formas más complejas o más ricas, por encima de estos *suks*.

Yendo más lejos en la prospectiva y en la utopía, se podría proponer la construcción de una ciudad lúdica, un modelo de ciudad cuyo centro, el núcleo esencial, estaría consagrado a juegos de toda especie, siendo también la cultura considerada como un gran juego. En el centro, todo lo propio del deporte, del juego, desde juegos de azar hasta juegos serios, juegos dramáticos naturalmente —teatro, percatando una realidad que existió en la ciudad antigua. Alrededor de este núcleo lúdico se podrían disponer los elementos residenciales, los elementos de trabajo, las empresas. Una ciudad de ciencia-ficción.

Aún puede irse más lejos. Intentar imaginar una ciudad donde la vida cotidiana estaría completamente transformada, donde los hombres serían dueños de su vida cotidiana, que transformarían a su antojo, serían libres respecto a la cotidianidad, la domearían completamente.

He intentado resumir las ideas de un sociólogo sobre la ciudad. Estas ideas van adheridas de forma científica a un análisis, a unos instrumentos de análisis que detentamos; a posibilidades de la sociedad global para abocar a esta liberación de la imaginación y del sueño.

Todo esto ha sido condensado en un texto que posiblemente leeré más tarde, una especie de manifiesto que se titula: «Proposiciones para un nuevo urbanismo».

X. Humanismo y urbanismo. Algunas proposiciones *

1. El viejo humanismo «clásico» hace tiempo que ha terminado, y mal, su carrera. Está muerto. Su cadáver, momificado, embalsamado, pesa y hiede. Ocupa muchos lugares, públicos o no, transformados en cementerios culturales con apariencias de «lo humano»: museos, universidades, publicaciones diversas. Y además, las ciudades nuevas y algunas revistas de urbanismo. Trivialidades y sandeces se recubren de este embalaje: «escala humana», «medida humana», «servicio a lo humano». Y eso, hoy, que debemos hacernos cargo de la desmedida, y crear «algo» a la talla del universo.

2. Este viejo humanismo encontró la muerte en las guerras mundiales, durante la presión demográfica que acompaña a los grandes exterminios, ante las exigencias del desarrollo y la competencia económica y bajo la presión de técnicas mal domeñadas. Ni siquiera es ya una ideología; apenas, un tema de discursos oficiales o periodistas provincianos (esta provincia se extiende hasta el centro de París).

3. Como si la muerte del humanismo clásico se identificara con la del hombre, recientemente se han lanzado gritos elevados: «¡Dios ha muerto, el hombre también!» ¡Atención! La mediatización nietzscheana comenzó hace casi un siglo, cuando la guerra de 1870-1871, mal presagio para Europa, su cultura y su civilización. Cuando Nietzsche anunciaba la muerte de Dios y del hombre, no dejaba un vacío atónico; no lo rellenaba con materiales de ocasión, con el lenguaje y la lingüística. Anunciaba también lo sobrehumano, en cuyo advenimiento creía. Superaba el nihilismo que diagnosticaba. Nuestros autores, que comercializan los tesoros teóricos y poéticos del siglo XIX, nos hunden en el nihilismo. Si el hombre ha muerto, ¿para quién vamos a edificar? ¿Para qué edificar? Poco importa que la ciudad haya desaparecido o no, que sea preciso pensarla de nuevo, reconstruirla sobre nuevos cimientos, o bien trascenderla. Poco impor-

* Revista «Architecture, Forme, Fonction», 1938.

ta que reine el terror, que la bomba atómica sea o no lanzada, que el planeta tierra explote o no. ¿Qué importa? ¿Quién piensa, quién habla y para quién? Si el sentido y la finalidad desaparecen, si ni siquiera podemos declararlos, crearlos en una *praxis*, nada tiene importancia ni interés.

4. El viejo humanismo se aleja. Desaparece, e incluso la nostalgia se atenúa, y nos volvemos cada vez más raramente para ver de nuevo su forma extendida sobre el camino. Era la ideología de la burguesía liberal. Se inclinaba sobre el pueblo, sobre los sufrimientos. Cubría, sostenía la retórica de las almas hermosas, de los grandes sentimientos, de las buenas conciencias. Se componía de citas grecolatinas espolvoreadas de judeocristianismo. Un cóctel horrible, una vomitina. Sólo algunos intelectuales (que se dicen de izquierdas) guardan todavía afición a esta triste bebida; ni revolucionarios, ni abiertamente reaccionarios, ni dionisiacos, ni apolíneos, hacen bendecir sus compromisos, que reciben este nombre de bautismo: «humanismo».

5. Debemos tender y esforzarnos hacia un nuevo humanismo, es decir, hacia una nueva *praxis* y un hombre nuevo: huyendo de los mitos que amenazan esta voluntad, destruyendo las ideologías que desvían este proyecto. La vida urbana todavía no ha comenzado. Hacemos inventario de los despojos de una sociedad milenaria en la cual el campo dominó a la ciudad y cuyas ideas y «valores», tabúes y prescripciones eran en su mayor parte de origen agrario, de dominante rural y «natural». En el océano campesino sólo a duras penas surgían ciudades, esporádicas. La sociedad rural era (y todavía es) la de la no abundancia, de la penuria, de la privación aceptada o rechazada, de las prohibiciones ordenando o regulando las privaciones. Advertencia decisiva: la crisis de la ciudad tradicional acompaña a la crisis mundial de la civilización agraria, también ella tradicional. Van juntas, e incluso coinciden parcialmente. A nosotros corresponde resolver esta doble crisis, en particular creando con la ciudad nueva la vida nueva en la ciudad.

6. En la frase precedente, el «nosotros» tiene solamente un sentido metafórico. Designa a los interesados. Ni el arquitecto, ni el urbanista, ni el sociólogo o el economista, ni el filósofo o el político pueden sacar de la nada por decreto formas y relaciones nuevas. Sólo la vida social (la *praxis*), en su capacidad creadora global, posee semejante poder. O no lo posee. Las personas antes mencionadas, tomadas sepa-

radamente o en equipo, pueden allanar el camino; pueden también proponer, probar, preparar formas. Y también y sobre todo inventariar la experiencia adquirida, extraer lección de los fracasos, ayudar al alumbramiento de lo posible por una mayeutica nutrida de ciencia.

7. Señalemos aquí la urgencia de una transformación de los conceptos e instrumentos intelectuales. Aceptando aquí formulaciones empleadas en otras partes, proponemos como indispensables algunos procedimientos mentales, todavía poco familiares:

a) *La transducción*. Es una operación intelectual que puede proseguirse metódicamente y que difiere de la inducción y la deducción clásicas, pero también de la construcción de «modelos», de la simulación de los enunciados, las hipótesis. La transducción elabora y construye un objeto teórico, un objeto posible, a partir de informaciones sobre la realidad, así como a partir de una problemática planteada por esta realidad. La transducción supone un *feed-back* entre el marco conceptual utilizado y las observaciones empíricas. Su teoría (metodología) conforma las operaciones mentales espontáneas del urbanista, del arquitecto, del sociólogo, del político, del filósofo. Introduce el rigor en la invención, y el conocimiento en la utopía.

b) *La utopía experimental*. Hoy, ¿quién no es utopista? Sólo los practicones estrechamente especializados, que trabajan a la orden sin someter al mínimo examen crítico las normas y determinaciones estipuladas, sólo estos personajes poco interesantes se libran del utopismo. Todos son utopistas, comprendidos los prospectivistas, los planificadores que proyectan el París del año 2000, los ingenieros que han fabricado Brasilia, y así sucesivamente. Hay varios utopismos. El peor, es aquel que no dice su nombre, que se cubre de positivismo. Y se impone con este título los determinantes más duros y la más irrisoria ausencia de tecnicismo.

La utopía debe ser considerada experimentalmente, estudiando sobre el terreno sus implicaciones y consecuencias. Estas pueden sorprender. ¿Cuáles son, cuáles serán, los espacios «socialmente conseguidos»? ¿Cómo detectarlos? ¿Con qué criterios? Estos son los puntos de interés.

8. Otro paso intelectualmente indispensable: discernir sin disociar los tres conceptos fundamentales, a saber, estructura, función, forma. Conocer su utilización y alcance, sus modos de validez, sus límites y relaciones recíprocas.

Saber que constituyen un todo, pero que los elementos de ese todo guardan cierta independencia y una relativa autonomía. No privilegiar uno de ellos, pues eso sería ideología, es decir, sistema dogmático de significaciones: estructuralismo, formalismo, o funcionalismo. Utilizarlos alternativamente, sobre una base de igualdad, para el análisis de lo real (que nunca es exhaustivo y sin residuo), así como para la operación llamada «transducción». Comprender que una función puede realizarse por medio de estructuras diferentes, que no hay vínculo unívoco entre los términos. Comprender que funciones y estructuras se revisten de formas que las revelan y velan, que la triplicidad de estos aspectos constituye el todo, que es más que sus aspectos, elementos y partes...

Estas indicaciones metodológicas, tan breves, exigen un complemento. Entre los útiles intelectuales de que disponemos, hay uno que no merece ni el desdén ni el privilegio de lo absoluto: el de sistema (o subsistema) de significaciones.

Sabemos que las políticas tienen su sistema de significaciones, que les permite subordinar a sus estrategias los actos y acontecimientos sociales por ellas influidos.

Sabemos que el humilde habitante tiene su sistema de significación (o, más bien, su «subsistema»). El hecho de habitar aquí o en otra parte comporta la recepción, la adopción, la transmisión de este u otro sistema, por ejemplo, el del «habitat de pabellón», el de las nuevas ciudades o el de los antiguos barrios, etc.

Los arquitectos parecen haber establecido, y frecuentemente dogmatizado, conjuntos de significaciones, mal explicitados como tales y precedidos por los vocablos «función», «forma», «estructura». Los han elaborado, no a partir de significaciones percibidas y vividas por quienes habitan, sino a partir del hecho de habitar, percibido y concebido por ellos. Sería conveniente formular este sistema, erigido frecuentemente en urbanismo por extrapolación, sin otro procedimiento ni precaución. El sistema al que podríamos denominar legítimamente «urbanismo», que reencontraría los sentidos de la ciudad antigua, que rescataría las significaciones de la práctica denominada «habitar» (es decir, «lo humano»), que añadiría a estos hechos adquiridos, por transducción, una teoría de los tiempos-espacio, que mostraría una práctica dimanante de esta elaboración teórica, todavía no existe.

XI. Introducción al estudio del habitat de pabellón *

Desde hace unas decenas de años, el pensamiento analítico y técnico se ha aplicado a las cuestiones denominadas «de urbanismo». Metódicamente se ha definido una función y un objetivo del ser humano en su vida social: alojarse; dicho de otra manera, detentar un cierto espacio para organizar su vida «privada», individual y familiar. Para designar este conjunto de hechos se ha creado un neologismo: el habitat.

De numerosos textos, los más conocidos los de Le Corbusier y su escuela, se puede afirmar, sin temor a equivocarse, que son precisos, que tienden a un positivismo sociológico y que plantean más problemas que los que resuelven. El espíritu que los anima rechaza lo que, en nuestra cultura occidental, se denominaba y todavía se denomina «profundidad» en el estudio del hombre, de la ciudad, de la sociedad en general. Esta tendencia no es exclusiva de sociólogos, especialistas de la arquitectura y del urbanismo. Es observable en muchos otros campos, comprendidas las ciencias sociales y la literatura. El rechazo de la especulación filosófica tradicional, no aprovechando para alcanzar por caminos nuevos las múltiples dimensiones del «fenómeno humano», conduce a una superficialidad aceptada, querida, proclamada como tal, identificada con el predominio de los problemas técnicos y científicos.

El sociólogo que se dice empirista y positivista cae en seguida en una especie de tornillo sin fin, en otros términos, en un círculo vicioso. Por una parte, se proclama, con excelente razón, que antes de alojar a la gente hay que conocer sus necesidades, y que este estudio remita de los individuos y pequeños grupos a instancias cada vez mayores: la sociedad, la cultura. Por otra parte se termina por aislar, en el seno de esta globalidad, un determinado número de

* Nicole HAUMONT, M.-G. RAYMOND, Henri RAYMOND, *L'habitat pavillonnaire*, éditions du CRU, Paris 1967.

funciones, de formas o de sistemas parciales, y en primera fila del habitat, el alojamiento. Dando vueltas en este círculo, una cierta sociología que se dice muy científica formula con complacencia trivialidades sobre las necesidades, sobre la vida de familia en el alojamiento, sobre la vida de barrio, etc.

¿No será coincidencia significativa que, durante este mismo período, los historiadores se hayan inclinado sobre las formas desaparecidas de la ciudad, para recuperar así elementos olvidados? ¿Que los filósofos más «profundos» hayan intentado aprehender el «habitar»? A G. Bachelard debemos, en su «poética del espacio», algunas páginas inolvidables sobre la Casa. En la doctrina de Martin Heidegger, el habitar desempeña un papel esencial. La tierra es el habitar del hombre, este «ser» excepcional entre los «seres» («los que son»), de la misma forma que su lenguaje es la Mansión del Ser. Este filósofo, que rehúsa ser metafísico, y que rechaza la etiqueta existencialista que los lectores poco avisados le plantan por delante, ha planteado el interrogante radical: «¿Qué es habitar?» Según él, hay un vínculo entre edificar, habitar, pensar (y hablar). El habitar, en su esencia, es poético. Es un rasgo fundamental de la condición humana, y no una forma accidental o una función determinada. Comentando el admirable poema de Hölderlin, «Poéticamente habita el hombre», Heidegger declara que la palabra del Poeta no se refiere en absoluto a las actuales condiciones de la habitación. No afirma que habitar quiera decir alojarse. Nos encontramos, dice Heidegger, ante una doble exigencia y un doble movimiento: pensar la existencia profunda del ser humano partiendo del habitar y de la habitación —pensar el ser de la Poesía como un «edificar», como un «hacer habitar» por excelencia.

El Poeta construye la mansión del ser humano, es decir, del Ser en el hombre. «Si buscamos el ser de la poesía en esta dirección llegaremos al ser de la habitación.»¹ Podría ser, dice Heidegger, que nuestras habitaciones sin poesía, que nuestra impotencia para captar la medida del hombre y de su corazón, provengan de un extraño exceso, de un furor de medida y cálculo.

La casa extraña, onírica, única, de la que nos habla G.

1. *Ensayos y conferencias*, pp. 170 y ss. *Bâtir, habiter, penser*, pp. 224 y ss. *L'homme habite en poète*.

Bachelard, esta casa que reúne en su unidad de sueño las dispersiones del yo, es una casa tradicional, una mansión patriarcal, repleta de símbolos, cargada de misteriosos rincones, de graneros. Sobre esta casa, el filósofo pudo escribir: «Es una de las mayores pujanzas de integración para el pensamiento, los recuerdos, los sueños del hombre... Ella mantiene al hombre a través de las tormentas del cielo y de la tierra... Es cuerpo y alma.» Esta casa desaparece. No se sabe o no se puede construirla. La reacción simplista es registrar meramente su desaparición, como el positivismo hace. Heidegger, por su parte, nos muestra el mundo asolado por la técnica que conduce a través de sus devastaciones hacia otro sueño, hacia otro mundo todavía no percibido. Su advertencia es clara: un alojamiento construido según prescripciones económicas o tecnológicas se aleja del habitar tanto como el lenguaje de las máquinas, de la poesía. No nos dice cómo construir *hic et nunc* inmuebles y ciudades.

Situación dramática, tanto en la *praxis*, como en el pensamiento teórico: por un lado, trivialidad, descripción de lo que la mirada ve, descripción, por tanto, que se limita a ratificar y consolidar lo visto y encierra el pensamiento en la observación denominada «ciencia»; esta ciencia tiende al hecho realizado, y sólo aporta un conocimiento y una crítica voluntariamente superficiales. Esta actitud, que amasa y amontona hechos, se pretende «operativa». Y lo es: sus conceptos y modelos se elaboran para permitir la aplicación rápida al menor costo (de tiempo, de espacio, de dinero y de pensamiento). Es fácil construir inmuebles o «barrios» según las prescripciones de este pensamiento operativo. Menos seguro es ya que los habitantes estén satisfechos, y aún más inseguro que lleven en ellos una vida digna de ser vivida. Lo peor, seguramente, sería que se satisficieran por tan poco, que se adaptaran. En contra, por el otro lado, hay una profundidad, un presentimiento de un ser «total» del hombre, pero que no encuentra aplicación. No tiene nada de operativo. ¿Cómo salir de este callejón sin salida?

La contradicción es tanto más difícil de resolver cuanto que no puede ser aislada. Está entremezclada «con una problemática» más general, a través de canales fáciles de reconstituir.

¿Qué relación hay entre las nuevas ciencias de la sociedad y la antigua tradición filosófica? ¿Cuáles son las rela-

ciones exactas entre los hechos, las concepciones y las teorías, en estas ciencias? Etcétera.

Los trabajos aquí presentados por el Institut de Sociologie Urbaine no pretenden, ni mucho menos, resolver estos problemas, pero tienen una ambición. Parten de una toma de conciencia de los problemas y sus términos contradictorios, no de una opción deliberada por este u otro término. Buscan, pues, un camino por el que se apunte la solución, por el que se remonte al horizonte a partir de la apertura de esta vía. Esto permitiría aproximar la investigación y los descubrimientos, a menudo demasiado divergentes. La investigación que vagabundea por caminos sin salida, el descubrimiento que se aleja sin fin o se proclama de manera arbitraria.

Primer punto (o, si se prefiere, primer paso, primera afirmación, primera hipótesis): el habitar es un hecho antropológico. La habitación, la mansión, el hecho de fijarse al suelo (o de desprenderse de él), el hecho de arraigarse (o de desarraigarse), el hecho de vivir aquí o allá (y por consiguiente, el hecho de partir, de ir a otra parte), estos hechos y este conjunto de hechos son inherentes al ser humano. Constituyen un conjunto a la vez coherente y penetrado de contradicciones, de conflictos virtuales o actuales. El *Homo* (hombre en tanto que especie) puede decirse *faber*, *sapiens*, *loquens*, *ludens*, *ridens*, etc... Al hombre se le determina por un cierto número de atributos, cuyas denominaciones y connotaciones (es decir, significaciones y resonancias) son lo bastante numerosas como para cubrir las manifestaciones múltiples de la «calidad» considerada. La lista de estos atributos del hombre en tanto que especie posiblemente no esté agotada. El habitar forma parte de estos atributos, o, si se prefiere hablar así, de estas dimensiones.

Esta fórmula exige también correcciones. Si consideramos el habitar como un rasgo antropológico, no queremos con ello indicar que el habitar interese exclusivamente a una ciencia particular, la antropología, que estudiaría los atributos de la especie humana (del hombre en cuanto hombre) como constancias e invariancias. Esta concepción, considerablemente extendida hasta hoy, no puede aceptarse. Los seres humanos, desde que existen socialmente, es decir, en cuanto especie, con sus rasgos específicos, han tenido una habitación. Las modalidades han cambiado profundamente: hay una historia del habitar y de la habitación. La analogía

que puede haber entre la choza y el pabellón no debe proseguirse hasta borrar las diferencias. La habitación ha cambiado con la sociedad, con el modo de producción, incluso si determinados rasgos (la delimitación de un espacio cerrado, por ejemplo) conservan una relativa constancia. El habitar ha cambiado en función de estas totalidades que constituyen la cultura, la civilización, la sociedad a escala global: las relaciones y modos de producción, las estructuras y su praestructuras.

Las transformaciones son tales que es posible hoy imaginar, si no experimentar, el estilo de vida de un ser humano, o más bien sobrehumano, que fuera mera erranza, peregrinación mundial y supraterrestre, desarraigo voluntario después de cada fijación. O bien, que encontrara su mansión sólo en la poesía. Con estas cláusulas, continuaremos excluyendo tanto el sociologismo como la ontología que profiere verdades eternas sobre las raíces y el arraigo. Si declaramos preliminarmente que el habitar es una dimensión del hombre (en cuanto ser humano), no lo hacemos para privilegiarla. Toda tentativa de definir lo humano por una de sus dimensiones o por uno de sus atributos, se desmorona con los golpes del pensamiento crítico: como toda reducción de las dinámicas que hacen la Historia a combinaciones estáticas. Por consiguiente, que nadie se arrogue el derecho de definir el destino de la sociedad fijando a sus miembros las normas de habitación y modalidades del habitar. La invención y el descubrimiento deben continuar siendo posibles. La mansión es un lugar abierto. En el habitar preferible a los otros, el ser humano debe poder afirmarse y decirse alternativamente *faber, sapiens, ludens, ridens, amans, creator*, etc.

Si hay rasgos aplicables a todos los seres humanos por su pertenencia a la especie y la condición (por ejemplo, el hecho de nacer débil y desnudo, de atravesar el crecimiento y el aprendizaje, de madurar, de envejecer, de morir), el lugar y la importancia de estos rasgos en el habitar, su jerarquía, han cambiado con las sociedades, así como sus acciones recíprocas. Dicho de otro modo: el hecho de tener una edad y un sexo forma parte de los caracteres generales de los individuos que constituyen el género humano; pero las relaciones entre edad y sexo han cambiado en las sociedades, al igual que la inscripción de estos hechos en el habitar. Con estos cambios, se transformaron relaciones como la proximidad y la distancia (sociales, en el seno de los gru-

pos), la intimidad y el alejamiento, la vecindad y la separación, relaciones que entran en la práctica social, es decir, en el habitar, y que están indicadas o significadas por los objetos de uso.

El habitar está constituido primeramente por objetos, por productos de la actividad práctica: los bienes muebles o inmuebles. Forman un conjunto característico, o conjuntos en el seno de sociedades. Existen objetivamente o, si se prefiere, «objetalmente», antes de significar; pero no existen sin significar. La palabra «antes» indica una especie de prioridad lógica más que una anterioridad en el tiempo. Debemos plantear el habitar como una función inherente a toda sociedad, a todo organismo social; pero a esta función práctica se añade en seguida una función significante. Los bienes muebles e inmuebles que constituyen el habitar envuelven y significan las relaciones sociales.

Segundo punto. La manera de habitar, el modo o las modalidades del habitar se expresan en el lenguaje.

Esta proposición es una perogrullada. ¿Qué iba a hablar el lenguaje, qué iba a expresar de no ser la manera de vivir, comprendido el habitar en una sociedad determinada? Hay, primeramente, una función práctica, decimos, y luego la anexión de significaciones y sentidos. El análisis distingue lo que se da como inseparable; es más, en la práctica, las significaciones y sentidos aparecen incluso en los objetos de uso común antes que las funciones prácticas. Una vez aprendida la utilización de los objetos, no hay por qué pensar en ellos, y la conciencia se afecta a significaciones que indican un espacio social, condiciones y relaciones de los grupos e individualidades en los grupos.²

Desafortunadamente, las maneras de vivir se expresan en el lenguaje hablado, que no deja huellas. Los testimonios escritos son, pues, incompletos, expurgados en parte de lo que nos interesa. El lenguaje no está limitado a la expresión del habitar. En él encontramos también el alimento, el vestido, los juegos, así como los recuerdos de acontecimien-

2. Sobre el campo semántico, cf. H. LEFEBVRE, *Introduction à la psycho-sociologie de la vie quotidienne* en *Encyclopédie de la psychologie*, éd. Nathan, pp. 102 y ss.; y también *Critique de la vie quotidienne*, I, pp. 278-325, L'Arche, éditeur.

Cf. asimismo los textos de Roland BARTHES, en particular *Essais critiques*, pp. 155 y ss.

tos y las indicaciones relativas a las múltiples actividades económicas y políticas. El lenguaje comprende, pues, «sistemas» que se entremezclan, que no puedan cerrarse. La vida cotidiana exige una perpetua traducción al lenguaje corriente de estos sistemas de signos que son los objetos que sirven al habitar, al vestido, a la nutrición. Quien no sabe traducir es un ignorante o un aberrante, o un extranjero. Por otra parte, es preciso aprobar a Maxime Rodinson cuando escribe, en la conclusión de un estudio muy avanzado y verdaderamente sociológico sobre una sociedad tan vasta e importante como la nuestra y sin embargo tan distinta: «No hay coexistencia de un hombre alimentándose, un hombre vistiéndose, un hombre produciendo, un hombre pensando.» Se trata, evidentemente, del mismo hombre, cuyas actividades repercuten unas sobre otras.' Aunque es cierto que las nociones de globalidad y totalidad, de hombre «total» y de interacción en esta totalidad van envueltas en mil problemas, esto no autoriza a abandonarlas. Los sistemas parciales de objetos, de actos, de signos (cosas y palabras) son obras del hombre social. Quienes comen, beben, juegan y habitan son los individuos miembros de una sociedad, insertados en su *praxis*, prendidos en una globalidad. Los individuos y los grupos constituyen un vínculo activo e ininterrumpido entre el conjunto social por una parte y los sistemas parciales por otra; sirviendo el lenguaje a todos ellos como medio, intermediario y entorno a la vez.

¿El lenguaje? ¿La lengua? Pueden considerarse como sistemas de sistemas, pero ninguno de estos sistemas parciales puede cerrarse. Hay, pues, que extraerlos del lenguaje (de la lengua) por una serie de difíciles operaciones, que necesitan para su realización un método. Este método permite desprender una abstracción científica, concreta a su manera: el código relativo a determinado mensaje sensible o verbal, el que tiene como referencia el juego, el habitar, el vestir, el amar, de una sociedad determinada.

La dificultad deriva de lo siguiente: para que la operación fuera precisa se necesitaría que el sistema parcial considerado formara un sistema cerrado (un *corpus*). Pero ninguno de los sistemas parciales puede cerrarse, ni su conjunto, es decir, el lenguaje. Es más, las relaciones de pro-

ducción, la división (técnica y social) de trabajo dominan de lejos y desde lo alto la lengua sin penetrar enteramente en las palabras. Solo determinados resultados de estas relaciones entran en el vocabulario o en la morfología. Lo biológico, por ejemplo, penetra mejor que lo social propiamente dicho, por paradójico que pueda parecer. En el lenguaje, hecho social por excelencia, que «refleja» la vida social, las relaciones sociales esenciales permanecen «inconscientes» o «supraconscientes», como la totalidad misma de la sociedad, la cultura y la civilización. Están a la espera del conocimiento, el único que puede formularlas elaborando conceptos. Por último, si «el hombre» o «el hombre total» constituye un problema, es posiblemente porque tiene sentido (o busca un sentido).

Las grandes luchas sociales, ideológicas y políticas, con sus estrategias, no se desarrollan al nivel de los sistemas parciales admitidos en la práctica cotidiana, transmitidos al lenguaje. El sociólogo, más aún que el lingüista, debe examinar la importancia de los sistemas parciales, sus jerarquías cambiantes.

Tercer punto (o tercer paso). El habitar se expresa «objetivamente» en un conjunto de obras, de productos, de cosas que constituyen un sistema parcial: la casa, la ciudad o la aglomeración. Cada objeto forma parte del conjunto, que lleva la marca; testimonia el estilo (o la ausencia de estilo) del conjunto. Tiene significación y sentido en el conjunto sensible que nos ofrece un texto social. Al mismo tiempo, el habitar se expresa en un conjunto de palabras, de locuciones.

Para el habitar, como para el vestir o para el «alimentarse» o el jugar, hay, pues, doble sistema: sensible y verbal, objetual y semántico. ¿Cuál es la relación entre los dos sistemas? En principio, deben corresponderse. De hecho, es difícil que la correspondencia sea exacta, unívoca, de término a término. El lenguaje no es un «saco de palabras» o un «saco de cosas», ni a nivel de sistema parcial, ni a nivel de la sociedad global y de la lengua. Entre los dos sistemas, hay siempre lagunas, desniveles, incluso paréntesis que impiden considerarlos como los dos aspectos de un sistema único. No evolucionan según la misma ley, ni según una ley interna de cada uno de ellos. Los acontecimientos que modifican o revulsionan la sociedad actúan diferentemente sobre los objetos y sobre la lengua, sobre los diversos siste-

mas parciales. Determinadas causas materiales, determinadas razones formales (ideológicas), pueden transformar este u otro sistema parcial, este u otro grupo de objetos o de palabras, más o menos de prisa, actuando más sobre los objetos o sobre las palabras.

Sería demasiado fácil dar con el sistema semántico del habitar (las palabras y vinculaciones de palabras) hablando del sistema semiológico (los objetos relativos al habitar y sus significaciones). Ninguno de estos mensajes aporta el código que permite descifrar lo otro, automáticamente. No hay entre ellos relaciones recíprocas de código a mensaje, o de lenguaje a metalenguaje. Son dos textos sociales distintos, que como tales deben ser estudiados por el análisis, sin por ello separarlos, utilizando las correspondencias perceptibles y percibidas.

Otra complejidad: El habitar no puede considerarse globalmente, incluso si hay que estudiarlo como un todo (como un sistema parcial). Igual que el lenguaje, comprende niveles. Jacques Berques, estudiando esas sociedades tan vastas como la nuestra y tan distintas como para esclarecer la nuestra, que son las incluidas en el vocablo «islam», ha demostrado en la ciudad musulmana un urbanismo de signos. Las funciones de la ciudad según la ética islámica, a saber el intercambio y el testimonio se realizan, junto con las funciones económicas y políticas, en un conjunto arquitectónico de significaciones y en una jerarquía de vecindades alrededor de los monumentos, entre los cuales el principal es la mezquita.⁴ En semejante conjunto «objetal» y subjetivo a la vez, el habitar individual y familiar es sólo un elemento: la casa. Se inserta, se articula, en niveles más amplios. Es esencial, y sin embargo subordinado. Para aprehenderlo, hay también aquí que extraer y abstraer un sistema parcial, elemento y nivel de sistemas más amplios, pero a su vez parciales, abiertos, nunca completos, nunca cerrados.

Esto obliga a afinar más y más las nociones de «sistema», de significación, de conjunto, de totalidad...

Para semejante investigación, la técnica más extendida entre los sociólogos, el cuestionario, no conviene. Es cierto que semejante técnica se rodea de precauciones y busca una precisión científica. Es sabido que, generalmente, las pre-

4. *La Ville. Entretiens sur les sociétés musulmanes*, publications EPHE, pp. 58 y ss.

guntas planteadas son preguntas cerradas, a las que el entrevistado responde sí o no. El cuestionario es «administrado» a una muestra extraída según reglas estrictas. La explotación, después de la codificación, se hace con máquinas. Se obtienen así números: porcentajes, correlaciones. ¿Qué se ha captado? ¿No estaban ya las preguntas planteadas, formuladas en el interior de un sistema de significaciones (el del sociólogo, el de otro personaje invisible) de manera que el entrevistado ha de conformarse con responder, y con el solo hecho de responder? La técnica de los cuestionarios es precisa, pero estrecha y, además, sospechosa. Permite denominar «ciencia» a una interpretación, y, en el mejor de los casos, a una conceptualización parcial. Con frecuencia, se utilizan cuestionarios y métodos rigurosos en apariencia para añadir pseudoconceptos a pseudohechos.

De los pasos antes evocados resulta una consecuencia: sólo la entrevista no dirigida puede captar el habitar. Hay que dejar la palabra a los interesados, orientando la entrevista sobre la actividad específica que el entrevistador estudia (aquí, el habitar) pero dejando libre la expresión. Las únicas determinaciones serán: el entrevistador, presencia-ausencia, y el magnetófono, otra presencia-ausencia.

Aquí surge una gran dificultad metodológica. Los cuestionarios, precisos, no llegan lejos. Las entrevistas no dirigidas profundizan más en los seres humanos. Sobre esto, todos están de acuerdo. Pero más de un sociólogo discutirá la posibilidad de sacar conocimientos de entrevistas no dirigidas. Lo «profundo» es inaprehensible; la persecución metodológica de la reflexión exige pues su marginamiento. ¿Cómo salir de este callejón sin salida que representa en el plano metodológico esta dificultad teórica en general, de atravesar entre la metafísica y la trivialidad positivista?

Proponemos una orientación. La entrevista, aunque necesaria, no basta. Para completarla no son suficientes fichas, aun detalladas, que recorten en rúbricas el contorno social del entrevistado. La descripción minuciosa es importante: de los hogares, de los bienes muebles e inmuebles, de los vestidos, rostros y comportamientos. Sólo la confrontación entre los datos sensibles, tal como el sociólogo percibe e intenta captar como conjunto, por una parte, y los lugares, tiempos y cosas percibidos por los interesados por otra, permiten el conocimiento. Expliquemos este punto. Los objetos vinculados al habitar (como al vestir o al «alimentarse») no

constituyen una lengua, sino un subconjunto coherente, un grupo: un sistema (parcial, semiológico). Las palabras vinculadas al habitar constituyen un grupo semántico. Hay un doble mensaje: el de las palabras y el de los objetos. La confrontación, que no supone el desciframiento espontáneo o automático de un texto por el otro, que reposa sobre la experiencia científica, pero no sobre la subjetividad del sabio, permite salir de la entrevista verbal, comprendiéndola objetivamente. La investigación no queda encerrada en ella, ni sale de ella en nombre de una hermenéutica (interpretación), que quizá llegaría a constituirse en saber y se limitaría a prolongar la filosofía. Paradoja metodológica: el recurso al doble sistema, a la doble determinación de la actividad específica estudiada —aquí, el habitar— permite romper el círculo. La dualidad «palabras-cosas» no oscurece los procedimientos del pensamiento unilateral. El sistema de objetos permite definir y analizar el sistema de significaciones verbales y a la inversa.

Todas y cada una de las páginas de semejante estudio deberían estar profusamente ilustradas, y el discurso científico del sociólogo remitir a estos dos textos, que él reúne en una reflexión coherente: las entrevistas, los datos sensibles (disposición de lugares, rincones privilegiados, afectados a lo privado y a lo social, fotografías de muros y fachadas, etc.). Esta ilustración sería indispensable, al igual que los datos reproducidos son indispensables para la comprensión de las declaraciones de los interesados. No obstante, semejante contrapartida «objetal» de los enunciados verbales dejaría todavía sin captar los tiempos, las duraciones, los ritmos de vida, de los que constituye expresión sensible el reparto de los espacios. Por el momento, carecemos de algún medio de ilustrar los tiempos abstractos recortados por el análisis, volviéndolos sensibles.

El equipo del Institut de Sociologie Urbaine tiene, pues, la ambición de aportar algo a la epistemología. Por lo que respecta a conceptos teóricos, busca también situar la convergencia de investigaciones hasta aquí separadas: la lingüística (con la semántica y la semiología), los análisis inspirados por el marxismo (crítica de la alienación, crítica de las ideologías, crítica de la vida cotidiana). De acuerdo con el procedimiento que acabamos de resumir, el estudio del habitat de pabellón dio lugar a trescientas entrevistas no dirigidas, de longitud e interés muy desiguales. Los entrevista-

dores debían acompañar sus entrevistas de notas que constituyeran un protocolo minucioso del encuentro: descripciones, y cuando fue posible, fotografías. De esta forma, pudo reunirse una enorme masa de informaciones sobre el pabellón, bajo la dirección de la señora Nicole Haumont. Después de esto, Henri Raymond dirigió la explotación del material; lamentablemente, sus actuales funciones —secretario científico del Centro Europeo de Investigaciones Sociales, fundado en Viena por la UNESCO— le han impedido redactar completamente la parte metodológica que debía acompañar a los trabajos de la señora Haumont y de la señora M. G. Raymond. Se ha incluido, pues, sólo una parte de la metodología. La metodología completa aparecerá posteriormente. Contentémonos aquí con indicar que en esta elaboración participaron lingüistas. El equipo dispuso las entrevistas en fichas, teniendo en cuenta principalmente las oposiciones pertinentes aparecidas en el «discurso del pabellón» sin omitir las expresiones afectivas o simbólicas. Por el contrario, las oposiciones semánticas, por tanto intelectualizadas, han sido vinculadas a los símbolos; así, la oposición «Naturaleza-sociedad» vinculada en este estudio a las oposiciones «campo-ciudad», «salud-enfermedad», «libertad-servidumbre», no ha sido disasociada de los símbolos que la vehiculan; el rincón de verde, el rincón soleado, el césped, el árbol, etc...

Estas consideraciones metodológicas, muy abreviadas, han interrumpido el encadenamiento lógico de nuestro comentario. No hemos presentado suficientemente el «campo» de estudio, a saber, el pabellón.

La ciudad, decididamente, ha estallado; sus formas clásicas (la ciudad antigua o medieval) se alejan en el tiempo. Esto no quiere decir que la aglomeración urbana, con formas, funciones, estructuras antiguas o nuevas, haya desaparecido. El «tejido urbano» (formulación algo vaga, pero cómoda) ha adoptado nuevas formas; asume nuevas funciones; se dispone en nuevas estructuras. Entre las formas que asumen las excrescencias periféricas que se añaden al centro de las ciudades, cuando estos centros no han desaparecido y no han degenerado demasiado, son de todos conocidos los sectores residenciales, los «barrios» de pabellones, las recientes ciudades y barrios de bloques. Hay pocos contrastes tan evidentes y fácilmente observables como el contraste entre pabellones y nuevos barrios de bloques.

Los literaturistas y los sociólogos se han ensañado con

los nuevos barrios, que han constituido y continúan constituyendo objeto de múltiples trabajos. En cambio, el pabellón apenas ha sido estudiado. Generalmente, los tratadistas se han contentado, de acuerdo con normas estéticas o éticas, con manifestar la fealdad, el desorden de las barriadas de pabellones, con subrayar los rasgos pequeño-burgueses de sus habitantes, con resaltar las ilusiones un poco ridículas que tan mal disimula la ambientación general. «El habitat de pabellón» parecía indigno de un análisis científico. Las conclusiones de la investigación de G. Almade sobre las «Actitudes de los franceses en materia de alojamiento»⁵ parecían tan definitivas como severas. El pabellón indica un individualismo esencial; sus habitantes quieren ante todo conservar el «yo», la personalidad privada. «La oposición entre el mundo interior y el mundo exterior da sentido al alojamiento.» La imagen del pabellón corresponde a un ideal que implica un deseo de protección y de aislamiento, una necesidad de identificación y afirmación de sí mismo, una necesidad de contacto con la naturaleza, en resumen, una exigencia de aislamiento. Una especie de actitud mágica valora e idealiza el pabellón; la resistencia al cambio y el triunfo del aislamiento individualista revisten en él la amplitud del mito. Por tanto, condena. Sin embargo, las encuestas sociológicas han demostrado que la mayoría de los franceses, de toda edad, condición y categoría socio-profesional y nivel de renta, aspira a vivir en pabellones (80 %). Esta mayoría es más elevada entre los obreros, en las categorías de nivel de renta relativamente bajo, que entre los cuadros y categorías de renta elevada.

¿Cómo explicar este fenómeno? ¿Se trata verdadera y exclusivamente de un mito?, ¿de una ideología?, ¿de un recrudecimiento del individualismo?, ¿de una reviviscencia del mito? Si el mito existe, ¿se trata de una antigua realidad de medida mítica, como la casa patriarcal, y más bien temporal evocada por G. Bachelard? Si se trata de una ideología, ¿cómo y por qué se ha extendido hasta este punto? ¿De dónde proviene?

Los sociólogos apenas se han planteado estos interrogantes. Explicaban los atractivos del pabellón simplemente por

5. 1961, 90 pp. en ciclostil. Cf. 71-72.

Cf. también *Logement et vie familiale*, Centre d'étude des groupes sociaux, 1966, anexo bibliográfico, pp. 105-107.

los inconvenientes, reales o ficticios, de los «barrios de bloques» y alojamientos «colectivos» de la ciudad moderna, desbordada por el aflujo masivo de nueva población, explosionada a barriadas y periferias.

El primer mérito del equipo ISU (y en particular de Henri Raymond) fue no caer en el desprecio a las «gentes de pabellón», no considerar su habitar como digno de un estudio sociológico que exigía una afinación de los métodos y técnicas de acercamiento. Lo que parecía insignificante o irrisorio ha demostrado tener un sentido. ¿Habría sido un camino del descubrimiento?

Como decíamos, el contraste entre el habitat de pabellón y los grandes barrios de bloques es evidente. Precisemos algunos aspectos de esta confrontación. En el pabellón, de un modo sin duda mezquino, el hombre moderno «habita como poeta». Por esto entendemos que su habitar es un poco su obra. El espacio de que dispone para organizarlo según sus tendencias y según sus ritmos guarda cierta plasticidad. Se presta a adecuaciones. No es como el espacio provisto a los arrendatarios o copropietarios de un barrio; este espacio es rígido, carece de flexibilidad. Las adecuaciones del espacio son difíciles, a menudo imposibles, casi siempre prohibidas. El espacio del pabellón permite cierta apropiación por el grupo familiar y por los individuos de sus condiciones de existencia. Pueden modificar, añadir o suprimir, superponer a lo que les ha sido provisto lo que proviene de ellos mismos: símbolos, organización. Su entorno reviste así sentido para ellos; hay sistema de significación, e incluso doble sistema: semántico y semiológico, en las palabras y en los objetos.

El concepto de apropiación es uno de los más importantes que nos hayan podido legar siglos de reflexión filosófica. La acción de los grupos humanos sobre el medio material y natural tiene dos modalidades, dos atributos: la dominación y la apropiación. Deberían ir juntas, pero a menudo se separan. La dominación sobre la Naturaleza material, resultado de operaciones técnicas, arrasa esta Naturaleza permitiendo a las sociedades sustituirla por sus productos. La apropiación no arrasa, sino que transforma la Naturaleza —el cuerpo y la vida biológica, el tiempo y el espacio dados— en bienes humanos. La apropiación es la meta, el sentido, la finalidad de la vida social. Sin la apropiación, la dominación técnica sobre la Naturaleza tiende a lo absurdo, a medida

que crece. Sin la apropiación, puede haber crecimiento económico y técnico, pero el desarrollo social propiamente dicho se mantiene nulo.

La ciudad de antaño (antigua o medieval) aportó una apropiación espontánea, limitada, pero concreta, del espacio y del tiempo. «A escala humana», como se ha repetido tan a menudo, el espacio y el tiempo resultan ser obras comparables a las de arte. Cuando las ciudades, en su crecimiento, desbordaron la «escala» inicial, esta apropiación espontánea desapareció. Se intentó reemplazarla, en distintas épocas, por la racionalidad reflexionada. ¿No es notable que, desde la Antigüedad helénica, el urbanismo racional haya acompañado a la vez el crecimiento de la ciudad y la decadencia de una civilización urbana espontánea? Nunca ha podido el urbanismo reflexionado (racional, o más bien, racionalizado) penetrar el secreto de la apropiación cualitativa del tiempo-espacio, y reproducirla según las exigencias cuantitativas de un crecimiento urbano que se dice «desmesurado». Desde hace más de dos mil años, el urbanismo llamado racional procede por acometidas brutales, líneas rectas o cuadrículas, geometrización, combinaciones de elementos homogéneos, cuantificación abstracta. Para verificar esta afirmación, es preciso contemplar largo y tendido los nuevos barrios y sus elementos. La apropiación desaparece, en tanto que la pujanza de la técnica incrementa «desmesuradamente», comprendida su potencia arrasadora. Es más: el contento de apropiación se desdibuja y se degrada. ¿Quién lo comprende? Por esta palabra, se entienden trivialidades. ¿Como si un espacio vacío cualquiera correspondiera al ágora, al foro, a la plaza del mercado, a la plaza lúdica!

En cambio, el pabellón nos ofrece —irrisoriamente, aunque esto poco importa— un ejemplo de esta *poiesis* del espacio y del tiempo que se alía a la práctica social o se disocia de ella según las épocas, las sociedades y los grupos sociales. En otros términos: la apropiación de la realidad sensible es siempre un hecho social, pero que no se confunde con las formas, las funciones, las estructuras de la sociedad. Es un aspecto de la práctica social (*praxis*), pero un aspecto secundario y superior que se traduce en el lenguaje por sentidos. Las modalidades de la apropiación, sus relaciones con el conjunto social y los grupos sociales que lo constituyen son sumamente dialécticas, es decir, conflictuales, complejas, cambiantes. Otro ejemplo: la calle. ¿Quién

no reconoce el poder de atracción de una calle frecuentada, su interés para la mirada, para la sensibilidad y el pensamiento? No es, por otra parte, fácil analizar esta atracción. La calle es un espacio apropiado, y por tanto socializado en el marco de una ciudad, en beneficio de grupos múltiples y abiertos sin exclusividad ni exigencia de pertenencia.

No será, pues, suficiente subrayar la plasticidad relativa del espacio del pabellón (su interior), advertir las adecuaciones de éste. El estudio deberá cargar el acento en la apropiación, describirla, mostrando las motivaciones, discerniendo sus aspectos complementarios y su sentido. Esto sólo puede hacerse con las técnicas y métodos antes mencionados: entrevistas, doble acercamiento, confrontación de lo semiológico (objetos sensibles) y de lo semántico (verbal).

Está suficientemente demostrada la importancia que en las ciencias ha adquirido el concepto de «nivel». Hay que reconocer, por contra, que este término es empleado de una manera vaga, es decir, falsamente precisa. A decir verdad, se le emplea a diestro y siniestro. Igual que los términos «estructura», «forma», «función». Y sin embargo, la lingüística y las disciplinas conexas, semántica y semiológica, emplean estos términos, y en particular el de nivel, con un rigor innegable.

El comentario de la señora Nicole Haumont articula de manera clara y distinta diferentes niveles; en el interior de cada nivel, aparecen niveles secundarios, a su vez articulados. El conjunto constituye una especie de malla. La teoría y la epistemología, que aparecerán más tarde, profundizarán estos conceptos y mostrarán sus conexiones.

Podemos distinguir:

a) *La apropiación del espacio en el pabellón*, es decir, la socialización del espacio individual, y simultáneamente la individualización del espacio social. Esta actividad específica se realiza de forma notable: efectiva, simbólica. Edades y sexos desgajan del espacio disponible la parte que les «corresponde», que ejerce, por ende, atractivo sobre los unos y repulsión sobre los otros, que desempeña un papel y donde cada uno desempeña su papel. El análisis de este nivel se divide en tres niveles: demarcación, delimitación cerrada, adecuación (a concebir de forma dinámica, con desplazamientos, espacios de reserva, y de substitución). Dicho de otro modo: los símbolos, las oposiciones, el orden. En este nivel intervienen tendencias, fusiones elementales, casi bio-

lógicas, aunque sometidas a un sistema cultural. Estas se vinculan con cuasiconstantes, modificadas por la sociedad, la cultura y la civilización, que pertenecen a la antropología social: la juventud y la vejez, el elemento masculino y el elemento femenino de los grupos y de la vida. A través de esto, el aspecto más individualizado y más singular de la existencia de pabellón se encadena con niveles más extensos y generales; así como la arquitectura y el urbanismo podrán extraer enseñanzas del estudio de los pabellones. El interrogante «¿Qué es habitar?» queda abierto.

b) *El mundo del pabellón como utopía.* ¿Qué esperan de él quienes lo habitan? Nada menos que la felicidad. Muchos lo viven así, olvidando los inconvenientes, las limitaciones. Esta felicidad, ficción y realidad mezcladas como el agua y el vino en un vaso, debe obtenerse a través de la Naturaleza, la vida sana y regular, la normalidad, vinculadas al pabellón en esta utopía.

El análisis de la señora Haumont evita emplear términos como actitud *mágica*. El fenómeno es aquí un fenómeno de significaciones, de connotaciones, añadidas a una *praxis*, a una existencia social, así como a la apropiación afectiva y simbólica del espacio.

De esta forma, en el «mundo del pabellón», más que en ningún otro, todo objeto es elemento de un sistema. Por eso, además de estar cargado de símbolos, es signo. Es más importante su integración en el sistema de signos que su adaptación funcional a un uso. Y nos referimos tanto al rincón de hierba, al césped, a la maceta, como a los adornos de la fachada o a los objetos de decoración y muebles.

Aquí, el análisis se orienta hacia el curioso problema de la presencia-ausencia, que tanto acucia las investigaciones sobre sistemas de significaciones. Un sistema o subsistema, se componga de objetos o de palabras, se basta y no se basta. Se basta, es un todo. Cada elemento remite a todos los otros. Llena el continente, como un huevo. Examinémoslo un poco más detenidamente y de cerca: vemos que se vacía. Las cuestiones que los lingüistas plantean técnicamente y los filósofos trágicamente reaparecen; nos decimos: «¿Quién? ¿Para quién? ¿Por qué? ¿Cómo?» El sistema no se basta. Este todo, parcial, queda abierto. Nos remite a «otra cosa»: la finalidad, por una parte, el sujeto por otra, y, más allá de estos dos términos, la totalidad y el sentido. Cada habitante de un pabellón, cada «sujeto» (individuo y fami-

lia) cree encontrar en los objetos un microcosmos propio, bien «personalizado», y su propia felicidad. Pero estos microcosmos, estos «sistemas» se parecen extrañamente. Los mismos proveedores venden estos bienes, estos objetos, estos modelos de pabellón de estilo normando o vasco o «moderno». Todos los sujetos podrían instalarse en otro pabellón y se encontrarían igualmente bien. Vivirían la misma felicidad, medio ficticia medio real. La finalidad —la felicidad— está presente en todas partes de la misma manera, es decir, indicada, significada, pero indicada en su ausencia: reducida a la significación. Lo significado —la felicidad, la persona— es eludido o suprimido, y sólo aparece como Naturaleza o naturalidad (la maceta, las flores, el césped, el cielo y el sol, etc.).⁶ Tanto el trabajo como la creatividad, la producción material y sus relaciones como la actividad que da obras, son dejadas en suspenso y aparte. El sentido, es lo absurdo. En la «naturalidad» se encuentran, para restituirse singularmente en una especie de sueño abierto, la felicidad «vivi-da» y la conciencia que la vive, la ilusión y lo real. Este sueño despierto es el discurso del habitante del pabellón, su discurso cotidiano, pobre para nosotros, rico para él...

Microcosmos ilusorio, el tiempo desaparece en él, como en todo sistema. Mejor aún, pierde su penetración y su carácter tajante, su amenaza. Se convierte en seguridad. En el pabellón, el habitante no se siente envejecer. El tiempo pasa con dulzura, naturalmente. El tiempo de cada miembro del grupo familiar se identifica con el cuerpo del pabellón, espacios marcados y afectados, los unos benéficos, los otros desfavorables. Las relaciones entre los miembros se transforman en relaciones entre objetos y se naturalizan. Este u otro objeto privilegiado (la televisión) gobierna el pequeño mundo de los objetos y las relaciones del grupo.

En el pabellón, más y mejor que en otras partes, el habitante consume significaciones. A su manera el «mundo del pabellón» es abstracto, pese a lo concreto que es a nivel afectivo y simbólico. A su manera, es muy moderno, pese a su aspecto algo trasnochado. A nivel de utopía, el consumidor de pabellón está intensamente absorbido, no por las cosas, sino por los signos. El estudio sociológico no puede

6. Sobre la presencia-ausencia, cf. la obra de M. FOUCAULT, *Les mots et les choses*. Nos hemos inspirado también en trabajos de Roland Barthes, de Jean Baudrillard, de Henri Raymond, etc.

prescindir de un análisis en profundidad de este desconocimiento, verdadera repudiación de una realidad a la vez significada y omitida (presente-ausente). Aquí, todo es real y todo es utópico, sin diferencia acentuada; todo es próximo y todo es lejano; todo es vivido y todo es imaginario (vivido en la manera de la imagen y del signo). Estas tendencias se vierten en estado agudizado en el «mundo del pabellón», en oposición al «mundo» de los barrios nuevos, donde todo es combinatorio, seriado, lineal y preordenado, donde la imagen y lo imaginario tienen un fondo de rigidez.

Podríamos denominar «mítico» a este nivel utópico porque comporta una referencia cabal a la naturalidad, es decir, a un mito de la Naturaleza, a una naturalización de lo humano. Como Roland Barthes dice, se naturaliza lo cultural.

El nivel utópico se analiza, pues, en niveles secundarios. Fechas indicativas señalan «realidades» invisibles, medio reales y medio ficticias: el estatuto de felicidad, la seguridad y el arraigamiento, la personalidad y la naturalidad. Son los contenidos latentes, en el «inconsciente» o «lo imaginario» social, del gran sueño perseguido por los individuos del pabellón, como testimonian las entrevistas. Sueño interrumpido sobre todo porque, a su manera, es racionalizado, y las objeciones están previstas...

c) *La ideología*. Es indudable que existe una ideología del pabellón. Los trabajos aquí ofrecidos al lector prohíben admitir que esta ideología coincida con los otros niveles, que determine el conjunto de la existencia en el pabellón, que suscite el simbolismo y la utopía. La ideología de los habitantes de pabellón, y de quienes prefieren el pabellón a los otros modos de habitar, es simplemente una ideología, es decir, un conjunto de representaciones. Ni más, ni menos. Un conjunto de representaciones justifica, explica, corona un modo de existencia social; pero no puede crearlo prácticamente, ni coincidir con él.

La frecuencia de esta ideología en Francia plantea nuevos problemas. ¿Impera en los barrios de pabellones de Inglaterra o de Estados Unidos otra ideología? ¿Se trata de fenómenos culturales, de modelos (*patterns*)? ¿Se trata de una personalidad de base, de una sociedad, y de un país en que este modelo, repudiable o no, tiende a fijarse, a modelar a la gente?

La ideología de pabellón implica una conciencia de propiedad y de propietario que puede entrar en conflicto con

otras formas de la conciencia (en particular, con la «conciencia de clase», en el caso, muy extenso, en que el propietario es proletario). Generalmente, este conflicto se mantiene en estado latente. Y sin embargo, actúa. La contradicción burguesía-proletariado se transforma en oposición ricos-pobres o pequeños-grandes (propietarios).

La ideología supone una confusión, e incluso una identificación de la conciencia individual y familiar con la propiedad. Va, pues, acompañada de una alienación, y, en el límite, de una reificación. La alienación y su caso límite, la reificación, están aquí afectadas menos a las cosas que a una significación que recibe de la ideología una anexión, una «supradeterminación», como dicen los psicoanalistas. La significación aquí añadida viene de la figura de Propietario, que completa la de consumidor, la de «soñador de pabellón». Esta ideología de la propiedad no excluye la apropiación concreta del tiempo y del espacio, en el nivel afectivo y simbólico. Esta indica y fija sus límites, permitiendo comprender cómo los interesados no perciben sus límites, los muros estrechos de su horizonte. La fijación de los residentes de pabellón en un aislamiento social, ni les aparece así, ni es querida como tal. Más bien, recibirá el hermoso nombre de libertad, tal como está prevista en el Código Civil, donde se identifica casi completamente con la propiedad.

Es posible que la ideología haya precedido a los otros aspectos y niveles del «mundo del pabellón». Es probable que los haya suscitado, sin por ello coincidir con éstos. Representa, en este microcosmos, una globalidad o una totalidad: la sociedad actual. De esta forma, en este punto, el estudio de la señora Haumont se encadena con la historia ideológica y política.

El análisis sociopsicológico, y por esta vez verdaderamente sociológico, ha descubierto el denominador común de los residentes de pabellón, lo que los vincula de hecho o virtualmente. Ha revelado su microcosmos. Quede claro que los residentes de pabellón no constituyen un grupo social, un conjunto homogéneo. Quede claro, por último, que los sectores (o «barrios») de pabellones tienen una existencia social diferente, según las aglomeraciones urbanas, según su distancia al centro, su equipo, sus funciones cuando tienen otra distinta que la de habitación. Puede estudiarlos sociológicamente, fuera de la ciudad y sin los problemas de ésta. La psicociología lleva a la sociología, sin que haya corte teó-

rico o metodológico. ¿Se reprochará al equipo del ISU no haber comenzado por la sociología? Ir de lo más homogéneo a lo menos homogéneo, de la unidad a la diferencia, de las diferencias menos acusadas a las más notables no es un proceder epistemológicamente censurable. Lo esencial es comenzar.

Las investigaciones de Marie-Geneviève Raymond colman parcialmente esta laguna, y al mismo tiempo van más lejos que las proposiciones precedentes en el estudio histórico-sociológico del fenómeno del pabellón. La historia del pabellón y de su ideología, presentada por la señora Raymond, es una contribución sumamente original a la historia política, social, económica e ideológica de Francia. En ella podrá verse como el pabellón y su imagen y valores fueron literalmente lanzados antes de que nacieran los procedimientos de lanzamiento publicitario hoy en uso. La marca «pabellón», por razones de alta política, vinculada ésta a su vez a valores éticos, constituyó objeto de un estudio de mercado, que todavía no llevaba este nombre, y de una propaganda intensa que tuvo éxito. Una estrategia política produjo una ideología que fue acogida más o menos abiertamente, por razones y motivaciones diferentes, según los grupos y clases. La repercusión fue tal que introdujo una contradicción en la sociedad francesa: un conflicto entre lo individual y lo social (denominado «colectivo»). Este conflicto aparece en otros sectores y dominios aparte del habitat. Pero en el habitat reviste una forma particularmente agudizada.

La sociedad francesa recibe así, a escala global, nueva claridad. La historia política y la de las ideas, la psicología y la sociología del habitat, convergen hacia la adquisición de nuevos conocimientos.

Resumamos. Estos trabajos indican una cierta rehabilitación del «habitat» de pabellón. Esta rehabilitación no deja de ir acompañada de una crítica fundamental. El conocimiento así adquirido, que no se separa de un pensamiento crítico, nos guía hacia otros problemas, nos orienta hacia las proposiciones prácticas.

¿Qué quieren en el habitat los seres humanos, seres sociales por esencia? Quieren un espacio flexible, apropiable, tanto a escala de la vida privada como a escala de la vida pública, de la aglomeración y el paisaje. Semejante apropiación forma parte del concepto de espacio social, del concepto de tiempo social. El espacio social no coincide con el

espacio geométrico, y su calidad específica le deriva de una apropiación. Cuando esta apropiación desaparece, el espacio social y el espacio geométrico coinciden, al igual que el tiempo social y el de los relojes.

Este deseo de apropiación no significa que los seres humanos, individuos y grupos, aspiren a sustraerse a las exigencias de la práctica y a fijarse en el aislamiento de lo que les es «propio». Semejante aspiración, cuando se deja oír, dimana de una ideología.

¿Hacia qué se orientan, pues, las aspiraciones de los interesados? Hacia una nueva concepción del habitar que responda a las exigencias de la técnica y de las vastas aglomeraciones modernas, sin por ello sacrificar la calificación, las diferencias y la apropiación espacio-temporales. Podríamos formular esta aspiración profunda del siguiente modo: «El pabellón en el conjunto colectivo, el espacio apropiable con las ventajas prácticas de la vida social organizada...» Podemos incluso aportar precisiones a partir de entrevistas recogidas, y de su interpretación semántica y semiológica. La gente desca, oscura o claramente, una concepción del habitar que no difumine las oposiciones (fuera y dentro, intimidad y contorno, etc.), para resolverlas en las combinaciones de elementos, y desea que esta concepción, por otra parte, restituya, reinventándola, la dimensión simbólica. En términos de lingüística, el habitar tiende a conservar la triple dimensión: simbólica, paradigmática (oposiciones) y sintagmática (adecuaciones, combinaciones) que el análisis del lenguaje revela. El proyecto de un análisis entre lo individual y lo colectivo se apuntaba ya en la obra *Le Corbusier*. Puede recibir nuevos métodos de análisis, indicaciones complementarias, concretas. La investigación en ese sentido apenas está comenzando.

A este nivel, corresponde la palabra a los interesados, a los arquitectos y urbanistas, a los poderes públicos.

XII. Propositiones para un nuevo urbanismo *

«No hay hombre sobre la tierra no susceptible de ser socorrido por un Arquitecto; al Arquitecto corresponde aliviar las miserias. Con guijarros, con arcilla, el individuo de genio construirá cien mansiones que prestarán variedad a los placeres. Todo esto le debéis: divierte vuestros órganos, distrae vuestras ideas, las fija sobre cuanto contribuye a embellecerlas. Preserva a la Humanidad sufriente de los males que la asedian. Rival del Dios, que creó la masa bruta, habrá hecho más que él: la habrá devastado; habrá superado las montañas que atemorizan la timidez; habrá abierto barrancos para hacer discurrir libremente las aguas límpidas; habrá embellecido los desiertos. Elevando al hombre por encima de sí mismo, habrá extendido los conocimientos útiles y agotado en los tesoros de la filosofía, ocultos bajo el peso del siglo bárbaro, la verdadera riqueza que hará brillar la nuestra, dando al género humano nuevo resplandor. Asociando la choza al palacio, la ignorancia al saber, ¡cuántos recursos nos preparas!» (Claude Nicolas Ledoux.)

En las ciudades nacidas de una intención constructiva clara y racional, el hombre moderno se ve en situación de crear vida. Se encuentra confrontado con el problema de la vida y la creación.

El problema de los nuevos conjuntos urbanos sólo puede compararse al problema que se le plantea al biólogo o al bioquímico en su laboratorio. Este quiere crear vida biológica; sueño o meta teórica, es el sentido de su investigación. Quiere crear, bien a partir de materiales inertes, bien a partir de materias que han sufrido una cierta elaboración natural. Y si bien no puede hacer surgir *ex nihilo* la sustancia viva en una probeta, espera acercarse a ese término de la ciencia y alcanzarlo algún día.

* Revista «Architecture d'aujourd'hui», núm. 132, junio-julio de 1967.

¿Cómo no pensar también en el cibernético que conduce sus máquinas hacia las operaciones de la reflexión e incluso hacia operaciones demasiado complejas para los seres pensantes? También él espera crear «pensamiento pensante». Algunos creen haber ya alcanzado ese objetivo.

En suma, el ser humano crea según dos modalidades distintas: una de ellas espontánea, natural, ciega, inconsciente; la otra, de forma intencionada, reflexionada, racional. Hoy, el problema fundamental en todos los campos consiste en permitir al segundo modo de creación alcanzar al primero y superarlo.

Los agrupamientos sociales, pueblos y naciones, han creado espontáneamente ciudades históricas, que viven (más o menos profundamente, pero incontestablemente). El problema del nuevo urbanismo, planteado filosóficamente, consiste en crear intencional y racionalmente (superando determinadas formas limitadas de la razón) una vida social igual o superior a la vida nacida de la historia. Puede suponerse que el problema se resolverá sólo por aproximaciones sucesivas, tanteos, errores corregidos, lo que no excluye saltos debidos a iniciativas geniales: invenciones o descubrimientos. El domoño de la vida debe, aquí como en otras partes, traducirse por invención de la vida.

Científicamente (es decir, aquí, *sociológicamente*) una experiencia negativa puede tener tanta importancia, como una experiencia positiva, o más. Un fracaso puede tener tanto o más interés que un éxito limitado, si muestra las lagunas de la hipótesis manejada, y si conduce hacia experiencias positivas más amplias y verdaderamente decisivas.

En el caso de los nuevos conjuntos urbanos, la experiencia es una experiencia a escala mundial, una de las primeras proseguidas a esta escala (junto con las investigaciones de física nuclear, balística espacial, bioquímica, electrónica y cibernética).

Y sin embargo, el fracaso (más o menos profundo, más o menos confesado) es patente a escala mundial. A nosotros corresponde desprender el significado de esta enorme experiencia negativa. Ello, con un pensamiento crítico, filosófico y sociológicamente, conducido con un método más generoso que las simples consideraciones tecnológicas. En efecto, semejante reflexión metódica debe poder poner en tela de

juicio, entre otras cosas, la técnica y el primado de la técnica.

Los nuevos conjuntos urbanos, en particular los más grandes, muestran una *inteligencia analítica* en actuación (o, si se prefiere, una razón puramente analítica) llevada a sus últimas consecuencias.

Esta inteligencia distingue y separa todo cuanto puede ser distinguido y separado en lo real (humano, social, históricamente segregado por los grupos sociales). Corresponde, por una parte, a la actividad práctica y teórica que resulta en la división extrema del trabajo —es decir, en el trabajo parcelado y especializado— en la producción industrial, en la investigación científica o en la creación artística. Corresponde, por otra parte, al método analítico que descubre lo simple en lo complejo e intenta reconstituir lo complejo a partir de lo simple. El término «corresponde» aquí empleado no es del todo exacto. Sigue siendo el mismo método analítico, siempre perfeccionado desde Descartes; continúa siendo utilizado en todos los campos, aunque refutado en el plano teórico por varias corrientes importantes del pensamiento moderno.

Este método y esta inteligencia analítica han mostrado, y continúan mostrando, una extraordinaria eficacia. Ello obedece sin duda a que han devenido, y se mantienen, formas de pensar de los técnicos más eficaces y más celosos de la eficacia rápida. Parece que el pensamiento y la sociedad han debido atravesar por ellas; e incluso que este período con sus aspectos positivos y negativos no ha terminado. La eficacia y exageraciones de la inteligencia analítica no pueden atribuirse a un régimen político, a una ideología particular, a una sociedad determinada, con mayor o menor razón que las ventajas e inconvenientes de la especialización del trabajo extremada. Todo transcurre como si hubiera una etapa necesaria del conocimiento, exigencia general de la acción.

Esto no nos exime, ni mucho menos, del deber de plantear la urgencia de una superación de esta forma de inteligencia y eficacia. Antes de aprehender lo real y lo vivo, nuestra inteligencia, para aprehenderlos y definirlos, comienza por disociarlos; separa sus elementos, los mata. Después de esto, viene la exigencia de la unidad y síntesis, como se

dice, que acompaña a la exigencia de la creación. Antes de poder crear lo real, hemos de pasar por la disección, la anatomía, en una palabra, el análisis. Hasta entonces, hasta haber llevado el análisis lo más lejos posible, no podemos hacernos cargo de una exigencia más elevada.

No podemos, pues, reprochar a los técnicos que han utilizado este método analítico, ni este empleo, ni siquiera los abusos. Es posible que los «abusos» y los «excesos» tengan por su parte un sentido profundo. Sin embargo, se plantea la cuestión de saber si no es ya hora de refutar el predominio del pensamiento analítico.

En los grandes conjuntos urbanos, y sin que nada acuda a frenar una cierta pujanza negativa (la del análisis, unida a la de la tecnicidad), la segregación llevada a sus últimas consecuencias está a la orden del día.

La inteligencia analítica ha separado sobre el terreno (unas veces proyectando sobre ese terreno la estructura social compleja de una ciudad histórica, en una especie de análisis espectral; otras proyectando la jerarquía social de estas u otras empresas) las condiciones sociales: obreros, peonaje, mandos y mandos superiores, profesiones liberales, etc.

Ha separado las edades e incluso los sexos; es sabido hasta qué punto la vida social de los barrios nuevos padece la doble ausencia de juventud y de personas de edad avanzada. Todo transcurre como si una unidad humana viva implicara y supusiera la totalidad de las edades de la vida en sus relaciones recíprocas, de la infancia a la senectud. También es sabido que la inactividad de la mujer y la rotación del trabajo de los hombres (los tres ochos) abocan, en determinados casos, a una especie de segregación sexual. Lo que aquí avanzamos no es nuevo y ha sido estudiado por diversos sociólogos. La única novedad aquí introducida es la concatenación de estos hechos con la inteligencia analítica, concebida como pujanza característica, a la vez prodigiosamente eficaz y terriblemente negativa.

Esto no es todo, ni mucho menos. La misma presión ha separado lo que en el organismo vivo de la ciudad antigua (espontánea o histórica) se presentaba estrechamente unido: las funciones.

A todos los niveles de realidad —alojamiento, inmueble,

unidad vecinal, barrio, ciudad global— las funciones en otro tiempo realizadas en la espontaneidad del organismo han sido discriminadas y proyectadas aisladamente sobre el terreno: funciones de cambio, de circulación, de trabajo, de cultura, de ocio, etc. Arquitectos y urbanistas han efectuado de este modo, en el tiempo y en el espacio, un análisis anatómico e histológico de la ciudad antigua (espontánea o histórica).

Los nuevos conjuntos urbanos han sido apreciados de formas muy diversas, unas veces con exaltación algo forzada, otras con la más pura severidad.

Sin citar aquí las fuentes, recordemos que, para sus apolo-gistas, los grandes conjuntos urbanos representan ya las ciudades «resplandecientes». Prefiguran el futuro en la sociedad de consumo y del ocio, en la cual los trabajos se realizarán automáticamente, las máquinas reemplazarán absolutamente al hombre, la tecnicidad se someterá por sí sola a lo humano.

Para otros, los nuevos conjuntos traducen, por el contrario, el hecho de que la sociedad tecnoburocrática comienza a modelar su decorado. Traducen en el espacio un principio fundamental de alienación y determinación. Los nuevos conjuntos prefiguran una organización concentrativa de la vida cotidiana. Hay ya ciudades nuevas (por ejemplo, Brasilia) que resultan instrumento y microcosmos de la *Weltanschauung* (concepción del mundo) burocrática, con sus técnicas de integración (que, por otra parte, son un fracaso, suscitan revueltas entre la juventud, dejan intacta la separación de los seres humanos, reducen las participaciones activas a los puros y simples espectáculos de televisión y cine, etc.).

Aquí, más prudentemente, nos contentaremos con definir el interés científico y práctico de la separación de los seres y funciones operada en los nuevos conjuntos urbanos. Estos pueden compararse a planchas anatómicas y cortes histológicos, planchas y cortes en los cuales el tiempo creador y destructor ha desaparecido, pero donde todavía, sin embargo, persiste algo de la vida creada por el tiempo. Para el conocimiento de las realidades sociales (urbanas) tienen un interés análogo al de estas planchas y cortes para la biología y la medicina científica. Ante nosotros, pasmado, mutilado, muerto, pero fijado y analizado y, por ende, accesible

al conocimiento, se encuentra lo que fue la vida magnífica e inaprehensible —por demasiado compleja— de las ciudades. A nosotros corresponde descifrar estas planchas, descifrar estos clisés, leer estos cortes, más que lamentarnos sobre la pérdida de lo que nuestro propio pensamiento ha disecado y disociado de este modo.

Es posible que, estudiando comparativamente estos conjuntos urbanos (comparándolos entre ellos y también con las antiguas ciudades pudiéramos describir las funciones, clasificarlas, jerarquizarlas, intentando conseguir al mismo tiempo, a través de este sesgo, lo que momentaneamente ha desaparecido: la espontaneidad vital. De este modo, determinaríamos lo *unifuncional* (por ejemplo, el local que sólo sirve para un uso), lo *multifuncional* (por ejemplo, el café, el comercio, el mercado, en cuanto lugares de encuentro y núcleos de vida colectiva, así como puntos de venta y lugares de cambio de servicios), y, por último, lo *transfuncional* (por ejemplo, el monumento que asume funciones y les añade un carácter simbólico, estético, cultural, incluso cósmico, irreductible a la funcionalidad).

En otros términos, el análisis de las funciones efectuado directamente en los nuevos conjuntos urbanos, su descripción y clasificación, debería permitir reconstituir pacientemente los vínculos y conexiones, es decir, reconstituir poco a poco lo vivo. No sin dificultades y tanteos, errores rectificados, aproximaciones sucesivas. Las nuevas ciudades pueden servir de laboratorios sociológicos, no sólo por lo que respecta a los hechos, sino por lo que respecta a la creación o recreación de vida.

El mismo paciente trabajo de síntesis permitiría, según esta hipótesis, encontrar las diferencias exactas entre términos que el pensamiento analítico, para corregir sus propios excesos, tiende a veces a confundir, por ejemplo *forma*, *estructura*, *función*. Es sabido que el funcionalismo habitual mezcla todos ellos en una elaboración a menudo apresurada, y que, por si fuera poco, los subordina a un solo término tomado unilateralmente, y, por así decirlo, engrosado: el de *función*.

La construcción de edificios multifuncionales, o incluso transfuncionales, sería, pues, una iniciativa especialmente oportuna en el urbanismo renovado. Esta tesis se ha concretizado en el proyecto modesto, pero realista, de la taberna-club, construida y presentada por el Sindicato de Ar-

quitectos del Sena, el SAS. Esta realización, aunque modesta, podría sin embargo marcar época en el urbanismo moderno. En efecto, sustituye por otro nuevo un antiguo método de pensamiento y acción. Reemplaza el pensamiento analítico por un pensamiento que utiliza los logros y resultados del anterior, pero que se define de forma más sintética, más compleja y más flexible. Para precisar las ideas, digamos que esta sustitución encuentra analogía en la organización moderna del trabajo y de la producción cuando la división parcelaria llevada a sus últimos límites (el trabajo en «migajas»), que rompe el proceso productivo, es reemplazado por la producción en flujo continuo. Este último proceso de producción, como puede ser observado en las industrias más recientes (en Lacq, por ejemplo, donde se asocia con la ciudad nueva de Mourenx), está casi totalmente, por no decir totalmente, automatizado. De ahí que el pensamiento científico deba concebirlo y dominarlo en su totalidad como proceso único que va desde la Naturaleza bruta al producto. Sobre el terreno, se constituye una gran unidad autónoma; paradójicamente, la producción industrial reencuentra en este sistema algunos de los caracteres perdidos del proceso productivo original, elevándolos a un nivel superior: la unidad, la totalidad, la coherencia interna, rasgos éstos que pertenecieron en otro tiempo a la agricultura y el artesanado. Esta unidad, mediante un dispositivo autónomo, que constituye una unidad creadora, hace surgir de la Naturaleza un producto sumamente elaborado. Con sus recientes dispositivos, el pensamiento técnico en acción en la industria adopta una dirección y un sentido nuevos: más intensos, más complejos, y planteando, por otra parte, nuevos problemas. A mi entender, hay aquí una indicación muy importante, el signo de una época y un giro en el pensamiento eficaz. En resumen, pedimos aquí a los arquitectos y urbanistas que también ellos den el giro, y tengan en cuenta esta época. La inadecuación de la concepción de «ciudad nueva» en Mourenx respecto a la concepción de la unidad productora de Lacq es simplemente increíble. ¿Cuestión de créditos? Sin duda, pero no sólo de créditos...

Esta analogía puede servir también de guía a la reflexión. A los espíritus ávidos de eficacia parecerá más concreta que las consideraciones anteriores sobre los caminos de creación. De hecho, se trata de una misma y única idea formulada de dos formas algo distintas.

La acción negativa y destructora de los nuevos conjuntos urbanos debe estudiarse con el mayor cuidado, sociológicamente. ¿Qué ha desaparecido? ¿Qué parte de la sociabilidad y la espontaneidad sociales se ha perdido?

La observación sociológica revela en seguida la profundidad de esta eficacia negativa. Antiguas relaciones que se remontaban a las fuentes de la sociabilidad humana, relaciones de consanguineidad, contigüidad y vecindad, que durante tantos siglos fueron sostén y encanto, ambiguos y limitados, pero poderosos, de la existencia social, todas estas relaciones se desmoronan. Y nada las reemplaza. Estos aspectos de la experiencia considerada se captan fácilmente con técnicas de encuestas empíricas, útiles, pero simples y simplificadoras, que no calan más hondo de la superficie de los fenómenos. Estas técnicas, bastante precisas, indiscutiblemente científicas, no llegan a captar el drama. Para captarlo, se precisan conceptos teóricos.

En los nuevos conjuntos urbanos, la ausencia de una vida social espontánea y orgánica presiona a una privatización absoluta de la existencia. La gente se repliega sobre la vida familiar, es decir, sobre la vida «privada». Semejante repliegue se observa muy generalizado, en estos últimos años, en los países industriales altamente desarrollados, allá donde no se planteaban abierta y públicamente problemas políticos. El modo de existencia de los seres humanos en los grandes conjuntos nuevos ha llevado, pues, al extremo una tendencia general. Por desgracia, en razón al gran número de niños y a la estructura demográfica particular de los nuevos conjuntos, en razón a la sonoridad de los muros y techos, en razón a los ruidos y al uso inmoderado de los *mass-media* (televisión en particular), administrados y utilizados como estupefacientes, la intimidad desaparece de la vida familiar. Lo que se busca en ella se oculta, se nos aleja. La vida «privada» tiende a convertirse en mera promiscuidad; desaparece bajo la oleada de ruidos e informaciones exteriores. Dramáticamente, se convierte entonces en «vida privada» en el sentido más duro de la expresión, es decir, privación y frustración toleradas gracias a una especie de embotamiento del ser social humano.

Las encuestas empíricas reflejan mal esta situación dramática. En efecto, en estas técnicas de investigación se pregunta a la gente y se «explotan» sus respuestas. Pero la gente es poco consciente de la situación en que se encuen-

tra, pues lucha confusamente contra ella, y por consiguiente la niega. Negación e ignorancia de la situación forman parte de los mecanismos de defensa de la conciencia.

Las divergencias entre las encuestas son más significativas que las encuestas mismas. Así, en Lacq-Mourenx, hubo una encuesta efectuada bajo el patrocinio oficial de las empresas establecidas; sólo el 12 % de los entrevistados declaran que quieren abandonar la ciudad nueva. Según una encuesta realizada de forma independiente, el 58 % de los interesados se declaran decididos a dejar la ciudad nueva, considerando que sus defectos tienen más importancia para ellos que las ventajas ofrecidas (confort relativo del alojamiento, etc.).

Pasemos a otro aspecto del problema. Los nuevos barrios y conjuntos urbanos han destruido *la calle*. Es un hecho conocido, cuya importancia evidencia precisamente su desaparición. Si en las ciudades modernas la calle no es ya lo que fue en las ciudades medievales o antiguas, es decir, fundamento de la sociabilidad, no por ello ha devenido simple lugar de tránsito y circulación, simple conexión entre lugares de trabajo y residencia. Conserva una realidad propia, una vida específica y original. Si, por otra parte, los modernos problemas de la circulación automovilística tienden a privilegiar la calle en tanto que vía de tránsito, no deben disimular su valor social; la realidad contiene aquí «el valor». La calle arranca a la gente del aislamiento y la insociabilidad. Teatro espontáneo, terreno de juego sin reglas precisas, y por ello más interesantes, lugar de encuentro y solicitudes múltiples —materiales, culturales, espirituales—, la calle resulta indispensable.

El urbanismo nuevo debe reconstituir la calle en la integralidad de sus funciones, y también en su carácter transfuncional, es decir, estético (exposición de objetos muy diversos, usuales o no) y *simbólico*. Lo que algunos sociólogos denominan *campo semántico*, compuesto tanto por símbolos como por signos diversos y señales, debe recrearse de forma consciente, mejor que la espontaneidad. En efecto, en los nuevos barrios y conjuntos urbanos, el campo semántico considerado como conjunto de significaciones se reduce a señales que disparan condicionamientos y comportamientos. Incluso las construcciones han adoptado porte de señal y son, por así decir, sumas de señales.

Esta restitución del campo semántico no puede separarse

de una reconsideración del *monumento*. El monumento, edificio u objeto aislable, no puede reducirse a la señal de esta u otra actividad, como hace el funcionalismo integral. El verdadero monumento tiene un carácter significativo y simbólico inagotable. No se da de un golpe, a la manera de estimulante de este u otro acto condicionado. Tiene una multiplicidad de *sentidos*.

Asimismo, los nuevos barrios han ignorado, deteriorado o destruido el *elemento lúdico* inherente a la vida social espontánea. Los constructores no han visto las funciones del juego, y menos aún su realidad y validez transfuncionales. Cuando lo tienen en cuenta y hacen entrar en el plan global terrenos de juegos, localizan en el espacio y en el tiempo el elemento lúdico. Con este hecho, han descuidado que el juego surge en todas partes, espontáneamente, normalmente: en la calle (el «lame-escaparates»), en los cambios económicos (confrontación de objetos, evaluaciones, elección cuya dificultad da lugar a un juego), conversaciones, etc. Este elemento lúdico supone la sorpresa, lo imprevisto, la información. Es lo que da sentido a la calle, pues él la hace.

Este elemento se cristaliza en juegos formales, dotados de reglas (ajedrez, cartas, etc.) que tienen lugar en lugares consagrados, en particular en las tabernas. Pero el juego, aún más profundamente que estas formalizaciones, posee una especie de omnipresencia vital, vinculada a las manifestaciones originales de la espontaneidad y la sociabilidad. Es nada más y nada menos que una dimensión de la vida: la dimensión poética.

Una vez reconocida esta dimensión, una vez aceptada la idea de una restitución al plano superior de la vida espontánea, puede ya desencadenarse la imaginación creadora. El funcionalismo, pese a sus méritos, y la inteligencia analítica hipertrofiada estancaban lo imaginario. Sabemos que fue preciso pasar por ahí. Hoy, sobrepasamos este período y para sobrepasarlo, podemos reclamar la rehabilitación del *utopismo*. Esta rehabilitación se realiza sola. Basta con considerar el interés con que se lee hoy la obra de Ledoux, precursor inmediato de Fourier. Ambos, el arquitecto y el sociólogo, construyeron su utopía sobre la tesis de la realización de los deseos, algo por encima de las funciones y las necesidades.

La imaginación utópica introdujo un fermento revolucio-

nario en las concepciones dimanantes del realismo, del funcionalismo y del formalismo.¹

De este modo vemos, pues, como se puede concebir perfectamente una ciudad nueva cuyos núcleos organizativos fueran los terrenos y salas de juegos, teatros, cines y cafés, rodeados de paseos y parques a cuyo alrededor se agruparían los barrios residenciales y los lugares de trabajo. ¿Utopía? Sin duda.

Puede concebirse del mismo modo una calle animada por almacenes y comercios, agrupados a la manera de los *suks*, y bajo los cuales pasarían los coches; sobre ellos se edificarían los inmuebles según formas apropiadas.

Consecuencias de las consideraciones precedentes: Cuando a un problema de urbanismo se proponen varias soluciones, vale más escoger la remodelación (con medios modernos) de antiguas ciudades, utilizando los ejes de circulación, los edificios funcionales, los monumentos. Esta solución parece —de momento— preferible a la construcción de barrios aislados. Por otra parte, ya sabemos con qué dificultades tropieza esta remodelación, en particular por lo que respecta al precio del suelo.

Los barrios existentes pueden mejorarse. Sin embargo, cabe preguntarse si para restituir las condiciones de la sociabilidad no se imponen medidas más radicales. Pues parece claro que hay que comenzar ya a plantearse transformaciones profundas de la vida cotidiana, cuya gran miseria se despliega ante nuestros ojos, y en la cual un orden moral determina con demasiada facilidad al orden lógico, técnico y funcional generalmente adoptado como base.

Es seguro que los problemas se resolverán solamente cuando se les consagren tantos esfuerzos, dinero, conocimientos y genio creador como a las investigaciones nucleares o a la exploración de los espacios cósmicos. Y con ello, entramos de nuevo en la utopía, en un sueño que exige su realización.

El estudio de los conjuntos urbanos nuevos muestra demasiado bien la forma en que se han tomado las opciones

1. Cf. H. LEFEBVRE, *Utopie expérimentale*, «Revue Française de Sociologie», 1961, núm. 3.

hasta ahora: en el sentido del menor costo de la vida humana.

La sociología apenas ha iniciado el estudio de las *necesidades sociales*. Son necesidades sentidas como tales por grandes grupos humanos y que el desarrollo económico y cultural obliga a la sociedad global a considerar. Ejemplos: la seguridad social, las necesidades de la vejez y la adolescencia, etc.

Estas necesidades sociales son todavía mal conocidas. Sólo se sabe que no se reducen ni a necesidades biológicas y fisiológicas (aunque las comprendan), ni a necesidades económicas propiamente dichas, ni a una suma de necesidades individuales. Suponen la satisfacción, pero engloban las satisfacciones, entendidas como algo específico. Las necesidades sociales son las de los individuos y los grupos, considerados en relación con el nivel de cultura y civilización alcanzado por la sociedad global, con sus características específicas y sus originalidades (en cada país).

Entre las necesidades sociales y las otras formas de necesidad, hay perpetua interacción y transvase. Por ejemplo, hoy día es ya inconcebible construir alojamientos sin cuarto de baño y calefacción central. La existencia de empresarios que producen bienes de consumo durables e incorporados a la construcción hace difíciles, por no decir imposibles, tales deficiencias. Cuanto decimos del cuarto de baño o la calefacción puede también preverse —en cuanto al alojamiento— respecto a la insonorización. Se plantea el problema de adelantarse a esta interacción, de preverla y manejarla (planificarla), en lugar de dejar que se realice de cualquier manera y de dejar que la realidad vaya a la zaga de la necesidad.

Entre estas necesidades sociales, hemos detectado de pasada: la necesidad de seguridad, la necesidad de imprevisto, de información y sorpresa, la necesidad lúdica, la necesidad de intimidad «privada» en la multiplicación de contactos y relaciones sociales. Entre estas necesidades, el estudio puede evidenciar contradicciones y conflictos, lo que planteará sin cesar nuevos problemas. Fuera de lo imaginario utópico, cuyo dominio puede dejarse como reservado, el realismo puede y debe partir de este estudio y de estos problemas.

XIII. Necesidades profundas, necesidades nuevas de la civilización urbana *

Debo, pues, hablarles de las necesidades profundas de las poblaciones urbanas. Las consideraciones que voy a someterles seguramente pretenderán, más o menos torpemente, alcanzar la amplitud de esas consideraciones que se acostumbra denominar filosóficas, aunque aquí no va a tratarse ni de una filosofía de la ciudad, ni de una filosofía de las necesidades. Estas consideraciones están fundadas en encuestas precisas, la una llevada por mis colaboradores en el Institut de Sociologie Urbaine, que ha tratado los modos de habitación, en particular la habitación «de pabellón», la otra a escala europea, bajo la égida del Centro de Viena de Ciencias Sociales de la UNESCO, que ha tratado sobre «industrialización y urbanización».

Consideraciones sobre un lenguaje

Sin embargo, lo que voy a someterles no es el resultado de un trabajo especializado. No estoy aquí como sociólogo urbano, con un manojo de observaciones: «Aquí traigo hechos y más hechos, y aquí está mi corazón que sólo late para ustedes..., mi corazón de sociólogo.» Voy a someterles un conjunto de hipótesis, de interpretaciones, de conclusiones a debatir; sobre todo de conclusiones, quede entendido. No existe ciencia sin hipótesis y sin interpretación discutible.

Extenderé esta advertencia con algunas consideraciones sobre el lenguaje. Aquí empleo el lenguaje del sociólogo, es decir, el de la sociología, que no es el lenguaje de todos ustedes, lo que acarrea equívocos que trataremos de disipar.

Por otra parte, hay en este lenguaje términos que me pertenecen. Lo advierto a los economistas aquí presentes para que eviten confusiones. Posiblemente olvide con frecuencia añadir el epíteto que debe completar la palabra «inversión»:

* Conferencia en Lurs (Provenza), 1966. Jornadas de estudio sobre los parques regionales.

afectiva. Aquí hablamos de inversión afectiva. Se trata del proceso por el que un individuo o grupo valora un objeto, y vierte en él su energía afectiva, sus capacidades de acción, intenta hacer de él algo a su imagen, a su semejanza, intenta hacer de él su obra.

Hablaré también de «la apropiación». Con este término no nos referimos a propiedad; es más, se trata de algo totalmente distinto; se trata del proceso según el cual un individuo o grupo se apropia, transforma en su bien, algo exterior, de modo que puede hablarse de tiempo o espacio urbano apropiados por el grupo que ha modelado la ciudad; el espacio urbano de Venecia, de Florencia, es un espacio apropiado a las personas que han creado Venecia o Florencia.

Una palabra puede dar lugar a enormes equívocos. Tomemos la palabra «constreñimiento»; puede ser empleada en sociología u otras disciplinas, de forma bastante trivial. Si ustedes describen los constreñimientos de la vida urbana, nada arriesgan; pueden estudiarlos, desde los pasos de peatones a los constreñimientos fiscales y jurídicos. Esto no les compromete a gran cosa y no da lugar a una ciencia desarrollada, aunque este último punto es algo discutible.

Menos trivial es ya distinguir, en sociología urbana, tres especies de tiempo:

- a) El tiempo libre (tiempo de ocio).
- b) El tiempo obligado (tiempo de trabajo).
- c) El tiempo constreñido (tiempo de desplazamiento, por ejemplo, o tiempo de formalidades burocráticas numerosas, que se ciernen sobre los pobres habitantes de las ciudades).

El Centro Europeo de Viena ha realizado, junto con el IMSEE, una gran encuesta sobre los presupuestos-tiempo. Los investigadores han evidenciado el hecho de que el tiempo constreñido se incrementa rápidamente, de manera que la disminución del tiempo de trabajo, en la sociedad contemporánea, tiene la contrapartida de este incremento del tiempo constreñido. El tiempo de ocio, el tiempo libre, no aumenta, incluso si disminuye la jornada de trabajo. En los tres sectores del tiempo, el tiempo constreñido aumenta.

Siento que no esté presente el señor Dumazedier, cuya idea de una civilización del ocio muy próxima,¹ de su glo-

1. DUMAZEDIER, *Vers une civilisation des loisirs*, Le Seuil.

riosa entrada en nuestra sociedad, parece resquebrajada por esta observación científica del incremento del tiempo constreñido en los países industrializados. Es este uno de los problemas fundamentales de la sociedad urbana.

Filosofía del constreñimiento y fuga a lo irracional

Puede, pues, haber una utilización trivial del concepto de constreñimiento; pero puede haber también una utilización más científica. Puede incluso llegarse a una verdadera filosofía del constreñimiento, suplantando la filosofía de la libertad a la que, estoy seguro, continúan algunos afectados. La valorización del constreñimiento es hoy lugar común de muchas ideologías, el reconocimiento del mismo, desde estudios sobre la prohibición del incesto en las sociedades primitivas hasta estudios sobre planificación, es casi tópico. El constreñimiento es valorado, y nos encontramos ante una verdadera filosofía.

Aquí, eliminaría muchas dificultades si me limitara a observaciones: sería mucho menos vulnerable a los ataques que pueden venir de diferentes lados, y que por otra parte yo provoqué ocasionalmente, si simplemente hablara de encuestas sin añadir nada a los hechos.

En la encuesta sobre «urbanización e industrialización» hemos estudiado en cierto número de ciudades francesas y europeas esta especie de fuga a lo irracional que acompaña a la civilización urbana o técnica.

Los horóscopos, los quirománticos, en fin, lo irracional, se desarrollan de manera extraordinaria. Es una verdadera fuga ante el racionalismo tecnocrático.

Hemos estudiado también las asociaciones, y en este punto hemos aprovechado antiguas encuestas, en particular de Dumazedier sobre Annecy. Asimismo con encuestas sobre las asociaciones en Mulhouse, Orleans, Moulins, la ciudad nueva, etc., hemos reconstituido el torpe esfuerzo de la gente a través de esta u otra asociación, para restituir las funciones omitidas por un cierto funcionalismo: la función informativa, la función simbólica, la función lúdica, por ejemplo, funciones todas ellas olvidadas en las ciudades nuevas. La gente busca, como puede, sucedáneos.

Quisiera ir aún más lejos y presentar a ustedes dos esquemas conceptuales sociológicos, complementarios entre sí,

y que, creo, contienen un cierto análisis de nuestra sociedad. Si ustedes encuentran estos cuadros demasiado negros, si estiman que dan una apreciación demasiado severa de nuestra sociedad, de nuestra civilización, de nuestra cultura, podremos discutir ese punto. No tengo intención de atenuarlos, de desdramatizar la situación.

Un esquema vertical

Los esquemas son relativos a nuestro objeto: las necesidades profundas, exigentes. Distinguimos tres niveles.

a) Abajo, o mejor aún subyaciendo, una mezcla conflictual de constreñimientos y apropiaciones. Los constreñimientos, son lo que se da impuesto; lo organizacional y lo institucional; son la racionalidad, la forma en que ésta se ejerce, y con ello aludimos a cuanto concierne a la construcción, licencias, permisos de construir, autorizaciones, normas, hábitos de los arquitectos, etc. Mezclados a este conjunto de constreñimientos, el tiempo y el espacio del habitante comportan una cierta apropiación; el habitante puede modelar hasta cierto punto su espacio y su tiempo, y esto constituye su manera de habitar.

b) El nivel inmediatamente superior es lo imaginario social, vehiculado por el lenguaje, una especie de despliegue de ficción. El habitante de pabellón interrogado olvida los inconvenientes del suburbio de pabellón que se evidencian al espectador; los olvida, los disipa, vive el pabellón en el huevo de la dicha; es una utopía; es un imaginario social.

c) En el nivel superior, por convención, están las ideologías elaboradas, o mejor aún, fabricadas, desde finales del siglo XIX, por la prensa, por todo tipo de propagandas, entre ellas una ideología de la propiedad. El habitante del pabellón se siente propietario; esto no se confunde con las otras maneras de ser, sino que las corona, se superpone a ellas.

Estos niveles aparecen superpuestos y más o menos articulados: nivel «inferior»: apropiaciones y constreñimientos; nivel «superior»: despliegue de lo imaginario social y del socialismo; nivel «más superior»: la ideología.

Uno de mis amigos realiza notables estudios, que no son todavía completamente conocidos, ni siquiera publicados, sobre el vestido y la moda; es Roland Barthes.

A mi entender, los estudios sobre el vestido revelan tam-

bién estos niveles: a nivel inferior, el de los constreñimientos socioeconómicos, hay una cierta apropiación del vestido (por ejemplo, en el vestido confeccionado estándar); por encima, ese gran imaginario social que se despliega en la prensa femenina donde el vestido es vivido en el modo de lo imaginario, es decir, en la moda, alrededor de nombres de modistos y *vedettes*, y del lenguaje que vehicula las imágenes y los símbolos de la moda. Las mujeres viven en el plano de la imaginación algo que, por otra parte, es práctico: el vestido.

En otro nivel, se entreven ideologías: por ejemplo, cierta representación de lo masculino y lo femenino, de lo viril y lo no viril, representaciones que coronan este conjunto. Estos niveles los encontraríamos también, a mi entender, en otros estudios, posiblemente referidos a la ciudad y al ocio. Y, aquí, nos acercamos a nuestro tema, pues no quiero perder de vista nuestro objetivo.

Posiblemente, también el ocio se vive en varios planos: un plano práctico, en el cual los constreñimientos y la apropiación del tiempo se mezclan y se oponen; un plano imaginario; una ideología.

Este esquema parecerá discutible. Y lo es, pues no tiene todos los hechos: es una interpretación. Pero creo que la ciudad se vive en estos tres planos: en primer lugar, los constreñimientos estrictos, con una cierta apropiación, más o menos lograda, del tiempo y del espacio. Hay lugares, en las ciudades, que están «conseguidos», y otros no. Hay plazas, calles vivas y calles muertas. Por razones múltiples. Las calles vivas son calles en donde se ha logrado una apropiación del tiempo y del espacio por los habitantes y transeúntes, por quienes vienen de fuera. En un nivel superior, está lo imaginario que se despliega en las ciudades, que tiene puntos de impacto y entronque: los monumentos. Los monumentos son percibidos en un plano de imaginación que evoca esto o aquello: el mundo entero, el pasado histórico, figuras y relatos más determinados. Es «otra parte», otro tiempo, otro lugar: una *u-topía*. Pero no sólo están los monumentos: también está la calle, percibida como teatro espontáneo donde ocurren cosas divertidas o dramáticas, encuentros o accidentes. Están los innumerables símbolos de los signos. La ciudad es un lenguaje; una escritura, más exactamente. Escribe algo, escribe ante nosotros un conjunto vivido, memorizado e imaginado.

Y, por último, está la ideología; ideologías que se mantienen más o menos conscientes, o más o menos inconscientes. Por ejemplo, ¿qué es lo que hace que todo gran Estado manifieste su poder en grandes espacios vacíos? Desde el siglo XVII, las grandes plazas, las grandes avenidas, los grandes espacios vacíos manifiestan el poder del Estado. Es una ideología del poderío político con un simbolismo propio. Se lee la ciudad, esta escritura, cuando se llega a emplazarse a todos los niveles, unos tras otros, y ver su yuxtaposición e interferencias.

Es, pues, posible un análisis, por niveles, de las realidades sociales de nuestra época. Si se quieren adecuar espacios nuevos y abrirlos a la sensibilidad y conciencia de la gente, habrá que preparar estos niveles, concebir actividades prácticas, ofrecer espacios apropiados y hablar también a la imaginación; habrá que saber igualmente en qué ideología se funda este conjunto, pero sobre ello volveremos más tarde.

Un esquema horizontal

El segundo esquema es un esquema en el tiempo. La impresión es que la inversión, en el siglo XIX e inicios del XX, se hace en el trabajo. Se ama el oficio propio y se busca amarlo; se admite que el trabajo constituye la dignidad, el honor; hay una ética del trabajo. Esta ética tiene su punto de entronque, su apoyo social en el proletariado, pero no reina únicamente en el proletariado. Esta moral, esta ética del trabajo, van mucho más lejos que los trabajadores. Cuantos tienen un oficio buscan afectarse a su oficio. O bien, el oficio tiende a desaparecer, en la acepción todavía artesanal del término. A fines del siglo XIX, el trabajo se descompone, se trocea, y las instancias de decisión, más o menos burocráticas, se multiplican. El trabajo pierde su interés; ya no es posible hacer una gran inversión afectiva en el trabajo. Ya no hay contacto con una materia obrada.

Sorprende el hecho de que el desinterés respecto al trabajo vaya acompañado de una extraordinaria valoración de la habitación. Desde finales del siglo XIX, los suburbios se han cubierto de pabellones; todavía hoy, las encuestas muestran que el 82 % de los franceses desean habitar un pabellón, mejor que un inmueble colectivo. Esta valorización de la

habitación individual acompaña el desinterés respecto al trabajo en cuanto disciplina y manera de vivir colectiva.

Pero con ello viene la frustración. El pabellón, incluso si se olvidan sus inconvenientes, no deja nunca de ser una vida estrecha, encerrada. Lo imaginario se despliega por encima de esta vida desocializada o resocializada de forma insatisfactoria por la radio y la televisión. Pese a esta compensación en lo imaginario, la decepción es profunda; entonces viene la nueva inversión masiva en el ocio. La sucesión es sorprendente: trabajo-habitat-ocio.

El trabajo ya apenas es concebido en otra forma que en función de las vacaciones; a esta frustración acompaña un deseo total de ruptura de la vida cotidiana; y esta desinversión se hace en relación al trabajo primeramente, y luego en relación a la habitación.

Sólo hay dos posibilidades

Pero podría ser que el sentimiento de frustración respecto a las vacaciones estuviera ya insinuándose; los signos anunciadores del proceso se multiplican. En estos movimientos de masa, cuyos agentes son ora la clase obrera, ora la juventud, ora la mujer (y en este punto el análisis del sociólogo se particulariza y se hace más concreto), ¿hay todavía posibilidades de inversión? Posiblemente la invención colectiva encuentre otras; por el momento sólo vemos la Naturaleza y el sexo.

La inversión en la sexualidad y el erotismo está en marcha. El sociólogo de la juventud que debe hablar a continuación nos dará posiblemente detalles sobre el tema. Para algunos, sexualidad y erotismo son simplemente el *strip-tease* o las imágenes de revistas como «Play Boy». También existe —y esto ha sorprendido enormemente a los observadores— la tendencia a la violación colectiva ritualizada; es un rito de una religión del Eros. En la violación colectiva, hay caracteres rituales. Es uno de los índices de la inversión en el sexo que acompaña a una frustración respecto al trabajo, al oficio, al ocio, a los padres y a cuanto ustedes quieran, por parte de la juventud.

Tal es la gravedad del problema ante el cual nos encontramos.

La necesidad de una obra

A mi entender, el sentido de todo esto es que la obra ha desaparecido. Con razón o sin ella, la gente quiere hacer algo; querrían sentirlo en sus manos y verlo surgir de su actividad. Quizá esta exigencia de obra esté destinada a desaparecer al mismo tiempo que un cierto humanismo, pero por el momento parece todavía extremadamente poderosa y esta inversión de que hablo constituye sin duda la búsqueda de algo que apropiarse mediante un esfuerzo.

El problema que esto plantea respecto a espacios que se quiere abrir a una actividad social es claro. ¿En qué medida estos espacios pueden ser tomados en consideración por quienes se interesan por ellos, en qué medida pueden llegar a ser su obra?

Yo no creo en la «Naturaleza pura»; es una ideología, y esto me lleva a mi último punto.

Quisiera señalar el hecho de que la oposición ciudad-campo está en desaparición en cuanto oposición dominante en el lenguaje, en las ideas y las representaciones sociales. No ha desaparecido, ni mucho menos; se mantiene como supervivencia de una época revolucionada: una de nuestras mayores dificultades, puestos a afinar conceptos, consiste en distinguir qué es supervivencia y qué no es. Esta oposición ciudad-campo se difumina a favor de una oposición en auge: la de la gran ciudad y su periferia. Para precisar la terminología, la oposición en auge en la conciencia y en el lenguaje es la oposición entre tejido urbano compacto y tejido urbano de mallas esponjadas. O bien, la oposición entre centro y no centro, medio y entorno. ¿Por qué? Porque la ciudad comienza a extenderse sobre el conjunto del territorio. ¿Hay otra razón de nuestra reunión aquí que el abrir otro campo de experiencia que la megalópolis o la metrópolis de gente frustrada?

Pero la noción de Naturaleza se transforma; evoluciona; no hay ya contacto con la Naturaleza; las ideologías afectas a este contacto se difuminan también. La Naturaleza deviene simbólica para el ciudadano en la ciudad. El parisino que tiene una casa de campo no va al campo. Con él, vehicula la ciudad; la lleva consigo; destruye el campo yendo a su casa de campo; lo hace desaparecer, como el turista hace desaparecer lo que busca de autenticidad en la ciudad antigua. Venecia, con doscientos mil turistas no es ya Venecia. El

objeto desaparece con la actividad que lo utiliza. Asimismo, el campo desaparece con el ciudadano, y la autenticidad, si es que puede emplearse esta palabra escabrosa, se hace pintoresca. Lo pintoresco y la Naturaleza son dos cosas bastante distintas, dos conceptos profundamente diferentes. Sobre todo cuando el turista, el ciudadano en desplazamiento, se convierte en su propio espectáculo, como ocurre en los bordes de la carretera, en que la gente mira pasar los vehículos.

Tomar las mayores precauciones

¿Qué es la Naturaleza? Para muchos, la Naturaleza es simplemente la anticiudad. Un ejemplo: el problema del ruido, tan frecuentemente evocado. Y sin embargo, la Naturaleza es ruidosa, un pueblo hace mucho ruido: los cantos de los gallos, los ladridos de los perros, el martillo del herrero, los carros o los tractores. El ciudadano quiere el silencio de la muerte: la anticiudad, el antirruido; esto no es ya Naturaleza; es una cosa totalmente distinta. La noción de Naturaleza se convierte entonces en una ideología, un simbolismo, aunque vinculado todavía por el lenguaje, en el que encontramos cierto número de oposiciones, aunque en proceso de atenuación; destinadas a desaparecer. Por tanto, precaución: corremos el riesgo de ofrecer la Naturaleza a personas que no saben ya lo que es y que verán en ello algo totalmente distinto de lo que ustedes creen. Hay que tomar las mayores precauciones.

Y con ello llego a mis conclusiones.

La creación de parques comporta numerosos riesgos si no va dirigida a lo imaginario social y sobre todo a una categoría que vive parcialmente en lo imaginario, y, por tanto, no según el realismo, y que se llama juventud. Si no se restituyen simultáneamente —y esto es una verdadera paradoja— la Naturaleza y la obra, si el hecho de salvar determinados sectores del asedio de la industria sólo establece un conjunto de constricciones y no una dimensión de la libertad o una restitución de la libertad, se terminará en algo que ciertamente no será lo querido.

Sería preciso intentar dejar parte al menos de estos espacios en autogestión, más que bajo un sistema de participación o animación, conceptos sobre los cuales formularé

algunas reservas. Sería preciso que una parte al menos de estos espacios fueran confiados a grupos de juventud en autogestión, de forma que estos grupos pudieran hacer con ellos algo, lo que tuvieran deseos de hacer, lo que pudieran y quisieran hacer, que hicieran su espacio de esos espacios, que hicieran de ello su obra, como en otros tiempos los ciudadanos de una gran ciudad moldeaban poco a poco los espacios, haciendo con ellos su bien: su apropiación.

XIV. Barrio y vida de barrio *

Empezemos por recordar que existe una *ideología* del barrio, en decadencia, pero que aún no ha perdido su audiencia ni su influencia. Como toda ideología, ésta no se nos aparece como tal ni como teoría. Sus partidarios, de buena o mala fe, hablan y se esfuerzan en poner de manifiesto sus evidencias; se colocan en el sólido terreno del sentido común, lo que les sirve para comprender y apreciar los aspectos de la vida urbana. No separan los presupuestos ni las implicaciones de esta pretendida observación empírica. Tampoco sospechan el sofisma que existe en el paso de lo descriptivo a lo normativo. Tiempo primero: creen ver, sus ojos ven, que el barrio no es un detalle accidental, un aspecto secundario y contingente de la realidad urbana, sino su esencia. No se dan cuenta de que se dejan llevar por su corazón y su memoria. A continuación, creen haber verificado una hipótesis científica; a partir de ahí, con toda su buena conciencia, se proponen organizar la vida urbana bajo el modelo del barrio. Desde el momento que creen haber dado el legítimo paso del hecho a la apreciación, justifican este hecho en nombre de valores.

Para los que poseen esta ideología, el barrio es, a la vez, el ámbito natural de la vida social y la unidad social a escala humana. Es decir, una especie de «módulo» social o sociológico, verificable y ratificable dentro de una exaltante unidad de juicios científicos y éticos, de conocimientos y de humanismo.

He aquí un texto, algo extenso, que sometemos al lector porque ofrece un conjunto de presupuestos metodológicos y de desconocimientos teóricos:

«En un barrio de ciudad o en un pueblo, distinguimos conjuntos de calles y plazas que viven su propia vida; varios escalones domésticos con su particular carácter, sus costumbres, sus manifestaciones. La continuidad de los reco-

* Institut d'aménagement et d'urbanisme de la région parisienne, vol. 7, 1967.

rridos que realizan las amas de casa para su compra pluricotidiana crea las relaciones entre las diversas casas y hogares. No es un grupo elemental de personas, sino los hogares de unas cincuenta señoras alimentándose de un reducido comercio. La escala doméstica, se debe a la topografía, tanto natural como social; es una constante de orden geoeconómico, es el primer elemento urbano, es decir, aquel donde actúa el intercambio y cuya federación constituirá una escala superior, conocida anteriormente con el nombre de barrio, arrabal, aldea o pueblo. El monumento público es el órgano que caracteriza este escalón superior. Crea el barrio, no sólo dándole su dispositivo, su vida, sino también su fisonomía, según declara Camille Jullian, quien distingue el edificio público como órgano de movimiento, ejerciendo su acción en las calles que lo rodean, o como órgano de desarrollo, ayudando al barrio a formarse alrededor suyo, o bien como órgano de estructura o distribución. Superando las realidades familiares, hay una verdadera vida espiritual de barrio; hemos bautizado esta escala como *escala parroquial*.»¹

Dentro de su ingenuidad, dentro de su primitivismo antropológico y sociológico, este texto merece una serie de reflexiones útiles. Procede de un análisis, efectivo o pretendido, de la realidad urbana, cometiendo sin escrúpulos el error metodológico mil veces señalado por lógicos y filósofos, aun mucho antes del surgimiento de las teorías de la forma (*Gestalt*) de los conjuntos y de las estructuras. El autor reduce todo a elementos abstractos, surgidos de un análisis posible entre muchos otros y mal legitimado; cree recomponer o reconstruir la totalidad a partir de estos elementos. La «topografía social» que propone concluye con la distinción de estos escalones: *patriarcal* (grupos elementales de vecindad), *doméstico* (relaciones de intercambio entre varios grupos elementales) y *parroquial* (el barrio, alrededor de un monumento). Este ideólogo, que se pretende sociólogo, se imagina haber reconstituido la ciudad con sus calles, sus casas, sus barrios. Con grupos «comunitarios», grupos de parentesco, de localidad y de actividad, reconstruye unidades cada vez más amplias: ciudad, región, nación. Esta sociología de la ciudad está retrasada en más de un siglo res-

1. G. BARDET, *Principes d'analyse urbaine* (cf. la recopilación publicada bajo la dirección de R. Auzelle, 323 citations sur l'urbanisme, fragmento 410).

pecto a la sociología general, que ha puesto en evidencia el concepto de globalidad y totalidad y, por otra parte, las dificultades del análisis y la investigación de elementos discretos y concretos. Mezcla sin consideración formas, funciones y estructuras (el análisis formal, el funcional y el estructural). Confunde todos los términos: estructura y jerarquía, comunidad y organización. La ideología del barrio es una ideología comunitaria. La comunidad, según este autor, es la categoría de la fusión. ¿Fusión de qué? De actividades y conciencias. El análisis estático de G. Bardet, tiende a completarse por medio de uno dinámico. La estructura realizará la fusión de las conciencias por medio de la organización de las actividades; su constitución y sus influencias funcionales darán lugar a totalidades orgánicas jerarquizadas: ¡del individuo al Imperio!

Este análisis, y la síntesis que engendra, no tiene nada de práctico ni de científico. El punto de partida, que coincide con la conclusión, es la apología de la parroquia y de la vida parroquial. La parroquia es un hecho histórico muy localizado. Ha tenido en nuestras ciudades de Europa occidental una indudable importancia, en condiciones que están desapareciendo o que han desaparecido ya. La parroquia no sólo tiene una existencia religiosa, sino también una existencia civil y política. No existía lo que llamamos «estado civil»; los bautismos, las bodas y las defunciones se inscribían en los registros parroquiales; las agrupaciones y asociaciones de seglares se organizaban alrededor del aparato eclesiástico; las cofradías estaban relacionadas con las corporaciones y con los gremios y oficios, y por tanto, con la actividad económica. Queriendo demostrar demasiadas cosas, G. Bardet prueba únicamente que aún está aferrado a formas de vida y de pensamiento atrasadísimas. Piensa como si el Estado no tuviese ninguna realidad, ni tampoco las instituciones estatales. Se piense lo que piense de ellas, no podemos dejarlas de lado. La separación de lo religioso y lo civil, de la Iglesia y las instituciones, es un hecho real y un concepto teórico. Si bien las parroquias constituían barrios, cuando la ciudad, al hacerse demasiado grande, perdió su unidad y su carácter de comunidad local, el núcleo —la iglesia parroquial— perdió simultáneamente sus funciones y su capacidad estructurante. En consecuencia: la conexión barrio-parroquia, en otros tiempos constitutiva de una realidad, no tiene ya fundamento. ¡Podría ser, incluso, que no

hubiera ya barrios, y sólo supervivencias y restos de barrios!

Ingenua y astuta al mismo tiempo, la presentación ideológica que ahora atacamos no merecería ni tanto honor ni tanta indignidad si su influencia no persistiese todavía. ¡Cuántos arquitectos y urbanistas la toman aún como concepción explicativa confundiendo su dogmatismo por una bien establecida verdad científica! No vamos a molestarnos en realizar una antología de textos sociológicos, literarios, urbanísticos y periodísticos que glorifiquen el barrio. Nos basta con una cita: «Si los ciudadanos participasen en la vida del barrio, si las instituciones les diesen un poder real, tanto en la sociedad como a nivel de conocimiento, un poder en la escuela, en la fábrica, en los problemas de vivienda, un poder en la vida social, si en resumen, los hombres lograsen ser al menos pequeños ciudadanos, podrían, poco a poco, ser grandes electores.»² En esta frase, la ideología comunitaria se transforma en idealismo político, y un tipo ideal de vida social en utopía democrática. El estudio sociológico pone en evidencia un hecho: las instituciones no tienen nada en común con el barrio; hoy, más que nunca, lo desbordan, lo dominan. Se les pide que, en contradicción con sus funciones y sus estructuras, adopten artificialmente esta forma social: la vida de barrio. No es preciso resaltar el carácter normativo de tal actitud al valorar un «escalón», un «nivel» bastante incierto y ambiguo, transformándolo en esencia.

Un «escalón», como el del peatón, determina la escala humana y a la sociedad entera, en una época en que (por suerte o desgracia) el automóvil, el avión, y pronto otras técnicas de transporte aún más perfectas, definen el espacio social y plantean nuevos problemas.

Nos sería fácil ir más lejos en la crítica de estas representaciones ideológicas que se pretenden positivas y científicas. Los encadenamientos lógicos finales son más discutibles aún que cuanto hasta ahora hemos dicho. En un primer momento, se tratan colecciones de cosas: viviendas, inmuebles, casas, calles y barrios, territorios y zonas de actividad;

2. *Après les élections présidentielles*, «Esprit», febrero de 1966, p. 294. La recopilación de las 323 *citations* nos dispensa de publicar un florilegio de las tonterías que se sostienen en materia de sociología urbana.

a continuación, por medio de una operación mágica, en nombre de vocablos como «colectividad» o «comunidad», se reintroduce en esta colección de cosas la conciencia, la vida. La operación es tan frecuente como grosera. Realmente, esta forma de pensar deja de lado lo social y lo sociológico, su *especificidad*.

Nos basta presentar una ideología como tal, para que su prestigio teórico se desplome. Lo que no evita su influencia. Una ideología procede por extrapolación. Parte de «cualquier cosa», aumentando su importancia; cambia lo relativo en absoluto, lo accidental en esencial, lo secundario en primordial, el hecho en norma y valor. No es suficiente denunciar la ideología del barrio. Para que la demostración tenga rigor, hay que tomar la realidad, comprenderla y sacar otros modelos teóricos y otras normas prácticas. Dicho de otra forma, si descartamos la ideología de barrio, no es para suprimirla con un trazo de tinta, sino para estudiarla metódicamente. Conocemos de sobras la eficacia de las ideologías; de ahí la importancia de estos procesos. Si afirman que el barrio es la esencia de la vida urbana, si deciden hacer barrios, el barrio tendrá una coherencia y una existencia. El único proceso científico para llegar a él, para definirlo, determinando sus límites y su grado de realidad, es el que se basa en la ciudad como totalidad y no como conjunto de elementos o colección de los aspectos (y en consecuencia en la sociedad como un todo superior a las formas, a las estructuras y a las funciones) que engloba. Sean cuales fueren las dificultades metodológicas y teóricas del acceso a la totalidad y a la globalidad, este proceso es el único aceptable; el único que evita la inadmisible reducción del conjunto a los elementos.

Cuando examinamos la vinculación del barrio con lo que el desaparecido Georges Gurvitch llamaba «la sociedad global» (y que otros llaman «la sociedad», simplemente), vemos su falta de realidad. ¿La iglesia del barrio? Tiene una existencia simbólica más que funcional o estructural; lo que simboliza tiene su sede y su sentido más allá; es la religión, la Iglesia católica y romana. El barrio no tiene ningún aparato organizado, o casi ninguno; el Ayuntamiento o la municipalidad tienen una importancia mucho más amplia, y los monumentos (alcaldías, instituciones diversas) una eficacia distinta. En el barrio no se forman ni se instituyen los papeles sociales, las conductas o los comportamientos,

ni siquiera cuando utilizan este nivel de accesibilidad para imponerse. El barrio no interviene en la proclamación de valores dominantes. Como mucho, podemos relacionarlo con la sociabilidad espontánea y encontrar en él, en determinadas circunstancias, las causas de una efervescencia. Esto limita el barrio al nivel de las relaciones inmediatas directas, interpersonales, dependientes de la psicociología o de la sociología, desarrollándose a la sombra de las instituciones, pero mediante modelos no institucionales.

Esta primera aproximación sincrónica no es suficiente. Tomemos la cuestión en el tiempo, diacrónicamente. El barrio, en una ciudad que crece, puede transformarse en núcleo de vida social. La unidad de la ciudad, extendiéndose, dispersándose, puede encarnarse, si nos atrevemos a expresarnos así, en un fragmento privilegiado. Primeramente suburbio o apéndice exterior, este fragmento es absorbido, pero mantiene una vida propia, que con la absorción se intensifica. El carácter de comunidad local (territorial) se transfiere, en ese momento, de la ciudad a uno de sus fragmentos o elementos. La reunión de diversas dotaciones (comercios, instituciones, lugares de reunión, de expansión, etc.) puede constituir un sólido núcleo. Sobre todo si la disposición de los recintos, de las vías de acceso y recorrido (calles, carreteras, plazas), está calculada de forma que, por una parte, dirijan la circulación a estas dotaciones, y por otra, aislen el espacio así determinado respecto a la vecindad.

Un barrio consolidado y organizado de esta forma por las fuerzas sociales que han modelado la ciudad y orientado su desarrollo, puede resistir mucho tiempo después que el escalón «barrio» se haya deteriorado a causa del crecimiento urbano, que lo desborda, y por otros problemas mucho más amplios planteados por la práctica social.

El barrio es una forma de organización concreta del espacio y del tiempo en la ciudad. Forma cómoda, importante, pero no esencial; más coyuntural que estructural. Las relaciones del centro urbano con la periferia son un factor (una variable) importante. Pero no es el único. El espacio social no coincide con el espacio geométrico; este último, homogéneo, cuantitativo, es sólo el común denominador de los espacios sociales diferenciados, cualificados. El barrio, tal como acabamos de mostrarlo, sería la *mínima diferencia* entre espacios sociales múltiples y diversificados, ordenados por las instituciones y los centros activos. Sería el punto

de contacto más accesible entre el espacio geométrico y el espacio social, el punto de transición entre uno y otro; la puerta de entrada y salida entre espacios cualificados y el espacio cuantificado, el lugar donde se hace la traducción (para y por los usuarios) de los espacios sociales (económicos, políticos, culturales, etc.) en espacio común, es decir, geométrico.

En resumen, entre las tesis que rechazan dar al barrio una realidad esencial, encontramos un abanico de afirmaciones que se combinan según el *grado de realidad* atribuido a este nivel. La sociología admite *niveles* de realidad, como también de pensamiento; no hay un «todo o nada» de existencia, de realidad, de coherencia sociológica, sino una extensa gama.

a) El barrio es una pura y simple supervivencia. Se mantiene por inercia. El peso de la Historia asegura cierta supervivencia a algunos barrios. Existe un microdeterminismo, resultado de antiguas coyunturas y decisiones, que compromete la vida urbana. Es el caso del «islote», herencia de otras épocas.

b) El barrio es una unidad sociológica relativa, subordinada, que no define la realidad social, pero que es necesaria. Sin barrios, igual que sin calles, puede haber aglomeración, tejido urbano, megalópolis. Pero no hay ciudad. El espacio y tiempo social dejan de ser orgánicos y organizados. Coinciden con el espacio geométrico; pero son sólo rellenos. En consecuencia, el estudio debe distinguir los barrios moribundos, los destrozados o descompuestos, de los que aún se conservan. El problema consistiría en definir un *optimum* de dotaciones, que permitan consolidar las unidades «estructurantes-estructuradas».

c) El barrio tiene una existencia a medias, simultáneamente para el habitante y para el sociólogo. Se constituyen relaciones interpersonales más o menos duraderas y profundas. Es el más grande de los pequeños grupos sociales y el más pequeño de los grandes. La proximidad en el espacio y en el tiempo sustituye las distancias sociales, espaciales, temporales. En base a esto constituye un umbral en la expresión y la existencia sociológica: el tránsito de lo accesible al individuo sujeto al suelo (el habitante) a lo inaccesible en cuanto tal. Es el microcosmos de un peatón que recorre un espacio, un cierto espacio en un tiempo determinado, sin tener necesidad de tomar un coche. De este hecho cotidiana-

no, el área o radio de acción de un ciudadano que se desplaza a pie, se ha producido historia, y aún depende de él un cierto reparto de actividades, sobre todo en zonas comerciales, de intercambio, de relación y de comunicación. Este reparto está determinado, por una parte, por la sociedad en su conjunto, y por otra parte, por las exigencias de la vida inmediata y cotidiana. Corresponde, pues, a los barrios un equipo más o menos suficiente y completo. No sólo un monumento (iglesia) sino una escuela, una oficina de correos, una zona comercial, etc. Un barrio determinado de esta forma, no es por ello autosuficiente. El equipo depende de grupos funcionales más amplios, activos a escala de la ciudad, de la región, del país (comerciantes, etc.). La estructura del barrio depende completamente de otras estructuras más vastas: municipalidades, poder político, instituciones. No es más que una ínfima malla del tejido urbano y de la red que constituye los espacios sociales de la ciudad. Esta malla puede saltar, sin que el tejido sufra daños irreparables. Otras instancias pueden entrar en acción y suplir sus funciones. Y sin embargo, es en este nivel donde el espacio y el tiempo de los habitantes toman forma y sentido en el espacio urbano.

¿Volvemos a encontrar la ideología del barrio? No precisamente. El tránsito de lo empírico a lo normativo no se hará sin la debida precaución. Estará basado en análisis concretos, en una teoría del conjunto, en un concepto del espacio y el tiempo sociales. Ahora quede claro que mantenemos una «problemática» que da lugar a investigaciones precisas. Para responder a los problemas planteados de esta manera, es necesaria primero una *tipología de los barrios*. El inventario y la comparación de los equipos permite clasificar los barrios en diferentes tipos: los que se mantienen, los que se consolidan, los que desaparecen. Esta clasificación exige el estudio de las imbricaciones y relaciones internas y externas entre los barrios y lo que les rodea. Puede que sea decisiva la relación «centro-periferia». Puede ser también que determinen la tendencia las vías de acceso y circulación. De todas formas, el estudio sociológico propondrá los criterios de existencia y de cohesión de este núcleo parcial urbano. No conocemos de antemano este criterio. Puede que estén ocultos. ¿Se trata de criterios cuantitativos sobre dotaciones, o de criterios cualitativos y diferenciados sobre el tiempo y el espacio? ¿O de algo distinto? Sólo el estudio concreto puede responder.

Evidentemente la tipología no es suficiente. Se mantiene encasilladora y estática. Debe prolongarse con un estudio de la tendencia general. ¿Va hacia la consolidación, esta tendencia, o, por el contrario (es lo que pensamos) hacia la desaparición del barrio? ¿Existen varias tendencias, según la ciudad crece o se estanca, según el tipo de crecimiento de la ciudad, por ejemplo, por la industria, por los servicios, o por la vía política? En la mayoría de las ciudades, la investigación de la tendencia se inscribe dentro del estudio de la región, del territorio que la rodea y la planificación de este territorio.

XV. El urbanismo de hoy. Mitos y realidades *

En primer lugar me felicito por poder hablar ante vosotros con un arquitecto y un urbanista. Esto es como un símbolo y una prefiguración del equipo que desde hace tiempo estamos exigiendo. Por supuesto, esta noche, es un equipo accidental. Sería deseable que esta prefiguración se hiciese permanente y que, frente a cualquier tipo de problemas urbanísticos, se organizase y fuese constante la cooperación entre arquitectos, urbanistas, sociólogos y, desde luego, otros especialistas de ciencias parcelarias, como economistas y geógrafos. Sin alimentar demasiadas ilusiones sobre la posibilidad de hacer estudios interdisciplinarios, que son muy difíciles, vista la diferencia de ópticas, de perspectivas, lenguajes e intereses, opino que esta cooperación es indispensable actualmente para pensar la ciudad futura sobre las ruinas de la ciudad pasada, que es nuestro problema actual. La forma de la ciudad está sufriendo una metamorfosis, sus funciones se transforman y funciones nuevas se añaden a las antiguas, mientras algunas de estas desaparecen. En resumen, las estructuras están siendo profundamente modificadas. Para reflexionar sobre este nuevo conjunto de formas, funciones y estructuras, la cooperación entre diversas disciplinas, entre diferentes sectores de las ciencias sociales, es absolutamente indispensable. Por ello considero simbólico, por lo menos, y anuncio de una posible continuación en este sentido, este equipo provisional que esta noche se reúne bajo la égida del Centre d'Études Socialistes.

A continuación, voy a exponer un cierto número de ideas, a la vez como marxista y como teórico del socialismo.

Hace unas decenas de años, una idea profundamente renovadora conmovió el mundo: la reforma agraria. La reforma agraria, en sí misma, no fue más que eso: una reforma; no tuvo en cuenta los objetivos de la revolución socialista

* Debate con J. Balladur y M. Ecochard; «Les Cahiers du Centre d'Études Socialistes», núm. 72-73, septiembre de 1967, París.

proletaria, revolución en la cual la clase obrera es el único motor; no puso en práctica estos objetivos, ni tampoco afectó, en su realización, a los cuadros de la sociedad capitalista. Es, por lo demás, lo que ocurre normalmente hoy día en numerosos países, donde se ponen en práctica planes y reformas agrarias, y éstas se inscriben en el marco de las sociedades existentes y se adaptan, mejor o peor, a ellas. Sin embargo, cuando en 1917 Lenin implantó en Rusia la reforma agraria, la pidió a los socialistas revolucionarios y la incluyó en las famosas Tesis de Abril, en los primeros decretos dictados por la Revolución de Octubre, dijo: «La reforma agraria es un eslabón indispensable hoy para la revolución proletaria; conmueve y afecta profundamente las estructuras existentes, es un apoyo, un sostén indispensable, que arrastra a las masas campesinas tras del proletariado.» Parece que estas verdades de la estrategia leninista han ido más lejos aún de lo que él pensaba; han desplazado, han deportado el centro de la revolución mundial a los países agrarios, países predominantemente agrícolas, países donde el problema de la agricultura y, en consecuencia, el de la industrialización, pasan a primer plano. Hoy la reforma agraria ha fracasado, salvo, quizá, en algunos países, pero sería demasiado largo hablar de estas virtualidades revolucionarias.

¿Qué es lo que reemplazará a la reforma agraria? La reforma urbana. Desde mi punto de vista, las cuestiones urbanas no son más que un eslabón y un aspecto de la revolución socialista en los países altamente industrializados; este eslabón, este apoyo, este sostén, es indispensable tenerlo en cuenta entre los problemas de la revolución socialista. Las cuestiones de la ciudad, de la planificación urbana, de la reconstitución de la ciudad, ponen en cuestión una parte de las estructuras fundamentales de la sociedad existente; por esto les hablo a ustedes esta noche de reforma urbana, sabiendo que no se trata de las tesis y los temas fundamentales de la revolución proletaria, de la revolución socialista a escala mundial, sino de un aspecto indispensable de esta revolución, que hay que reconsiderar hoy. Se ha agotado la primera ola de la revolución mundial; hace varias decenas de años que vivimos sus últimos vestigios. Esta reforma revolucionaria estuvo notoriamente marcada por la reforma agraria. La segunda ola de revolución mundial estará marcada, en mi opinión, por la reforma urbana, que será uno de

sus aspectos fundamentales, no el exclusivo y esencial, sino uno de sus aspectos, de sus fuerzas motrices.

El problema de la municipalización, de la socialización o de la nacionalización del suelo no es más que un aspecto del gran problema de la ciudad nueva. Es un pequeño aspecto importante, que en cierta medida, hasta cierto punto, pone en cuestión las relaciones de producción y propiedad existentes; es una medida socialista por todos lados combatida, pero no suficiente en sí misma: una municipalización o socialización del suelo no resuelve el problema de la ciudad. No es más que un primer elemento de solución; aunque esta cuestión previa del suelo estuviera resuelta, el problema de la ciudad futura quedaría intacto. Así, pues, esta cuestión nos demuestra que el problema urbano es un problema revolucionario, que pone en cuestión las estructuras de la sociedad actual.

En mi opinión, la arquitectura y el urbanismo deben diferenciarse cuidadosamente; son dos niveles de la realidad social. Yo diría, en el lenguaje de los sociólogos, que la arquitectura es el nivel microsociológico, mientras que el urbanismo es el nivel macrosociológico. El nivel de la arquitectura es el nivel de la forma del habitar, del inmueble; el nivel del urbanismo abarca la sociedad en su conjunto, está en relación con toda la sociedad y su solución definitiva sólo puede lograrse con la transformación de la sociedad en su conjunto. Es decir, las investigaciones de los arquitectos pueden dirigirse al nivel del edificio, del inmueble, de la habitación, mientras que las de los urbanistas carecen de sentido si no se dirigen al conjunto de la sociedad; hay que tener cuidado en la distinción de estos dos niveles, sobre todo ahora que muchos arquitectos se hacen urbanistas sin previas precauciones y sin tener en cuenta los problemas en toda su amplitud, dando lugar sus confusiones a resultados a menudo catastróficos. Muchos me dirán: hay especialistas que se ocupan de todo esto, que han tomado por su cuenta la gestión de estos asuntos; hay técnicos, tecnócratas, que dan soluciones técnicas a los problemas, sobre todo en cuanto a urbanismo se refiere, entendido como planificación del territorio, como planificación o semiplanificación.

Y es aquí donde quiero atacar de lleno, no a los tecnócratas, sino más bien al mito de la tecnocracia. La tecnocracia es un mito. Los tecnócratas no tienen el poder; cuando los tecnócratas logren tener poder de decisión, no serán

ingenieros, sino administradores, y además malos administradores. En tanto que ingenieros pueden predecir, presentir o incluso elaborar soluciones técnicas, pero en tanto que administradores no ocupan su puesto para aplicar soluciones técnicas. En el tema que nos ocupa, en cuestiones de urbanismo y arquitectura, los tecnócratas ocupan su puesto para disimular el hecho de que por todas partes se aplica el mínimo de técnica existente. El público cree que se elaboran soluciones técnicas y que hay razones profundas para imponerlas y para aceptarlas, pero en realidad es sólo un mínimo de técnica, tanto en urbanismo como en arquitectura; basta un simple examen de las soluciones propuestas para comprobarlo: con un poco más de técnica las viviendas serían insonoras, se construirían barrios con otro aspecto, los esquemas de circulación serían infinitamente mejores...; se considera casi utópico construir a dos o tres niveles (una construcción como las orillas del Sena, donde hay varios niveles superpuestos, estaba, hace algunos años, considerada como utopía). Por esta razón acuso a los tecnócratas, no por ser tecnócratas, sino por ser todo lo contrario, por imponer, bajo el mito de la tecnocracia, el mínimo de técnica. Por ello pienso lanzar una consigna con capacidad para poner en entredicho todas las realizaciones existentes: «Toda la técnica al servicio de la vida cotidiana, de la organización de la vida cotidiana.» Pues se nos ofrece estrictamente lo mínimo y, en contrapartida, se nos somete a un poderoso sistema de opresiones y de normas, elaboradas no por razones técnicas, sino financieras, y por especialistas que obedecen los imperativos del mínimo coste de producción: esto es lo que el público debe aceptar bajo el tinte de la tecnocracia, bajo la cobertura del mito de la tecnocracia. La tecnocracia es y será siempre un mito; el día que no lo sea querrá decir que tendremos otro tipo de política, que toda la técnica será puesta al servicio de la realidad, de la vida social, al servicio, en mi vocabulario, de la vida cotidiana. Y esto es algo esencial que querría hacerles comprender esta noche, en el marco de un centro de estudios socialistas que ante todo debe denunciar los principales mitos de nuestra época, comprendidos los que existen dentro de lo que se llama la izquierda.

El urbanismo es una ideología: el urbanismo es una ideología encubierta por el mito de la tecnocracia. Hay un verdadero bloqueo del pensamiento y la investigación urbanís-

tica. No quiero decir con esto que no existan hombres de buena voluntad y pensamiento lúcido, que tratan de agujerear y romper este bloqueo; pero este bloqueo existe a causa de las operaciones, de las normas, elaboradas, no por técnicos, sino por otro cuerpo mejor constituido, el de los inspectores de Hacienda. En cuanto al pensamiento urbanístico, está atrapado en una especie de dilema, prisionero, desprovisto de capacidad creadora, de inventiva y de imaginación; está atrapado en un dilema entre los problemas de circulación y los problemas plásticos. Unos se consagran exclusivamente a resolver los problemas de circulación, son los especialistas de cibernética; otros dicen que la belleza es necesaria para vivir y actúan como si toda la gente sintiese como ellos. Considerado desde arriba, a mil metros de altura, el plan amontona barrios de tal manera que únicamente tiene en cuenta el equilibrio de volúmenes, las líneas horizontales y las verticales; como si habitar consistiese en gozar de un contraste estético de líneas. Casi todos, no digo todos porque hay hombres lúcidos, ignoran qué es habitar.

Una vez eliminado el sistema de opresiones que denuncio, el pensamiento se libera y puede, especialmente, pedir prestados a la sociología una serie de elementos para reconstituir el urbanismo y la ciudad. Por supuesto, esta forma de pensamiento cae inmediatamente bajo la acusación de utopía. En efecto, desde que nos apartamos del sistema de normas y opresiones elaboradas y no, insisto, por razones técnicas, sino económicas y financieras; desde que nos salimos de este sistema, perdemos la apariencia de realistas y aparecemos como utopistas, es decir, hay que dar el paso y llamarse deliberadamente utopista. El sociólogo de la ciudad, por una parte, aumenta y profundiza científicamente el concepto de ciudad, y, por otra, libera la imaginación y se lanza deliberadamente a la utopía para construir la imagen de la ciudad posible, de las ciudades posibles. Una de las tesis que someto a ustedes es que el trabajo conceptual y científico debe ir acompañado de la liberación de la imaginación.

¿Qué aporta, entonces, la sociología con este doble aspecto, conceptual y científico por un lado, y elaboración de lo posible e imaginario, por otro? ¿Qué podemos aportar a los urbanistas? ¿Y a los arquitectos?

Ante todo, una distinción entre *habitat* y *habitar*. El *habitat* surge de una descripción morfológica, es un cuadro. *Habitar* es una actividad, una situación. Aportamos una no-

ción decisiva: la de apropiación; habitar, para el individuo o para el grupo, es apropiarse de algo. Apropiarse no es tener en propiedad, sino hacer su obra, modelarla, formarla, poner el sello propio. Esto es cierto tanto para pequeños grupos, por ejemplo la familia, como para grandes grupos sociales, por ejemplo quienes habitan una ciudad o una región. Habitar es apropiarse un espacio; es también hacer frente a los constreñimientos, es decir, es el lugar del conflicto, a menudo agudo, entre los constreñimientos y las fuerzas de apropiación; este conflicto existe siempre, sean cuales fueren los elementos y la importancia de los elementos presentes. Cuando el constreñimiento impide cualquier apropiación, el conflicto desaparece o casi desaparece. Cuando la apropiación es más fuerte que el constreñimiento, el conflicto desaparece o tiende a desaparecer en un sentido. En otro sentido estos casos de superación de los conflictos son casos límites y casi imposibles de alcanzar; el conflicto entre apropiación y constreñimiento es perpetuo a todos los niveles, y los interesados los resuelven en otro plano, el de la imaginación, de lo imaginario. Cualquier ciudad, cualquier aglomeración, ha tenido y tiene una realidad o una dimensión imaginaria, en la cual se resuelve el perpetuo conflicto entre apropiación y constreñimiento en el plano de los sueños, y es necesario hacer un sitio a estos sueños, a este nivel del sueño, de lo imaginario, de lo simbólico, espacio que tradicionalmente ocupaban los monumentos.

No quiero insistir más sobre la aportación de la sociología, que siempre hará hincapié en el hecho de que la ciudad es una totalidad, un todo, algo más que la serie de elementos que podemos discernir; es una presencia, ha sido y será una realidad más elevada que todo cuanto podamos discernir como partes o como elementos. Podría mostrar a ustedes cómo el sociólogo utiliza los conceptos claves de la sociología, a saber, los conceptos de forma, función y estructura, pero sería demasiado largo para una charla introductoria; lo que quiero indicarles ahora es que se da un rechazo de un método verdaderamente científico cuando cualquier ideología privilegia uno de estos tres términos. Forma, función y estructura son tres conceptos claves, tan importante uno como los otros, por lo que ninguno debe absorber a los demás. Es decir, una sociología científicamente orientada en el plano conceptual debe rechazar el formalismo que absorba la función y la estructura en la forma,

el funcionalismo que absorba la estructura y la forma en la función, y el estructuralismo que absorba la función y la forma en la estructura; debe servirse de esta batería de conceptos, dando a cada uno una importancia y una capacidad igual, sin privilegiar uno en detrimento de los otros.

¿A qué nos llevaría una sociología de la ciudad, de la cual sólo puedo ofrecer a ustedes un esbozo metodológico excesivamente simplificado? A mi juicio, encontraríamos la idea de que, tanto en la ciudad de ayer como en la del futuro, no existe el espacio urbano, sino espacios urbanos, varios espacios diferenciados, calificados, distintos del espacio geométrico o geográfico. En mi opinión, la ciudad ha tenido siempre, y tendrá cuando sea reconstituida, una función lúdica, un espacio lúdico; incluso entreveo la posibilidad de proponer, en el plano utópico de que he hablado hace un momento, una ciudad lúdica. Para la ciudad del futuro, donde el ocio desempeñará un papel importante, pondría un esquema de ciudad lúdica utópica, cuyo centro se dedicaría a juegos y espacio lúdico, comprendiendo todas las variedades de juegos, desde los juegos sin objetivo previo, hasta los culturales; desde el teatro hasta los deportes.

Un espacio es la inscripción en el mundo de un tiempo. Los espacios son realizaciones, inclusiones en la simultaneidad del mundo externo de una serie de tiempos, de ritmos de la ciudad, de ritmos de la población urbana, y en este sentido, como sociólogo, puedo proponeros la idea de que la ciudad no será realmente replanteada, reconstruida sobre sus actuales ruinas, hasta tanto no se haya comprendido que la ciudad es un empleo de tiempo y que este tiempo es de los hombres, de los habitantes, sin humanismos filantrópicos, sin frases humanitarias, sin humanismo a la antigua usanza, y que hay que organizar de forma humana este tiempo de estos hombres que son los habitantes.

Cuestiones diversas. Discusión

Las afirmaciones de nuestro amigo Balladur, acentuadas ciertamente por las declaraciones de M. Ecochard, confirman lo que antes dije, a saber, que las cuestiones urbanas, los problemas urbanos, ponen más y más en duda y en causa

la sociedad entera. Por ello he hablado de reforma revolucionaria y puedo insistir en esta afirmación que, creo, está destinada a desarrollarse en los años venideros.

Dicho esto, paso a un punto importante que he olvidado anteriormente y que quisiera apuntar ahora. Para mí es sumamente extraño, y de todo punto escandaloso, que las organizaciones políticas de la izquierda, se trate del Partido comunista, de la Federación o del Partido socialista, no pongan el problema urbano en primer plano de sus preocupaciones, y particularmente en períodos de campaña electoral. Añadiré que esta omisión me parece inquietante, y me pregunto si podemos encontrar alguna disculpa para el gobierno y los responsables actuales, pues se trata de agudos problemas, de problemas cruciales. Otra pequeña aclaración: no he querido separar arquitectura y urbanismo. He dicho que eran dos niveles diferentes y que estos niveles estaban necesariamente relacionados, articulados, y esto no quiere decir que estén separados, pero, a mi modo de ver, no hay que confundirlos, pues si estuvieran unificados hasta el punto de que el arquitecto fuera tan competente en urbanismo como el sociólogo, no veo donde está el lugar de este último.

La cuestión del equipo pluridisciplinario me parece delicada porque existe una antigua tendencia de todas las ciencias llamadas sociales o de la realidad humana hacia el imperialismo. Cuando nos encontramos entre sociólogos, geógrafos, economistas, se da siempre una lucha por el predominio. Se empieza por interminables discusiones para fijar la terminología, y después, a lo largo de estas discusiones, una ciencia determinada regenta las otras; y si el debate no es por el predominio, con frecuencia se trata de un diálogo de sordos; y por eso temo que los equipos interdisciplinarios caigan, hoy o más adelante, en estos errores. Me niego a comentar el problema de predominio o de papel dirigente. Mientras existan estos problemas no puede existir un equipo interdisciplinario. El equipo interdisciplinario sólo puede formarse y ser eficaz en la perfecta igualdad de sus constituyentes, sin que exista uno de ellos que se presente como más responsable o tenga la capacidad de decisión sobre los otros. Me niego, pues, a discutir este punto; creo que la discusión es una señal de inmadurez en esta cuestión. Habremos de esperar a mañana, o pasado mañana, en un clima diferente, en distinta atmósfera de cooperación,

sobre una base de igualdad entre los especialistas, para que puedan darse equipos interdisciplinarios; así lo deseo al menos.

Falta examinar el papel de la Universidad. Todos sabemos que la Universidad es una dama madura que se pone muy lentamente en movimiento y se retarda con frecuencia en cuestiones generalmente formales, muy desconectadas de la práctica social. Los problemas urbanos son tratados en ella desde hace muy poco tiempo; en particular en los departamentos de geografía humana, de sociología y quizá, incluso, de psicología. Poco a poco se constituye un contingente universitario que podría tener un papel consultivo en todos estos problemas.

La función del Estado

Quisiera también responder a una cuestión que me parece más importante todavía, el papel que desempeña el Estado. En efecto, constituir un cuerpo de urbanistas del Estado no me parece desprovisto de peligros, a pesar de que podría representar un período y una etapa en la solución de los problemas urbanos. Esta solución tardará en encontrarse y más aún en realizarse. Lo importante parece ser la intervención de los interesados, no digo ya la participación (existe también el mito de la participación). Mientras no exista intervención directa en las cuestiones de urbanismo, mientras no exista la posibilidad de autogestión a la escala de comunidades urbanas locales, mientras no se den tendencias a la autogestión, mientras los interesados no tomen la palabra para expresar, no sólo lo que necesitan, sino lo que desean, lo que quieren, mientras no informen continuamente de su experiencia del habitar a quienes se pretenden expertos, faltará siempre un dato esencial para la resolución del problema urbano. Infortunadamente, el Estado tiende siempre a prescindir de la intervención de los interesados.

Alguien habló aquí de problemas de descentralización. Uno de los caracteres más paradójicos y escandalosos de la política actual consiste en que se realiza una descentralización puramente ficticia que es operada, sencillamente, por los organismos del Estado centralizado, sin que los interesados sean llamados para nada a capítulo, lo cual es real-

mente extraordinario. Bajo el pretexto y el tinte de descentralización, se centraliza un poco más, pues el Estado centralizado se encarga de la descentralización, que, por eso mismo, es ficticia.

La participación de los usuarios

Insisto profusamente en la idea de que puede haber participación ilusoria: reunir en una sala doscientas personas para decirles «Ante ustedes, unos planos de urbanismo ya elaborados», eso no es participación, ni siquiera consulta; es publicidad, pseudoparticipación. Pues bien, esto ha sido hecho; podría concretar dónde y cómo. La participación debe ser una intervención activa e ininterrumpida de los interesados; en realidad, se trata de comités de base, de comités de usuarios, con una existencia permanente, no digo ya institucional (digamos que esto podría formar parte de un nuevo derecho que reclamamos: derecho relativo a las cuestiones de urbanismo). Es preciso que la capacidad de intervención de los interesados sea permanente; sin ello, la participación resulta un mito.

XVI. Conferencia en la ciudad universitaria de Antony *

El punto de partida de la reflexión, de esta charla, es el proceso de industrialización, el máximo proceso transformador de la sociedad contemporánea. Este proceso es inductor de otros hechos; los hechos de urbanización son hechos inducidos.

La industrialización es el punto de partida de todo tipo de fenómenos: crecimiento, planificación, etc. Quizá no se haya destacado suficientemente este fenómeno fundamental: la industrialización en sus implicaciones con los problemas de la vida contemporánea.

Esta sociedad en la cual vivimos recibe a menudo el nombre de sociedad industrial. Este fenómeno me parece inexacto. Siendo el proceso de industrialización el proceso inductor, me parece más justo calificar esta sociedad por el efecto inducido, la urbanización, es decir, llamarla sociedad urbana.

La ciudad preexiste a la industrialización. Es la creación más bella, más importante. La vida urbana es anterior al proceso de industrialización.

La Historia nos muestra que la ciudad oriental corresponde al modo de producción asiático; la ciudad griega y la romana, al modo de producción esclavista; la ciudad medieval, al modo de producción feudal. Todas las formaciones urbanas, particularmente las más logradas, son anteriores a la industrialización. La ciudad tiene una realidad económica, social, cultural: es el centro de capitales, de conocimientos, de técnicas; tiene también una vida social. Productora de obras, es una obra en sí misma. En la época precapitalista, la complejidad de la Historia es difícil de interpretar, ya que la ciudad concentra, al mismo tiempo, la riqueza producida por el campo que la rodea. El capitalismo comercial, concentrado en las ciudades, movilizó la riqueza. Creó los circuitos de transferencia de la riqueza. Sobre esta base de la primacía urbana se constituye la obra centralizadora, pro-

* Plan detallado de la conferencia celebrada el 13 de noviembre de 1967.

ceso muy desigual según las regiones y países, que no se ha desarrollado de la misma forma en Francia, en Alemania, Inglaterra o Italia. En estas complejas circunstancias nace la industrialización. La industrialización nació, pues, fuera de las ciudades.

Las ciudades son el terreno donde las clases se enfrentan, donde se desarrolla la lucha de clases. La clase dominante se siente siempre amenazada por el pueblo, por la asamblea de comunidades urbanas; en consecuencia, se juega su existencia social ante ese espectador atento e inquietante al que debe dar garantías, emolumentos, para el cual hay que organizar espectáculos: las fiestas y los monumentos.

La ciudad, esta organización formal, protegida por las corporaciones, que tienden a fijarla, a definirla... La historia de la ciudad es en gran parte la historia en la ciudad: historia de luchas de fracciones, lucha de clases. La industrialización origina la ruptura de este sistema urbano. Los historiadores han insistido mucho en el hecho de que la industria trajo consigo la ruptura del sistema corporativo, que estaba íntimamente ligado al sistema urbano. En resumen, fue necesario romper este sistema urbano para lograr la industrialización. Allí donde este sistema urbano era sólido y cerrado, ha habido un retraso apreciable en el crecimiento capitalista, sobre todo en Alemania e Italia.

En estas condiciones, la naciente industrialización se instala a menudo fuera de las ciudades, cerca de las fuentes de energía (ríos, minas), cerca de los medios de transporte, cerca de las materias primas, y próxima a la mano de obra, casi siempre de origen campesino, ya que las corporaciones se mantenían en marcos fijos. Ya para entonces, existían artesanos en el campo (forjadores, tejedores, carpinteros); de ahí el mantenimiento de pequeños centros industriales: valles textiles en Normandía, el valle del Mosela, donde sólo existen dos ciudades, Metz y Nancy, mientras que todo el valle tiende a la industrialización. No hay grandes ciudades industriales propiamente dichas. La industrialización crea al mismo tiempo acumulación de riquezas y población en las ciudades: Le Creusot, Saint-Étienne o Tourcoing, y, a gran escala, el Ruhr. Así, pues, la industrialización se implanta a menudo fuera de las antiguas ciudades, crea nuevas ciudades, y las antiguas continúan existiendo en tanto que mercados. Son fuente de capitales y mano de obra; son residencias de los dirigentes industriales.

Este proceso no es demasiado conocido, ni ha sido suficientemente estudiado. La industria prescinde, a menudo, de la ciudad antigua. En Estados Unidos, donde no hay ciudades en el sentido europeo de la palabra, sino aglomeraciones, la industria se establece fuera de las ciudades pero tendiendo a aproximarse a ellas, al mismo tiempo que las ataca e intenta la ruptura de los antiguos núcleos.

Simultáneamente vemos cómo se extiende el fenómeno urbano a los suburbios y periferias industriales de las ciudades, sin contar con fenómenos singulares como el chabolismo.

Este doble proceso de urbanización e industrialización es un proceso que sólo se puede estudiar con un método dialéctico: unidad de los dos aspectos, y conflicto entre ellos.

La industrialización no sólo produce barrios proletarios, sino también oficinas, centros de investigación, centros políticos, que llamamos hoy centros de decisión.

Es un doble proceso: de implosión y de explosión.

El tejido urbano: una metáfora nada clara; las mallas son muy desiguales; dejan escapar regiones enteras.

Pérdida relativa de población campesina, junto a una mayor ruralización de los pueblos. A la urbanización que se va extendiendo, se opone una ruralidad cada vez más fuerte. Inmensa extensión de regiones bajo la dependencia de ciudades, de industrias, del comercio al por mayor, de la organización urbana total. El tejido urbano no impide la persistencia de antiguos núcleos. Son centros de vida urbana transformados, renovados, como la vida del Quartier Latin, que, transformándose, se ha mantenido.

Vemos cómo aparece una nueva centralidad: la centralización de la información, de la formación y de la información culturales; centro de decisión. Reunidas estas tres centralidades y tendréis centros de poder, que corren el riesgo de influir, con su formidable poder, toda la vida social; poder que supera al que se atribuye a las dictaduras políticas.

La nueva centralidad está cargada de amenazas, es la que plantea los problemas más urgentes.

La crisis de la ciudad es doble: teórica y práctica. En la práctica, el centro urbano va manteniéndose, a veces deteriorado, a veces desbordado. En la teoría, el concepto de ciudad, tal como lo entendemos nosotros, está basado en imágenes de la ciudad tradicional. Intentamos comprender la

vida urbana, la sociedad urbana, tanto la actual como la posible. ¿Qué oculta la relación, mal analizada aún, difícil de aprehender, entre el tejido urbano de grandes territorios y una centralidad urbana tratando de consolidarse?

En esta situación contradictoria es donde aparece el pensamiento urbanístico.

Crítica de la nueva racionalidad.

Hay varias tendencias dentro del urbanismo: el próximo al antiguo humanismo, que intenta que se construya a escala humana, escala superada ya. Específico idealismo; retorno al pueblo, a la comunidad pueblerina, a la comunidad de barrio; crear unidades de vecindad incluyendo como máximo algunos millares de personas.

Otros quieren que el ciudadano sea un ciudadano a la antigua usanza. Este urbanismo filosófico y filantrópico sólo puede acabar en un estetismo.

Hay una segunda tendencia que se pretende científicamente fundada. Efectivamente, está fundada sobre diversas técnicas: técnicas de circulación, de intercambio... La circulación se transforma en problema capital; en la ciudad-coche el factor humano se trata con cierto desprecio. Es un urbanismo de vías de circulación y alcantarillas.

La tercera tendencia del pensamiento urbanístico, más flexible, más comprensiva, quiere alcanzar una visión global, fundada tanto en una concepción filosófica de la sociedad como en una concepción pluridisciplinaria. Es un urbanismo que, desde hace algunos años, se pretende unitario. Es el urbanismo patente en el esquema director de la región parisina; este urbanismo corresponde a una concepción global de la sociedad, determinada por una estrategia global del Estado, del poder. Lo que se está intentando es lograr un París en el cual todo estará determinado en relación con el servicio de los centros de decisión, en función del mismo. La ciudad, elemento fundamental de la producción, se transforma en instrumento político y dispositivo para controlar el consumo.

Contradicción entre integración y segregación. Yendo hacia la integración, se obtiene como resultado la segregación... ¡Estrategia de clase!

XVII. Prefacio al estudio de Ph. Boudon: «Pessac, el barrio Le Corbusier» *

Prolongamos aquí el estudio de un «caso» en apariencia menor y ligero, pero en realidad cargado de sentido. Hace cuarenta años, el arquitecto-urbanista más célebre de los tiempos modernos, hombre a la vez teórico y práctico, construyó en Pessac, cerca de Burdeos, un barrio nuevo: el barrio de Pugis. ¿Qué pretendió Le Corbusier? Una realización moderna; considerar las realidades económicas y sociales; crear un habitat habitable y poco costoso; proporcionar a la gente un receptáculo en el cual poder instalar su vida cotidiana. En resumen, el arquitecto-urbanista quiso servir lo funcional determinado por razones técnicas, y concibió un espacio previsto, geométrico, compuesto de cubos y aristas, de vacíos llenos, de volúmenes homogéneos.

Pero, ¿qué sucedió de este proyecto? ¿Qué hizo en realidad Le Corbusier? Quizá por su genio, o quizá porque los individuos más dotados no hacen exactamente lo que hubieran querido (por suerte o por desgracia), produjo un espacio relativamente plástico, modificable. Y los habitantes, ¿qué han hecho? En lugar de introducirse en ese receptáculo, y adaptarse a él pasivamente, han habitado activamente, hasta cierto punto. Han mostrado en qué consiste habitar: en una actividad. Han obrado lo que les fue ofrecido, han hecho modificaciones, añadidos. ¿Qué han añadido? Sus sugerencias. Han producido diferencias, que Philippe Boudon analiza, mostrando sus significaciones. Y han introducido calidades; han construido un espacio social diferenciado.

Philippe Boudon, con su afinado análisis de estas diferencias, de estas cualidades «tópicas» introducidas o mejor aún *producidas* en un espacio indiferenciado, ha hecho avanzar el estudio urbano. Seguramente ha ido más lejos de lo que él mismo imagina. Ha esclarecido *niveles* en la realidad y en el pensamiento. En su obra encontraremos la ilustración, si no la demostración, de la existencia de tres niveles.

* Libro editado por Dunod, París, 1959.

a) *El nivel de la teoría mezclada con una ideología*, o, si se prefiere, generalmente mal desenmarañada de la ideología. En este nivel operan el arquitecto y el urbanista. Reasumen el problema que les es planteado empíricamente a través de una ideología urbanística. En acuerdo o desacuerdo con las instituciones, con los organismos políticos, pero en su plano. Lo cual no está exento de riesgos. Philippe Boudon recuerda, en relación a la iniciativa de Le Corbusier y en relación a la «determinación social», los riesgos y peligros de esta ideología.

b) *El nivel de la actualización y la aplicación*, en el cual se introducen, al lado de inquietudes ideológicas, o superponiéndose a éstas, razones de un orden distinto. En este nivel, el pensamiento y la voluntad del arquitecto se someten, confusa o claramente, a exigencias prácticas, realidades sensibles. La práctica arquitectónica se muestra a la vez más incierta, más dúctil y más vívida que la teoría. La práctica ideológica y la «práctica teórica» se dejan desbordar por la realidad concreta.

c) *El nivel de la práctica urbana*, es decir, de los efectos de una manera de vivir, de un estilo (o de una ausencia de estilo). La obra social, colectiva e individual, marcada por un grupo más o menos fuertemente, se descubre como obra. En este nivel se manifiestan una topología, un sentido, una racionalidad concreta más elevada y compleja que la racionalidad abstracta.

El estudio de Philippe Boudon se sitúa en la convergencia de la arquitectura y el urbanismo, de la investigación y el análisis (apenas comenzado), de la *praxis* urbana. Su obra nos aporta elementos para una formulación clara de la problemática urbana y para una crítica de todo urbanismo en cuanto respuesta a esta problemática.

XVIII. Intervención en el Seminario de Sociología de Madrid *

Hay un punto central resultado de nuestros análisis: la relación entre espacio y tiempo. Para mí, su importancia es extrema. Se trata de llegar a encontrar la relación entre el espacio y el tiempo según la idea general, o si se prefiere el principio de análisis, de que todo espacio social es un empleo del tiempo. El espacio es la manifestación de un empleo del tiempo en una determinada sociedad.

Es decir, que la crítica del urbanismo y la crítica de las nociones y representaciones del espacio aceptadas por los urbanistas revelan muchos aspectos que estos urbanistas no conocen. Por ejemplo, hace tiempo que hemos comenzado lo que C. Alexander hizo en América con medios extraordinarios, mucho más poderosos que los nuestros, y hemos mostrado que el espacio atendido o aceptado por los urbanistas y que les parecía un espacio totalmente positivo, inocente si se me permite decirlo, era en realidad un espacio de clases, un espacio de segregación. La representación gráfica del árbol, que pasaba por representación absolutamente científica, que era adoptada incluso como esquema de circulación o dispositivo de unidades de vecindad, es en realidad un espacio de segregación. Se precisa un análisis crítico muy atento para darse cuenta de que estamos constituyendo islotes. Voy a intentar dar un esbozo de todas las investigaciones que realizamos sobre el espacio: análisis crítico del espacio concebido por los urbanistas y arquitectos, por una parte, y teoría del espacio y de la forma en que los grupos y clases sociales crean espacios o participan en la creación de espacios, o, por el contrario, padecen las construcciones o las creaciones de espacios.

En lugar de considerar las calles y plazas aisladamente en el plano de la ciudad, intentamos reconstituir la forma en que las diferentes épocas y clases han producido el espacio de la ciudad (París, por ejemplo, pues para mí es buen

* 6 de noviembre de 1968.

ejemplo), los diferentes estratos del espacio. Buscando cuales fueron los grandes grupos influyentes en determinados periodos (esto interesa a quienes trabajan en el dominio de las colectividades locales) se consigue por un simple método histórico, comparativo e histórico, captar en qué forma concibieron éstos el espacio e imprimieron su marca en el espacio creado, en determinado periodo. Pero hay otros métodos.

El método matemático, la teoría de los conjuntos, parece perfectamente utilizable, con la condición de no querer sacar todo de él. Cabe preguntarse si es preciso abordar el problema de la realidad urbana con el sintol, el algol o el fortran. Soy incapaz de responder. No creo que haya ningún método exhaustivo. Que ningún método es total me parece incluso un principio metodológico. No sé qué lenguaje de máquina permite desentrañar la realidad urbana, pero es preciso probar.

Observo que hay un proceso real, el de la urbanización, a partir de la industrialización, y que el problema consiste en conocer ese proceso y dominarlo. Esta es la perspectiva que más auténticamente marxista me parece. Sólo que Marx la ha aplicado al proceso de industrialización. Concibió la industrialización como un proceso que había que conocer, y, dominándolo, orientar. A mi parecer el problema ha cambiado. Hoy tenemos un problema nuevo, que no suprime el planteado por Marx y que consiste en conocer y domeñar el proceso de urbanización. Por tanto, no tenemos que habérmolas con algún ideal más allá de lo real en el movimiento de lo real, en el proceso de lo real que se pretende conocer. La novedad, pues, respecto a cuanto Marx escribía hace un siglo, es que el proceso de urbanización reemplaza hasta cierto punto en nuestras preocupaciones, y reemplazará más y más, al proceso de industrialización entendido separadamente, pero con una problemática nueva. Con la problemática urbana, que es una problemática nueva, el objeto sigue siendo el conocimiento y dominio por el pensamiento de un determinado proceso.

La segregación merece un estudio propio y particular, pues hay segregación según niveles de ingresos, según modelos sociales. Y hay varias especies de segregación: económicas, sociales, culturales. Creo que la teoría de la segregación no está todavía totalmente elaborada, pero, a pesar de todo, cuanto más se despliega la realidad urbana en los marcos

de la sociedad actual, al menos en Francia (y debo decir que las visitas que he hecho a Madrid en la periferia me han confirmado esta idea), más se afirma la segregación.

Los arquitectos, los urbanistas, creen organizar la circulación según un esquema que se impone por razones científicas, y en realidad lo que construyen es un espacio de segregación, en el cual la segregación es inevitable, es necesaria. Es la operación del esquema. Pero no es ésta la única segregación. Hay varias otras, incluida la segregación cultural.

Con la formación de la sociedad urbana, con el desarrollo de la realidad urbana y la creciente importancia de la problemática urbana la misma sociedad, la misma práctica social se pretende integradora, buscar integrar, se propone explícitamente la integración, y, sin embargo, es segregadora. Y es ésta una contradicción en nuestra sociedad, y una contradicción nueva, que Marx no analizó porque no existía en su época, no se había manifestado aún: es una contradicción nueva de la práctica social en la sociedad que analizamos y que intentamos entender y explicar. Este análisis dimana, como comprenderán ustedes, de un método dialéctico. Hay que actualizarlo, captar la realidad concreta y práctica de nuestra época por el método dialéctico; sólo así se evidencian estas contradicciones nuevas, que son también contradicciones de clase.

La creación de un lenguaje sociológico es una tentativa a realizar, pero no olvidemos que nos encontramos ante problemas que sólo pueden plantearse sobre el terreno, que son problemas interdisciplinarios, es decir, de resolución particularmente delicada y difícil, pues el lenguaje operativo del que hablan ustedes debiera ser el lenguaje común de economistas, geógrafos y cuantos trabajan en un plan o para un proyecto. No se trata sólo de llegar a traducir los resultados críticos de un análisis histórico; en realidad el problema es más amplio, es el de un lenguaje común a diferentes especialidades que se ocupan de un proyecto; y no está resuelto ni mucho menos. También ustedes tendrán estas dificultades, en particular con arquitectos. Se ha iniciado una lista de sentidos absolutamente distintos para arquitectos y otros especialistas. El término *oficina*, por ejemplo. Para un sociólogo evoca el término *burocrático*, mientras que para un arquitecto evoca la norma de 2'80 m. entre techo y suelo; este es todo. Hace dos años celebramos una reunión del

Institut de Sociologie Urbaine en Atenas, y trabajamos varios días sólo para definir la palabra «ciudad».

No tengo ninguna crítica que aportar al estudio del «San Blas».¹ He encontrado bien el trabajo que recibí en español; lo leí atentamente, sin comprender todo, aunque nada reemplaza la observación sobre el terreno. Me gustaría que hubiera estudios semejantes sobre los grandes barrios de la región parisina. El método empleado es muy concreto, y me parece bueno. Evidentemente, este espacio ha sido creado por un grupo, ya sabéis cuál. ¿Por qué, cómo trabaja ese grupo, cuál es su ideología si la tiene? ¿Cómo proyecta su ideología y su concepción de las relaciones sociales en un espacio determinado?...

Soy partidario de una especie de pluralismo metodológico; hay que conseguir la convergencia. Lo cual no siempre es fácil. La cuestión de convergencia es clave, tanto en el trabajo interdisciplinario como en el trabajo mismo dentro de una disciplina, la sociología. Siempre y cuando la sociología tenga derecho al título de disciplina independiente. Según esta óptica, mi postura es muy clara: ninguna ciencia fragmentaria y parcelaria puede existir sin su crítica y autocrítica perpetuas. La sociología exige la crítica de la sociología. Sin crítica permanente, en la sociología no hay sociología. Las ciencias fragmentarias se complacen, y los sabios mismos terminan por complacerse en el carácter parcelario de sus conocimientos si no se les recuerda en todo momento que sólo cuentan con fragmentos de conocimientos. Esto no quiere decir que no haya sociología, sino que la sociología exige la crítica de la sociología. Es un punto de vista, una perspectiva, un fragmento de conocimientos, y es así como se plantea la cuestión de la convergencia. No es posible hacer converger investigaciones y perspectivas de otra forma que acompañando cada investigación y cada perspectiva de su crítica.

1. Estudio de un gran barrio periférico de Madrid.

XIX. Las necesidades funcionales

Las cuestiones llamadas sociológicas pueden ser abordadas por dos vías distintas: la microsociología y la macrosociología. Hoy (14-15 de diciembre de 1968) trataré del acercamiento microsociológico. En un seminario posterior, me referiré al acercamiento macrosociológico.

Por otra parte, todo objeto de análisis es susceptible de tres exámenes: el análisis formal, el análisis funcional y el análisis estructural. Ninguna de estas formas analíticas tiene prioridad sobre las demás y ninguna puede ser privilegiada. Estos tres análisis, con un mismo derecho, proporcionan los elementos para la captación, por sucesivas aproximaciones, de la totalidad del fenómeno urbano.

Consideremos, pues, el espacio al nivel del *habitar* (no decimos «el habitat», para indicar que este espacio no se separa del espacio urbano y del espacio social, al igual como tampoco de los modos de apropiación particulares y específicos a estos niveles más vastos pero no necesariamente más complejos y más ricos en cualidades y propiedades).

1. *Análisis formal.* La posición de los lugares puede ser indicada, con las debidas reservas sobre la confrontación con el espacio urbano que los lugares del «habitar» reproducen o no, y al igual que añaden o no, empobrecen o enriquecen según los casos. Los lugares del *habitar* se distinguen en *públicos* (el portal, la entrada, el pasillo, etc.), *semipúblicos* (el salón de ayer, la sala de estar actual) y *privados* (habitaciones, cuartos de baño o aseo etc.) Se pueden también clasificar los lugares según estén dedicados al paso, a la estancia y a la reunión, a los servicios (activamente: lugares que sirven; pasivamente: lugares servidos).

2. *Análisis funcional.* Se pueden enumerar y clasificar las funciones inherentes al *habitar*, que corresponden (o no) a funciones urbanas o sociales regidas por la división social del trabajo, al nivel de la aglomeración o de la sociedad. Distinguimos, pues, los lugares de trabajo y de relajación, los lugares de las comidas y de recepción, los lugares de reserva y los de evacuación, los lugares de reunión y los de

comunicación (lugares que pueden o no coincidir, según los casos; por ejemplo, el teléfono puede hallarse en una habitación o en el *living*, lugar de recepción, lo cual no autoriza a suprimirlo de la lista de lugares funcionales).

3. *Análisis estructural*. Son esencialmente recorridos, que vinculan de todas las maneras posibles los lugares así distinguidos y articulados. Ese análisis tiene en consideración posibles coincidencias (por ejemplo, el teléfono en una habitación destinada a otro uso y por consiguiente polifuncional). Establece la lista de *secuencias*, vinculando la tóptica del habitar a las topologías más generales del espacio urbano y del espacio social, y, en consecuencia a los fenómenos urbanos y a la organización de la ciudad (o de la aglomeración). Este estudio de los recorridos tiene la ventaja y el interés de descubrirnos la relación del tiempo y del espacio, la inscripción y las huellas del primero en el segundo. Es posible establecer simultáneamente el organigrama y el diagrama de los desplazamientos cotidianos en el espacio habitado, caracterizando este u otro empleo del tiempo, esta u otra modalidad de lo cotidiano, inseparables del empleo del tiempo y de la realidad urbana.

¿Podemos reencontrar en el nivel del *habitar* las propiedades tópicas del espacio urbano y social, sus categorías (a saber: isotopía, heterotopía, utopía)? ¿Es *el habitar* un simple punto de aplicación de la topología urbana o bien la fuente, el fundamento de su racionalidad? A estas preguntas, responderemos posteriormente.

XX. A propósito de la investigación interdisciplinaria en sociología urbana y urbanismo *

I. *El fenómeno urbano*

a) Damos aquí como un hecho logrado el poder denominar «sociedad urbana» a la sociedad contemporánea, caracterizando así a la vez su realidad y su tendencia, y también admitimos el derecho de preferir esta denominación a otras que han sido o son propuestas (sociedad industrial, sociedad técnica, sociedad de consumo, o del ocio, etc.). En efecto, el crecimiento económico y la industrialización extienden sus efectos al conjunto de los territorios nacionales y regionales; hacen desaparecer las agrupaciones tradicionales propias de la vida campesina, los pueblos, absorbiéndolos y reabsorbiéndolos en unidades más vastas, integradas a la producción industrial. La concentración de población acompaña a la de los medios de producción. Las aglomeraciones pequeñas y medianas se encuentran cogidas en el tejido urbano que prolifera, excluidas las zonas estancadas o en proceso de extinción de los grandes países industrializados. Para los productores agrícolas se perfila en el horizonte la agrociedad. Una hipótesis y una posibilidad de hipótesis se imponen como punto de partida de la reflexión: la urbanización cien por cien. Esto define la sociedad urbana. Esta hipótesis no debe hacer olvidar, primeramente, la existencia de modalidades diferentes de urbanización, de acuerdo con las características globales de la sociedad considerada (neocapitalista o socialista, en curso de crecimiento, o ya altamente industrial), y, en segundo lugar, la diferencia, que puede ser grande, entre crecimiento económico y desarrollo social.

b) La extensión del tejido urbano y la concentración urbana han hecho estallar la ciudad, la que se remonta a las épocas preindustrial y precapitalista. ¿Qué hay para sustituirla? Esta pregunta plantea ya en toda su amplitud la problemática urbana.

* Revista «Utopie», 1962.

II. Complejidad del fenómeno urbano

a) Hoy, el fenómeno urbano asombra por su enormidad y complejidad, que desbordan los medios del conocimiento y la acción práctica. El fenómeno es pertinente primeramente a métodos descriptivos (ecológicos, fenomenológicos, empíricos). Estos métodos evidencian determinados rasgos del fenómenos urbano, en particular la enormidad y la complejidad. ¿Permiten conocerlo? A partir de cierto punto, la descripción, aun rigurosa y afinada, no basta. Hemos llegado a las fronteras de la morfología y proseguir más en la misma dirección es substituir la descripción por una ideología, traicioneramente; es hacer contrabando con una ideología bajo la apariencia de descripción. Hay, pues, que pasar de la fenomenología al análisis. El fenómeno urbano se presenta como realidad global (o si se prefiere, *total*) que pone en cuestión el conjunto de la vida social teórica y prácticamente. Esta globalidad no puede captarse inmediatamente. Interesa proceder analíticamente avanzando hacia lo global. Procedimiento difícil, pues a cada paso es preciso aceptar riesgos, evitando obstáculos y pasos en falso. Sobre todo porque en cada tanteo, en cada avance, surge una interpretación ideológica que en seguida se muda en *práctica parcial*. Un buen ejemplo de estas ideologías totalizantes correspondientes a prácticas parciales lo encontramos en las teorías del espacio económico y de la ordenación del territorio que se limitan simplemente a hacer desaparecer el espacio propiamente urbano y su especialidad, absorbiendo el desarrollo social en el crecimiento industrial.

b) Cada ciencia especializada recorta en el fenómeno global un determinado «campo», un «dominio», el suyo. Lo esclarece a su manera. No se trata aquí de escoger entre la tesis del recorte y la del esclarecimiento, al menos por ahora. Es más, toda ciencia parcelaria se fragmenta en disciplinas especializadas en segundo grado. En la sociología entran la sociología política, la economía, rural y la urbana, la religiosa, etc. Las ciencias parcelarias y especializadas operan, pues, *analíticamente*; resultan de un análisis y proceden por análisis. En lo que respecta al fenómeno urbano considerado globalmente, la geografía, la demografía, la historia, la psicología, sin olvidar la sociología, aportan, pues, los resultados de un procedimiento analítico. La geografía estudia el emplazamiento de la aglomeración y su situación en

un territorio regional, nacional, continental; el climatólogo, el geólogo, el especialista en flora y fauna, asociados todos ellos del geógrafo, aportan también informaciones indispensables. El demógrafo estudia la población, su origen, la *sex ratio*, la tasa de fertilidad, las curvas de crecimiento. ¿Qué estudia el economista, tanto si es especialista de la realidad urbana como si está meramente interesado en los fenómenos generales de crecimiento? Objetos de estudio no le faltan: producción y consumo en el marco urbano, reparto de renta, estratos y clases, tipos de crecimiento, estructura de población (activa o pasiva, «secundaria» o «terciaria»), etc. El historiador se preocupa de la génesis de las aglomeraciones, de los acontecimientos e instituciones que las han marcado. Y así sucesivamente. Sin los procedimientos progresivos y regresivos (en el tiempo y en el espacio) del análisis es imposible concebir *la ciencia del fenómeno urbano*.

c) Cada descubrimiento en estas ciencias parcelarias permite un análisis nuevo del fenómeno total. Este análisis debe partir de la teoría de las interacciones jerarquizadas (homeóstasis), para definir determinadas realidades urbanas, reemplazado así por conceptos racionales el viejo organismo y su finalismo ingenuo. La lingüística ha dado recientemente un salto adelante, y esto nos ha permitido extraer una noción: la de *sistema de signos* (y de significaciones). Nada impide considerar el fenómeno urbano con este método y perspectiva. Nadie negará el interés que pueda tener la riqueza (o pobreza) de signos, significaciones y sentidos de la ciudad y el fenómeno urbano. Pero probablemente es una tesis abusiva y dogmática afirmar que la ciudad y el fenómeno urbano constituyen un sistema (definible por signos, captable a partir de determinado modelo lingüístico, el de Jakobson, el de Hjelmslev, el de Chomsky). Por una parte, el concepto de sistema de signos no recubre el fenómeno urbano; si hay un lenguaje de la ciudad (o lenguaje en la ciudad), si hay «escritura» urbana, y por tanto posibilidad de estudios semiológicos, la ciudad y el fenómeno urbano no se reducen ni a un lenguaje ni a una estructura ni a una semiología. *La práctica urbana* desborda estos conceptos parciales. Por otra parte, no hay en la ciudad ni en el fenómeno urbano actuales *un* (único) sistema de signos y significaciones, sino *varios*, a *varios niveles*: el de las modalidades de la vida cotidiana (signos y significaciones del *habitar* y del *habitat*, de la *práctica urbana*), el de la socie-

dad urbana en su conjunto (semiología del poder, de su fuerza, de la cultura considerada globalmente o en su disolución), el de la vida urbana particularizada (semiología de rasgos propios de determinada ciudad, su paisaje, su especialidad). Sean cuales fueren los límites de la semiología aplicada a la realidad urbana, no deja de ser un hecho importante que estos nuevos avances de una ciencia revelen nuevos aspectos de la realidad urbana.

III. Mitos y necesidad de la cooperación de las ciencias fragmentarias. Proyecto de una Facultad de Urbanismo

a) Esta complejidad del fenómeno urbano explicita la necesidad de una cooperación «interdisciplinaria». El fenómeno urbano, considerado en toda su amplitud, no resulta exclusivo de ninguna ciencia especializada, sino de todas. Incluso si planteamos como principio metodológico el que ninguna ciencia se renuncie a sí misma, y que, por el contrario, cada especialidad debe avanzar hasta el límite la utilización de sus recursos para alcanzar el fenómeno global, ninguna de estas ciencias puede pretender agotarlo. Y tampoco regirlo. Pero cuando hemos admitido u optado por esto, las dificultades empiezan. Entre los interesados, ¿quién puede ignorar las decepciones y sinsabores que aportan las reuniones llamadas «interdisciplinarias»? Unas veces son diálogos de sordos, otras pseudoencuentros sin lugares comunes, y en todas el primer problema es el de la terminología. Dicho de otro modo, el del lenguaje. Rara vez los participantes se entienden sobre las palabras, y más raramente aún sobre los conceptos. En cuanto a las tesis y teorías, generalmente resultan incompatibles. Simples confrontaciones y enfrentamientos pasan por éxitos. Las discusiones se sitúan, en la mayor parte de los casos, fuera de las controversias. Suponiendo que se llegue a definir «objetos», casi nunca se sigue la conocida regla: sustituir la definición por lo definido, sin error lógico. La dificultad metodológica y teórica crece cuando se comprueba, en el curso de estas conversaciones, que todos y cada uno buscan la síntesis y pretenden ser «el hombre de síntesis». Los especialistas sólo conciben esta síntesis en su terreno propio, a partir de sus datos, de su terminología, de sus conceptos y tesis. Reglamentariamente, se asiste a la reaparición del imperialismo cientí-

tos, son limitados. La convergencia, como se dice, es patente-fía o lo que sea. Todos y cada uno se representan las otras «disciplinas» como auxiliares suyas, vasallos, sirvientes. Se oscila entre el particularismo y el espíritu de mesianismo científico, por una parte, y la confusión, el «babelismo», por otra. Durante estas reuniones llamadas interdisciplinarias, no tarda en ser imposible mantener sin separación las especificidades, o la unidad sin mezcolanzas. Se termina en compromisos mediocres, por cansancio, pues hay que parar, y las jornadas del coloquio o seminario, así como los créditos, son limitados. La convergencia, como se dice, es patentemente rezagada.

b) Por una parte, pues, el fenómeno urbano (tanto o más que la «industria», el trabajo social o la «sociedad» entera) manifiesta su universalidad. Lo cual bastaría para justificar la creación de una Universidad para su estudio analítico. Advirtamos que no se trata de reclamar para este estudio una prioridad absoluta sobre las otras investigaciones y disciplinas ya institucionalizadas: Letras y Artes, ciencias diversas. Basta concebir una Facultad que reagrupe alrededor del análisis del fenómeno urbano todas las disciplinas existentes, desde las matemáticas (estadísticas, pero también teoría de la información y cibernética) a la historia y la lingüística, pasando por la psicología y la sociología. Digamos de pasada que esta concepción reclama una modificación de las ideas admitidas sobre la enseñanza, pues pretende obtener la institución de una facultad, no a partir de un saber definitivamente adquirido (o que se pretende que lo está) sino alrededor de una *problemática*. Por otra parte, el estatuto de semejante institución no se define claramente. El proyecto puede seducir, pero esta seducción no basta para disimular algunos obstáculos. Hay riesgo de reproducir, en una institución, lo que acontece en conversaciones interdisciplinarias ocasionales. ¿Cómo obtener que los especialistas sobrepasen su terminología, sus léxicos, su sintaxis propia, su orientación de espíritu, su jerga y deformaciones profesionales, su arrogancia de propietarios de un dominio? ¿Qué hacer para que dejen de pretender para cada uno de ellos, o para su especialidad, los puestos clave? Es demasiado sabido que quien no maniobra con habilidad táctica pasa desapercibido, se ve reducido al silencio y esclavizado. El proyecto de una Facultad de Urbanismo (o de «Urbanología», neologismo horrible) no significa ceder a los mitos de lo interdis-

ciplinario. Semejante investigación no va a obtener milagros. No basta con representarla, institucionalmente, para que haya inmediatamente análisis exhaustivo del fenómeno urbano. Además, ¿puede haber análisis exhaustivo de este fenómeno? ¿O de un fenómeno, una realidad cualquiera?

IV. La problemática urbana

a) Conviene, pues, proseguir la meditación. ¿No puede afirmarse que cada ciencia particular, cuanto más avanza su análisis, más evidencia *un residuo*? Lo cierto es que este residuo le escapa. Y es esencial; pero es captable por otros métodos. Así, el economista se encuentra ante «alcos» que le huyen; para él, eso es lo residual. Pues bien, estos alcos pertenecen al dominio de la psicología, la historia, etc. Dicho más generalmente, los números y las escisiones esclarecen dramas, que no les pertenecen. Ni la psicología ni la sociología ni la historia, que fijan su mirada sobre estos dramas, los agotan y reducen a un saber definido y definitivo, a conceptos conocidos y clasificados. Esto puede ser cierto referido al trabajo social, a la actividad productora de la industria, a la racionalidad y la irracionalidad políticas. Es mucho más cierto respecto al fenómeno urbano, número y drama. La ciencia de este fenómeno, por tanto, sólo puede resultar de la cooperación y convergencia de todas las ciencias.

En efecto, pero si cada disciplina termina por manifestar un residuo, en seguida se proclama irreductible en relación a las otras. La diferencia coincidirá, pues, con la irreductibilidad. Y esto pone en cuestión la convergencia. Es más, se afirmará la irreductibilidad del fenómeno urbano en relación al conjunto de ciencias fragmentarias, y la del «hombre» y la «sociedad» (lo cual va acompañado de grandes riesgos), o bien se identificará el hombre (en general), la sociedad (en general), o el fenómeno urbano con el conjunto residual. Lo que también lleva sus riesgos: irracionalidad, negación de la individualidad, etc.

b) Puede suponerse también que la complejidad del fenómeno urbano no es la de un *objeto*. Esta noción de objeto (de una ciencia), ¿resiste un examen atento? Cabe preguntárselo. La noción de objeto, más precisa en apariencia, más rigurosa que las nociones de «dominio» o «campo», trae consigo complicaciones temibles. El *objeto* se da, o es dado, co-

mo *real* ante y para el estudio. No hay ciencia sin objeto, ni objeto sin ciencia, pero, ¿puede afirmarse que la economía política, o la sociología, o la historia exploran o poseen un objeto aislable? ¿Puede afirmarse que la economía urbana tiene su objeto, y la sociología urbana, y la historia de la ciudad? ¿Es posible concebir que el conocimiento del fenómeno urbano consista en una suma o colección de objetos, el de la economía, la sociología, la historia especializada, sin olvidar la demografía, la psicología y las ciencias de la Naturaleza como la geología, etc.? La noción de objeto científico, cómoda y fácil, va a una con una voluntad simplificadora, que quizá oculta otra voluntad. Un objeto se aísla, incluso si es concebido como sistema de relaciones, y si, en consecuencia, le son restituidas sus relaciones con otros sistemas. Posiblemente, bajo el concepto —«objetivo» en apariencia— de objeto científico, se disimule la voluntad de sistema. El sistema buscado constituye su objetivo constituyéndose. Y, por ende, el objeto constituido legitima el sistema. Actitud tanto más inquietante cuanto que el sistema considerado puede pretenderse práctico.

Hoy, la realidad urbana aparece más como caos y desorden —que ocultan sin duda un orden a descubrir— que como objeto. ¿Cuál es el alcance, cuál es el papel, de lo que se denomina urbanismo? Hay urbanistas, salidos o no de las filas de los arquitectos. Si conocen ya el orden urbano, no necesitan una ciencia. Su urbanismo contiene ya este conocimiento; aprehende el objeto y lo encierra en su sistema de acciones. Si no conocen el orden urbano, oculto o en formación, necesitan una ciencia nueva, basada en la cooperación de todas las ciencias. Pero, entonces, ¿qué es el urbanismo? ¿Una ideología? ¿Una práctica parcial que se pretende global? ¿Un sistema que conlleva lo arbitrario, al mismo tiempo que elementos técnicos, y que se apoya en la autoridad para imponerse? Hay razones suficientes para preguntárselo.

c) No sería de extrañar que la realidad del fenómeno urbano, más que realidad de un objeto dado ante la reflexión, fuera realidad de un *objeto virtual*. La sociedad urbana, con su orden y su desorden específicos, se forma no sólo ante los observadores, sino con los participantes y sin los no participantes. Esta realidad engloba problemas y, quizá, un conjunto coherente de problemas: la problemática urbana. ¿A dónde va ese fenómeno? ¿Hacia dónde arrastra la vida

social el proceso de urbanización? ¿Qué nueva práctica social o qué nuevas prácticas implica? ¿Cómo domeñar y orientar el proceso? Estas son las cuestiones que son planteadas al urbanista, y que él mismo se plantea desde el momento que medita (en lugar de dejar a su reflexión desplazarse a la aventura), y que plantea a los especialistas. Especialistas que sólo pueden responder, o sólo son capaces de responder, por abuso de lenguaje.

d) La práctica social, para devenir global, para sobrepasar su situación incoherente, exige ya, *hic et nunc*, la síntesis. Por tanto, la investigación interdisciplinaria, cuando procede analíticamente, debe prohibirse las imprudencias e injerencias en una vía de síntesis. El hombre de síntesis es reclamado vehemente, estruendosamente. (¿Por quién? Por teóricos y prácticos, por conceptualizadores y usuarios.) Pero esta síntesis, repitámoslo, no puede ser obra ni del sociólogo, ni del economista, ni de ningún especialista. Sabemos que el arquitecto y el urbanista, pretendiendo librarse —en cuanto prácticos— del imperialismo de una especialidad, son pretendientes de este título y este papel, el de «hombre de síntesis». ¿Por qué? Porque diseñan, porque programan. Pretensión abusiva. De hecho, caen otra vez en la situación antes mencionada. El imperialismo del diseño y del diseñador no deja atrás al imperialismo del economista o del demógrafo, por no hablar del sociólogo. En cuanto a la pretensión del extraer una síntesis de esta o aquella técnica o práctica social (circulación del automóvil, por ejemplo, o de mercancías o informaciones), basta con formular esta ambición tecnocrática para que se desmorone, tanto en la teoría como en la práctica.

e) ¿Pasar por los computadores *todos* los datos del problema? ¿Por qué no? Sin embargo, la máquina utiliza simplemente y únicamente datos que provienen de preguntas a las que se responde por «sí» o «no». Y, a su vez, sólo responde a preguntas planteadas con un sí o un no. ¿Quién osará pretender que *todos* los datos están reunidos y son conocidos? ¿Quién legitimará este empleo de la *totalidad*? ¿Quién demostrará que el «lenguaje de la ciudad», suponiendo que lo haya, coincide con el algol, el sintol, o el fortran, lenguajes de las máquinas y que esta traducción no es traición? Es más: ¿no existe peligro de que la máquina se convierta en un instrumento en manos de determinados grupos de presión o determinadas políticas? ¿No es ya, acaso, un arma

para la gente del poder: burócratas, tecnócratas, servidores de las políticas?

Podría confiarse la síntesis a una investigación *prospectiva*. Sin embargo, la prospectiva extrapola a partir de hechos, de tendencias, de un orden ya conocido. Y ello cuando el fenómeno urbano se caracteriza hoy por una *situación crítica* en la cual no se disciernen ni tendencias muy definidas ni un orden. ¿En qué fundar la prospectiva, es decir, un conjunto de investigaciones relativas al porvenir, después de haber extraído los elementos de previsión? ¿Qué aportaría esta investigación a la hipótesis antes formulada, la de la urbanización eventual cien por cien, hipótesis que designa el punto crítico de la situación de crisis en la cual entramos? ¿Qué podrá decir la *prospectiva* más preciso y concreto que una *perspectiva* que mostrarc, en el horizonte, el encuentro de líneas extraídas por las ciencias parcelarias?

f) Sabemos que estos conocimientos fragmentarios (especializados) tienden a lo global y lo pretenden, abusivamente; y, en segundo lugar, dan prácticas parciales que se pretenden también globales (por ejemplo, el urbanismo de circulación). Pues bien, estos conocimientos fragmentarios resultan de la *división del trabajo*. La división del trabajo en el dominio teórico (científico e ideológico) tiene el mismo papel y las mismas funciones y niveles que en la sociedad. Se impone diferenciar entre *división técnica* del trabajo, racionalmente legitimada por los instrumentos y el utillaje, por la organización de la actividad productora, y *división social*, que, de esta organización de funciones desiguales, hace surgir privilegios, jerarquías. Lo cual, naturalmente, guarda conexión con la estructura de las clases, de las relaciones de producción, las instituciones, las relaciones de propiedad, el mercado y el «mundo de la mercancía».

La división técnica del trabajo, en el conocimiento se transforma también en división social, es decir, en *instituciones* (científicas, culturales) con sus aparatos, sus mandos, normas y valores, y jerarquías correspondientes. Estas instituciones mantienen, por una parte, los funcionamientos estancos, y, por otra, las confusiones. De este modo, los conocimientos dimanar de instintos bien diferenciados, y también de una entidad oscura, la Cultura. Estas instituciones, nacidas de la división del trabajo y en la división del trabajo, se introducen en ésta sirviéndola; la adoptan o la adaptan, según los casos. Literalmente, trabajan en y para la división so-

cial del trabajo intelectual, que disimulan bajo las exigencias «objetivas» de la división técnica, transformando en jerarquías de prestigio y de ingresos, en función de gestión y de dirección, las relaciones «técnicas» de los sectores y dominios, de los procedimientos y métodos, de los conceptos y teorías. Esta vasta operación se funda en las separaciones —separaciones que acentúa consagrándolas. ¿Cómo, en semejantes condiciones, alcanzar la totalidad, o siquiera apuntar a ella? Lo normal es que la institución quiera hacerse con la totalidad, llevando al límite la ilusión y la apariencia, en tanto que deja en suspenso las separaciones; si las reúne lo hace en confusión babélica. La filosofía clásica y el humanismo tradicional tenían esta ambición, manteniéndose fuera de la división del trabajo (técnica y social), de la fragmentación en saberes parcelarios, de los problemas inherentes a esta situación teórica. La Universidad, por su parte, se propuso durante siglos asumir la universalidad, de acuerdo con la filosofía clásica y el humanismo tradicional. Hoy no puede conservar esta «función» en la medida en que institucionaliza la división social del trabajo preparándola, adecuándola, insertándose en ella. ¿Acaso no es ésta la «función» que se reserva hoy a la Universidad: adaptar a la división social del trabajo la división técnica de los trabajos intelectuales? El conocimiento se vuelve (como la ciudad y la realidad urbana) un medio de producción. Por otra parte, la filosofía nacida en la época de la separación del trabajo material y del trabajo intelectual, y consolidada más tarde *contra* esta separación, no parece que pueda hoy pretenderse y concebirse total.

Separación difícil. El pensamiento abstracto parecía haber atravesado las peores pruebas con éxito; parecía resucitar en las ciencias, después del viernes santo especulativo y la muerte del Logos encarnado en la filosofía. Es sorprendente verla en el momento de su Pentecostés, cuando la *intelligentsia* especializada recibe el don de lenguas, cuando la lingüística desempeña el papel de ciencia de las ciencias, papel éste abandonado por la filosofía, que creía a su vez haber suplantado a la religión.

V. *Papel del filósofo. De la filosofía a la metafilosofía*

a) Conviene subrayar que el *positivismo* se opone a la

filosofía clásica, a sus prolongaciones especulativas. El positivismo se adhiere fuertemente a los hechos que su ciencia concibe, a su metodología. Se atiende a lo observado y avanza prudentemente en los conceptos; desconfía de las teorías. Hay un positivismo físico, un positivismo biológico, económico, o sociológico, dicho de otro modo, un fisicismo, un biologismo, un historicismo, un economismo, un sociologismo, etc. El pensamiento positivista no se pregunta si las observaciones con que procede resultan de un corte, o de la realidad, o de un esclarecimiento, si tiene o no ante sí un «objeto». Y en efecto, la tendencia positivista nunca ha impedido el salto del empirismo al misticismo, y del lenguaje preciso a la jerga (más o menos esotérica). Es más, esta tendencia, que sostiene que la filosofía no tiene ya, o nunca ha tenido, sentido, no es incompatible con un sólido imperialismo. El especialista afirma la validez exclusiva de su ciencia; descarta otras «disciplinas» y las reduce a la suya. Se explica así que el empirismo, o positivismo lógico-matemático, quiera imponer a todas las ciencias modelos matemáticos, ignorando los conceptos específicos de estas ciencias. El economismo excluye todo nivel de realidad que no pertenezca a la economía política, modelos de crecimiento, cálculos, previsiones. Hace ya algún tiempo que asistimos a una desorbitación de los modelos lingüísticos, como si para el progreso de esta ciencia sólo hubiera un modelo definitivamente adquirido, como si este modelo pudiera ser transportado fuera de su lugar original para conferir a otras «disciplinas», la psicología, o la sociología, o incluso la lógica y el cálculo, un estatuto epistemológico riguroso. Como si la ciencia de las palabras fuera la ciencia suprema, porque todo se dice y se escribe con palabras.

b) De hecho y de derecho, en su momento y su lugar, esta meditación se sitúa en un terreno preparado por la filosofía. Es ya filosofía. Pero no lo es en el sentido de la filosofía clásica. Cuando el positivismo quiere extender su propiedad (su dominio propio), su actividad operativa, cuando amenaza o invade otros territorios, pasa de la ciencia a la filosofía. Es bien sabido. Utiliza, conscientemente o no, el concepto de *totalidad*. Desde el momento que reclama para sí la síntesis y la totalidad, prolonga la filosofía clásica, sabiéndolo o sin saberlo, más allá de la sistematización especulativa, desprendiendo estos conceptos (totalidad, síntesis) de los contextos y arquitecturas filosóficas en que tomaron forma. Lo mis-

mo ocurre con los conceptos de sistema, orden y desorden, realidad y posibilidad (virtualidad), objeto y sujeto, determinismo y libertad. Y no omitamos los conceptos de estructura y función, forma y contenido. Estas nociones, transformadas por los conocimientos científicos, ¿pueden separarse de toda su elaboración filosófica? Es inconcebible.

c) La filosofía siempre se ha enfocado a lo total. Cuando el filósofo ha querido alcanzar o realizar por sus solas fuerzas la totalidad, ha fallado. Ha fracasado, perdiéndose en abstracciones especulativas. Y sin embargo, quien aporta este enfoque y esta visión, el concepto de *totalidad*, es él. Otros lo toman de él, cuando extrapolan a partir de un saber más o menos adquirido, que creen definitivo y del que quieren extraer una regla para todos. El filósofo y la filosofía, solos, no pueden nada; pero, ¿qué se puede sin ellos? ¿No será que conviene interrogar el fenómeno urbano partiendo de la filosofía entera, pero teniendo en cuenta todos los conocimientos científicos?, ¿que puede inspeccionarse el proceso de la filosofía, su trayecto, su horizonte y, en particular en lo que respecta al «ser del hombre», su realización o su fracaso en la sociedad urbana que se anuncia? Es posible que la filosofía misma y su historia sólo se manifiesten, en este trayecto, como proyecto (¿de quién?: del «ser humano»). Por otra parte, es claro que esta meditación no se sitúa ni fuera de la filosofía, ni en la filosofía, ni más allá de la filosofía, como actividad a su vez especializada, constituida e instituida. Y esto define la metafilosofía.

d) El objetivo no consiste en reconstruir el antiguo humanismo, muy comprometido ya desde que Marx y Nietzsche lo sometieron a la más dura crítica (enriquecida, posteriormente, por epígonos). La cuestión es saber si la sociedad urbana autoriza la formación de un nuevo humanismo, pues la sociedad industrial, capitalista o no, ha desmentido y abatido el antiguo. No se excluye que la interrogación, planteada a partir de la filosofía por meditación metafilosófica, no aboque también en la comprobación de un nuevo fracaso. La problemática urbana no puede rechazar apriorísticamente esta eventualidad sin caer en las categorías de la fe, el desafío, la extrapolación.

e) ¿Qué aporta el espíritu de la filosofía? Primeramente, una crítica radical de las ciencias fragmentarias en cuanto tales. Rechaza todo dogmatismo, tanto en la actuación de las ciencias parcelarias y la pretensión de cada una de ellas

de abarcarlo *todo*, como la reclusión de cada una de ellas sobre un «objeto», un «sector», un «dominio» o «un sistema» considerado como propiedad privada. La crítica radical define también un *relativismo* metodológico y teórico, un *pluralismo epistemológico*. Ningún método asegura una «cientificidad» absoluta, teórica o práctica. En particular en sociología (urbana o no), ni las matemáticas ni la lingüística garantizan un proceder perfectamente riguroso. Hay «modelos»; ninguno de ellos es completo, ni plenamente satisfactorio; ninguno puede generalizarse, transportarse, exportarse o importarse sin las mayores precauciones, fuera del «sector» donde ha sido construido. La metodología de los modelos recupera e incluso afina la metodología de los conceptos, sin contradecirla. Hay conceptos específicos, propios de cada ciencia parcial; ninguno determina completamente un «objeto» cerrándolo, trazando sus contornos, acercándose a él o aprehendiéndolo, los conceptos proceden por tanteos, por exceso y defecto; no cubren un «dominio» entero, y sin embargo lo desbordan. Hay, pues, múltiples modelos y conceptos, que no componen un conjunto coherente y acabado. La ciencia, o más bien las ciencias, avanzan un poco al igual que la construcción de carreteras o la conquista de terrenos al mar. Hablar de la existencia de un *corpus científico (corpus scientiarum)* definitivamente adquirido es simplemente absurdo. O incluso hablar simplemente de núcleos inmutables del saber. Es confundir la investigación experimental y teórica, empírica y conceptual, que utiliza *hipótesis* (verificables, revisables, conllevando siempre una parte de ideología), con la formalización y la axiomatización. Pues, en efecto, lo que parece fijado por la demostración se transforma, aparece y aparecerá de forma distinta, incluso en los axiomas y formas que la reflexión desprende en su pureza.

El espíritu de la filosofía permite hoy destruir el *finalismo*. El finalismo tradicional, salido de la filosofía, y más especialmente de la metafísica, se desmorona bajo los golpes de la crítica metafilosófica, que sabe extraer de las contradicciones de éste la aportación esencial de la filosofía. Para el devenir histórico y ante la acción, no hay meta definida, prefabricada, y por ende alcanzada de antemano, por un Dios o en su nombre, por una idea o un espíritu absolutos; no hay *objetivo* planteado como *objeto* (real, desde ahora). Y a la inversa: no es imposible la existencia de una meta, un

objetivo, declarados como sentido de la acción y del devenir. No hay síntesis realizada apriorísticamente. No hay totalidad original y final, en la cual toda situación y todo acto y todo momento relativos serían, en relación a ella, alienados-alienantes. Inversamente, nada desmiente la exigencia, la concepción y la voluntad de lo total. Nada cierra el horizonte. La medida y la escala «humanas» serán declaradas y realizadas en la práctica social posibles. ¿De quién y de qué puede nacer la totalidad? De una estrategia y un proyecto que prolonguen en un plano nuevo la antigua filosofía. Por tanto, el filósofo (o, mejor aún, el metafilósofo) no pretende ya aportar la finalidad, la síntesis, la totalidad. Recusa la filosofía de la Historia y de la sociedad por la misma razón que la metafísica y la ontología clásicas. Interviene para recordar la exigencia de totalidad, la imposibilidad de aceptar la fragmentación y la separación. Critica radicalmente el finalismo en general, pero también los finalismos particulares, economismo, sociologismo, historicismo. La filosofía cambiada en metafilosofía deja de mostrar una realidad realizada o perdida, «el hombre». Designa una *orientación*. Y si bien aporta algunos instrumentos conceptuales para abrir camino hacia este horizonte, no constituye ya el terreno en el cual se realiza la marcha del tiempo. Muestra la amplitud de la problemática y de sus contradicciones inmanentes, entre las cuales destaca la relación conflictual entre *racionalidad*, que se afirma, desarrolla y transforma, y *finalidad*, que se desmorona. La racionalidad, en efecto, parecía implicar el finalismo, y lo implicaba de hecho en las concepciones especulativas del universo. Si la racionalidad pretende elevarse de la especulación a la práctica racional global, de la racionalidad política a la racionalidad social, de la racionalidad industrial a la racionalidad urbana, sólo podrá hacerlo resolviendo esta contradicción inmanente. ¿La meta? ¿El fin? Se conciben; se declaran y se proclaman, y sólo se puede afrontarlos adoptando la estrategia más comprehensiva.

f) Las actuales discusiones sobre el hombre, lo humano y el humanismo utilizan, esta vez en términos contestables, los argumentos de Marx y Nietzsche contra la filosofía clásica y sus implicaciones. El criterio avanzado en el curso de estas controversias, el de la coherencia racional, que substituiría al criterio de la armonía y la «escala humana», corresponde sin duda a una necesidad. Pero no por ello queda demostrada su suficiencia. La ruta que hoy se abre es la de la

reconstrucción de un humanismo en, por y para la sociedad urbana. A este «ser humano» en formación, hecho y valor por tanto, la teoría allana el camino. Este «ser» tiene necesidades, ya observables o contestables. Es, pues, necesaria una analítica de la necesidad y del deseo. Lo cual no significa que pueda elaborarse una filosofía de la necesidad montada en el marxismo, la filosofía, la psicología o la racionalidad industrial. Al contrario. Si bien es cierto que hay necesidades funcionalizables, también está el deseo, o los deseos, fuera o más allá de las necesidades inscritas en las cosas y en el lenguaje. Además, las necesidades son clasificadas sólo en función de los imperativos económicos y las normas sociales. La clasificación y la denominación de las necesidades tienen, pues, un carácter contingente. En particular, la concepción del habitat y del habitar funcionalizado (institucionalizado), de las necesidades individuales y sociales relativas que el deseo desborda por todas partes. Más allá de las necesidades se sitúa antropológicamente el *Trieb* global y confuso, impulso, energía vital, o como se quiera. ¿Por qué no enunciar estas diferencias en términos del «ello», el «yo», el «super-yo» social? En efecto. ¿Por qué no? Siempre se corre el riesgo de recaer en la filosofía de la necesidad y de la ontología del deseo.

En forma ya más próxima a la experiencia y el discurso cotidianos, vemos que el ser humano es primeramente niño, luego adolescente, después adulto que envejece. Es todo eso antes de ser «hombre». Esta prematuridad, esta inmadurez, tiende hacia la madurez y encuentra en ella su fin. Y de este modo termina. La madurez la detiene y es detención de muerte. Semejante concepción rechaza (al fin) deliberadamente el finalismo filosófico, el de la ascensión humana sin contradicciones desgarradoras, el de la armonía preestablecida que sobrevive en nuestra época, confortado en concepciones cómodas. El marxismo oficial, la doctrina de Teilhard, la teología humanista. Es ya sabido que la lenta maduración del ser humano, que le hace depender de la familia, del habitat y de lo habitado, del vecindario y de la sociedad urbana, tiene como implicaciones la capacidad de ser educado, y en consecuencia una plasticidad inquietante. Hay, pues, en este «ser», que crece y se desarrolla desigualmente, necesidades urgentes y necesidades diferidas. Su miseria constituye su grandeza; sus desarmonías y disfunciones le impelen hacia su fin. Nunca deja la ambigüedad. El ca-

rácter dramático y conflictivo de las necesidades y los deseos tiene un alcance *antropológico*. Esta ciencia, todavía incierta, sólo puede constituirse dialécticamente. El ser humano tiene necesidad de acumular y de olvidar; tiene necesidad, simultánea o sucesivamente, de seguridad y de aventura, de sociabilidad y de soledad, de satisfacciones y de insatisfacciones, de desequilibrio y de equilibrio, de descubrimiento y de creación, de trabajo y de juego. La casa, la mansión, el alojamiento y el apartamento, el vecindario, el barrio, la ciudad y la aglomeración han respondido, o todavía responden, o ya no responden, a esta u otra de estas necesidades fundamentales. Las tesis del «medio» familiar, del «medio» de trabajo, del «marco» funcional, del «marco» espacial, aportadas a estas necesidades son simplemente monstruosidades dogmáticas, que fabrican monstruos a partir de las larvas humanas que les son entregadas.

La realidad actual (social y urbana) desvela algunas necesidades fundamentales, no directamente, sino a través de lo que las controla represivamente, las filtra, las abruma o las desvía. Las desvela retrospectivamente, regresivamente. El pasado se conoce a partir del presente, más que el presente a partir del pasado. Lo cual deja paso legítimo a la Historia y a la historicidad sin historicismo. De esta forma, a partir de la problemática urbana se elabora una antropología dialéctica. Este conocimiento aporta a su vez datos a la problemática, pero ésta no puede pretender ni plantearse ni resolver por sí misma el conjunto de problemas. Ingresa en las disciplinas consideradas, sin otro privilegio que el de nacer, al mismo tiempo que el de la problemática enfocada.

Esta antropología recoge, por tanto, unos elementos o aspectos vinculados a la antigua filosofía; ¿qué enseña?; que hay una especie de «materia humana», no desprovista de leyes (biológicas, fisiológicas), pero *sin forma preexistente* al nivel de la realidad denominada social o humana. Sus atributos son una extraordinaria plasticidad, una educabilidad y una adaptabilidad notables. Aparecen formas, concebidas y queridas, proyectadas y fundadas, capaces de modelar esta materia de acuerdo con sus diversas posibilidades. Y estas formas actúan a diferentes niveles. En la actualidad y en el horizonte de lo posible, parece claro que la sociedad urbana propone una forma.

Esta no es el *espacio* (social, urbano, económico, epistemológico, o el que el diablo o los dioses de los filósofos

saben). Sin embargo, por todas partes se apunta la siguiente tesis: el espacio como regla, norma, forma superior, alrededor del cual podría realizarse un *consensus* de sabios, si no ya un *corpus* de ciencias, pues, en efecto, el espacio es simplemente un *medium*, es decir, un medio y un entorno, un instrumento y un intermediario. Más o menos apropiado, es decir, favorable o patógeno. Nunca tiene «existencia en sí» sino que remite a alguna otra cosa. ¿A qué? Al tiempo, existencial y simultáneamente esencial, desbordando estas determinaciones filosóficas a la vez lo subjetivo y lo objetivo, el hecho y el valor. Pues es el bien supremo de quienes viven, mal o bien. Pues es fin al mismo tiempo que medio. Pero la época de los filósofos ya terminó. O la de los sabios: físicos, biológicos, historiadores, sociólogos... La relación entre tiempo y espacio, con prioridad del espacio, se revela relación social relativa a una sociedad en la cual predomina una cierta forma de racionalidad; la ciencia y la cientificidad la ratifican. De esta forma, ideología y ciencia se mezclan. Esta relación, por tanto, forma parte de un mundo invertido. Y también él tiene necesidad «de ser vuelto a poner sobre sus pies».

Volvamos a las relaciones de las ciencias fragmentarias. ¿Cómo concebirlas? Varias hipótesis se presentan:

a) *Convergencia*. Pero ¿dónde? ¿En qué punto? ¿Cerca? Esa es la esperanza y el mito de las jornadas interdisciplinarias. Se cree definir la convergencia en un terreno próximo, como una encrucijada de carreteras. Y, sin embargo, esa encrucijada no se define y no se alcanza nunca. Si hay convergencia, se da en el horizonte, en perspectiva. Y todavía falta por determinar la «puesta en perspectiva». Aquí y ahora, por ejemplo, no nos orientamos hacia «el hombre» tradicional, sino hacia el hombre reconsiderado y reconstruido, el de la sociedad urbana que se forma.

b) *Integración* (de los fragmentos definidos por las disciplinas parcelarias). ¿Pero en qué? ¿En alguna de ellas que pretende la dominación? Inadmisible. ¿En una *praxis*? Quizá, pero en esta acepción el concepto de *praxis* cae de lleno dentro de la crítica radical. Es un recurso, un vencimiento demorado. Un fracaso verosímil.

c) *Pragmatismo*. Es decir, utilización de referencias de informaciones aportadas aquí y allá, por éste o aquél (sociólogo u otro), lo cual ocurre con frecuencia. La cientificidad se transforma en su contrario.

d) *Operacionalismo*. Variante del pragmatismo, se reviste de una ideología, la de la tecnocracia, con sus mitos ya denunciados.

e) *Jerarquización*. Sí, pero ¿en nombre de qué valoraciones? ¿Quién decretará que el sociólogo vale más que el geógrafo o el demógrafo? Las normas serán las de las instituciones y sus rivalidades; últimos vestigios de competencia. Los sabios entregarán a los políticos las claves de la ciudad científica. Estos, declararán lo normal y lo anómico.

f) *Experimentalismo*. Interacción de campos parciales, de sectores. Concepción «inter-sectorial» de intercambios ideológicos y científicos. Posiblemente, pero abandona, con la totalidad, la meta, el sentido y la finalidad. Se oscilará entre la utopía abstracta y el realismo inmediato, entre el utilitarismo y la irracionalidad.

Ninguna de estas opciones puede pretenderse satisfactoria, racionalmente hablando. Hay un solo logro hasta aquí: que es imposible reunir a los especialistas alrededor de una mesa en donde se plantea un «objeto» o una colección de objetos; es imposible hacer suma de conocimientos específicos, enunciados en vocabularios diversos, a partir de «puntos de vista» particularizados y limitados.

VI. *Por una estrategia urbana*

a) La situación teórica, hoy, puede compararse en cierta medida a la que Marx conoció. La crítica radical había ya abierto camino al pensamiento, así como a la acción. Marx partió, como es sabido, de la filosofía alemana, de la economía política inglesa, de la reflexión francesa sobre la acción revolucionaria y sus objetivos (el socialismo). La crítica del hegelianismo, de la ciencia económica, de la reflexión sobre la Historia y su sentido, le permitió concebir la sociedad capitalista a la vez como totalidad y como momento de una transformación total. De la negatividad crítica saldría una positividad nueva. Para él, la negatividad de la crítica radical coincidía, teórica y prácticamente, con la del proletariado revolucionario. Pronto aparecen las diferencias entre esta situación y la de la segunda mitad del siglo xx. No es éste el momento de exponerlas. Advirtamos solamente que a la crítica de la filosofía y de la ideología política (la religión de-

pende de la filosofía, en el sentido de que la filosofía implica ya la crítica de la religión, su razón de ser, y de que la crítica de la filosofía alcanza así, doblemente, a la religión) conviene añadir la crítica radical de otras ciencias especializadas. Sólo esta crítica permite desprender la aportación de cada una de ellas a la totalidad; el acceso a la totalidad pasa por este camino y no por la suma y yuxtaposición de los resultados «positivos» de estas ciencias. Cada una de ellas, considerada aisladamente, se pierde en la fragmentación o bien en la confusión, en el dogmatismo o bien en el nihilismo.

La crítica de las ciencias especializadas no puede ir sin una crítica implacable de las políticas especializadas, de los aparatos políticos y sus ideologías. Cada grupo político, y sobre todo cada aparato, se justifica por medio de una ideología a la que mantiene: nacionalismo y patriotismo, economismo o racionalismo de Estado, filosofismo, humanismo liberal (clásico). Lo cual, entre otros inconvenientes, trae el resultado de enmascarar algunos problemas esenciales: los de la sociedad urbana y la mutación en ese sentido.

La *crítica de la vida cotidiana* asume, en esta perspectiva, un papel que podrá sorprender. No puede pasar por un aspecto menor de la sociología. No se trata de un «objeto» que ella estudie de manera crítica, ni de un «sujeto»; no tiene un dominio delimitado. Ello explica que este proceder crítico comporte también la crítica de los objetos y los sujetos, de los sectores y los dominios. ¿Tiene un objeto la sociología general o urbana? Es indiscutible. La crítica de la vida cotidiana, mostrando como vive la gente, levanta acta de acusación contra las estrategias que llevan a ese resultado. La reflexión y la meditación críticas violan los límites entre las ciencias especializadas de la realidad humana. Iluminan los empleos prácticos de estas ciencias. Indican la emergencia y la urgencia de una práctica social nueva, que no es ya la «sociedad industrial», sino la de la «sociedad urbana». Con ese título y en ese sentido, la crítica de la vida cotidiana (crítica perpetua, incesante; a veces autocrítica espontánea, a veces crítica formulada conceptualmente) reasume lo esencial del estudio denominado sociológico de los países industriales. Confrontando lo real y lo posible (también «realidad»), extrae de allí conclusiones, sin por ello exigir un «objeto» o un «sujeto», un «sistema» o un «dominio» fijo. La práctica social por constituir, la de la sociedad urbana, guar-

da sólo escasas relaciones con lo que hoy se denomina *urbanismo*.

El urbanismo, en cuanto ideología, disimula estrategias. La crítica del urbanismo tiene este doble aspecto: crítica de las ideologías urbanísticas, crítica de las prácticas urbanísticas (en cuanto prácticas parciales y estrategias de clase). Esta crítica esclarece *lo que sucede* realmente en la práctica urbana: los intentos torpes o avisados de plantear y resolver algunos problemas de la sociedad urbana.

b) La reflexión sobre el fenómeno urbano, prolongando sobre un plano nuevo la filosofía, sirviéndose, a través de la crítica radical, de todas las ciencias, puede definir una *estrategia urbana*. En esta puesta en perspectiva, se definen racionalmente el horizonte y el punto que reúne líneas aparentemente separadas.

Esta estrategia se presenta bajo un doble aspecto: estrategia del conocimiento y estrategia política. Su coherencia conjunta la teoría y la práctica. Lo cual no tiene lugar, por lo demás, en un sistema considerado como existente («real»), ni en la teoría de ese sistema. Si hay un sistema de la ciudad y de la realidad urbana, sólo lo fue en ésta u otra época histórica: quizá en Oriente con el modo de producción asiático, quizá en la Edad Media europea y en el siglo del Renacimiento. Este sistema, como se sabe, ha estallado. La reflexión se encuentra ante un proceso con grados variables de cohesión, más que ante un sistema. Objetivos y verificaciones, captación de contenidos y conformaciones, se reparten en el tiempo y no en un espacio esquemático representado como tipo de lo actual.

c) La ciencia del fenómeno urbano quiere responder a exigencias pragmáticas, es decir, inmediatas. Planificadores, programadores o usuarios reclaman recetas. ¿Para hacer qué? Para volver feliz a la gente, para aportarle la felicidad. Para ordenarle que sea dichosa por encargo. ¡Curiosa concepción de la felicidad, esta idea revolucionaria! La ciencia de la ciudad y del fenómeno urbano no puede responder a estas imposiciones. Sólo puede constituirse lentamente, utilizando hipótesis y experiencias, tanto como conceptos y teorías. No puede prescindir de la imaginación, es decir, de la utopía. Y en tanto que se realiza y realiza, debe tener en cuenta situaciones múltiples. Aquí, la demografía domina la realidad, y en consecuencia el conocimiento. Y si esto no supone la dominación del demógrafo, lo autoriza a tomar la palabra

por determinado lapso de tiempo, sin darle por ello derecho a prefijar el porvenir. Esto queda para lo económico, lo cual trae consigo la intervención del planificador, exponiéndolo pronto a la crítica radical, fecunda, pero molesta para él. Y sólo esta crítica es fecunda. En esto, también la sociología y el sociólogo tienen una palabra que decir. Ni siquiera se excluye que las investigaciones sobre la ciudad y el fenómeno urbano permitan la construcción de «modelos» a un nivel macrosociológico. Lo cual no autorizaría a la sociología, por otra parte, a erigirse dogmáticamente en ciencia superior, madre o maestra de los otros conocimientos del mismo fenómeno. Nunca el medio debe substituirse al fin, ni lo parcial a lo global, ni la táctica a la estrategia. La táctica de esta u otra especialidad será atacada con violencia en cuanto se pretende estrategia a nivel global.

Entre los objetivos de la estrategia del saber, privilegamos la creación de Facultades de Urbanismo. Sobre las ventajas e inconvenientes de semejante institución volveremos de nuevo. En otro lugar.

d) La estrategia del conocimiento no puede aislarse. Está enfocada a la práctica, es decir, en primer lugar, a una confrontación incesante con la experiencia, y en segundo lugar a la constitución de una política global, coherente, la de la sociedad urbana (la práctica de la *apropiación* por el ser humano del tiempo y el espacio de esta sociedad, modalidad superior de la *libertad*).

Sin embargo, hasta nueva orden, y sin duda por largo tiempo, la práctica social pertenece a los políticos. Más exactamente: los políticos y los aparatos políticos especializados cierran el paso a la constitución de una racionalidad superior, la de la sociedad urbana, que correspondería a la práctica en esta sociedad. Se mueven en círculos institucionales internos, que interesa, precisamente, desbordar o romper. Lo cual hace más difícil la situación. La estrategia del conocimiento se encuentra ante una doble determinación. No puede prescindir de las estrategias políticas. Tiene necesidad de conocerlas. ¿Cómo podrá apartar del conocimiento estos «objetos» y estos «sujetos», estos sistemas y este dominio? La sociología política, la de la administración y la de la burocracia, tienen aquí mucho que decir, a condición de que no se consideren como «positivas» y solamente «positivas». Lo cual sirve los intereses de las personas en cuestión: individuos, grupos de presión, aparatos. Esto las justifica en nombre de la posi-

tividad y el positivismo. Entre las acciones estratégicas entran, pues, *propuestas* a los políticos, hombres de Estado, tendencias, partidos. Esto no implica ni mucho menos que el conocimiento crítico dimita, y se remita a las políticas especializadas. Al contrario. ¿Cómo presentarles proyectos y programas renunciando al análisis crítico de las ideologías y realizaciones? Algo difícil, ciertamente. Y sin embargo, el abandono por el conocimiento de su derecho de crítica a las decisiones sería su ruina. La experiencia lo ha demostrado. Después de la dimisión, se establece un proceso difícilmente revisable.

e) La estrategia conlleva un artículo esencial: el empleo óptimo y máximo de las técnicas (de *todos* los medios técnicos) en la solución de las cuestiones urbanas, al servicio de la vida cotidiana en la sociedad urbana. Lo cual abre la posibilidad de transformar esta vida cotidiana, tal como la conocemos. Artículo esencial. En efecto, un conjunto de experiencias contemporáneas permite enunciar que las previsiones económicas y los poderes estatales rara vez se plantean la utilización óptima y máxima de los recursos de la técnica y de los medios aportados por las ciencias. Los emplean sólo cuando la opinión, la urgencia, la crítica (si tiene ocasión de ejercerse) les empujan y condicionan a ello. ¿Por qué? Por motivos presupuestarios y financieros, es decir, «económicos». En este terreno, pronto se advierten las economías. Los motivos ocultan razones más profundas. Los poderes tienen su estrategia, los aparatos tienen sus intereses. que relegan a segundo plano estas cuestiones con demasiada frecuencia.

El recurso a la filosofía en nada implica la nostalgia del pasado. Por el contrario. Aquí, adquiere sentido y alcance la distinción entre pensamiento filosófico y metafilosófico. La apelación a la meditación filosófica se justifica por la necesidad de percibir en toda su amplitud la «problemática» actual —es decir, la actualidad como problemática— y de abrir el horizonte. Especificando que, de este modo, se pasa de la filosofía clásica a la metafilosofía.

f) ¿La totalidad? Dialécticamente hablando, está allí, aquí, y ahora. Y no está. En todo acto, y quizá según algunos en «la Naturaleza», hay *todos* los momentos: trabajo y juego, conocimiento y reposo, esfuerzo y goce, alegría y dolor. Pero estos momentos exigen por una parte una «objetivación» en la realidad y en la sociedad; están pendientes

también de una conformación que los elucide y proponga. En este sentido próximo, la totalidad es, pues, también lejana: inmediatez vivida y horizonte. La sociedad urbana trasciende la oposición abierta por la ideología y la época industrial entre Naturaleza y cultura.

XXI. Elementos de una teoría del objeto

1. Esta contribución resume un proyecto histórico, un recorrido a través de los objetos, de sus relaciones y el «mundo» (o «mundos») que constituyen. Es también un recorrido a través del superobjeto que denominamos la Ciudad (o la realidad urbana). El tema, tratado así, se condensa en tres palabras: «objetos y cotidianidad». Esta conferencia pretende pues elucidar lo *cotidiano* a partir de un análisis del estatuto de los objetos.

2. Pese a que el tema se sitúa en una proximidad extrema para todos y cada uno, el punto de partida está lejos: el *objeto* y el *sujeto*, como categorías elaboradas por los filósofos. ¿Cómo formular la problemática del objeto sin recurrir a estos elementos categóricos? El *sujeto* filosófico permite definir un trayecto, el de su disolución (Marx, Nietzsche, Freud), así como la exigencia de su reconstrucción sobre nuevas bases (base antigua: el individualismo, ideología y práctica de la sociedad burguesa) —en tanto que el concepto filosófico del *objeto* fija una modalidad de la presencia en sí de este sujeto, al mismo tiempo que la presencia en el mundo «objetal» de algo distinto: tanto la *práctica social* como lo *imaginario* vehiculado, tanto la *producción* (que el objeto como tal tiende a hacer olvidar) como las ilusiones ideológicas que conlleva.

3. A partir de esta determinación, todavía especulativa y abstracta, el concepto del objeto se diversifica y deviene más concreto. Conjunta las nociones de *obra*, de *producto*, de *cosa*. La obra es única, el producto repetitivo; en cuanto a la cosa, es comprada y vendida; lleva, social y mentalmente, su valor desdoblado (cambio, uso). Es *mercancía*. Y, con todo, en el curso de este movimiento, el concepto de objeto se oscurece. ¿Cómo definir lo objetivo y lo objetal?

4. A la disolución del *sujeto* filosófico corresponde la disolución del *objeto* filosófico. ¿Qué hay en el *objeto* que no haya sido aportado por un *sujeto*? ¿Qué queda del *objeto* cuando el *sujeto* se disuelve, se pierde en lo empírico o se extravía en lo transcendental?

Sin embargo, la subjetividad se muestra irreductible. Incluso si sólo queda de ella un residuo, la *conciencia en general* (que el filósofo, ese otro subproducto, pretende encarnar y realizar) persiste como obsesión y problema. Del mismo modo, el objeto muestra también su irreductibilidad; si se disuelve como «objetivo» persiste como «objetal», objeto abstracto, pero realizable, efectuado bajo esta u otra modalidad práctica. El concepto de *materia* refleja, como se dice, esta irreductibilidad. La materia, en sí misma, es simplemente una abstracción, la del objeto en general. Pero entra en una serie de oposiciones y unidades más concretas: materialidad-espiritualidad, contenido-forma.

Este movimiento dialéctico concretiza la abstracción «materia», y le permite reencontrar el concepto desarrollado del objeto en la práctica concreta. Tanto el producto como la obra, la cosa como el objeto en general, detentan una materialidad.

5. En el marco abstracto (especulativo) de la filosofía, el objeto y el sujeto devienen actores de un drama: separados o confundidos, cada uno persigue la muerte del otro. El *objeto*, especie de huella «pura», dotada de una violencia latente, se transforma en verdugo del lenguaje y de los actos subjetivos. El *sujeto* (pensando, hablando, escribiendo) se pretende verdugo del objeto, ora a través de los símbolos, ora por el silencio (lo no dicho, lo indecible). En el seno de la conciencia (filosófica, es decir, determinada filosóficamente) tiene lugar una lucha a muerte entre el objeto y el sujeto que el pensamiento en reflexión une o separa. Y esto jalona el recorrido: es preciso salir de la filosofía.

6. Y, antes que nada, salir del marxismo interpretado como filosofía del objeto (como materialismo filosófico). Compárense por ejemplo, estas dos traducciones de una misma frase de Marx en *La ideología alemana*:

a) «Lo que los hombres son coincide con los objetos que producen y con la manera como los producen...»

b) «Lo que los individuos son coincide con su producción, tanto con aquello que producen como con la manera como lo producen...»

El lector podrá distraerse buscando los textos, comparando las interpretaciones referidas a estas dos versiones, apenas diferentes en apariencia.

7. Partamos de este objeto reducido a lo irreductible: despojado de forma, de función, de estructura, desnudado

de sentidos, extraído de toda aportación «cultural»; partamos de la materialidad «pura». En la imaginación, podemos restituirle por sucesivos pasos el sentido y la cultura hasta sobrecargarlo y elevarlo a la facticidad más barroca. Con este procedimiento, imaginemos la unidad milagrosa de lo que fue disociado y extinguido: materia y sentido, Naturaleza y cultura. Cualquier objeto figura esta unidad: tal rama recogida en el bosque, que evoca un acto erótico perfecto; este jardín cuya imagen persiste... La unidad del sujeto y del objeto reviste aquí una forma más elevada, menos especulativa, menos verduga o, mejor aún, menos mortal.

8. De esta forma, abordamos el problema de la clasificación de los objetos, y del itinerario a seguir para obtener una clasificación. ¿Hay un sólo itinerario? ¿Un sólo principio de clasificación? ¿Un solo orden? No es seguro. El azar y los encuentros azarosos de las cosas tienen sus leyes. Basta con que los objetos difieran cualitativamente y se ofrezcan en cantidades diferentes para que sea posible ordenarlos y de su orden surja una ley (ley de Zipf) extremadamente general, que se aplica tanto a las palabras como a las ciudades y a las cosas de un supermercado, resumiendo en una fórmula simple el hecho de que en las cosas hay orden y desorden, diferencias y analogías, lo sorprendente y lo homogéneo, información y entropía material.

-Partiendo del *sentido* se puede distinguir el *objeto simbólico* (único, particular, aislado o aislable, que sólo reviste ese sentido en un estilo oral más que escrito: así, la fuente, símbolo cambiante, o el lecho, nupcial, conyugal, mortuario, geológico, herético, según los contextos) y el *objeto significante* (intencional e institucional, inserto en un contexto escrito más que oral, es decir, en una cultura más que en un estilo, con una unidad global presente, sistemática, impuesta, por ejemplo determinado objeto urbano: esta farola, esta acera, este banco...).

9. Cada objeto es atribuible a tres conceptos esenciales: forma, función y estructura (sin privilegiar ninguno de estos conceptos). Es decir, que le corresponden tres análisis: formal, funcional y estructural (sin privilegio a ninguno de estos pasos analíticos). Lo cual permite múltiples clasificaciones.

Las clases, grupos y agrupaciones de objetos constituyen el «mundo de los objetos» y las diversas perspectivas, avenidas y horizontes de este «mundo».

La primera clasificación, la de obra (única) y producto (repetitivo), cosa (vehiculando el valor de cambio, es decir, mercancía) y objeto (concepto genérico), aunque indispensable, no basta y conduce hacia clasificaciones más próximas de la práctica.

El vestir, el alimentar, el habitar, constituyen grupos de objetos efectivamente cercanos a la práctica. Hay otras agrupaciones particulares que aparecen en cuanto un objeto determinado se sitúa en el centro de un contexto social (socio-económico e ideológico), por ejemplo el automóvil, con todas sus imbricaciones en la conciencia.

Podrá distinguirse entre objeto *escópico* (hecho para ser visto, para el espectáculo) y objeto *escriturario* (fabricado para ser descifrado, para ser leído en un contexto, por oposición a los «sujetos» que hablan, miran, actúan...), o, también entre objeto *técnico* y objeto *cultural*.

10. Antes de ir más lejos, hay una importante distinción que se introduce por sí misma: la relatividad del objeto. ¿Es la ciudad un objeto? Seguro. Pero ¿cómo nombrarla en relación a las casas, a las calles? Es un superobjeto. Este libro, en relación a las páginas, a las líneas, a las frases y a las palabras, es un superobjeto, un supersigno. Considerado separadamente, en la mano de un lector, es un objeto, un signo. En esta biblioteca, es simplemente un subobjeto. En consecuencia, «subobjetos» serán las letras en la palabra, las palabras en la frase, el cajón en el mueble, la cornisa, el suelo, estos elementos. «No objetos» serán lo blanco, el espacio neutro, el silencio. Superobjetos serán el apartamento en relación a las habitaciones, el edificio en relación a las unidades de alojamiento, la calle y la ciudad.

El lugar y, por consiguiente, el estatuto del objeto se modifican según el contexto: según las relaciones en que se inserta. Quedan todavía algunas dificultades en la definición del objeto por medio de un término. El órgano sexual se transforma en objeto e incluso en cosa por el acto verbal que lo separa del organismo y del «sujeto»: por medio de un término. De este modo, y entonces, nace la utilización injuriosa u obscena de esta palabra, de este órgano. Lo cual mezcla obscenidad e injuria en la expresión del deseo y el erotismo. La metamorfosis del no objeto en objeto resulta así lugar de extrañas operaciones, de cariz mágico y mítico.

El superobjeto es un supersigno. Es decir, un sistema de signos puede considerarse como un objeto. Tal objeto sólo

puede definirse como *múltiple* (polifuncional). Estatuto éste incluso discutible. ¿Es el laberinto un objeto? ¿Y el barrio? ¿Y la plaza? ¿Y el «lugar»?

La Ciudad, superobjeto espacial, supersigno, sólo es accesible a través de múltiples recorridos, secuencias temporales articuladas a secuencias espaciales, andaduras a través de los objetos, que pueden expresarse (por la palabra) en discursos múltiples. Su estatuto como objeto no parece fácil de definir.

Esta noción de una *relatividad* del objeto no puede limitarse a los objetos práctico-sensibles. Es igualmente adecuada para el cuerpo vivo: el dedo, la mano, el brazo, etc., pueden considerarse objetos separadamente, como «subobjetos» (miembros), y como «superobjetos» (órganos compuestos de partes). Del mismo modo el padre: hijo de su padre, padre de su hijo, miembro de una familia A por parte de padre, de una familia B por parte de madre, habiendo fundado, por su matrimonio y por el nacimiento de su primer hijo, un nuevo grupo familiar, articulando y aliando los grupos A y B, constituyendo una «rama» de un árbol. Es claro que estos juegos de substituciones y desplazamientos, de niveles, plantean cuestiones teóricas (semánticas) y prácticas (desciframiento de las relaciones reales y ficticias). De esta relatividad podría concluirse en la débil existencia, la débil coherencia del objeto como tal, su «irrealidad», su realidad puramente formal. Conclusión apresurada. Sigue manteniéndose la necesidad de mostrar siempre, a lo largo del trayecto, la convergencia de los análisis y las clasificaciones. En esta vía, se pueden proponer verdaderos ejercicios prácticos (por ejemplo el triple análisis formal, estructural y funcional de objetos en un gran garaje, en un gran almacén, en un apartamento, o un inmueble, o un islote urbano, etc.).

11. ¿Sería posible definir el estatuto del objeto (no: los estatutos de los objetos) en la cotidianidad? El análisis examina, identifica, sitúa a varios niveles y según varias dimensiones los objetos cotidianos. Por «objetos», hay que entender los objetos familiares (muebles, vestidos, instrumentos, simples utensilios), pero también objetos definidos en «el medio» (por ejemplo, los que ocupan el espacio interno de la cotidianidad: habitaciones, apartamento, inmueble, así como el espacio externo, la calle, el vecindario, la ciudad).

Al nivel trivial de lo cotidiano, sólo existe una débil con-

ciencia del objeto como tal, un conocimiento simplificado de su funcionamiento técnico, de su estructura. Paradójicamente, el funcionamiento del objeto se considera en muy segundo término (este molinillo de café, el motor del automóvil). La utilización se afecta a la forma, mal separada sobre el fondo neutro de la cotidianidad pese a que el discurso publicitario se empeña en reforzarla. Sólo un conocimiento erigiéndose en especialidad puede definir el estatuto objetivo del objeto: tecnología y análisis de los objetos en cuanto técnicas, semiología de los signos no verbales, demografía de los objetos. Sin embargo, el funcionamiento de los objetos que detentan una función constituye el horizonte de lo cotidiano: obsesivo y vulgar. La paradoja de la cotidianidad, en este plano, se formularía así: «Débil grado de legibilidad de este mundo familiar que parece la evidencia, la transparencia inicial y final...»

De este modo, nosotros (la gente) distinguimos mal estos objetos que jalonan nuestros recorridos, tanto en nuestros lugares habituales como fuera, tanto en la casa, en el alojamiento o en el apartamento como en la calle y en la ciudad. Las conversaciones vulgares, como las conversaciones «centradas», muestran la pobreza de la percepción de los objetos, pobreza que entra en la definición de lo cotidiano. Y sin embargo, los objetos (esta mesa, esta puerta, y también este buzón en la calle, esta acera, este ángulo...) tienen la importancia de marcas, de hitos a lo largo del caminar de cada día. Sólo una sobrecarga, momentánea o duradera, lleva un objeto a la palabra, a la percepción. Pero entonces entramos ya en un nivel superior.

La *denotación* (los conceptos de los objetos, las palabras que los designan) remite, así, a *connotaciones* (a un segundo sistema o a sistemas segundos, pese a que la sistematización está por demostrar, pese a que la coherencia del sistema segundo no constituye su carácter más importante ni su cierre). Es el nivel de lo *subjetivo*, de la semiología del discurso, de lo representativo mezclado a lo interpretativo, a lo simbólico, a lo imaginario engarzado en lo «real» primero. En este nivel se establece la creencia ilusoria en una correspondencia estrecha entre las necesidades bien definidas y los objetos, igualmente definidos. Creencia implícita en la cotidianidad y que instala la satisfacción en su plano. Es también el nivel del metalenguaje, de las superfetaciones y redundancias, del discurso vulgar, como del discurso

que no se quiere vulgar. Aquí se expresan a través de símbolos los deseos no reducidos a las necesidades clasificadas según las normas y los constreñimientos de los objetos. En la cotidianidad, el objeto flota entre estos niveles, remitiendo del uno al otro, en una ambigüedad estatutaria (de este modo, este cruce de calle, y esta curva, para «mí», tienen casi siempre un aspecto maléfico; me parece como si fuera a ocurrir un accidente, una catástrofe; en ocasiones deseo lo imprevisto, espero la aventura; cuento los adoquines mientras me acerco a este rincón un poco maldito y sagrado). Así son las estructuras constitutivas de la comunicación y de la no comunicación (¡nunca hablé a nadie de ese lugar!...). Observamos en seguido otro modelo (doble) de interpretación y representación: la demanda y el imperativo social atribuyen a cada objeto o grupo de objetos su «valor de cambio», al mismo tiempo que la significación de su uso, su «valor» en cuanto a riqueza y mediocridad, prestigio y ausencia de prestigio. Aquí se entrevé, y pronto se descubre, el nivel socioeconómico, y también el de las ideologías. Su exploración económica data de un siglo (Marx). La exploración ideológica, en cuanto «estructura envolvente» de los cambios y comunicaciones, comienza.

¿Es eso todo? No. El análisis de esos *niveles* no agota la realidad «objetal» que engloba interpretación y representación de los objetos. Otros niveles aparecerán.

12. En relación al objeto, el *discurso* sobre él, palabras que lo valorizan o lo desprecian, que lo erigen en esto o aquello (hermoso, bueno, horrible, ridículo, agradable, divertido), raramente es directo y está bien situado. Salvo en el discurso trivial, designativo o simplemente normativo. Generalmente, el discurso es ambiguo, lo cual corresponde a la flotación antes mencionada del objeto mismo. Este discurso se sitúa vacilante entre la infralingüística (impulsión y pulsión, deseo y necesidad), entre las interjecciones y la gesticulación muda; lo innombrable, lo absurdo, lo opaco, por una parte, y la comunicación silenciosa, la complicidad o la transparencia, la ideología, por otra. Así, puede escribirse: entre el rictus y la risa, entre lo asexual y lo erótico, entre lo ridículo y lo sublime.

Este discurso indirecto sobre el objeto es con frecuencia metafórico. Con más frecuencia que «cabeza» se dice, «cafetera», «azotea», «chinfaina», etc. Este grupo léxico constituye un *paradigma sintagmatizado* (un grupo de palabras en

el cual el locutor privilegia la que conviene al contexto asociativo). ¿Por qué? Sin duda para achicar, para exorcisar el «objeto» amenazador, en este caso el rostro, que cambia sin tregua, que no es un «objeto». Y para substituir por un objeto este no objeto, por medio de una palabra dotada de una significación querida, aceptada, concertada y, desde luego, despreciativa. En el límite, es la aniquilación del «objeto».

El discurso adapta igualmente la figura metonímica, la de un sintagma fijado en forma de una paradigma. Por ejemplo, este pequeño discurso: «Sí, he escuchado su charla, no me he perdido nada de su verborrea; ¿qué he retenido? Dos palabras, un gesto, su dedo tenso...» El discurso global se divide en útil e inútil; al igual que el mundo objetual. En el límite, se dice «Las cosas son lo que son», formulación estereotipada de la tautología, de la redundancia absoluta, para expresar la permanencia de los objetos y la reducción del objeto a la permanencia.

13. Cabe preguntarse si la lingüística no se ha situado durante mucho tiempo de parte del *objeto* unilateralmente: considerando el «mundo de los objetos» como referencial, situándose en la perspectiva del concepto y del término que designa (denota) el objeto: la silla, la casa, el cordero, etc. Los lingüistas privilegiaban así el *sustantivo*, que buscaban también «desustanciar», reduciéndolo a una relación formal «significante-significado». De este modo, marginaban el «sujeto», así como la «substancia» del objeto. Es preciso dejar de reducir el sujeto y reconsiderarlo desde el punto de vista de los *actos*; el acto de hablar y el de escribir no definen todos los actos. El contexto concreto de la comunicación envuelve, en referencia a los objetos y al «mundo de los objetos», actos y situaciones multiplicadas. La situación rara vez es referida como tal, precisamente porque es *producida* por el discurso, «actuada» por el acto de hablar y, por ende, actuante. Y sin embargo, sólo «se» habla de ella. He aquí un discurso recogido en la vida cotidiana: «Ve al cuarto de baño, y a la derecha verás el toallero, a la izquierda un armario. Coge la toalla amarilla y el agua de colonia y las traes. Gracias.» Este pequeño texto puede recortarse de múltiples maneras que giran alrededor de la situación recíproca entre un locutor y un interlocutor, que este discurso supone y sin embargo elude. ¿Es una orden? ¿Un servicio solicitado? ¿Una sugestión más o menos imperiosa? ¿Un ruego?...

La lingüística denominada estructural, fascinada por la oposición y la diferencia (es decir, cargando el acento en estos términos, por lo demás importantes, y bloqueando así la reflexión en un cierto nivel), sólo ha sabido plantearse estas parejas abstractas. Examina con atención las condiciones del entendimiento entre A y B, de la comprensión. ¿Cómo pueden A y B comunicar? ¿Cómo puede B comprender el mensaje emitido por A y recíprocamente? ¿De dónde viene el código común indispensable para que haya desciframiento del envío? Cuestiones exactas dadas a un cierto nivel. Sin embargo, falta el tercer término. En primer lugar, el objeto. No el «mundo exterior», o la «materia», sino, antes que nada, el «mundo de los objetos», productos y obras; aquello de lo que «se» (A y B) habla. A falta de este tercer término, el elemento común a A y a B asumirá el lugar de este tercer término; parecerá superior a los dos términos presupuestos, necesario y suficiente: de manera que el discurso «se habla» en ellos, a través de ellos. Se ha planteado la cuestión de la relación al referencial de manera restrictiva, reduciendo el alcance de la relación de A con B (y recíprocamente). Esta relación, al hacerse formal «puramente», se hace enigmática. Se ha evacuado la *substancia social* y la relación, la *praxis* inherente a la relación. Pues bien, muy posiblemente el referencial es algo más que un contexto, más que un contenido. Muy seguramente, contiene la razón del mensaje. El «mundo de los objetos», aparentemente físico, aparentemente «práctico-inerte» constituye el contexto de la comunicación. Conjunto de producto y obras, remite a «otra cosa», a algo distinto a las cosas: a los actos, las situaciones. Aparentemente cohesivo, coercitivo, no carece de conflictos, por ejemplo entre su carácter global y las articulaciones que lo dividen, entre la multiplicidad de clases de objetos y necesidades y el carácter unitario del deseo que mueve el conjunto.

Por «el sujeto» se descubre así un nivel específico, no reductible a un código o a un discurso segundo situado en los niveles precedentemente descritos y analizados. (Y aquí podemos entrever el problema, que no resolveremos, de la reducción o de la irreductibilidad de la *praxis* a un código, tercero o enésimo...) Se trata, principalmente, de actos y actividades (lo cual remite a la división del trabajo) y, luego, de la relación de los actos con los objetos, es decir, de situaciones a la vez concretas y generales, cuya expresión

ha sido abandonada, con demasiada frecuencia, a las ideologías, o dejada al «inconsciente» social. Nuestro trayecto nos lleva de la superficie a las «profundidades». La *producción* de discursos o recorridos nuevos implica seguramente un movimiento dialéctico entre todos los términos y niveles desprendidos.

13. *Interrogantes* (que encuentran ahora su lugar). ¿Cómo hablar los objetos, cómo hablar de los objetos? El número de objetos y de clases de objetos es considerable pero *finito*; ¿cómo, pues, se engendra una multiplicidad infinita de discursos, una virtualidad ilimitada de recorridos? ¿Cómo *producir*, a propósito de los objetos, productos y obras, frases nuevas, discursos nuevos? ¿Qué diferencia concreta hay entre el orden y el desorden, entre el orden próximo y el lejano, en el mundo del discurso y en el mundo de los objetos? ¿Cómo se asegura su incierta correspondencia?

LOS NIVELES

A) Objeto. *Descripción. Isotopías* (subobjetos, objetos, superobjetos).

1. *Estatuto objetual del objeto*. Clases de objetos (paradigmas). Análisis específicos: demografía, topografía, semiología de los objetos, basados en lo denotativo.

2. *Connotación*. Simbolismo, retórica. Semiología del discurso. Dominio de la subjetividad, de los códigos segundos, del metalenguaje.

3. *Ideología*. Palabras. Modelos de interpretación.

B) Actos. *Hetereotopías. El aquí y el en otro lugar*. (Estadísticas comparativas.) *División del trabajo*.

1. *Recorridos* (estructuras constituyentes a través de los objetos). Tópica de los objetos (sintaxis).

2. *Estados-actos* (estructuras envolventes) *entre los objetos* en un lugar.

3. *Actividades especiales* (modelando un objeto, una materia; estableciéndolos en cuanto tales en nombre de una información).

C) Situaciones. *Utopías (producción y creación)*.

1. *Reproducidas* (reflexionadas).

2. *Nacientes* (expresadas, reprimidas).

3. *Virtuales* (lo posible-imposible).

Esta descripción del «mundo de los objetos» en su relación con el «mundo de los sujetos», es decir, considerado como *substancia social*, esta tentativa de analizar en profundidad la *praxis*, no está exenta de dificultades. Ni mucho menos. Los conceptos se desplazan, y elucidar este desplazamiento es trabajoso, exige tiempo. El acto y la situación se manifiestan en el «mundo de los objetos», en lo práctico-sensible (que, considerado como aparte, se reduce a la inercia). Sin embargo, ni los actos ni, sobre todo, las situaciones son «sensibles». Es necesario que se expongan, que se desprendan. Más particularmente, las situaciones se establecen y se comprenden a partir de la «realidad» significativa, es decir, de los niveles inferiores, pero añadiéndose a ellos y volviendo a ellos en cuanto significados.

¿Qué es un acto-estado (B2 en el cuadro)? Mirar o esperar. ¿Un acto especial? Trabajar, limar, apuntar, etc. «Amar» es una situación, tanto y más aún que acto localizable (afectado a un recorrido, o a un solo lugar, o a un solo objeto). Pero es posible expresar y exponer la «situación de crédito», relación socioeconómica en el mundo de los objetos, o la «situación de terror». Naturalmente, puede hablarse de «situación» para el habitante. *Habitar*, es una situación que implica relaciones con grupos de objetos, clases de actos y personas; esta situación *produce* determinadas relaciones en lugar de recibirlas o percibirlas pasivamente.

Invierte la relación significativa-significado en cuanto el objeto considerado aisladamente como signo (significante) se transforma en significado de el *habitar* cuando es referido a la situación (por ejemplo el objeto urbano). Esta situación implica la ocupación de un lugar, la relación con este lugar y con otros lugares (el «aquí» y el «en otra parte»). No va sin la aceptación de constreñimientos globales, resumidos en el *plano* de la ciudad, en la sincronización de las cronías y topías.

Los actos y situaciones no pueden expresarse sin referencia al «mundo de los objetos», a los lugares, a las diferencias de lugares (*topías*: iso- y hetero-), pero también a lo *posible-imposible*: la comunicación perfecta, la expresión total, la transparencia de las relaciones, la libre metamorfosis de las actividades y situaciones, el no trabajo integral, los momentos puros, el conocimiento íntegro, el goce ilimitado; en una palabra, la *utopía* (presente y ausente, influyente con este título, sin la cual no habría ni acto ni situación).

Es claro que por la palabra «utopía», así redefinida y plenamente rehabilitada, entendemos «otra cosa» que una ideología o un simple horizonte des-mesurado. Intentamos la inherencia a los lugares, a los actos, a las situaciones de un «en otra parte». A través de sus niveles sucesivos de palabra y escritura, de recorrido e ideología, el «mundo de los objetos» y el «mundo de los sujetos», se reúnen en lo posible-imposible, al que es imposible no acudir para exponer lo posible. En último término, proponemos *producir* el discurso total de la sociedad, de esta sociedad. En semejante caso, el modelo de interpretación coincidiría con el modelo de representación en la descripción de todos los objetos, todos los actos, todas las situaciones. ¿No es acaso el proyecto de este discurso total un momento de todo discurso «real», es decir, de la situación de quienes hablan y suponen posible la comunicación? ¿No fue acaso inherente a la filosofía? Para *tender* hacia él, la crítica de las ideologías y la crítica radical de la sociedad es indispensable, en cuanto esta sociedad *revela* y *enmascara* con sus ideologías las situaciones y las actividades, que disimula bajo los objetos, bloqueando la vía, deteniendo el proceder, prohibiendo la realización de lo posible en el curso de una búsqueda de lo imposible.

Tanto el nombramiento exhaustivo de los objetos como la formulación integral de los actos y la exposición total de las situaciones constituye un imposible: es ocioso insistir de nuevo en ello. Y tanto la captación de todos los paradigmas referidos a todas las secuencias eventuales —como la captación de todos los enunciados definitivos referidos a las virtualidades infinitas de la palabra. La noción explícita de lo *cotidiano* implica la salida de lo cotidiano, el distanciamiento crítico, la idea de una *transcendencia poética* en lo cotidiano.

14. Entre las situaciones hay algunas que merecen especial insistencia. La *situación de consumidor* conlleva una relación específica con los objetos y las actividades. El objeto, la cosa cambiante, cambiada, comprada, vendida, se transforma en «servicio» (J. Beaudrillard). Es una situación, y sólo una situación entre otras. La de *productor* (de productos repetitivos, de obras únicas o de ambas cosas) lo mismo. Sin duda hay menos actos que objetos y menos situaciones que actos. Sólo la estadística comparativa podría confirmar

la hipótesis. Y sin embargo, hay una complejidad creciente desde el nivel de objetos al de actos y al de situaciones.

15. La teoría del objeto puede utilizar tanto la lingüística denominada estructural como la lingüística transformacional. Aunque posiblemente está más cerca de esta última, pues no reduce la teoría al conocimiento de los objetos en cuanto tales (a un primer nivel: semiología del primer grado, tecnología o logo-técnica, demografía de los objetos). Por otra parte, la teoría del objeto no se reduce al estudio del lenguaje. Va más lejos: hacia lo no dicho, hacia lo indecible. Además, el estudio del «mundo de los objetos» considerado como substancia social quizá permitiría profundizar la estructura del léxico, la del campo semántico global y de los campos parciales, etc.

Entre los objetos, podemos distinguir (por su posición determinada):

a) *la competencia*: los objetos que éste o aquél conoce, que denomina;

b) *la utilización*: los objetos que determinado individuo sabe manejar, que posee en «valor de uso».

Como los lingüistas de la escuela transformacional han esclarecido, la competencia y la utilización no marchan juntas y al mismo paso. La *competencia* va más allá de la *utilización*. Cada cual nombra más objetos de los que manipula y posee. Lo mismo sucede respecto a los actos y situaciones, pero la energía y vitalidad de los individuos se definen por su intento de ensanchar la competencia y llevar la actuación objetual a la altura de la competencia, sin recurso alienante y abusivo a procedimientos exteriores.

La misma distinción puede hacerse entre *percepción* (que actualiza conocimientos implícitos, a determinado nivel conceptual, lingüístico y no lingüístico, es decir, en determinado concepto situacional) y *producción* (no sólo de enunciados, sino de gestos y acciones, de recorridos y relaciones).

El *sentido* (cuando no es reducido a la significación y no es puesto entre paréntesis) nace en el nivel de la situación en cuanto que envuelve los objetos y actos. El sentido conduce a ello.

Se trata aquí de un estudio del *contexto*, sea inmediato (vinculado a determinado objeto o grupo de objetos, a determinada recepción o emisión de frases), sea *mediatizado*, vinculado por aproximación paulatina al conjunto de la «realidad», es decir, de la *praxis* o práctica social).

Un estudio difícil éste, pues reasumiría a todos los niveles (histórico, sociológico, etc.) el proyecto de una *ciencia de todos los discursos posibles* (Chomsky), proyecto que a su vez resume el proyecto filosófico tradicional. Nos desplazamos en el dominio de lo *posible-imposible*; categoría que ponemos, por tanto, en el centro del conocimiento, de la *praxis*, del análisis crítico de las ideologías, de la relación entre lo cotidiano y lo no cotidiano, de la «realidad» urbana, de la relación entre la palabra y el discurso escrito, etc. En resumen, las reglas que permiten el tránsito de uno a otro código habrán nacido en el nivel de las situaciones, de su conciencia a la vez expresada y reprimida, pretendiendo reunir los objetos y los actos, no sin recurrir a categorías aún más útiles.

16. Los sucesivos pasos metodológicos, que han llevado de nivel en nivel, nos regresan al punto de partida, pero elucidado. El análisis del estatuto (estático) del objeto (de los objetos considerados atomísticamente) nos lleva de la mano al estudio de las cadenas y secuencias de objetos, que dimanan de una doble determinación (según el uso, según el cambio). De las estructuras superficiales podemos pasar a estructuras más profundas, que implican formas de *inclusión* y *exclusión*, y también de *simetría*; unas, internas al objeto considerado; otras, externas y relativas a agrupamientos, conjunciones, adecuación de objetos). Todo objeto asignable a un lugar, un instante o momento, posee una izquierda y una derecha, un alto y un bajo; es así posible permanecer fuera de este objeto para mirarlo, para observarlo, entrar o salir de él, abordarlo por determinado lado, situarlo en un espacio orientado donde yo me sitúo: donde sitúo mi cuerpo, con sus simetrías y disimetrías. De este modo, lo *hablo*; toda palabra resume un recorrido (efectuado o virtual, posible y/o imposible, cotidiano o excepcional, previsto o imprevisible).

17. ¿Cómo alcanzar y definir el estatuto del *objeto cultural*? Ante mí una máscara Nô: es la máscara de (el actor que desempeña el papel de) «la señora Aoi», la muerte que regresa para matar a su rival. He visto la obra, que trataba de este tema: el terror a la «nada» viva, tema de teatro Nô y quizá de la tragedia. Incluso si no hubiera visto la obra, podría comprender este terror y, en consecuencia, el sentido de esta máscara terrorífica. La experimentaría como posibilidad incierta, naturalmente, no sin haber oído ante-

riormente historias de aparecidos, de fantasmas errantes, de héroes desaparecidos que hostigan los lugares de la memoria, y que es posible exorcisar «re-presentándolos».

Esta máscara «es» terrorífica, o risible. Su sentido es terrorífico, su no sentido, risible. ¿De dónde proviene este terror? Ni del «objeto» ni del «sujeto». La filosofía clásica se planteaba un falso problema: ¿Dónde situar la emoción y el *pathos*? Respuesta: en la relación del «objeto» y del «sujeto». Este objeto cultural da miedo, a quien recibe su mensaje, y este terror forma parte esencial del «mensaje», que no se reduce a una información. Esta máscara evoca:

a) un paradigma: la oposición «muerto-vivo», presentada como esencial en el centro de las contradicciones de la vida;

b) una sintaxis: actos, gestos y palabras encadenados según ritos y reglas;

c) una situación, a la vez teatral (representada, mimada) y real (la relación de vivos y muertos sobre el tema «el muerto coge al vivo», tema generalizable).

Este objeto evoca e implica, pues, una «visión» y un *lenguaje trágico*, a la vez gestual, visual y oral, correspondiente a una institución y a un sistema teatralizado, fijando y valorizando lugares, atribuyéndoles un sentido, determinando su carácter. Evoca una palabra ético-estética, actualizando los elementos de ese lenguaje (con el apoyo de una música en la cual es desarrollada la función expresiva, mientras la máscara condensa la significación y el sentido). El teatro Nô, representado por esta máscara, implica y explica una *situación virtual*, posible e imposible: el vivo es presa de la muerte, sin tregua. Reconozcamos en esta máscara una *gramática* (conjunto coherente de principios y reglas de empleo, que permiten agenciar y, por así decirlo, guardar en relicario, gestos, palabras, sonoridades) y una *sintaxis* (campo de la creatividad, a través de encadenamientos regulados, a partir de estos mismos encadenamientos —campo determinado y limitado por reglas que, por otra parte, todos pueden transgredir).

De este modo, la máscara Nô, objeto de cultura sutil y refinada, apoyo de una visión trágica, implica todos los niveles, desde el objeto en cuanto tal a las situaciones —desde la objetividad u «objetalidad», a la categoría de lo posible-imposible, a través del lenguaje de lo prescrito, de lo inscrito.

18. En esta claridad, a lo largo de este trayecto, ¿podemos definir la Ciudad o, mejor aún, la realidad urbana? Hay

ciertamente una singular «vida objetal» de la ciudad que incessantemente remite de la ciudad como «objeto» a la ciudad como «sujeto» y unidad, de una estructura considerada en sí misma a la estructura como mediación, como proyección de la globalidad social, basada en un estrato más profundo, el habitar. Para quienes la habitan, la ciudad es un superobjeto, percibido como tal por sus «usuarios», que siguen perteneciendo a clases, fracciones de clases, grupos sociales muy diversos. Pero es también una *obra* ininterrumpida, un *producto* de «sujetos» que intervienen prácticamente, sean constructores, dirigentes políticos, notables y grupos influyentes, habitantes que modifican el «habitat», que transforman sin cesar las funciones, estructuras y formas urbanas. Estos agentes sociales tienen lugar e inserción en la división de trabajo, en el proceso de cambio y donaciones (fiestas, despilfarro). La estabilidad de este superobjeto es más aparente que real. En lo urbano, en cada lugar, siempre transcurre algo, visible o latente. Semejante superobjeto podría ser denominado «metaestable».

En la ciudad, el objeto cultural que denominamos «monumento» recibe y condensa y transmite mensajes. Estos le llegan por diversos canales de información, y sobre todo por la memoria incorporada; el monumento «memoriza» el tiempo en una permanencia. La recepción y la emisión de mensajes tienen lugar según códigos procedentes de grupos determinados (los «clérigos», el clero para una iglesia, por ejemplo) indiscifrables por otros grupos determinados (los «creyentes», para los edificios religiosos). Sólo semejante objeto cultural, catedral, arco de triunfo, palacio, puede considerarse e interpretarse como *huella* (huella de un gesto o una gesticulación de mando, inscritas en el tiempo, violentando las multitudes, prescribiendo órdenes). Un recurso jalonado, trazado, puede decirse constriñente, pero no pasar por violencia. No es él quien produce el espacio y el tiempo; se contenta con inventarlo.

El edificio, objeto cultural, es también apoyatura de ideología. Busca reunir, persuadir, convencer: imposible-posible. Exactamente igual que una frase, o una página, o un libro, el edificio lleva y soporta *ideologemas*: la columna, la torrecilla o el campanario, el frontón, la fachada, etc. En el contexto, algunos semas u objetos-signos van cargados de ideología.

Así, puede ya responderse al interrogante de los filósofos:

«¿Qué puede ser el objeto? ¿Puede ser divertido, sugestivo, encantador? ¿Puede ser inocente o culpable? ¿Despojado o barroco?» A este interrogante que se pretende pérfido puede responderse primeramente: «El objeto no es nada. Sólo es en cuanto "para y por" (valiendo para). Significa; se percibe como *siendo* esto o aquello por el sujeto que pone en él emoción, conocimiento, significación.» Si, pero el «sujeto» sólo percibe esto o aquello si sitúa esta u otra calidad o propiedad en el *objeto*. Lo cual han demostrado profusamente determinados filósofos (los fenomenólogos). La emoción nace solamente respecto a una calidad captada del objeto. ¿Ilusión psíquica? ¿Ilusión del lenguaje? De ser así, todo el proceso de la percepción sería ilusorio: subjetividad, error, ignorancia, desconocimiento, apariencia de «vivido», irracionalidad.

Para responder al interrogante de los filósofos, ha sido preciso salir de las categorías filosóficas, introducir nuevos conceptos a diferentes niveles, pasando por los conceptos todavía oscuros de la ideología, de lo posible-imposible.

Entre los objetos-signos de lo urbano, hemos indicado la farola, el banco, la acera. Si un pueblo se permite estos elementos es para «aparentar ciudad». Estos objetos-signos jalonan itinerarios, marcan recorridos. Abren un espacio. En este nivel, el espacio se abre. En cambio, en el nivel del «habitar», domina lo cerrado, es decir lo acabado. Para convencerse, basta con mirar el suelo; los más bellos solares, los que rematan el espacio y hacen perfecto el habitar, tienen esta huella descollante: lo acabado. Serán losas, adoquines, guijarros ordenados según figuras, mosaicos, tableros, tapiques. Lo acabado (que contiene y disimula la finitud) constituye la belleza y el sentido del habitar. Y de ahí la cerrazón, el encercamiento. Eso, cuando lo urbano se compone de objetos abiertos, de marcas y jalones, de recorridos.

La ciudad (la realidad urbana) reúne los frutos de la tierra y sus productores naturales (jardines). Reúne los productos de la industria y también las obras, las ideas. Reúne, por último, y concentra las situaciones. Reactúa sobre aquello que reúne y esta conjunción es a su vez productora y creadora (de obras, de objetos, de actos, de situaciones). La concentración va forzosamente acompañada de la confrontación. De este modo, la ciudad constituye lo que se denomina «el medio», desbordando el sentido empírico, mecánico y pasivo de este concepto. No hay realidad urbana sin un cen-

tro. Pero la centralidad urbana puede siempre reunir más objetos y actos y situaciones y nuevos objetos, nuevos actos, nuevas situaciones. La centralidad no es, pues, nunca perfecta, nunca es completa. Implica el «aquí» y el «en otra parte», el punto central y todos los objetos, la forma y el contenido, lo otro y lo mismo. Todo centro remite a otro centro —a un centro distinto— y lo suscita.

19. De pasada, hemos rehabilitado el objeto (hemos intentado rehabilitarlo). El mandato «¡Objeto, ocúltate!» confunde el objeto con la cosa, apoyatura de la propiedad «privada» y del valor de cambio, mercancía y dinero. La relación filosófica del sujeto y del objeto ha reaparecido, a un nivel más elevado. El uno implica el otro. ¿«Gozar»? Cada cual goza en sí, pero con, por-en, «el otro». Verdad trivial, triturada por una filosofía que se ha hecho somera. ¿«El otro»? es la otra conciencia, el otro ser, el otro objeto y el otro sujeto. El «mundo de los objetos» y el «mundo de los sujetos»: implicantes-implicados, complicados-explicados.

No por ello deja de ser cierto que «el mundo de los objetos», con sus estructuras superficiales, con el espacio y el discurso, tiene la extraña propiedad de *disimular* las contradicciones de la *praxis*. Las disimula simulándolas. Las transforma en yuxtaposiciones, en prorratcos. ¡No omitamos la alienación!

Índice

Introducción	5
I. Problemas de sociología rural	19
II. Clases sociales en la sociedad rural	39
III. Perspectivas de la sociología rural	61
IV. Teoría de la renta de la tierra y sociología rural	77
V. Introducción a la psicociología de la vida cotidiana	85
VI. Los nuevos conjuntos urbanos	103
VII. Utopía experimental: por un nuevo urbanismo	123
VIII. La taberna-club. Punto neurálgico de la vida social	135
IX. La vida social en la ciudad	139
X. Humanismo y urbanismo. Algunas proposiciones	147
XI. Introducción al estudio del habitat de pabellón.	151
XII. Propositiones para un nuevo urbanismo	173
XIII. Necesidades profundas, necesidades nuevas de la civilización urbana	185
XIV. Barrio y vida de barrio	195
XV. El urbanismo de hoy. Mitos y realidades	205
XVI. Conferencia en la ciudad universitaria de Antony	215

XVII.	Prefacio al estudio de Ph. Boudon: «Pessac, el barrio Le Corbusier»	219
XVIII.	Intervención en el Seminario de Sociología de Madrid	221
XIX.	Las necesidades funcionales	225
XX.	A propósito de la investigación interdiscipli- naria en sociología urbana y urbanismo .	227
XXI.	Elementos de una teoría del objeto	251